

se



María del Pilar Sinués

# REINAS MÁRTIRES

Lectulandia

El pensamiento que me ha guiado al escribir este libro ha sido daros a conocer la vida de algunas de las mujeres que más han honrado nuestro sexo y las de aquellas que han adquirido por sus crímenes una fatal celebridad. Me hubiera bastado para esto haber entresacado de las biografías más o menos extensas que de ellas nos han dejado diferentes escritores algunos apuntes exactos e imparciales, pero estos apuntes tenían forzosamente que haber sido áridos y descarnados, porque la verdad desnuda es siempre severa. He preferido, pues, adornarla con las galas de la novela o leyenda; sin separarme un punto de la verdad histórica y de las biografías más autorizadas, os haré conocer también a los personajes que han acompañado a esas mujeres célebres en el trascurso de su vida.

María del Pilar Sinués

# Reinas mártires

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2020

María del Pilar Sinués, 2008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



# **REINAS MÁRTIRES**

María del Pilar Sinués

# PRÓLOGO

## *DOS PALABRAS A MIS LECTORAS*

El pensamiento que me ha guiado al escribir esta *Galería*, ha sido daros a conocer la vida de las mujeres que más han honrado nuestro sexo, y las de aquellas que han adquirido por sus crímenes una fatal celebridad.

Me hubiera bastado para esto haber entresacado de las biografías más o menos extensas que de ellas nos han dejado diferentes escritores, algunos apuntes exactos e imparciales; pero estos apuntes tenían forzosamente que haber sido áridos y descarnados, porque la verdad desnuda es siempre severa.

He preferido, pues, adornarla con las galas de la novela o leyenda sin separarme un punto de la verdad histórica y de las biografías más autorizadas, os haré conocer también a los personajes que han acompañado a esas mujeres célebres en el trascurso de su vida brotarán en torno suyo al amor filial, el materno, el conyugal, la alegría, el placer, el dolor, el odio, la venganza y todos los sentimientos, que, llevados al extremo, se convierten en pasiones las cercarán la castidad, la resignación, la generosidad, la dulzura y todas las suaves virtudes que han embellecido los días de las personas a quienes han amado. Y finalmente, levantando la losa de su sepulcro y despojándolas del nevado cendal, o del fúnebre velo con que el tiempo las ha cubierto, tomareis en ellas ejemplos de virtud y de fortaleza, a la vez que os inspirará horror el desenfreno de sus pasiones.

Larga será mi tarea, pues son muchas las mujeres que han alcanzado una celebridad inmensa y merecida, y no iría yo a reseñaros algunas para dejar a las otras en un injusto olvido; además, mi deseo es que vuestras hijas no se vean en el caso en que muchas veces he visto a jóvenes de la mejor educación, en la apariencia.

No hace mucho tiempo que, hablando yo de la célebre Catalina de Rusia con un caballero en presencia de una bella joven de diez y ocho años, dijo ésta que tenía un vivo deseo de conocerla y habiendo preguntado a mi amigo que cómo podría lograrlo, éste, que es burlón y mordaz, le respondió que yendo a Roma.

El rubor cubrió mi semblante, y me afectó dolorosamente la ignorancia de aquella joven desde entonces formé el proyecto de empezar mi libro.

Así, pues, aunque mis biografías vayan envueltas en el agradable ropaje de la novela, no son menos exactas, ni menos ciertos los pormenores que en ellas os dé de las heroínas de que trate.

Ilustrar a la mujer es el anhelo que siempre ha guiado mi pluma; si además de esto consigo entretenerla agradablemente; si vosotras, pobres y tiernas madres, que habéis oído suspirar a vuestras hijas por un vestido de baile, veis que hoy le olvidan por mi *Galería de mujeres célebres*. Si vosotras, dulces y encantadoras jóvenes, olvidáis las perlas, las gasas y las flores, que los módicos recursos de vuestros padres no pueden alcanzaros; si en las largas veladas del invierno abríis este libro en el hogar paterno, sobre la mesa de labor, y pasáis con él algunas horas de grato solaz, se habrán cumplido todos los votos que formé al escribirle.

Muchos, muchísimos han dicho que es una gran falta ambicionar lo que no puede alcanzarse; sobrados y rígidos censores tienen la vanidad y el lujo, que desgraciadamente dominan a la mujer. Pero ¿quién se ha cuidado hasta ahora de instruirla deleitándola? ¿Quién le ha dado libros tan amenos, que sean, a la vez que el pasto de su corazón y de su inteligencia, un recurso contra el tedio, libros por los cuales deje sin pena el sarao que le ocasiona gastos cuantiosos, libros que hagan amables el deber y la virtud?

Venid, pues, bellas y encantadoras jóvenes, esposas que estáis aún en la primavera de la vida, madres ancianas y respetables; venid, todas las nobles criaturas que pertenecéis a la clase media, que tenéis privaciones sin cuento, por la falta de medios, y por la excelencia y delicadeza de vuestros instintos. Venid a mi galería de preladas, de guerreras, de poetisas, de santas, de artistas, de reinas, de admirables madres, de heroicas esposas, y de ejemplares hijas. Busque cada una en ella la heroína a quien ame o por quién se interese. Busque cada una el modelo que le convenga, la virtud que admire, la cualidad que prefiera. Todo lo encontrareis en ella; belleza, talento, gracia, heroísmo, sabiduría, santidad, grandeza, virtud y ternura y a través de esos dones del cielo, las tristes debilidades, azote de la existencia humana y los abrojos que en todos los caminos de la vida hieren las plantas de la mujer.

Ardua es mi tarea, más espero que su variedad y el interés, de que procuraré rodearla, os la harán agradable. Y en cuanto a mí, si alcanzo a distraeros y a instruiros, puedo aseguraros que me serán dulces mis desvelos, y mi trabajo grato.



LA AUTORA

# **CATALINA DE ARAGON**

*INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA*

Porque el amor es cómo un árbol. Crece por si solo; hunde profundamente sus raíces en todo nuestro ser, y muchas veces sobrevive verde y lozano, en un corazón hecho ruinas.

Y es lo más inexplicable que la pasión es tanto más tenaz, cuanto es más ciega, y nunca es más sólida que cuando no tiene razón en sí.

Víctor Hugo. Nuestra Señora de París.

# I

Londres estaba ya envuelto en el oscuro manto del invierno. Las nieblas del Támesis, se levantaban espesas y frías sobre la gran ciudad. Era el día 8 de Noviembre de 1501 y todas las campanas de las iglesias tocaban a vuelo atronando el aire con sus lenguas de bronce.

El pueblo vestido de fiesta, se agolpaba a las puertas de la antigua y sombría abadía de Westminster, en la cual tenía lugar una augusta e importante ceremonia.

El príncipe Arturo de Gales, primogénito del rey Enrique VII de Inglaterra, se casaba con la infanta de Castilla, Catalina de Aragón, la hija más joven de los reyes Católicos, Fernando V e Isabel.

La infanta Catalina había llegado el día anterior a Londres, acompañada de una lúcida corte de caballeros castellanos y aragoneses, y del confesor de la reina su madre, el venerable fray Hernando de Talavera; habiéndoseles reunido en Douvres otro acompañamiento, no menos numeroso y brillante, de la nobleza inglesa.

Catalina, cuyo carácter era grave y reposado, no se asustó ante el aspecto frío de los caballeros británicos, a pesar de estar criada entre las galantes atenciones de los caballeros que componían la corte de sus padres.

Echó pie a tierra desde su blanco palafrén sin admitir la ayuda de nadie, y dio su mano a besar a todas las personas que componían el cortejo enviado por el rey de Inglaterra.

Acabado el acto dijo con voz dulce, pero reposada y segura, y en excelente inglés:

—He tenido un placer, señores, en ver en vosotros tan noble muestra de los caballeros que componen la corte de S. M. el rey de Inglaterra, a quien tan pronto voy a tener la dicha de llamar mi padre.

Los caballeros ingleses se miraron aturridos. No podían comprender cómo una joven, que apenas contaba diez y seis años, tenía tal fortaleza, tal dignidad, y hablaba tan admirablemente un idioma que no era el suyo.

Pero la infanta no reparó, o no quiso reparar, en el efecto que había producido su corto razonamiento. Se cubrió el rostro con el velo, y entró en la falúa real, que ostentaba los colores de Inglaterra, Castilla y Aragón, reunidos.

Nada más habló ya, hasta llegar al palacio del rey de Inglaterra. Este, acompañado de sus dos hijos, Arturo y Enrique, la esperaba en lo alto de la gran escalera de mármol, que la infanta subió con paso ligero y apoyándose en el brazo de fray Hernando de Talavera.

Arturo, príncipe de Gales, tenía quince años de edad, y su excesiva delgadez y su aspecto enfermizo, no menos que su color amarillento, impresionaron desagradablemente a la infanta Catalina.

Enrique, el menor, contaba sólo doce años; era más alto que su hermano, robusto, de cabellos y ojos negros, y color agradable.

A pesar de su corta edad, fijó en su futura hermana una ávida mirada en tanto que el príncipe de Gales, atento sólo al continuo y doloroso malestar que experimentaba, apenas le hizo un atento saludo.

—Bienvenida seáis, querida hija mía, a la casa de vuestro esposo —dijo Enrique VII, a quien el rico dote de Catalina tenía en extremo contento—. Príncipe, salud a vuestra prometida.

A la voz severa de su padre, Arturo se volvió y se acercó cojeando a Catalina.

Entonces en los labios de todos los cortesanos se pintó una sonrisa, nada halagüeña, por cierto, para el amor propio de Arturo.

El príncipe llegaba apenas al hombro de su prometida. Y era tal su estado de inercia y de doliente abandono, que a pesar de las órdenes de su padre, no halló ni una sola palabra que decirle.

La familia real, de la cual ya formaba parte la hija de los reyes Católicos, entró, por fin, por la puerta principal, y la muchedumbre, que había asistido al recibimiento de la princesa, se fue alejando poco a poco.

## II

Al día siguiente, las honradas gentes del pueblo se agrupaban, como ya he dicho, a las puertas de la abadía de Westminster.

—¿Visteis ayer a la princesa castellana? —preguntaba un joven mercader a dos mujeres que hablaban muy cerca de la puerta de la abadía.

—Sí —respondió una de ellas.

—Pues yo no; mi mujer estaba de parto, y no pude salir; ¿qué tal es?

—Muy alta para su edad. Gruesa y bastante hermosa.

—Me parece que no debe ser muy amable —añadió la otra mujer. Al menos su cara es muy seria.

—¡Bah! ¡Cómo no conoce! ¡Y al fin la pobrecita es una niña!

—¡Es verdad! Acaba de cumplir diez y seis años.

—¡Ya salen! —exclamó el joven mirando hacia adentro.

—Sí, ahora empezarán a moverse, pero aún tardarán en salir.

—Decidme, milord, ¿conservará la princesa de Gales su servidumbre española? —preguntó a este tiempo un caballero que se hallaba en el atrio del templo a otro noble anciano, que pasaba llevando del brazo a una hermosa joven, blanca y de tez nevada.

—¡Qué disparate! —respondió el interpelado. La servidumbre se marchará al salir del templo.

—Luego ¿queda completamente la princesa Catalina bajo la dirección y dependencia de S. M. el rey de Inglaterra?

—Completamente. Según el convenio celebrado entre el rey Enrique VII y los reyes católicos, la princesa debe terminar su educación en Inglaterra, hasta que llegue la época de la consumación de su matrimonio.

—¡Que no llegará!

—¿Qué decís?

—¿No veis cómo está el príncipe Arturo? Cada día que pasa es un paso gigantesco hacia su sepulcro.

—Es verdad. Y no sé por qué ha sido ajustado este casamiento.

—Yo os lo diré. La infanta castellana ha aportado doscientos mil ducados de dote.

—¡Qué riqueza!

—Amigo mío, los moros la han pagado. La reina Isabel ha llenado sus arcas con los despojos de los hijos de Ismael arrojados a los desiertos.

—Pero si el príncipe Arturo muere, como casi es seguro, el rey de Inglaterra, tendrá que devolver la viuda y el dote. Entonces la princesa, por derechos de viudedad, entrará en posesión de la tercera parte de las rentas del principado de Gales y del ducado de Cornualles.

—¡Ah! —Repuso el anciano caballero—. Nuestro rey es muy político y bastante avaro, para que deje que suceda nada de eso.

—Más, ¿cómo podrá evitarlo?

—No lo sé. Pero estad seguro, milord, de que no sucederá.

—¡Padre mío, milord! —Exclamó la bella joven que se apoyaba en el brazo del anciano— ¿ahora está desposándose la princesa, y ya estáis vaticinando muertes? ¡Si ella os oyera, se asustaría!

—Me parece que no, hija mía. Creo que no ha de ser la timidez su defecto capital.

—Yo apenas la vi ayer desde mi carruaje —observó la joven— ¡pasaba tan deprisa su litera!... y luego como era casi al anochecer...

—Pues abre bien tus hermosos ojos, hija mía —repuso el anciano, porque viene aquí.

En efecto. No bien había el anciano pronunciado estas palabras, se abrieron las puertas de la abadía, y la regia comitiva empezó a desfilar.

Pasaron primero seis ujieres abriendo paso, porque la multitud se apiñaba ávida de contemplar a los herederos de la corona.

Luego el clero con cirios encendidos, después los obispos y dignatarios de la Iglesia.

Seguían los caballeros de las órdenes nobles y los dignatarios del Estado.

Enseguida marchaban los caballeros de la Jarretiera, esa orden tan noble, que el número de los que podían usarla no llegaba a veinte, y que entonces estaba muy recientemente instituida.

Detrás de éstos, iba el príncipe Enrique, duque de York, entre los obispos de Warham y de Rochester. La cola de su manto, de terciopelo azul forrado de armiños, la sostenía el duque de Sussex, anciano venerable, a cuyo hombro no llegaba la cabeza infantil de Enrique.

Inmediatamente seguían los desposados, Arturo y Catalina, príncipes de Gales y herederos del trono.

La princesa aparentaba sólo sus diez y seis años no cumplidos todavía, gracias a la regularidad, algo monótona, y enteramente destituida de viveza de sus facciones.

A no ser por aquella cualidad, que ciertamente no era un encanto, su alta y corpulenta estatura la hubiera hecho aparentar veinticinco.

Por lo demás era hermosa, sin que nadie pudiera negarle con justicia esta ventaja.

Era blanca, con rasgados ojos pardos, como los de su madre, si bien más melancólicos. Sus cabellos castaños eran largos y sedosos. Su boca sonrosada tenía una noble expresión de firmeza por su corte arqueado, por la finura de sus labios poco carnosos, y por un pliegue formado, harto prematuramente, en cada uno de sus ángulos. Su nariz era pequeña y graciosa. Y sus mejillas, más bien enjutas que redondas apenas ostentaban un débil matiz rosado.

Tal era Catalina de Aragón, la hija más amada de su padre Fernando V, y también la que le era más semejante en carácter y en figura.

Al verla, se adivinaba ya que su alma albergaba una gran fortaleza y que no era fácil que se dejase abatir, por lo mismo que no tenía en ella un gran imperio el sentimiento llevaba un traje de brocado de oro, cortado a la española, y tan bordado de flores de perlas y rubíes que apenas se distinguía el fondo de la tela.

Sobre la camiseta, que subía castamente desde el cuadrado escote de su traje hasta abrocharse en su torneada garganta, llevaba innumerables hilos de diamantes y esmeraldas; y el resto de su pecho desaparecía bajo una infinidad de condecoraciones de órdenes inglesas, españolas y extranjeras.

Sus orejas y sus brazos estaban abrumados de pedrería y sus manos, un poco grandes, sostenían un manto de terciopelo grana, bordado de oro y forrado de armiño, que llevaba sobre los hombros, y cuya larga cola sostenía la duquesa de Norfolk.

Los cabellos castaños de Catalina, peinados trenzas, estaban entrelazados con sartas de gruesas perlas, y llevaba cubierta la cabeza con una gorra de terciopelo negro, bastante alta, bordada de perlas y topacios, y que remataba en su frente ancha y hermosa, con una corona estrecha de oro, cuajada de diamantes.

La regia desposada no iba alegre ni triste. Su fisonomía, siempre grave y tranquila, no reflejaba ninguna emoción. Marchaba con paso lento y majestuoso, entre el rey de Inglaterra, padre de su esposo, y situado a su derecha, y el príncipe de Gales, su marido, que le daba la mano.

Catalina era una bella joven al lado de la noble y austera figura de Enrique VII. pero junto al hijo de éste, tan pequeño, tan débil, tan enfermo, parecía de más edad, y de una gravedad más severa y reposada.

El traje de Arturo era de una riqueza admirable, y tan pesado por la pedrería de que estaba totalmente cubierto, que apenas podía andar.

Hubo un instante, en que sintiéndose abrasar Catalina por la mano calenturienta de su esposo, la soltó, con poquísima ceremonia, y con gran escándalo de los que notaron este movimiento.

—¿Qué hacéis, hija mía? —le preguntó el rey a media voz.

—Señor —respondió Catalina sin bajar el diapasón de la suya. La mano de S. A. quema de modo que no la puedo sufrir.

—Ya veis... el placer... la emoción. ¡Sois una niña, Catalina!... —añadió el rey cambiando de repente de tono, y clavando en la princesa sus ojos encendidos de cólera.

Y luego, dirigiéndose a su hijo, continuó en voz muy baja:

—Tomad la mano de vuestra esposa, hijo mío. ¡Los príncipes no nos pertenecemos!

Arturo, obediente, volvió a tomar la mano de su mujer. Pero está dio un tironcito, se puso su guante, que se había quitado para tomar agua bendita, y volvió a presentar a Arturo, no toda la mano, sino solamente la punta de sus dedos.

Arturo, que iba llorando por su dolor al pecho, no se dio por ofendido de la acción de Catalina. Aunque tenía ya quince años, su carácter y su inteligencia estaban tan poco desarrollados como su cuerpo, y éste era tan mezquino, que a pesar de no tener Catalina sino un año no cumplido más que él, le llevaba toda la cabeza.

Cerraba la marcha toda la comitiva española que había acompañado a la princesa, mezclada con los nobles caballeros ingleses, y llevando en el centro a las seis damas de honor de Catalina, elegidas entre las jóvenes de más elevada nobleza.

Cuando la regia comitiva apareció en el atrio, una aclamación prolongada saludó al rey y a sus hijos.

Enrique VII, cuya majestuosa figura estaba realzada por un traje completamente negro, contestó con afabilidad. Sus hijos no respondieron, y Catalina agitó su pañuelo con la dulce gravedad que tanto distinguía a su madre, la gran Isabel I de Castilla.

Al instante tomaron todos sus literas y sus carrozas doradas. El rey subió en una de estas últimas con fray Hernando de Talavera, y en otra los esposos.



El príncipe Enrique ocupó una silla de manos.

Poco tardaron en llegar al palacio; y después de darle entrada, las puertas se cerraron tras de la regia comitiva.

### III

Las tres de la tarde de aquel mismo día serian, poco más o menos, cuando el rey entró en la habitación de la princesa.

Esta, vestida de un traje de seda oscuro, y con la cabeza cubierta con una pequeña toca de encaje blanco, según la usanza castellana, se ocupaba en bordar un tapiz, en el cual apenas había dado algunas puntadas.

Al ver al rey se levantó, y dio algunos pasos para recibirle, con un respeto cariñoso y sincero.

—Tengo que hablaros, hija mía —dijo el rey; y así haced que nos quedemos solos.

Catalina se volvió, e hizo a sus damas una señal para que se retirasen.

Las jóvenes obedecieron al instante.

—Ya estamos solos, señor —dijo la princesa, y puede V. M. hablar con toda libertad.

—¿Estamos solos del todo, hija mía? —preguntó el rey, mirando a todas partes.

—Completamente solos, señor.

—Bien, escuchad, pues.

Y el rey acercó su sitio al que estaba sentada Catalina, no poco admirada de tantas precauciones.

—Ya sabréis, continuó el rey, que al tratar yo vuestro casamiento con vuestros augustos padres, una de las cláusulas del contrato fue que os habíais de educar a mi lado, en tanto llegaba la época de vuestra unión con mi hijo. —Lo sé, señor— respondió lacónicamente Catalina.

—Vos, hija mía, os conformasteis con esta condición.

—Es cierto —dijo la infanta. Porque mi buena madre, olvidando que era reina, para pensar sólo en la felicidad de su hija, me consultó acerca de mi porvenir, cosa que no hacen comúnmente las princesas de su rango.

Enrique VII miró con asombro a la esposa de su hijo, ¿quién le había dicho a aquella niña lo que hacían los reyes de la tierra? ¿Era que el instinto

de su corazón lo adivinaba? ¿Era que venía instruida, demasiadamente instruida, por su esforzada madre?

El rey de Inglaterra no pudo dar por sí mismo solución a estas preguntas. Procuró que desapareciese de su rostro la admiración que estaba seguro de haber dejado asomar a él, y continuó su conversación de esta suerte:

—Es verdad, Catalina. Vuestra madre ha dado siempre pruebas de ser, por lo menos, tan gran reina como madre, tierna y cuidadosa. Y yo, hija mía, que he venido a reemplazarla cerca de vos. Yo, que os quiero ver dichosa y tranquila, vengo hoy a deciros: —Catalina, no esperéis de mí ni tiranía, ni duras exigencias.

—¡Yo no os endeudo, señor! Murmuró Catalina, fijando con candor sus rasgados ojos en el semblante del rey; no comprendo a V. M.

—Digo, Catalina, que el cumplimiento de la fórmula que me prescribe el terminar vuestra educación, no puede tener lugar, porque según he podido colegir en el poco tiempo que hace os tengo a mi lado, estáis completa y perfectamente educada.

—¡Señor! Murmuró la princesa, que no sabía qué decir.

—Por tanto, hija mía, no quiero que se os moleste. Vivid alegre. Cazad, pedid trajes, joyas, caballos, carrozas y más servidumbre si queréis. Sois mi hija; hasta la época fijada para que viváis en matrimonio con el príncipe de Gales, sois su hermana en el interior de mi casa, ni más ni menos que lo sois de mi hijo segundo, Enrique. Pasado un año, se os señalarán habitaciones más próximas, y dentro y fuera de palacio, seréis su esposa legítima.

Catalina se inclinó, con las mejillas teñidas de rosa por las palabras del rey.

—Entonces, prosiguió éste, sólo una cosa os pediré. Que me deis cada año un hermoso príncipe; y no puedo ocultaros, Catalina, que una de las razones que me han decidido a solicitar vuestra mano para mi hijo, ha sido el haber visto que erais la más robusta y mejor formada de todas las princesas cuyos retratos me presentaron.

El rubor de Catalina subió de punto; pero el rey hizo como que no lo veía, y se levantó para marcharse.

—Os repito mi encargo, continuó; divertíos, y no temáis hacerme gasto. Es preciso que viváis como la princesa de Gales que sois desde ayer.

—Señor —repuso Catalina— mis hermanos y yo hemos sido educados por nuestros padres en la modestia y la templanza, y no son mis gustos conformes con el plan de vida que me propone V. M.

—Amo el retiro y el estudio, y si V. M. lo permite, y mi esposo no se opone a ello, pasaré algunas horas del día en mi habitación y ocupada en las labores de aguja que mi buena madre me ha enseñado.

—Haced lo que gustéis, hija mía —dijo el rey, con un gran esfuerzo de su parte, para no dejar asomar a sus ojos la expresión del desdén—. Nadie os violentará en lo más leve; mandad a vuestro gusto y sed feliz.

El rey presentó su mano a Catalina, que la besó con respeto, acompañándole después hasta la puerta.

Apenas había desaparecido, un oficial de palacio entró a preguntar a la infanta si podía recibir a los caballeros españoles que la habían acompañado, los cuales venían a despedirse de ella.

—¡Oh, sí! ¡Que entren! ¡Que entren! —exclamó Catalina. Y palpitante, con los ojos animados y llenos de lágrimas, esperó en pie en el centro de la estancia.

Pocos instantes después aparecieron a la puerta los castellanos y aragoneses, a cuyo frente venía fray Hernando de Talavera.

—Señora, que V. A. sea muy dichosa —dijo el confesor de Isabel la Católica, doblando la rodilla ante Catalina, y besando su mano—. Vuestros augustos padres y yo rogaremos al cielo todos los días por vuestra felicidad.

—Id en paz —contestó la princesa reprimiendo con una firmeza heroica las lágrimas que, cual desbordado torrente, subían desde su corazón a sus ojos—. ¡Dios os acompañe, padre mío, nobles caballeros! Y decid a mis queridos padres, que desde el fondo de mi alma va hacia ellos mi incesante recuerdo; decidles también que soy feliz.

Fray Hernando conoció que en el corazón de la infanta había, sino penas, al menos lúgubres presentimientos. Pero viendo también que no era ocasión de ser franca, y que por otra parte había en su alma una fortaleza que pocas veces le permitía serlo, se retiró para dejar paso a los caballeros de la comitiva.

Estos fueron pasando, y Catalina en pie y pálida, pero con los ojos enjutos les dio a besar su mano.

De cuando en cuando, les decía con voz dulce ¡Id con Dios!

Cuando salieron todos, la princesa se arrodilló a los pies de fray Hernando y le pidió su bendición.

Sólo entonces dejó escapar algunas lágrimas. Luego se levantó se arrojó en los brazos del religioso, diciéndole:

—¡Llevad este abrazo a mis amados padres!

El anciano la estrechó en ellos; y luego salió enjugándose también una lágrima.

Cuando la infanta se quedó sola, entró en su oratorio. Se arrodilló delante de una imagen de Jesús crucificado, que coronaba el altar, y durante largo rato oró con fervor.

## IV

Tres meses pasaron, con una vida, si bien monótona, feliz para la infanta.

El rey de Inglaterra había dicho bien. La educación de Catalina estaba del todo terminada y era tan completa, que ninguna princesa de su tiempo la igualaba en virtudes, ni la aventajaba en gracias y habilidades.

Catalina era dulce, firme y modesta. Su carácter, dotado de una perfecta igualdad, era adorable, a pesar de ser un poco serio. Se la tachaba de excesivamente devota; pero su piedad era tan tierna, tan sincera, tan poco supersticiosa, tan natural, en fin, que casi constituía el principal de sus encantos.

El alma augusta de Isabel de Castilla estaba reflejada en su hija Catalina; nada había de aquella esforzada mujer, en su hija mayor Juana, que luego llevo el tristísimo sobrenombre de *la loca*. Cuánta fortaleza, cuánta piedad, cuánta bondad, había pasado como una herencia en vida a sus descendientes, la había reunido la infanta Catalina.

La vida de la princesa era igual todos los días. Se levantaba con la aurora y oía dos misas en su oratorio particular. Luego tomaba el desayuno, y se ponía a leer y a pintar hasta las diez. A esta hora, entraba en el tocador; se despojaba de su brial de mañana, y sus camaristas la vestían un traje suntuoso.

Recibía enseguida la visita de su esposo, cuya habitación se hallaba situada al otro extremo del palacio, y algunas veces, la del príncipe Enrique que acompañaba a su hermano.

A las once, pasaba con Arturo a visitar al rey, y almorzaban en familia en la cámara de Enrique VII. a la una salía a dar un paseo en carroza o a caballo, con los príncipes, y algunos días con el rey. Volvía a las tres y se ponía a bordar con sus damas hasta las cuatro. A esta hora pasaba al comedor y tenía lugar la gran comida de familia, a la cual asistían los dignatarios, y a la que nunca faltaban diez o doce convidados.

Catalina hacía los honores con gravedad y mesura, pero con mucha gracia y amabilidad. Ella ponía en el plato del rey los manjares y los trinchaba por su mano.

Acabada la comida, jugaba media hora a los dados con el rey, y luego pasaba a una galería de cristales, en la cual, para dar gusto al príncipe Enrique que era muy turbulento, jugaba con él al volante.

Los tres príncipes bajaban a los jardines, acabado este ejercicio, y se pasaban largo rato. Al anochecer, se reunían en la cámara del rey, que recibía tertulia.

Enrique VII, obsequiaba a sus hijos y a sus cortesanos con una ligera colación de dulces y frutas, y luego pasaban todos conversando dos o tres horas, hasta las diez en que servían en el gran comedor una suntuosa cena.

En aquella última comida del día, se sentaban a la mesa las damas de honor de la princesa y los cortesanos de servicio, y la alegría reinaba, contenida, sin embargo, en los límites del respeto.

Después de la cena, solía Enrique VII pedir a Catalina que cantase algún romance castellano, acompañándose con su laúd. Y ella, siempre complaciente, accedía al instante, admirando a todos con el hechizo de su voz y de su estilo.

A las doce, cada uno se volvía a su habitación. El príncipe Arturo acompañaba a su esposa hasta su cámara. Allí le besaba la mano, y se iba a sus aposentos.

A pesar del débil estado del príncipe de Gales, y de su carácter poco fogoso y profundamente egoísta, el rey Enrique VII le vigilaba muy atentamente. En las ocasiones en que podía o debía ver a su mujer, dos o tres espías del monarca acechaban sus palabras, sus movimientos y hasta sus miradas; pero el pobre niño se acercaba al sepulcro tan rápidamente, que ni tenía fuerzas para amar, ni para pensar siquiera en que pudiera ser amado de Catalina.

Entre tanto, el corazón de ésta permanecía cerrado también al amor. Le bastaba escribir largas cartas a sus padres y hermanos, rezar y cumplir con sus deberes, y ni pensaba en la época ya cercana en que debía ser de hecho la esposa del príncipe de Gales, ni la deseaba tampoco.

Catalina era muy caritativa. Y su corazón, sensible y amante, estaba lleno con las dulces emociones que sus beneficios le proporcionaban, y con el sincero cariño que profesaba al rey Enrique.

Este, por su parte, la llenaba de regalos y joyas. Aumentó sus rentas y su servidumbre, y para el cumpleaños del príncipe esposo de Catalina, envió a ésta un traje tan rico, que su fama voló por toda Europa, y su precio pareció fabuloso.

La belleza de la princesa había cambiado algún tanto, una blanca palidez cubría sus mejillas, antes vestidas de un delicado color de rosa. Y era, que así su cuerpo como su espíritu echaban de menos el radiante cielo de Castilla, y se angustiaban bajo el de la nebulosa Albion.

Más si era cierto que el alma de Catalina se entristecía por la influencia de aquel áspero clima, era verdad también que ni jamás lo dio a conocer a nadie, ni acaso se apercibió ella de tal cosa. La palabra *deber* era para la princesa omnipotente, y a sus ojos, su deber era no sólo mostrarse dichosa, sino serlo también.



## V

Era una fría y encapotada mañana del mes de Marzo, cuando en un suntuoso palacio de Londres se hallaban reunidos tres personajes, de elevada clase, a juzgar por la riqueza de sus trajes.

Uno de ellos, el más anciano, vestía una túnica talar de seda negra y llevaba al cuello una gruesa cadena de oro de la cual pendía una cruz, enriquecida con diamantes.

Era el severo y orgulloso arzobispo de Warham.

Los otros dos contaban menos edad.

Llevaban trajes de seda de color claro, con encajes de plata, y recamados de rica pedrería. Sobre sus suntuosos vestidos, bajaban los anchos pliegues de sus capas de seda oscura guarnecidas de piel de armiño.

Era el uno el duque de Somerset y el otro el conde de Pembroke, altos dignatarios de la corte de Enrique VII.

Los tres ocupaban un anchuroso y lóbrego salón, en cuya chimenea ardía un tronco de encina, y cuyas ensambladuras estaban ennegrecidas por el tiempo.

Una luz escasa pasaba a través de las vidrieras de colores, alumbrando vagamente el flaco rostro del arzobispo, y las llenas y linfáticas caras de los dos nobles.

—¿Conque aseguraba vuestra gracia —dijo el conde de Pembroke al arzobispo, continuando al parecer una conversación ya empezada, que S. A. R. el príncipe Arturo está mucho peor?

—¡No, milord! —Contestó el prelado con una especie de cólera nerviosa — ¡no! Lo que yo he asegurado es que no vivirá un mes.

—¡Vuestra gracia olvida que en la antesala está la servidumbre! — exclamó con terror el duque de Somerset. Que le pueden oír, y que...

—¡Milord, mis servidores son sordos y mudos —respondió el arzobispo con altivez—. O, a lo menos, hago yo que lo sean; y me extraña que vuestra gracia repare en lo que yo no he reparado!

—Perdonad, milord, y continuemos hablando, que los asuntos de Estado bien merecen que nos hagamos superiores a mezquinas susceptibilidades.

—¡Digo, pues! —Continuó el arzobispo de Warham—, que el príncipe Arturo no vivirá un mes, y digo también, sin temor de equivocarme, que el rey tratará de casar a la princesa viuda con su hijo segundo el príncipe Enrique.

—¡Pero, milord, eso no nos conviene por ningún título! —exclamó el duque de Somerset—. Siempre abrigué la esperanza de que la infanta castellana volviese viuda al lado de sus padres.

—Yo no, debo confesarlo —dijo el conde de Pembroke.

—¡Cómo! ¿Pensaba vuestra gracia que la princesa de Gales contrajese un segundo matrimonio con el hijo segundo del rey?

—Sí, señores. Lo pensaba así, porque conozco demasiado el carácter avaro del rey, y sé que jamás querría devolver el soberbio dote de la infanta; si no tuviera otro hijo, primero se casaría él con ella.

—¡Catalina reina de Inglaterra! —Exclamó el arzobispo—. Por cierto que, aunque esposa del heredero de la corona, ahora es la primera vez que veo la posibilidad de que ocupe el trono.

—¡Oh!, ¡y qué reina! —Exclamó el duque de Somerset—. Debe parecerse a su madre, la varonil Isabel de Castilla. ¡Debe ser ambiciosa, guerrera, fuerte! ¡Debe ser muy capaz de dominar, pero imposible de ser dominada!

—Por tanto, milores —añadió el arzobispo— es preciso, ya que no podamos impedirle que se siente en el trono, proveernos de un arma para arrojarla de él a la primera ocasión.

—Confieso, milord, que no entiendo a vuestra gracia —dijo el conde de Pembroke.

—Yo sí —observó el duque de Somerset que era más ambicioso— comprendo perfectamente, y sé que no existe más que un medio de hacer nuestra el arma temible que necesitamos.

—Uno sólo existe, en efecto —dijo el arzobispo con gravedad—. Y este es el acusarla en su día de una entrevista secreta con el príncipe Arturo, hoy su esposo.

—¡Bah!, ¿para qué? —preguntó con pasmosa inocencia el conde de Pembroke.

—En su día verá para qué vuestra gracia —contestó el duque de Somerset, cambiando con el arzobispo de Warham una mirada de inteligencia—. Ahora es inútil explicarlo.

—Sí —añadió el arzobispo, cuya frente ancha y amarilla se hallaba arrugada bajo el peso de graves pensamientos— ahora, señor conde, son inútiles las explicaciones; sólo os he llamado para que me digáis si confiáis en mí completamente, y si estáis dispuesto, como su gracia el señor duque de Somerset, a secundar mis proyectos en bien del reino.

—Estoy pronto —respondió el conde— siempre que me juréis, por vuestro honor de noble inglés, que cuanto vais a hacer es en bien del reino, y que ningún daño ha de venir por ello al rey.

El arzobispo se levantó. Fue lentamente hasta una mesa de ébano, que contenía entre otros objetos preciosos una biblia gótica, y la trajo abriéndola sobre un magnífico reclinatorio forrado de terciopelo violeta.

Luego puso encima su diestra, se volvió a los dos nobles, y dijo con voz solemne.

—Juro por los santos evangelios, por mi fe de cristiano católico, apostólico, y por mi honor de caballero inglés, que en todo cuanto pienso practicar, no llevo más miras que la gloria del reino y la felicidad de mi amado rey y señor Enrique VII hoy, y en lo sucesivo de su hijo Enrique VIII.

—Pero, milord —dijo el honrado conde de Pembroke— no sabemos aún si Dios habrá determinado llevarse al príncipe Arturo, y me parece muy aventurado, y hasta muy desleal, el que miremos al príncipe Enrique como al heredero de su padre.

—Yo os aseguro milord, por tercera vez, que el príncipe Arturo no vive un mes —dijo el arzobispo con una impaciencia mal contenida.

—Creedme.

—Sea —repuso el conde, con una expresión inequívoca de recelo y de perplejidad.

—Puede ya vuestra gracia —añadió— decirnos lo que espera de nosotros.

—Pues bien, señores, no hay que perder tiempo —dijo el arzobispo—. Debemos sembrar hoy mismo para recoger el fruto, no hoy ni mañana, sino quizá dentro de muchos años.

—Habíais, milord, como si fuéramos jóvenes —dijo el conde de Pembroke— ¿olvidáis que nuestros cabellos blanquean?

—Tenéis Hijos —repuso el prelado con voz profunda.

—Tenéis hijos, milord, y yo tengo un hermano, mucho más joven que yo; trabajemos, pues, para nuestras familias.

—Hablad, milord —dijeron los dos nobles, que al nombre de sus hijos sintieron agitarse en sus almas el fuego devorador de la ambición.

—Pues bien, oídme, milores —murmuró el arzobispo bajando la voz y haciendo una señal al duque y al conde para que acercasen sus asientos al que él ocupaba.

—Ya sabéis que desde que el estado del príncipe Arturo se ha agravado tanto, su esposa va a verle después de comer.

—Sí, lo sabemos —contestaron los dos oyentes.

—Pues bien, es preciso lograr que hoy no vaya.

—¿Para qué? —exclamó con ímpetu el conde de Pembroke.

—Para que en vez de ser el príncipe visitado por su esposa, sea él quien vaya a visitarla.

—¡Ah!, ¿creéis, pues, que el príncipe Arturo, pasa algún cuidado porque su esposa vaya a verle o no? —exclamó riendo el duque de Somerset.

—Sí que lo creo.

—Pues yo, milord, ¡os afirmo que su egoísmo no le permite pensar en eso!

—El carácter del príncipe Arturo sigue siendo egoísta, o más bien, sus crueles padecimientos siguen embargando por completo su atención; pero en cuanto a sus sentimientos, con respecto a su esposa, puedo aseguraros, señores, que han experimentado un gran cambio.

El arzobispo pronunció estas palabras con acento de tan profunda convicción, que sus dos compañeros se le quedaron mirando absortos.

—Sí —continuó el prelado— la princesa ha obrado en los sentimientos de su esposo un cambio completo; si no la ama con pasión, porque a esto se oponen su corta edad, y sus dolencias, la ama al menos como a una hermana, a quien admira y respeta. Catalina ha subyugado a ese pobre niño doliente con el encanto más poderoso que puede emplear una mujer; le habla del cielo cuando padece, y de su amor cuando lamenta su fatal estado.

—¡La princesa es una mujer admirable! —murmuró el conde de Pembroke enjugando una lágrima que se deslizaba por su rugosa mejilla.

—¡Si, sí, muy admirable —repuso el arzobispo— demasiado admirable! Pero volvamos a lo que os decía, señores. El príncipe, viendo que su esposa no va a verle, irá a visitarla esta noche, no lo dudéis.

—¡Bien!, ¿y qué? —preguntó el duque de Somerset.

—Que nosotros estaremos apostados en la galería de cristales y le veremos pasar, entrar en el cuarto de Catalina, y cerrar la puerta con cuidado, para que no le oigan hablar con ella.

—Muy bien; ¿y luego?

—Luego, nada más. Ya no nos queda por ahora más que hacer; pero el día que se acuse a Catalina de haber consumado su matrimonio con el príncipe Arturo, nosotros diremos lo que hemos visto esta noche.

—Confieso que me remuerde la conciencia de acceder a lo que se me exige —dijo en voz baja el conde de Pembroke— y permitidme que añada, milores, que necesito meditarlo despacio.

—No hay lugar para meditaciones, milord —dijo el arzobispo—. Lo que os he propuesto, lo mismo que al duque de Somerset, ha de ser hoy.

—¡No, por mi vida! —repuso airado el conde; ¿creéis que así se me obliga a una acción villana? ¡Sé de lo que se trata! ¡Sé qué queréis perder a esa noble e infeliz princesa, abandonada aquí, lejos de su patria, de sus padres, de sus amigos! ¡Oh no, no! ¡Eso jamás!

Palideció el arzobispo al oír la enérgica negativa del conde de Pembroke, pero no de espanto, sino de ira. Luego, acercándose a él, le tomó por el brazo, y le llevó al hueco de una ventana.

—Oíd, milord —le dijo con voz lenta y profunda— oíd, y no olvidéis lo que voy a deciros. Vos sabéis que quiero arrojar del trono a la princesa Catalina, si por desgracia llega a ocuparle; pero yo sé qué hace tres años mantenéis relaciones amorosas con la bella Malborgiana, con la seductora escocesa, amante del rey Enrique VII.

Un rayo que hubiera caído a los pies del conde, le hubiera aterrado menos que aquella inesperada revelación. Dio un paso atrás al escucharla, pero el arzobispo le asió de nuevo por un brazo y continuó:

—Sólo un medio tengo de asegurarme de vuestra prudencia, y este es el que toméis parte en mis planes; para arrojar de Inglaterra a Catalina, se necesitan tres testigos de su entrevista nocturna con su esposo. —¡Vos seréis uno de los tres!

—¡Nunca! —gritó el conde con orgullo.

—¡Vos seréis uno de los tres! —repitió el prelado, sin alzar la voz ni perder su calma— de lo contrario, Malborgiana, su hija y la vuestra, la pequeña y graciosa María, y vos mismo, moriréis en el tajo, porque ya sabéis que el rey Enrique es implacable y fiero en su venganza.

—¿Quién le dirá el agravio que le hecho? —preguntó el conde, cuyo semblante había vuelto a recobrar su expresión dura y altiva.

—¡Yo! —dijo con breve acento el arzobispo.

Reinó el silencio durante algunos instantes. Milord de Warham, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía esperar con una calma estoica la

decisión del conde, quien, según lo descompuesto de su semblante, era presa de una violenta lucha interior.

Dos o tres veces se llevó la mano a la frente para secar el helado sudor, que corría por ella. Dos o tres veces miró al cielo con expresión desesperada. Más al fin, el amor paternal venció a todos los demás impulsos, y dijo al arzobispo con voz sofocada:

—¡Soy vuestro!

El prelado se volvió entonces hacia el duque, y le dijo lacónicamente:

—Milord de Pembroke, accede al fin a coadyuvar a nuestra empresa; yo me encargo de impedir que la princesa vaya a ver a su esposo; así, pues, señor duque, hasta el anochecer en la galería de cristales.

—Hasta el anochecer —repitió el duque, y salió seguido del conde Pembroke que, sumergido en sombríos pensamientos, no pronunció una palabra.

## VI

Catalina de Aragón se hallaba sentada en la galería de cristales, y esperaba, leyendo en un libro devoto, la hora del almuerzo, después del cual y según su costumbre pensaba ir a visitar a su esposo.

La duquesa de Somerset, su primera dama de honor, se hallaba con ella, y ora miraba con ansia al gran patio de palacio, ora hería ligeramente la tierra con su pequeño pie.

Emma Stanhope de Somerset podía ser muy bien la hija de su esposo, viudo ya dos veces cuando casó con ella. Apenas contaba veinticuatro años, y su semblante, fresco, mórbido y juvenil, le robaba aún cuatro o cinco de los pocos que en realidad tenía.

Parecía, pues, una joven que aún no había dejado el techo paterno por el palacio nupcial.

Su tipo era tanto más encantador, cuanto más extraño en la fría Inglaterra. Era morena, con ojos negros, lo mismo que sus cejas y pestañas, y lo mismo que su cabello, largo, copioso y recogido en trenzas que brillaban como azabache bruñido.

El fuego de la salud y de la vida iluminaba sus redondas mejillas adornadas de hoyuelos, con un colorido aterciopelado y fresco, y prestaba a sus labios un vivo carmín.

El duque, viejo de sesenta años, y de condición áspera y dura, se había casado con ella por una de esas razones que medían en los enlaces de la nobleza, y también por una especie de vanidad en adornar su suntuoso y triste palacio con la presencia de una joven linda. Pero Emma, que no era de carácter dado a la melancolía, había tomado su partido, entregándose a la galantería más de lo que convenía a la rigidez en que había sido educada por unos padres que ya habían volado al cielo.

No había, sin embargo, en la corte quien no disculpase las ligerezas de Emma, a no ser los hombres que no podían obtener sus preferencias. Estos la censuraban duramente, porque sabido es hasta qué punto es pequeño en esos casos el corazón del hombre.

Algunos de aquéllos habían llevado su bajeza hasta el extremo de calumniar a la duquesa con el rey, atribuyéndole faltas mucho mayores que las que en realidad había cometido; pero Enrique VII se encogía de hombros, y sólo respondía:

—Es una niña imprudente, pero desgraciada. Dejémosla.

Emma era la antítesis más perfecta de su real señora. Catalina, alta, corpulenta y grave, manifestaba mucha más edad de la que tenía. La duquesa, pequeña, delgada y alegre, era una niña frívola y llena de caprichos.

Gustaba la princesa de estar constantemente ocupada, y Emma pasaba su indolente vida en la más completa ociosidad.

La joven temía mucho las horas que su servicio le prescribía permanecer al lado de Catalina. Se aburría de muerte junto aquella princesa devota, mesurada y majestuosa, que jamás mandaba nada, que nunca se descomponía y que hablaba poco.

En la tarde de que voy hablando, la princesa parecía absorta en la lectura de su piadoso libro. La pesadumbre de su alma, por el estado de Arturo; era extrema. Y aquellas oraciones sencillas y monótonas decían mejor con su estado moral que otra cualquiera lectura, y también mejor que todas sus labores habituales.

Ya empezaba Emma a impacientarse, siéndole imposible disimular su mal humor, cuando vio entrar en el patio al arzobispo de Warham.

Entonces pensó con alegría en que si éste venía a ver a la princesa, podría ella retirarse sin ser vista y salir de su insoportable inmovilidad.

Aplicó el oído, y bien pronto oyó los pasos de uno de los pajes de la antecámara que, según su parecer, venía a anunciar al prelado.

No se engañó. El paje levantó el tapiz de la puerta de la galería, y dijo a Catalina:

—Su gracia milord el arzobispo de Warham, pide la venia de V. A. R. para ofrecerle sus respetos.

—Que entre —contestó tranquilamente Catalina, cerrando su devocionario y poniéndole sobre una mesita que tenía junto a ella.

Un momento después entró el arzobispo. Catalina permaneció sentada, y sólo cuando éste llegó junto a ella, se levantó y le besó la mano.

Era tan augusto, tan firme el carácter de la princesa, que jamás concedía a nadie, ni por superstición, ni por ninguna bajeza, más de lo que debía darle.

El orgulloso prelado, acostumbrado a las exageradas deferencias del rey, se mordió los labios y dirigió a la princesa una mirada de encono. Pero ésta no la advirtió, y dijo a Emma con su habitual y serena dulzura:



—Querida duquesa, podéis por ahora disponer del tiempo. Os llamaré para que me acompañéis a la habitación de S. A. el príncipe cuando vaya a visitarle.

Emma se inclinó profundamente, y salió con cuanta ligereza le fue posible.

—¿No toma asiento vuestra gracia? —preguntó Catalina indicando al arzobispo el sillón en donde había estado sentada la duquesa.

El prelado volvió a morderse los labios, y se dijo con amargura que el rey le dejaba su propio asiento. No obstante, ocupó el que se le ofrecía, y haciendo un poderoso esfuerzo para dominar la cólera que hervía en su pecho dijo a la princesa con respeto:

—Señora, he venido a proponer a V. A. R. una buena obra.

—¿Una buena obra? —repitió Catalina con aquella expresiva gratitud que demostraba siempre a las personas que la proporcionaban ocasiones de ejercer su caridad.

—Hablad, milord, hablad.

—No se trata de ningún pobre miserable de esos que V. A. socorre todos los días, señora —contestó el arzobispo—. La buena acción que vengo a solicitar de V. A. se refiere al cariño fraternal.

—¡Ah! ¿Está castigado mi querido hermano? —preguntó la princesa, en tanto que asomaba a sus labios una ligera sonrisa.

—Sí, señora, y severamente —respondió el arzobispo.

—¿Pues qué ha hecho?

—Hace tres días que está estudiando su lección de latín sin que pueda salir con ella. E indignado hoy el rey, le ha mandado escribirla de memoria para la hora de la comida.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Sacar al príncipe de un gran conflicto. Aquí tengo la llave de la puerta secreta que da a su cuarto. V. A. puede ir a él conmigo, y escribirle la lección, librándole así del enojo del rey. Ya no hay tiempo para que él la copie; de lo contrario, lo haría yo; pero si el rey ve mi letra se enojará, al paso que aunque vea la de V. A. no sucederá eso. Ya sabe V. A. cuánto la ama, y que ha de agradecerle el conflicto de que saca a su hijo.

—Pero ¿por qué no viene mi hermano a mi habitación?

—El rey le ha prohibido severamente que salga de la suya; y para guardarle en prisión, están con él el conde de Pembroke y milord de Essex.

—Vamos al instante —dijo Catalina levantándose— vamos para consolar al pobre niño.

Un rayo de gozo iluminó las rudas facciones del arzobispo; abrió una puerta de la galería que conducía a las escaleras interiores, y siguió a la princesa, que ya bajaba por ella.

De súbito se detuvo Catalina y exclamó:

—¡Ay, Dios mío! ¿Cuándo veré hoy al príncipe Arturo? —A la vuelta, señora— repuso el arzobispo, bien seguro de entretenerla hasta la hora de comer.

La princesa no respondió nada y continuó bajando. Bien pronto llegó a la puerta que daba a la habitación del príncipe Enrique, la cual se abrió como por encanto.

Milord de Warham no había mentido; el príncipe, sentado delante de una mesita con embutidos de bronce, tenía la cabeza sepultada entre sus manos, y lloraba con una amarga cólera.

En el breve espacio de su rostro que se podía ver, se advertía la púrpura de la ira. Al ruido que hicieron la princesa y el arzobispo, se levantó y corrió hacia ellos.

—¡Ah, qué buena sois, señora! —exclamó tomando la mano de Catalina y besándola con ardor.

—Veo que venís en mi socorro, y hacéis bien, ¡si no contentara al rey con mi lección escrita por vuestra mano, me prohibiría asistir a la comida, y yo me arrojaría por un balcón para no sobrevivir a tanta vergüenza!

—Sois un niño, Enrique —dijo Catalina sonriéndose—. Vamos —añadió, ocupando el asiento que había dejado el príncipe—. ¡Decidme cuál es vuestra lección!

—Antes permitidme que os diga que no soy tan niño, pues he cumplido ya doce años. Ahora tomad mi lección, cuya página está apuntada. Es un pasaje de la Biblia.

—Lo conozco, —dijo Catalina, que sabía de memoria las sagradas escrituras, así en su idioma como en la armoniosa lengua de Ovidio—. Vaya, calmaos y dentro de tres horas tendréis escrito el pasaje. Tardaré un doble de tiempo, porque desde que me hallaba junto a mi madre no he escrito latín.

Catalina ahogó un suspiro al decir estas palabras, pues ellas le recordaban a sus amados padres.

—Mi padre es hoy injusto —dijo el príncipe con acritud—. Justamente hoy, que sabía yo mi lección como nunca... hoy, que se la hubiera dado de memoria, se ha empeñado en que la escriba... y con el enfado que me ha ocasionado su injusticia, se me ha olvidado completamente.

Luego, hiriendo el suelo con su pequeño pie, continuó el iracundo niño:

—¡Por fuerza alguno le ha ido hoy a mi padre con quejas de mi desaplicación!

—¡Señor!... murmuraron los tres caballeros presentes, que temblaban más ante la ira del príncipe que ante la del rey, su padre.

—¡Sí, sí!, ¡alguno ha provocado hoy el enojo del rey contra mí, y ése ha debido ser mi ayo!

—¡Señor! —repitió el arzobispo de Warham, afectando humildad y bajando la cabeza para no mostrar su triunfante sonrisa.

—Vaya, callad, hermano, si queréis que escriba sin borrones —dijo Catalina, continuando su trabajo con alguna dificultad.

Los tres cortesanos se retiraron al hueco de una ventana, y Enrique se apoyó en el respaldo del sitio de Catalina para ver lo que escribía.

En esta postura veía el torneado y blanco cuello de la princesa y el gracioso nacimiento de su cabello castaño claro y sedoso, al mismo tiempo que el movimiento de su blanca y pequeña mano; qué dejaba correr la pluma con lentitud, pero sin cansancio ni dificultad.

Poco a poco el seno del niño se fue agitando con una sensación vaga y desconocida. Sus mejillas se encendieron, y su corazón se oprimió con un peso indefinible.

Era el contacto eléctrico de una adolescencia inocente y pura y de una infancia adelantada en sus sensaciones.

Hubo un instante en que Enrique inclinó su cabeza, y puso sus labios en el cuello de la princesa.

Esta no se apercibió siquiera de aquel beso; tan absorta se hallaba en su tarea.

—¡Qué hermosa eres, Catalina! —murmuró Enrique.

La princesa volvió el semblante, cuya pálida y suave blancura no empañaba la más leve emoción. Sólo en sus ojos garzos se veía pintada la extrañeza que le causaban los modales demasiado familiares de su hermano.

—Sentaos ahí, enfrente de mí —dijo al niño— me distraéis con vuestros juegos, y no podré acabar. Además, debo ir a ver a Arturo.

—¡Ah, qué feliz es mi hermano! —murmuró el príncipe, dejándose caer en el sillón que le señalaba Catalina.

—¡Feliz! —murmuró la princesa, suspendiendo el movimiento de su pluma, y una lágrima, pura como su alma, pero ancha, como todas las que son hijas del dolor, cayó sobre el papel.

Catalina sacó su pañuelo de batista; secó con cuidado aquella lágrima, y continuó escribiendo con la dulce y reposada calma que era el atributo más

noble de su regio y magnánimo ser.

## VII

Catalina concluyó su tarea cerca de las cuatro, y volvió presurosa a su habitación para vestirse y pasar al comedor, pues era ya la hora de la comida; al entrar en él, lo primero que vio fue al rey, que miraba la lección de latín que ella acababa de escribir, y a su lado el príncipe Enrique con las mejillas sonrojadas y los ojos llorosos.

—Dad gracias a vuestra hermana —dijo Enrique VII a su hijo, apenas apercibió a la princesa—. Su talento, y sobre todo su bondad en haberle querido emplear con vos, os libran de un largo y severo arresto.

Luego, volviéndose a Catalina, dio a ésta un beso en la frente y añadió:

—Sois un ángel; pero no empleéis más vuestra sabia educación con este muchacho terco y perezoso; y creed que si hoy me contento con vuestro trabajo en vez de pedir severamente el suyo, es porque quiero veros comer con apetito, y no me resuelvo a disgustaros.

Se sentó el rey, dichas estas palabras, y Catalina le sirvió según costumbre; pero en vez de comer, con el apetito casi voraz, que era habitual en él, sepultó la cabeza entre ambas manos y quedó inmóvil.

—¿Qué tenéis, padre? —preguntó tiernamente Catalina.

—¡Arturo! ¡Ah, mi pobre Arturo! —murmuró el rey olvidando su sangre fría británica, ante el cruel pensamiento de que iba a perder un hijo.

Pero, haciéndose superior a aquel acceso de dolor, alzó la cabeza, pasó por sus párpados su pañuelo de encajes, y empezó a comer.

Todos le imitaron menos Catalina, que a duras penas podía contener el llanto, pensando en su marido enfermo y casi moribundo.

Las seis daban al levantarse de la mesa. Catalina se despidió del rey y se dirigió a la habitación de Arturo. Pero halló a la puerta al viejo y huraño duque de Somerset, que le cerró el paso respetuosamente.

—¿Qué es esto? —Preguntó Catalina con altivez— ¿desde cuándo la princesa de Gales no puede entrar en la habitación de su marido?

—V. A. R. viene sola —murmuró el esposo de Emma— y las órdenes de S. M. son terminantes en este punto.

—¡Es verdad! —Observó la hija de la casta Isabel la Católica, con el semblante rojo de vergüenza—. Vengo sola, milord; pero debíais recordar que el príncipe; se muere, y que no podía yo pensar ahora en ridículas e indignas formalidades. Volveré dentro de un instante con alguno que me acompañe.

Catalina volvió la espalda con majestad, y se dirigió a su habitación, donde había dejado a sus damas de honor.

En la puerta, y jugando con unos de los herniosos lebreles del rey, estaba lord de Somerset, niño de ocho años, e hijo de Emma, que lo había tenido a la edad de diez y seis, y a los diez meses de casarse con el duque.

Catalina, a pesar de su angustia, acarició la negra cabeza de Edmundo, que este era el nombre del pequeño lord.

Aquel niño tenía un aspecto extraño. Su carita morena era ya dura y de pómulos salientes. Sus ojos negros, grandes y hundidos, brillaban de malicia y de audacia. Tenía los labios muy delgados y la barba estrecha, señales infalibles de astucia y de avaricia.

Por lo demás, era una criatura magníficamente vestida de encajes y terciopelo, y cuyos hermosos cabellos negros estaban bañados de perfumes.

Su padre le adoraba, y su joven y bella madre le idolatraba con una especie de frenesí.

Edmundo crecía, pues, entre aquellos dos amores, sin más ley que su capricho, y sin saber más que atormentar a cuantos vivían en derredor suyo.

—Tomad, señora —dijo Edmundo al ver a Catalina— mi padre me dio dulces esta mañana, y guardé uno para vos.

Al decir estas palabras, metió la mano en el bolsillo de sus calzones, y sacó un dulce pulcramente envuelto en un papel color de rosa.

La princesa tomó el dulce, dio otro beso a Edmundo, e iba a entrar en su cámara, cuando el niño la detuvo por el vestido.

—Os he dado el dulce para que me deis un poco de pastel de venado —dijo el joven lord— mi padre no quiere que le coma en mi palacio porque dice que me hace daño; pero vos me daréis, ¿verdad?

—Sí, te daré, Edmundo; ¡pero déjame ahora, por Dios!

—¡Es que ha de ser pronto! —Exclamó Edmundo con ira—. Vos ya tenéis el dulce, y es muy justo que mandéis que me den ahora mismo el pastel... ¡toma!, ¡yo no doy nada por nada! Y encargad, que me lo sirvan en un plato de oro, que así los tengo yo en mi palacio.

Catalina no quiso detenerse en responder al niño, y entró presurosa en su habitación, admirándose mucho de no hallar a nadie en la primera ni en la

segunda antecámara. Pasó después a su cámara, y su sorpresa creció de punto al no hallar en ella más que a Emma.

—¿Dónde están mis damas? —preguntó asombrada la duquesa.

—Yo no sé, señora —respondió la madre de Edmundo—. Todas se han ido una después de otra, y no sé a dónde.

—¡No importa!... poneos un manto, duquesa, y acompañadme... —dijo Catalina que estaba en extremo agitada.

—¿A dónde vamos, señora? ¿Qué sucede a V. A. R.? —preguntó Emma alarmada, pues a pesar de su frivolidad y de sus defectos amaba sinceramente a Catalina.

Esta iba a responder; pero se lo impidió el ruido que hizo la puerta, y la presencia de su esposo, que pálido, demacrado, moribundo, apareció en el umbral.

Al ver a Arturo, un grito de espanto partió de los labios y del corazón de la princesa.

El pobre joven, acostado en su suntuoso lecho, presentaba un aspecto menos doloroso; pero en aquel instante, envuelto en su ropilla de terciopelo negro, sin encajes, sin joyas, presentaba la imagen desolada de la muerte.

Nada había ya en él de bello, de suave, de fresco. Los padecimientos habían macerado sus facciones, y la fiebre había hundido sus ojos. Su rostro lívido, parecía herido por tan agudos huesos que se hubiera dicho iban a agujerear su epidermis, y la muerte dibujaba ya su herradura en aquel semblante de quince años.

—Señor... ¿a qué viene V. A. R.? —exclamó la duquesa con espanto, mientras Catalina sostenía al príncipe, que se apoyaba casi desmayado en la puerta.

—¡Quería ver a Catalina!... —murmuró Arturo— y he venido...

—¿Pero no hay nadie en las antecámaras? —exclamó Catalina... ¿habéis venido solo, señor?

—Solo, sí —respondió Arturo—. Solo... a nadie encontré.

—¡Oh, aquí se oculta alguna horrible trama! —Exclamó la duquesa— nada de lo que pasa es natural.

—¿Qué teméis? —Dijo Catalina— ¿qué objeto puede tener?

—Yo no sé, señora... pero ya lo sabremos algún día para nuestro mal.

—Catalina —dijo Arturo, a quien habían colocado en un sillón la princesa y Emma: Catalina, he querido veros, porque vos no veníais y me muero.

—¡Dios sólo dispone de la vida de las criaturas, señor! —Repuso la joven esforzándose en ahogar sus lágrimas— ¿a qué pensar ahora en la muerte

cuando quizá la vuestra ha de durar muchos años?

Arturo meció tristemente la cabeza y quiso responder, pero no pudo. Se reclinó en el sillón, y empezó a quejarse de un modo ronco y profundo.

La princesa, cuya alta estatura dominaba con mucho al sillón, se arrodilló a su lado, y asió, entre sus manos suaves y tibias, las abrasadas de Arturo.

En vano éste quiso hablar dos o tres veces. Sólo dejó de oír la especie de silbido que se escapaba de entre sus labios.

—¡Señora, S. A. R. se muere por momentos, por segundos!... ¡está agonizando!... —exclamó Emma con terror— es fuerza llamar al rey y al confesor.

Catalina volvió hacia Emma su rostro bañado en llanto, atraída por aquel asunto angustioso; pero nada comprendió de lo que le decía.

—¡Ah Gracias a Dios! —exclamó la duquesa al percibir un rumor de pasos al otro lado de la galería.

Y casi al instante se abrió la puerta, y apareció en el umbral el rey, seguido de los gentiles hombres y de los servidores de Arturo.

Catalina no lo advirtió hasta que lord Douglas y el conde de Argile tomaron a Arturo entre sus brazos para conducirlo de nuevo a su cámara.

El rey y Catalina siguieron presurosos la triste comitiva, dirigiéndose también a las habitaciones del príncipe.

Al pasar la princesa por la galería, Edmundo, que aún se hallaba en ella, la asió del vestido otra vez.

—Señora —dijo con una rabia concentrada— dadme ahora mismo el pastel, o devolvedme el dulce que os he dado.

Catalina se desprendió blandamente de las manos del niño, que se apoderó, pateando de coraje, del vestido de su madre.

—¡Hijo mío! —Exclamó Emma, a pesar de lo preocupado que se halla su ánimo con la desgracia que pesaba sobre la familia real—. Hijo mío, ¿cuándo dejarás de ser codicioso y violento?

Y la amante madre cubrió a su hijo de caricias mientras el rey, Catalina y Enrique rodeaban el lecho del moribundo Arturo.

Este entró muy pronto en la agonía. Agonía terrible, que se prolongó cinco días, sin que durante ellos recobrase el pobre niño, ni por un solo instante, el conocimiento.

En la aurora del día 3 de Abril de 1502, expiró Arturo Tudor, príncipe de Gales y heredero de la corona de Inglaterra, habiendo estado casado sólo cinco meses con Catalina de Aragón.



## VIII

Tres meses después entró el rey Enrique VII en la habitación de la princesa viuda.

Vestida ésta de luto, estaba bordando con dos de sus camaristas, y la duquesa de Somerset leía en voz alta y con gran fastidio suyo, en el libro de oraciones de Catalina.

Esta parecía de más edad, a causa de su triste traje. Su semblante grave lo era mucho más desde la muerte de su marido, tan amado de ella, y tan digno de serlo por su carácter generoso e inofensivo.

—Me alegro de ver a V. M. señor y padre mío —dijo Catalina levantándose y dando algunos pasos para recibir al monarca, cuya mano besó con respeto; luego que le vio sentado, añadió:

—¿Han venido cartas de mis padres?

—Aquí hay una para vos, hija mía —dijo el rey presentando un pliego a Catalina, quien, después de pedirle su venia, lo abrió presurosa.

Decía así:

«Nuestra muy amada hija. Venimos en conceder tu mano a S. A. R. el príncipe de Gales, Enrique. Sé para él tan buena esposa como lo fuiste de su hermano, y te acompañará siempre la bendición de tus padres».

Firmado en Segovia a 23 de Junio del año 1502. —Fernando de Aragón. —Isabel de Castilla».

—¡Dios mío! —Gritó la princesa, cuyo rostro se vistió de una extrema palidez al leer esta carta— ¿no sueño? ¿Será posible que se trate de...?

—¡Retiraos! —dijo el rey con imperio a la duquesa y a las damas, temeroso del asombro de Catalina. Y luego, volviéndose a ella, añadió:

—¿Os extraña, hija mía, que no pueda renunciar a vos?

—Pero, señor —dijo Catalina— ¡el príncipe es un niño!

—Vos sois una niña también.

—Tengo ya diez y seis años, y él sólo cuenta doce.

—¿Qué diferencia son cuatro años? Ved además que este es mi gusto, el de vuestros padres, y además la voluntad de Dios que os quiere dar la corona de Inglaterra. Vivid junto a mí, Catalina. Soy viejo y pronto dejaré ya este mundo. Reemplazad a mi lado al hijo que he perdido.

Nada contestó Catalina. Dobló la cabeza, y derramó ese llanto silencioso, cuyo manantial está en el corazón.

—¿Nada me respondéis, Catalina? —preguntó tras una larga pausa el astuto Enrique VII.

—Nada más que una cosa puedo responderos, señor —dijo Catalina; que os obedeceré:

El rey no quiso oír más. Se levantó, besó a la princesa en la frente, y salió presuroso.

Aquella misma noche participó el rey a toda la corte reunida que, dentro de ocho días, se celebrarían las bodas de la princesa viuda de Gales con el príncipe heredero.

Al oír las palabras del rey, Se encendió de ira la frente del arzobispo de Warham, que se adelantó resueltamente hacia él.

—¡Señor —dijo con acento que temblaba de cólera. La ley del Levítico ofrece dificultades para ese enlace, y es menester reunir un consejo para deliberar!

—¡Podéis ahorraros ese trabajo, milord!, contestó severamente el rey. Ved aquí —añadió tomando de una mesa un pergamino sellado. Ved aquí las bulas del papa Julio II. Están por medio razones de alta política, y además... ¡mi voluntad!

El prelado se inclinó en silencio, y de sus ojos hundidos brotó un relámpago de enojo; pero aquella cólera, que después había de dar sus frutos, debía, al menos por entonces, ser impotente.

Dicha su voluntad, se retiró el rey a su cámara, y los cortesanos salieron también, unos en pos de otros, alegres los que veían en aquel enlace esperanzas de futura grandeza; tristes los que conocían el carácter firme de la princesa de Gales.

Esta se resignó con su suerte, ¿qué podía hacer?

Voluntades de hierro se hubieran opuesto a la suya aunque hubiera osado resistir. Porque sabido es que, además del empeño del rey de Inglaterra, mediaba el de la reina Isabel la Católica, que a pesar de su generosidad y de la

grandeza de su carácter, en asuntos de Estado, no transigía ni aun con su propio corazón.

Llegó el día de la ceremonia. Catalina dejó el luto, que llevaba por su primer esposo, para ir al altar, y se vistió costosas galas, como había hecho ocho meses antes.

Su rostro tranquilo y frío reflejaba un alma que había renunciado el amor. Apenas había brillo en sus grandes ojos pardos, ni la más leve emoción alteraba la suave blancura de sus mejillas.

No hay para qué repetir aquí la ceremonia, que tuvo lugar en el mismo orden que la efectuada con el pobre príncipe, que ya dormía en su tumba.

Al volver a palacio, la princesa ocupó de nuevo su habitación, y Enrique, el esposo de doce años, se despidió de su esposa para irse a la suya.

Los esposos debían vivir así también, hasta la pubertad de Enrique.

¡Pobre Catalina, destinada a ser la esposa de dos niños! Su corazón, formado para el amor, se había dormido en el fondo de su pecho, y en algunos momentos, en tanto tenía lugar la ceremonia de los esponsales, se preguntó fijando los ojos sobre Enrique, si no parecía más bien la madre que la esposa de aquella criatura, aún no salida de la infancia.

Sin embargo, Enrique atesoraba ya más fuerza, más energía, y mucha más salud de la que el débil Arturo había tenido jamás; era mucho más alto de lo regular en su edad, grueso, bien formado y fuerte.

La expresión dura y vivaz de sus ojos imponía temor. Y era tan propenso a la cólera, que sus cejas, negras y suaves como la seda, pero pobladas, estaban casi constantemente fruncidas.

Más de una vez, durante la ceremonia, se le vio fijar en Catalina una mirada ardiente y llena de pasión. En tanto que aquélla, con los ojos bajos y las manos cruzadas, rezaba por el alma de Arturo, asemejándose a la estatua de la tristeza.

La comitiva volvió a palacio cerca del anochecer, y el rey hizo una señal a su hijo para que se despidiese de Catalina. El príncipe se acercó a ella, le tomó una mano, y fijando sus grandes ojos negros en el pálido y tranquilo semblante de la princesa le dijo a media voz.

—¡Adiós, Catalina, y pensad en mí. Yo pensaré sin cesar en vos, porque os amo mucho!

Dichas estas palabras, estampó un prolongado beso en la mano de la princesa, que dejó escapar un grito, vistiéndose al mismo tiempo sus mejillas de un subido carmín.

Era la primera chispa de amor que filtraba en su corazón. Y aquella chispa debía convertirse bien pronto en un incendio, en aquel corazón virginal y dormido.

La caricia de Enrique había sido el beso de Pígmalión, que había animado a una hermosa estatua.

## IX

Tres años de intervalo quedan entre este período y el anterior.

Catalina contaba ya diez y nueve, y quince Enrique; y el rey, viendo la precoz virilidad de su hijo y la peligrosa soledad moral de la princesa, aceleró el día de los desposorios, que era también el en que debía empezar para Enrique y Catalina la vida conyugal, pues hasta entonces habían vivido como hermanos.

Durante estos tres años, el amor había ido haciendo rápidos progresos en el corazón de Catalina. Conociendo el rey que no era el cariño de un niño lo que podía llenar el corazón de la princesa, la había expiado cuidadosamente, temeroso de que alguno de los cortesanos jóvenes y hermosos que entonces abundaban en derredor del trono, le hubiera inspirado una pasión secreta; pero muy en breve se tranquilizó. Para la grave, para la austera Catalina, la palabra *deber* era omnipotente, y a ella estaban supeditadas todas sus impresiones, y con ella dominaba hasta sus pensamientos.

Amaba, sí, a Enrique; pero quizá por la sola idea de que *debía* amarle. Y ni una sola vez pensó en que pudiera ser admirado ninguno de los hombres que habitualmente la rodeaban.

Cuando volvemos, lectores míos, a encontrar al príncipe Enrique, se hallaba éste en su cámara y ataviado con su traje nupcial, de raso blanco estrellado de diamantes.

Eran ya las doce de la noche, y en el semblante del príncipe se pintaba la impaciencia, pues Catalina le esperaba en la cámara nupcial.

El casamiento había tenido lugar a las nueve de la noche en la capilla de palacio, y al salir a las once y media de la habitación del rey para ir a su cuarto, se halló en él al duque de Somerset, al conde Pembroke, al arzobispo de Warham, y a su hermano el conde de Ludwig.

Los cuatro nobles, en pie junto a la mesa, tenían extendido un pliego, en el cual había escritos algunos renglones de letra gruesa.

—¿Qué queréis, milores? —preguntó el príncipe terriblemente contrariado; ¿por qué venís a mi habitación a una hora en la que sólo admito a

mis ayudas de cámara?

—Señor —respondió el arzobispo con entereza, hemos venido para que V. A. firme un documento muy importante, y muy necesario al bien del reino.

—El bien del reino es aún cuenta de mi augusto padre —respondió el príncipe con la sonrisa helada y cruel, que ya se dibujaba en sus labios, y que fue algunos años más tarde, la precursora de sus terribles venganzas.

—El trono de Inglaterra será algún día de V. A. —repuso con respeto el conde de Ludwig, hermano del arzobispo de Warham, y mucho más joven que él, pero no menos sombrío y receloso que el prelado.

El príncipe contestó acercándose a la mesa para ver el escrito que se hallaba extendido sobre ella. Advertía que la discusión se alargaba mucho más de lo que deseaba su impaciencia por volar al lado de Catalina, y le pareció que lo más acertado, y lo más breve, seria complacer a los importunos cortesanos.

Mas con su sagacidad natural, no quiso tampoco firmar sin leer antes lo que firmaba, y por lo tanto se acercó a la mesa, como antes dije, para echar sobre el papel una rápida ojeada.

Era, por cierto, un escrito bien extraño. Se reducía a una protesta del príncipe contra el compromiso que su padre había adquirido para él, *obligándole* a casarse con la princesa Catalina de Aragón; el príncipe se fundaba únicamente en que como tenía tan corta edad al celebrarse sus esponsales, no podía conocer la naturaleza de las obligaciones que contraía.

Enrique, a pesar de sus pocos años, comprendió al golpe lo que significaba aquella protesta. No obstante, preguntó con aire de aparente indiferencia:

—¿Querréis decirme, señores, a qué conduce el que yo firme ese papel?

—Es una súplica que os hace el rey vuestro padre, contestó el conde de Pembroke; pues no puede ocultarse a la perspicacia de V. A., que el poner aquí su firma puede traer grandes ventajas a la nación.

—¿Qué ventajas?

Los reyes Católicos de Castilla se verán obligados así a renunciar la viudedad de su hija, en el triste caso de que V. A. muriese sin herederos.

Enrique no contestó; tomó la pluma y firmó con mano firme al pie de la protesta, *Enrique, príncipe de Gales*.

Los cortesanos salieron, y el futuro rey de Inglaterra se encaminó a la habitación nupcial.

Los cuatro nobles apenas pudieron esperar a que desapareciese el príncipe para dar paso a la explosión de su júbilo.

—¡Ya es nuestra la opulencia, la privanza y el poder! —exclamó el conde de Ludwig, que era, de los cuatro cortesanos, el menos dueño de sí mismo, por su edad y por su carácter vehemente y expansivo.

—Conde, habéis heredado la imprudencia de vuestra madre —dijo el arzobispo echando sobre su hermano una mirada glacial y llena de dureza; bien se conoce que no hemos hallado vida en un mismo seno los dos.

En efecto, el arzobispo de Warham y el conde de Ludwig sólo eran hermanos de padre, cuya circunstancia explicaba la gran desproporción de su edad.

—Disculpad al conde, porque tiene razón, milord —dijo lord de Somerset; somos omnipotentes desde ahora.

—Decid más bien, desde que el rey Enrique VII pase a otra vida mejor y le suceda su hijo Enrique VIII —repuso el conde de Pembroke.

—¿Y qué puede tardar? —preguntó el duque, la salud del rey decae rápidamente.

—¡Oh!, ¡quiera Dios llamarle pronto a sí! Murmuró el arzobispo; somos viejos, y por lo que a mí toca, no quisiera morirme sin haber arrojado del trono de Inglaterra a la princesa castellana.

—Si aún pensáis permanecer aquí algún tiempo, quedad con Dios, milores —dijo el conde de Pembroke; tengo una ocupación que me obliga a marcharme.

—Salgamos todos —dijo el arzobispo; ya nada tenemos que hacer aquí.

Los cuatro cortesanos bajaron por una escalera secreta, cuya llave tenía el arzobispo, y se hallaron en la calle.

Ya en ella, cada uno tomó una dirección distinta. El arzobispo se fue a su palacio, el duque de Somerset al suyo, el conde de Ludwig a la taberna de la *reina Ana*<sup>[1]</sup>, y el conde de Pembroke a casa de su querida Malborgiana, dama al mismo tiempo del rey de Inglaterra.

Sigamos a Pembroke que, al menos, tenía la nobleza de soñar con el amor, y dejemos a sus compañeros soñar con la ambición.

Era el palacio que ocupaba Malborgiana, grande y suntuoso, pero sombrío como casi todas las ostentosas moradas de aquella época, y como muchas de las que hoy existen en la populosa Londres.

Aunque ya era tarde, pues había dado la una en todos los relojes de las iglesias, apenas agitó el conde el aldabón de hierro de la puerta, se abrió ésta, y un criado, vestido con una suntuosa librea, le alumbró con una lámpara de plata hasta la habitación de la favorita.

Era ésta una mujer de treinta a treinta y cuatro años, de tez blanca, cabellos y ojos negros y boca encarnada y risueña.

Su alta estatura era esbelta y bien proporcionada, lo que se echaba de ver, a pesar de hallarse recostada en un gran sillón.

Llevaba a la sazón un vestido de seda carmesí con flores de oro, y su negra cabellera, lustrosa, pero fuerte y áspera, estaba sujeta con una flecha de oro enriquecida de rubíes.

A su lado se veía una mesa sobre la cual lucían aún los restos de una espléndida cena.

Delante de uno de los cubiertos estaba una copa de oro de gran tamaño, que tenía esculpidas las armas reales de Inglaterra; y así aquel objeto como el sillón dorado que aún ocupaba uno de los lados de la mesa, decían con claridad que el rey había cenado pocas horas antes con la favorita.

Esta, cuyo cerebro se hallaba algo nublado con los vapores de los vinos de España y del Rhin, dormitaba en su asiento cuando entró el conde; sobre su falda estaba acostado un perrillo del tamaño del puño, de largas lanas blancas y finas como la seda, y que abría sus grandes ojos negros con expresión de recelosa y recatada malicia.

Las bugías casi consumidas, las flores de la mesa marchitas, y aquella mujer dormitando con el aspecto embrutecido del sueño no satisfecho con comodidad, hacían repugnante aquel aposento alhajado con gran suntuosidad y riqueza.

Al entrar el conde, saltó la perrita de la falda de su ama, y empezó a ladrar con furor.

Malborgiana despertó asustada y miró despavorida en derredor suyo; luego reconoció a Pembroke, y dio un fuerte puntapié a su perra, que corrió a ocultarse, quejándose, debajo de la mesa.

El conde se rió de la gracia, y luego se sentó junto a la escocesa, que le acogió con un bostezo ruidoso y prolongado.



## X

—¿Cuándo se muere nuestro viejo rey? Fueron las primeras palabras de Malborgiana.

—¿Dónde está mi hija? —respondió milord de Pembroke, sin querer contestar a la pregunta de aquella mujer.

—Durmiendo.

—Pues quiero verla.

Y el conde se levantó y fue a tomar una bugía para pasar a la habitación de su hija.

—¡No saldrás de aquí hasta que no me hayas contestado! —Exclamó la favorita, en cuyos ojos ardía la ira por tan leve contradicción— vamos, responde, ¿cuándo nos deja en paz el rey?

—Malborgiana —contestó gravemente el conde de Pembroke— antes que amante tuyo, antes que padre, soy buen inglés y vasallo leal; todos los días de mi vida ruego al cielo que conserve la del rey.

—¿Pues no me has dicho que tu elevación, que tu grandeza empezará el día que empiece el reinado de Enrique VIII? Balbuceó Malborgiana llena de asombro.

—He hecho muy mal en decirte semejante cosa —repuso el conde con expresión de hastío y de disgusto; pero, reprimiéndose con esfuerzo, añadió:

—Malborgiana, eres una criatura ambiciosa y vulgar; ¿por qué quieres mal al rey cuando a él debes el haber salido de la nada, cuando a su credulidad debes el título y las rentas de su hija... de nuestra hija?

Malborgiana soltó una ruidosa carcajada, y respondió:

—Quiero que se muera el rey, para casarme contigo y ser condesa.

—¡Tú mi esposa! —exclamó el conde con un movimiento de disgusto.

—¿Por qué no? ¿No eres viudo?

—Sí —respondió el conde con entereza— sí, soy viudo; pero ¡jamás reemplazarás a la santa esposa que perdí!

—¡Luego me has engañado! —Gritó furiosa la cortesana— ¡luego no me amas!... ¡no me has amado jamás!

—Te amo de otra manera que te amaría si te quisiera para esposa; te amo, Malborgiana, pero no te estimo; eres la madre de mi hija, pero jamás serás la condesa de Pembroke. Y ahora —prosiguió el conde para cortar una conversación que evidentemente le disgustaba— y ahora vamos a ver a nuestra María, y al pie de su lecho te confiaré un proyecto mío para su porvenir.

El conde dijo estas palabras con tan soberbia entereza, que la cortesana, amedrentada, como se amedrentan las naturalezas innobles con el contacto de lo que está rodeado de alguna grandeza, tomó una de las bujías de la mesa, y guió al conde a la habitación de su hija, situada cerca de la suya.

María, condesa de Harlowe, dormía con el apacible sueño de su infantil edad. Creyéndola el rey Enrique VIII hija suya, había rodeado su cuna de tanta esplendidez, que su fausto superaba al de todos los príncipes de la sangre real.

En el fondo de una alcoba vestida de damasco moruno de seda celeste, se veía un pequeño lecho con colgaduras de la misma tela.

Sus ropas de seda celeste y blanca, guarnecidas de encajes, y graciosamente revueltas, formaban suaves ondas, ora brillantes, ora mates y flexibles, según las ondulaciones del raso y de las blondas. Y en el centro, mal velada, y apoyando su rubia cabecita en el brazo derecho, como esconde un cisne su cabeza bajo el ala, dormía María Harlowe, tranquila y risueña.

Apenas llegaba la niña a los cinco años de su edad. Sus largos cabellos rubios caían en elásticos y sedosos rizos por su espalda y hombros desnudos, pues su bata de batista se había descompuesto. Bajo dos pobladas cejas rubias, se cerraban sus párpados de alabastro, guarnecidos de largas pestañas doradas y graciosamente convexas; su boquita entreabierta dejaba ver su dentadura, tan pequeña o igual, que se asemejaba a una sarta de menudas perlas.

El conde de Pembroke contempló a su hija durante largo tiempo; pero la expresión de su rostro, que era risueña al entrar en la alcoba, se tornó poco a poco en huraña y sombría.

Era que aquel hombre hubiera dado la mitad de su vida por adquirir la evidencia de que aquella niña era suya únicamente. Era que no podía desechar la idea cruel de que tal vez era hija del rey.

Su cariño paterno luchaba en el fondo de su pecho con la duda. Con esa duda, verdugo del corazón que la abriga, y verdugo también de las pobres criaturas cuyo nacimiento la provoca.

Ya hacía mucho tiempo que el conde de Pembroke había dejado de interrogar a Malborgiana acerca de este punto. Aquella vil y degradada mujer le daba seguridades en que no podía creer, al ver al rey tan convencido de que María le pertenecía.

Así la ambición había ido ocupando en el corazón del conde el lugar del cariño paternal. Y fuese o no su hija aquella pobre niña que dormía el sueño de los ángeles, pensó sólo en hacerla el instrumento de su poder.

—Malborgiana —dijo con. Voz firme y segura, desechando del todo el vago movimiento de ternura que había invadido su corazón. Malborgiana, dentro de dos días se desposará María con lord Somerset.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que decís, conde? —Murmuró llena de asombro la escocesa— ¿desposar a María, cuando cuenta sólo cinco años de edad?

—Once tiene lord Edmundo —respondió el conde. Ya veis, amiga mía, que seis años no son tan gran desproporción.

—¿Aprueba el rey ese proyecto? —preguntó la escocesa, mirando recelosa al conde.

—Lo aprueba, contestó éste con seguridad.

—¿Y cómo no me ha dicho nada?

—Pues qué, ¿pensáis acaso que S. M. ha de rebajarse hasta consultaros? Dijo con desdén el conde.

—Puede ser que no sé rebaje a tanto —repuso Malborgiana; pero tened por seguro que hasta que el rey no me advierta que consiente en esos desposorios, no se realizarán.

—Querida mía —observó el conde, cuya voz empezó a temblar ligeramente—. Se trata de una cosa muy sencilla. Únicamente se desea que Edmundo y María se ligen mutuamente, de modo que les sea imposible el enlazarse con otras personas.

—Pues yo repito que no consentiré en ello, insistió Malborgiana con un acento que decía bien claro hasta dónde podía llegar la terquedad de su resolución.

—No hablemos más de eso siendo así —repuso lord Pembroke con un acento que se esforzó en hacer tranquilo y natural, no hablemos más de ello, y vamos a cenar.

Y el conde, sin dar un beso a su hija, salió del aposento seguido de Malborgiana, y ambos volvieron a la estancia donde se conservaba puesta la mesa de la cena del rey.

La cortesana llamó, y el mismo criado, que había conducido al conde, se presentó al instante.

Obedeciendo a una señal de su ama, cubrió de nuevo la mesa con manjares intactos. Retiró el sillón dorado que había ocupado el rey y se llevó la copa en que este había bebido.

—Cenareis solo —dijo al conde Malborgiana, cuando el criado se hubo retirado; yo hace poco que lo hice, y únicamente beberé una copa de vino.

—Sea como queráis —repuso lord Pembroke cuya frente estaba cargada de sombrías nubes, ya sabéis que jamás me opongo a vuestros deseos; pero ¿no me cantareis, acompañándoos con vuestro laúd, una de las baladas de vuestra Escocia?

Se levantó la favorita, y fue a buscar un hermoso laúd, regalo del conde, que se hallaba en un gabinete inmediato.

Entre tanto, el conde llenó de vino de España una de las copas, abrió el resorte de una sortija, que llevaba puesta en el dedo anular de su mano derecha, y apareció una cajita que contenía un líquido rojo, que vertió en la copa de vino.

Sólo dos gotas cayeron. El conde cerró de nuevo la sortija, y ofreció la copa a la favorita.

Esta la apuró de una vez. Luego tomó el laúd, y se puso a cantar, con voz llena y sonora, una antigua balada escocesa.

Mas al terminar la primera estrofa, su acento se apagó; sus ojos se nublaron; el laúd se escapó de sus manos, y la pobre Malborgiana se desplomó en el suelo.

El conde acudió a su lado. Apoyó la diestra en su corazón, y volvió a levantarse triunfante como el genio de la muerte y de la destrucción.

Malborgiana era cadáver.

El conde dejó caer con desdén aquel cuerpo inerte, a cuyo lado se sentó tristemente la perrilla de la cortesana, tan cruelmente castigada poco antes por ella, y que en aquel momento era el único ser que sentía su muerte.

Lord de Pembroke pasó al aposento de su hija. La tomó en sus brazos sin que despertase. La envolvió en su capa, y bajó con paso seguro la escalera.

Al fin de ella, estaba el doméstico que le había introducido y que sirvió la cena.

—¿Ha muerto ya, milord? —preguntó al conde con aire de inteligencia.

—Ha muerto —respondió este con voz sombría.

—¡Toma!

Y arrojó al criado un saquillo lleno de oro.

—Adiós, señor —dijo el criado. La barca me espera. Nadie queda en la casa, y este acontecimiento quedará envuelto en el más profundo misterio.

El doméstico ocultó su lujosa librea en los anchos pliegues de una capa negra, y desapareció entre las tinieblas de la noche, a lo largo de la orilla del Támesis.

Un instante después, una barca paró a los pies del conde, que, con la niña envuelta entre los pliegues de su capa, permanecía inmóvil.

Saltó un hombre de la barca, y se halló al lado del conde.

—¡Edmundo! Dijo aquél con voz breve y dura.

—¡María! Contestó lord Pembroke.

—¿Qué hay? Volvió a preguntar el desconocido, dándose por satisfecho sin duda con la contraseña.

—Se ha resistido —respondió el conde.

—¿Y bien...?

—¡Ha muerto!

—¿Y María?

—Aquí está, ¿y Edmundo?

—En la barca.

—Vamos, pues.

—Vamos. El obispo de Warham espera para la ceremonia en vuestra casa.

¡Ah!, ¡se me olvidaba!, ¿sabéis lo que ocurre?

—Nada sé —respondió el conde.

—Que el rey está agonizando. Se le ha declarado un ataque cerebral.

—¡La suerte nos protege, —exclamó el conde de Pembroke con una explosión de alegría convulsiva. Remad, remad aprisa!

Dos horas después, y en la suntuosa capilla del palacio de Pembroke, tenía lugar una extraña ceremonia.

Delante del altar, en el cual luchaban los primeros rayos del alba con las bugías encendidas, se hallaban arrodillados sobre magníficos almohadones de terciopelo, María Harlowe, de edad de cinco años, y Edmundo de Somerset, que contaba once, ambos envueltos en capas de rico terciopelo forradas de pieles.

Milord de Warham, revestido con los hábitos sacerdotales, unía sus manos, y les echaba la bendición nupcial.

A ambos lados de los infantiles contrayentes, se hallaban arrodillados sus respectivos padres, lord Pembroke y lord Somerset.

No bien acabó la ceremonia, el conde de Pembroke tomó en sus brazos a la novia y salió con ella de la capilla.

Le esperaba una carroza a la puerta, a la cual subió con la niña, dando orden de que le condujesen al palacio real.

El conde no halló en las antecámaras más que rostros afligidos; nadie se atrevía a hablar en voz alta, y llegó hasta la cámara del rey sin que nadie se lo impidiera.

A las puertas de la alcoba real, se agolpaban muchos cortesanos, pero junto al lecho y de rodillas, se hallaban Enrique y Catalina, a quienes había arrancado de la cámara nupcial el llamamiento de su moribundo padre.

Se arrojó hacia el lecho el conde de Pembroke, y con un movimiento mudo y elocuente, presentó al rey a la niña María, que abrió absorta sus grandes ojos azules.

Enrique VII lanzó un grito; no había perdido el conocimiento, y apercibió al instante a la hija de Malborgiana.

Pero cauteloso siempre, no salió de sus labios una sola frase que manifestase el lazo que le unía con aquella criatura, temeroso de atraer la muerte sobre su cabeza.

—¡Malborgiana ha muerto! Murmuró el conde a media voz y al oído del rey.

—¡Toma! —repuso este alargando al conde una llave y una carta, que sacó de debajo de sus almohadas.

Después clavó los ojos en María, enviándole toda su alma en aquella mirada suprema, y se desplomó sobre su lecho.

—¡El rey ha muerto! Dijo uno de los médicos que le rodeaban.

Luego tres heraldos abrieron el balcón de la cámara real, y gritaron con sonoro acento al inmenso pueblo que esperaba la crisis del monarca:

—¡El rey Enrique VII de Inglaterra ha muerto! ¡Viva el rey Enrique VIII!

## XI

El curso de los acontecimientos nos obliga, lectoras mías, a dar un salto de diez y ocho años, aunque no pueda resolverme a dejaros de dar alguna noticia de lo que durante ellos aconteció a los diversos personajes de esta historia.

Los reyes de Inglaterra habían vivido en tan largo intervalo con toda la paz y buena armonía que pudieron conservar la paciencia, la dulzura y la dignidad de Catalina.

En cuanto al rey, el carácter áspero y dominante, que desde niño había manifestado, tomó un aumento tan grande como lastimoso, desde que, perdiendo a su severo padre, marchó sin riendas por la carrera de la vida y del supremo poder.

Los primeros años de la juventud le empujaron a cometer infidelidades que abrieron heridas mortales en el corazón amante y sensible de Catalina. La primera mujer que logró dominar completamente al rey, fue la bella lady Boulén, madre de la famosa Ana Boulén o Bolena, que poco después había de ocupar el lugar de Catalina en el trono de Inglaterra.

Enrique, después de los amores de lady Boulén, emprendió la conquista de su hija mayor Fanny. Y sin duda hubiera seguido la de Ana, la menor, a no hallarse ésta entonces en la corte de Francia.

La reina no dio quejas a su esposo de sus extravíos. Para la mujer que tiene dignidad, el quejarse es aún más duro que el sufrir, y aunque llore en secreto, jamás se humilla hasta hacer de su dolor un espectáculo.

El corazón de Enrique era, sin embargo, incapaz de fidelidad ni de constancia. Deseaba en tanto que no podía conseguir; pero una vez llegado al objeto de sus deseos, se cansaba en breve de lo mismo que había ansiado.

La política de las cortes de España y Francia vino también a tomar parte en la desventura de Catalina.

Los reyes Católicos concluyeron un tratado con el de Francia, sin noticia y con gran disgusto de Enrique VIII. y el enojo que este monarca inconsecuente abrigaba contra Fernando e Isabel, recayó en su inocente hija, haciéndole sufrir su frialdad y su desvío.

Once hijos tuvo Catalina, de los cuales ni los nombres conserva la historia, pues todos murieron al nacer, o vivieron muy pocos días, y esta desgracia aumentaba el enojo del rey, que ansiaba asegurar la sucesión al trono.

Hubo un día en que asaltó al monarca la malhadada idea de romper un enlace que le hastiaba, y para cuya disolución trabajaban sin descanso el arzobispo de Warham, cargado de años, y más cargado de ambición, y los condes de Pembroke y de Ludwig.

El duque de Somerset había muerto ya hacía algunos años, dejando a su esposa en completa libertad y a su hijo casado con María, la hija de la escocesa Malborgiana.

Enrique reunió en su cámara al arzobispo, a los condes de Pembroke y de Ludwig, y al deán de San Pablo, anciano respetable, y que era su confesor, y les manifestó que tenía dudas acerca de la legitimidad de su enlace con Catalina.

Al oírle, el arzobispo y los dos nobles se miraron con una sonrisa triunfante. Sin hacer ellos nada, el rey iba a tocar el punto a que en vano habían querido llevarle durante diez y seis años; porque es necesario decir que en tan largo período de tiempo, y a pesar de las maquinaciones de los cortesanos, el rey se había limitado a ser infiel a Catalina, sin que nunca pensara en separarla de su lado.

Por eso, al oírle expresar su duda acerca de la legitimidad de su matrimonio, tuvieron gran trabajo en contener su alegría; pero por más que procuraron disfrazarla, fue harto visible para el deán de San Pablo, que les midió con una ojeada desdeñosa y dura:

—Señor —dijo luego volviéndose al rey, no hay ninguna duda acerca de la legitimidad del enlace de V. M.; únicamente podía apoyarse en haber estado casada la reina con el príncipe Arturo, vuestro hermano, y es público que sólo estuvieron desposados; además medían las bulas del Pontífice, que allanan todas las dificultades, y medía el hallarse en cinta la reina, ¿qué os ha hecho para que la arrojéis de vuestro lado, quizá cuando está cercana a daros un heredero para el trono? No hay ley divina, ni humana, que autorice tanta dureza e ingratitud, y por mi parte recuso toda mi responsabilidad.

El deán de San Pablo salió, dichas estas palabras; pero en el fondo de su alma, llevaba la convicción de que la salvación de Catalina dependía sólo de la vida que Dios concediese al hijo que llevaba en su seno.

¡Ay, aún en esta triste convicción se engañaba el ministro de Dios!



La princesa que entonces se agitaba en las entrañas de la Reina, fue la única que logró vida de los hijos de Catalina; y aunque reinó con el nombre de *María Tudor*, no pudo salvar a su desdichada madre de la amarga suerte que el cielo le deparaba.

La reina dio al fin a luz a la princesa; pero aunque prometía la recién nacida buena salud, el rey, hastiado ya de Catalina, no moderó su desvío para con ella.

Entre tanto el arzobispo de Warham le recordaba sin cesar la protesta que había firmado el día mismo de su casamiento, y en la cual declaraba que, a causa de su corta edad, no podía conocer la naturaleza de las obligaciones que se imponía. Y aunque el rey, siempre fiel a sus hábitos de recelo y de cautela, parecía escucharle con frialdad, su pensamiento no se separaba de aquel medio, único que se presentaba para romper su enlace.

Sin embargo, sus dudas se prolongaron; y ya contaba cinco años la princesa María, cuando el rey no sabía aún de qué modo desatar el lazo que le unía a Catalina.

Era que se necesitaba el poderoso móvil de otro amor, para que Enrique atropellase por todo, pues su sagaz política le hacía mirar siempre desde muy lejos los acontecimientos.

¿Qué era de Catalina, en tanto que se agitaba sordamente la tormenta sobre su indefensa cabeza?

Su vida era muy infeliz. Constantemente retirada en sus habitaciones, no tomaba parte alguna en las tramas que se urdían en torno suyo. Bien conocía que su esposo no la amaba, desde hacía mucho tiempo, pero ¿cumplía a su decoro de reina y de mujer darle quejas? ¡No! Se decía, con secreta amargura, que sus quejas no le devolverían el lugar que había perdido en el corazón del rey, y que serían inútiles los extremos de su dolor.

Estas reflexiones le hicieron ocultar su pena en la más profunda soledad; al menos en ella cuidaba de la educación de su hija, que dirigía ella misma. Nada escribió a su familia concerniente a sus desventuras, y todo su cuidado lo cifraba en saber conservar la calma y la dignidad, que siempre la habían distinguido.

Este era el estado de las cosas, cuando vuelvo mis amadas lectoras, a presentaros algunos de los personajes de esta historia.

## XII

Eran las diez de una bella mañana de otoño.

En un espacioso salón del palacio de Somerset, y colocada cerca de una ventana, que caía al hermoso parque que precedía al jardín, se veía una mesa suntuosamente servida con dos cubiertos.

Dos criados, vestidos con una lujosa librea, y con pelucas empolvadas, esperaban, teniendo cada uno en el brazo una finísima servilleta, la llegada de sus señores, paseándose por el salón.

Poco tuvieron que esperar; a la segunda vuelta se abrió la puerta y apareció Edmundo, duque de Somerset.

Contaba entonces treinta y un años de edad, y en su fisonomía no se advertía ya ni el más leve rastro de la hermosura que cuando niño le había distinguido.

Su estatura muy alta, lo parecía más a causa de su extremada carencia de carnes. La ambición y las agitaciones de una vida dedicada a la intriga, habían hundido sus negros y brillantes ojos, y habían dado a su semblante una expresión de hosca y refinada malicia.

Vestía un rico traje de mañana, oscuro, y sus cabellos negros y abundantes estaban recogidos en una gorra con una pluma.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó ásperamente a sus criados.

—La señora duquesa no ha bajado aún de su habitación —respondió con humildad uno de los servidores.

—Decid a Alix que la llame. Tengo mucha prisa.

Y esto diciendo, se sentó lord Somerset delante de la mesa, y empezó a servirse una taza de té.

El lacayo iba a salir para cumplir sus órdenes, pero apareció en el umbral la duquesa, que entró con paso ligero en el salón.

Emma Stanhope llegaba entonces a los cuarenta y siete años de su edad; pero aún había en ella restos muy notables de belleza; de gracia, y sobre todo de vivacidad.

No había engruesado, gracias a su constitución nerviosa e impresionable, y su talle, elegante siempre, estaba aprisionado en un vestido de terciopelo oscuro.

—Buenos días, hijo mío —dijo al entrar en la gran sala en la cual la esperaba Edmundo; ¿cómo es que hoy quieres almorzar tan temprano?

—Porque he de salir al instante —respondió Edmundo, con un laconismo que tenía mucho de áspero y brutal.

Reinó el silencio por algún tiempo. La duquesa miró dos o tres veces su hijo con una timidez extraña, y como deseando decirle alguna cosa que no se atrevía a articular; pero éste comía precipitadamente, y apenas reparaba en la presencia de su madre.

Por fin, Emma se determinó a romper el silencio, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, y preguntó a Edmundo casi con temor:

—¿Vas a ver a María?

—No, contestó el duque.

—Pero ¿no vas a palacio?

—¿Es acaso preciso que, porque vaya a palacio, haya de ir a ver a María?

Edmundo pronunció estas palabras con ademán de indiferencia y de desprecio, y sin mirar a su madre.

Esta juntó las manos, y —exclamó con acento profundo y triste—. ¿Olvidas, hijo mío, que tu infeliz esposa está expuesta a las continuas persecuciones del rey?

—Edmundo se encogió de hombros, y nada respondió.

—Exige de S. M. que te devuelva a tu esposa, Edmundo, —continuó la duquesa—. Cuantas personas honradas encierra la corte censuran el abandono en que dejas a María.

—Pero, señora ¿no sois vos quien la ha colocado al lado de la reina? —exclamó el duque con impaciencia.

—¡Sí, por sustraerla a tus malos tratamientos! —murmuró con amargura la duquesa.

—¿Tengo yo la culpa de que me hayan casado, cuando apenas contaba once años?

—¿La tiene ella de que la hayan casado contigo cuando apenas tenía cinco?

—¡Es que yo no la amo!

—Ni ella tampoco te ama, Edmundo, bien lo sabes.

—Entonces, ¿por qué no corresponde a las galanterías del rey? ¿Por qué se hace la niña tímida? ¿Acaso no tiene ya veinticinco años?

La duquesa permaneció durante algunos instantes mirando a su hijo, inmóvil y como aterrada. Luego se pintó en sus facciones una indignación dolorosa.

—¡Ah! Exclamó, ¡es increíble hasta qué extremo te ha envilecido la ambición, Edmundo!, ¡no desmientes tu carácter de niño, tan vil, tan interesado! ¿No sabes que el rey es hermano de tu esposa? ¿De dónde proviene si no la colosal fortuna que le fue entregada el día de su casamiento contigo?

—Eso es cuenta del rey, o de milord de Pembroke, que también se dice padre de mi mujer, —contestó con audacia Edmundo—. En fin, madre mía —añadió levantándose de la mesa, he almorzado y me voy a palacio; pero no a ver a mi mujer. Su huraña virtud y su más huraño padre la guardarán. Allí ocurren hoy cosas de mayor importancia.

—¿Qué ocurre, pues? —exclamó Emma levantándose sobresaltada— ¿es acaso alguna nueva prueba a que quieren someter a nuestra infeliz reina?

—En efecto, señora. Se la somete hoy a una nueva prueba, pero que es más dura que todas las anteriores. Vuestra terca reina va a ser juzgada por un consejo, del cual formo parte yo.

—¡Santo Dios! —Exclamó la duquesa— ¿qué decís, hijo mío? ¿La reina va a ser juzgada? ¿Por qué? ¿Cuál es su delito?

—¿Su delito, señora? —Respondió Edmundo—. Su delito es rehusar con una tenacidad extraña la separación amistosa y natural que el rey le propone; su delito es el de la rebeldía, es decir, el que más irrita al rey, y me parece que si no cede, se le puede augurar un triste porvenir.

—¡Ah, Dios mío! Murmuró Emma juntando las manos con aflicción, en tanto que por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

—El rey, —continuó tranquilamente Edmundo—, ha recordado las dificultades que el arzobispo de Warham opuso a su matrimonio con la viuda de su hermano, y ha invocado la ley del Levítico para deshacerle. Quiere el divorcio, el divorcio a toda costa y lo obtendrá.

—Edmundo, —dijo la duquesa enjugándose el llanto que bañaba su semblante—. Edmundo, ya sabes que retirada en Irlanda desde hace mucho tiempo, nada sé de lo que pasa en la corte. Sin embargo, han llegado rumores a donde yo vivía, que decían que el rey ama a tu esposa... Edmundo, ¿será quizá el capricho que el rey alimenta por María la causa de su crueldad para con la reina? ¿Y tendrías tú la cobardía, la vileza de no separarle de tu mujer por conservar tu favor cerca del trono? ¡Oh! ¡Eso sería espantoso!

—Señora, —contestó el duque con una dureza tan helada que traspasó el corazón de su madre—. Señora, si por espacio de tres años, no hubierais vivido encerrada con vuestro amante, en uno de vuestros castillos solitarios, sabríais lo que sucede en la corte. Así todo lo ignoráis, y me hubiera dado por contento de que esos vuestros últimos amores, os hubieran entretenido algún tiempo más.

—No tienes razón en culparme, Edmundo; —contestó la duquesa levantando la cabeza con altivez—; soy libre, y libre era también el hombre que amaba; yo vivía en mi casa, y en ella soy la soberana.

—Pero me parece, señora, que no os atreveréis a imponer ni al rey ni a mí una moral que, tan poco habéis observado.

—¡Es verdad! —repuso la duquesa con amargura— ¡es verdad! Mi corazón ha sido siempre mayor que mi raciocinio; pero jamás ha cometido vilezas un corazón apasionado, pluguiese a Dios, hijo mío, que os hubierais hecho culpable de mis faltas y que jamás hubierais cometido aquéllas hacia las cuales os ha arrastrado vuestra codicia, porque no quiero darle el noble título de ambición. ¡Ah! —prosiguió la duquesa—, si el abandono con que el rey amenaza a su santa esposa tuviera por motivo alguna pasión grande y profunda, aún le excusaría yo.

—Consolaos, pues, señora, —dijo Edmundo con una irónica sonrisa—. Una pasión es la que le hace pedir el divorcio; una pasión, si no muy noble, al menos muy grande; y puesto que en materia de pasiones la cantidad puede hacer olvidar la calidad, debéis estar tranquila. El rey ama en extremo a la graciosa, o la espiritual Ana de Borden.

—¡Cómo! —Exclamó la duquesa haciéndose un paso atrás— ¿ya no ama el rey a vuestra esposa?

—No, señora.

—¿Y ama a Ana?

—Con la más ciega pasión.

—¿Pero no sabes que el rey ha sido, ya hace algún tiempo, el amante de la madre y de la hermana mayor de Ana?

—¿Y qué queréis, señora? —Contestó el duque con cínica sonrisa—; las damas de esa familia tienen, a lo que veo, el gran privilegio de divertir siempre el fastidio del rey, lo cual es una ventaja inmensa para ellas.

—¡Pero si Ana tiene ya veintiséis años!

—Ya lo sabe el rey.

—¡Y seis dedos en la mano derecha!

—Eso le hace mucha gracia a S. M.

—¡Y es una mujer que no tiene reputación! —insistió la duquesa.

—Tampoco lo ignora S. M.

—¡Y no es bonita!

—Es más bien fea; tan perfectamente lo sabe esto el rey como vos, señora, y como todos. Mas, Sin embargo, yo os aseguro que, a pesar de todos sus defectos, Ana Boulén, o Bolena, como ahora se la llama, será reina de Inglaterra antes de mucho tiempo.

Después de pronunciar estas palabras, el duque se dirigió hacia la puerta; pero al ver su madre que se iba, salió del estupor que aquéllas le habían causado y corrió hacia él.

—¡Ah!, exclamó; ¡hijo mío, antes de irte, dime por piedad lo que se ha hecho ya contra la reina! Ya sabes que su severidad me tiene desterrada de la corte. Pero a pesar de todo, ¡yo la amo, la amo en extremo! ¡Por favor, dime lo que puedo temer para ella!

—Todo, querida madre, si se obstina en no retirarse a un convento, como de parte del rey le ha sido aconsejado el cardenal Campegió, porque su terquedad la conducirá al destierro, a la miseria, a la muerte.

—¡Pero la reina tiene una hija! —Repuso Emma dolorosamente—; ¡no puede renunciar así los derechos de la princesa!

—Madre —dijo Edmundo con impaciencia—, no tengo tiempo para oír vuestras reflexiones por justas que sean; así, oídme en silencio, si queréis que os haga saber la situación de la reina.

—¡Habla, habla!

—Pues bien, para el repudio, para el divorcio, hay que alegar algún motivo. Se han presentado testigos de una entrevista secreta entre Arturo y Catalina, y el rey ha hecho caso de conciencia el romper su matrimonio con la esposa de su hermano.

—¡Esa entrevista no ha existido! —Gritó Emma llena de indignación y de altanería— ¡no, la única vez que el príncipe forzó la consigna del rey, fue el mismo día de su muerte! Además, yo estaba con la princesa, y tú ¡también!... —añadió Emma con expresión de júbilo— y tú también, ¡hijo mío! Estabas a la puerta jugando con uno de los lebreles del rey... ¿no te acuerdas?... ¡todo cuanto pasó lo viste!

—De nada me acuerdo, pues, señora, contestó Edmundo fríamente; y ahora, prosiguió, perdonad que os deje; es tarde y el Consejo me espera.

Un rayo de luz brotó en la mente de la duquesa; conoció que la ambición iba a arrastrar a su hijo a un crimen vergonzoso, y que él iba a ser uno de los

jueces que condenasen a Catalina, cuando podía salvarla invocando y haciendo públicos sus recuerdos de niño.

Mientras la duquesa hacia estas amargas reflexiones, su hijo salió precipitadamente y se dirigió a palacio.

La duquesa salió por fin de su letargo y corrió a su cuarto.

Ella misma se echó sobre su traje un manto negro, y a pie y sola se dirigió también a palacio.

## XIII

Cuando la duquesa de Somerset llegó a palacio, se halló con un obstáculo que no esperaba.

Algunos coches detenidos en la plaza y el pueblo que se agrupaba con señales de descontento, la persuadieron de que el juicio no tenía lugar allí, y que el Consejo se dirigía a algún otro lugar cercano, puesto que ni los carruajes ni los lacayos iban preparados para viaje.

A fin de salir de dudas, se acercó a un hombre del pueblo y le preguntó sin alzarse el velo:

—¿Qué sucede aquí, buen hombre?

—¿Sois forastera acaso, señora? —preguntó a su vez y muy admirado el interrogado.

—Si acabo de llegar de fuera.

—Pues bien, sabed qué la reina va a comparecer por segunda vez ante el Consejo.

—¡Por segunda vez! Repitió asombrada la duquesa —¿luego ha comparecido ya la primera?

—¿Quién lo duda? En Blackfryars. Es decir, donde va a comparecer hoy también.

—¿Y qué resultó de aquella sesión? —preguntó Emma, que no podía dominar su angustia.

—¿Qué resultó? Os lo voy a decir, señora, porque me parece que sois amable y compasiva... suspiráis... sin duda os interesáis por esa pobre y buena reina.

—¡Oh, sí! Me intereso más de lo que podéis saber.

—Pues oíd. La reina ha comparecido ante el Consejo, solamente para recusar a los dos legados del Papa, que tienen poderes amplios para pronunciar la sentencia de divorcio, y que, como ya sabréis, son los cardenales Campegio y Wolsey.

—Lo sé.



—Pues bien, la reina los recusó con entereza y dignidad. Ni una lágrima asomó a sus ojos; pero estaba tan pálida y desfallecida que, a no ser por una hermosa joven que la acompañaba, hubiera caído al suelo más de una vez.

—¡Ah!, ¿y esa joven era rubia?

—Como el oro; con unos ojos azules y serenos como el cielo.

—¡Era María! Pensó la duquesa; ¡pobre hija mía!

—La reina, prosiguió el buen hombre —dijo que recusaba a los legados, porque el uno la trataba hacía muchos años con una enemistad personal, y era además primer ministro del rey, su parte contraria. Y al otro porque debía al favor del monarca el obispado de Salisbury, y otras mercedes que le hacían sospechoso.

—¡Digna señora mía! Murmuró la duquesa; ¡qué valor! ¡Qué entereza!

—Más de lo que os podéis figurar. No quiso decir más palabras que las necesarias para su enérgica protesta, y después se retiró grave y lentamente, acompañada sólo de su dama de honor; pero ¡ay! ¡Qué desde aquella sesión a hoy, han pasado cosas tan tristes, que en la segunda debe padecer mucho más!

—¿Pues qué hay?

—Se han adoptado otros mil medios para perderla. Se ha repartido con extraordinaria profusión un libelo infamatorio, en el cual se acusa a la reina de graves crímenes, y se la denuncia al Consejo de Estado; en él se la hace cómplice en una tentativa contra la vida del rey, asegurándose, al mismo tiempo que ha practicado gestiones sospechosas para adquirirse el favor popular.

—¡Oh, qué horror!

—¿Y sabéis lo que ha pasado a consecuencia de tan abominables maquinaciones, señora?

—¡Decid, decid, por Dios!

—Pues bien, el consejo, en vista de esas acusaciones lanzadas en público, ha *suplicado* al rey que de hecho se separe de la reina.

—¿Pero quién ha sido el autor de ese libelo?

—¡Bah!, ¡es bien sabido, señora! El caballero Bryan, a quien el rey llama su *teniente de infierno*, y que es su *corredor* de aventuras amorosas; el caballero era amigo de sir Tomás Boulén, y su esposa y su hija mayor pasaron a ser propiedad del rey, gracias a su amigo. Ahora el rey se ha enamorado de Ana, la hija menor de sir Boulén, y el caballero Bryan continúa con S. M. sus buenos oficios. Pero ¡ved! Prosiguió el buen hombre, ya bajan los jueces que han estado en sesión secreta con el rey, y toman los coches. Van a Blackfryars... ¡muchachos, a Blackfryars! Gritó dirigiéndose a una porción

de hombres del pueblo que le rodeaban. No se ha de juzgar a la reina Catalina así a oscuras, ¡el pueblo, a quien tanto bien ha hecho, debe asistir a su martirio para salvarla... o vengarla!

Y el honrado y fogoso artesano siguió a los carruajes que llevaban a los jueces al consejo.

La duquesa permaneció un instante como agobiada de un peso terrible. Pero viendo subir a su hijo con ademán triunfante a uno de los carruajes que partían para Blackfryars, echó a correr, y desapareció entre la multitud como asaltada de una idea repentina.

## XIV

Eran las cuatro de la tarde, cuando reunido el consejo en un espacioso y sombrío salón del palacio de Blackfryars, se hizo llamar por un ujier a la muy noble señora, S. A. R. la infanta Catalina de Aragón, princesa viuda de Gales.

Al oír esta intimación, en la cual se suprimía cruelmente el título de reina para la desventurada hija de Isabel la Católica, el pueblo y los partidarios de Catalina comprendieron que aquella desdichada mujer no volvería a ceñirse ya en vida la corona real.

No bien se hubo hecho la intimación, y con gran sorpresa de los presentes, se levantó una cortina de seda que cubría una pequeña puerta situada a la derecha del estrado que ocupaba el consejo, y el rey entró en el salón.

Se levantaron los consejeros ofreciéndole la presidencia, mas Enrique VIII, hizo seña a los cardenales Campegio y Wolsey para que continuasen presidiendo, y se sentó al lado de los otros jueces.

Un instante después anunció un ujier la llegada de la princesa Catalina, y la madre de María Tudor apareció severa e imponente.

—¡Soy la reina de Inglaterra! Dijo con voz firme y volviéndose hacia el ujier; las leyes divinas y humanas me han dado este título, y sabed todos que sólo lo dejaré con la vida.

Dichas estas palabras, se adelantó hacia el consejo, y levantó su velo, permaneciendo en pie, inmóvil y sin hacer al tribunal el más leve saludo. Se inclinó, sin embargo, delante del rey que la miró con severidad y con una frialdad aterradora.

Con Catalina había entrado María, la joven duquesa de Somerset, que permaneció pálida y abatida un poco detrás de su real señora.

Ambas mujeres vestían de negro, y cada una de ellas ofrecía un tipo ideal y perfecto.

La reina había perdido algo de su natural robustez, pero nada de su dignidad tranquila, ni de aquella serena majestad que ya resaltaban en ella cuando, casi niña, vino a casarse con el príncipe Arturo desde la corte de sus padres.

Su alta estatura lo parecía más o causa de su largo y severo traje de terciopelo negro sin encajes ni adornos.

Sus ojos garzos, un tanto apagados, pero de mirada apacible y grata, parecían también mayores por la delgadez de su rostro, blanco y suave como las hojas de una azucena.

Llevaba sus abundantes cabellos recogidos en gruesas trenzas, y sobre ellos un velo de blonda negra; sobre su pecho lucía una cruz de perlas pendiente de un delgado collar de oro que rodeaba su garganta.

La joven duquesa de Somerset no había perdido nada de la pura belleza que la adornaba cuando niña.

Por respeto a la reina, no había querido vestirse de terciopelo como ella, y se había puesto un largo traje de seda, negro y liso, con un velo negro también.

Entre aquel sombrío traje se destacaban su angélico rostro, blanco y trasparente como el nácar, sus grandes ojos azules, y los dorados y espesos rizos de su cabellera rubia.

María, la esposa de Edmundo, era de menos estatura que la reina, y mucho más delgada. Sólo contaba veinte y cinco años; pero la suavidad, armonía y perfección de sus facciones, la hacían aparentar algunos menos.

Más pálida y más abatida que la reina, se quedó, según dije ya, algo detrás y con su tímida mirada, cubierta de lágrimas, observó la fisonomía del rey y de los jueces.

Mas ¡ay! Aquella rápida ojeada le dijo bien claro que nada podía esperar la pobre reina de aquellos duros corazones, y que su desgracia estaba decidida y premeditada de antemano.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el cardenal Campegio a la reina, que permanecía tranquila e inmóvil.

Pero aquella digna y esforzada mujer, nada respondió, se adelantó algunos pasos y se arrodilló a los pies de Enrique VIII.

—Señor —dijo después con voz triste y penetrante, soy mujer y extranjera. Nada espero de la rectitud de mis jueces. Al dejar mi patria, todo mi recurso contra la ambición y la maldad, ha consistido en mi unión con V. M. ¿En qué he podido ofenderos? ¿Por qué se me ha obligado a venir aquí?

El carmín de la vergüenza cubrió la adusta frente del rey de Inglaterra, al oír aquellas preguntas. No obstante, hizo un esfuerzo, y pudo contestar con voz balbuciente:

—Yo siento más que vos, señora, el duro extremo a que vuestra obstinación os ha conducido. Quería ahorraros la mengua de comparecer ante un tribunal, y por eso os hice aconsejar una separación amistosa y secreta en lo posible; pero vos habéis persistido en ser mi esposa, cuando mi conciencia me obliga a romper el lazo que nos une ya sabéis que se os acusa de haber consumado el matrimonio con mi hermano Arturo, el difunto príncipe de Gales.

Al oír expresarse al rey con tanta impudencia, al verle olvidar el decoro y dignidad real, hasta el extremo de convertirse en acusador, y de una culpa tan repugnante como falsa, los más encarnizados enemigos de la reina se miraron ruborizados. El mismo Edmundo, que formaba parte del consejo de Estado, bajó la cabeza confuso, y los legados del papa miraron absortos al rey.

En cuanto a la reina, nada dijo; pero dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y elevó al cielo sus ojos, como poniéndole por testigo de aquella afrenta.

El silencio se prolongaba tanto, que uno de los consejeros creyó de su deber tomar la palabra.

—Señora —dijo— ¿nada tiene V. A. que decir en su defensa?

Catalina no contestó; en tan odioso tribunal, cada palabra era un agravio para ella, y aun la frase más mesurada y respetuosa debía herirla de muerte.

Así fue que volvió de nuevo su pálido semblante y sus tristes ojos hacia el rey.

—¡Señor —dijo con voz alterada, con nadie más que con V. M. puedo ni debo hablar aquí. Mi esposo es mi igual. Los demás son mis vasallos, vasallos traidores, que han empezado quitándome el título de reina que debo al cielo y a vuestra voluntad! ¡Señor, ignoro en qué he podido merecer el duro tratamiento que V. M. me hace experimentar; y ya que debo pasar por el amargo trance de tan vergonzosa justificación, señor, apelo a Dios y a vuestra conciencia, que he entrado virgen en vuestro tálamo, y que mi unión con el príncipe Arturo no ha pasado de la simple ceremonia del matrimonio!

La voz de la reina se apagó aquí. Se quedó como absorta ante la mengua que se la imponía. Palideció como un cadáver, y cerró los ojos como si sus pupilas no pudiesen soportar la luz.

Pero el rey, pasado el primer momento de natural pudor, había reflexionado, y no estaba dispuesto a volver a anudar un lazo que tanto le pesaba. Hizo una seña al cardenal Wolsey, y éste dijo en alta voz. —¡Los testigos!

Dos ancianos vestidos severamente de negro se adelantaron, deteniéndose a alguna distancia del tribunal.

Eran lord Douglas y el conde de Argile, gentiles hombres en otro tiempo del príncipe Arturo.

Detrás de estos entraron otros dos igualmente enlutados.

Eran los condes de Pembroke y de Ludwig.

Dos personas faltaban en aquella tenebrosa conspiración, urdida para arrojar del trono a una desgraciada mujer.

Eran el duque de Somerset y el arzobispo de Warham, a quienes Dios había ya llamado a su terrible tribunal.

Ninguno de aquellos ambiciosos hombres contaba con que el favor de Catalina durase veinte años.

Pero ¡ay! La tumba se había abierto a sus pies antes de lograr el fruto de su ambición.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el cardenal Campegio a lord Douglas.

—Jorge Augusto Douglas —respondió el interrogado.

—¿Vuestra edad?

—Cuarenta y ocho años.

—¿Vuestra profesión?

—Ninguna; soy conde soberano de Newton y de Douglas.

—¿Recordáis, señor conde, dónde se hallaba vuestra gracia hoy hace veinte años, cinco meses y siete días?

—Me hallaba sirviendo de gentil hombre a S. A. R. el príncipe difunto, Arturo de Gales.

—¿Recuerda así mismo vuestra gracia lo que hizo S. A. aquel día?

—Lo recuerdo bien. Permaneció todo el día acostado en su lecho y, al caer la tarde, habiéndole dejado solo un instante, desapareció de su habitación.

—¿A dónde fue?

—A la de su esposa la princesa Catalina.

—¿Se halla aquí S. A. R. la princesa Catalina?

—Está presente —dijo el conde con mal segura voz y señalando a Catalina, que, con las manos cruzadas y la cabeza caída, parecía rogar por el alma de aquel Arturo, cuyas cenizas se estaban profanando.

—¿Se hallaban solos SS. AA. RR.? Tornó a preguntar el cardenal.

—Solos —respondió lord Douglas, pero con voz tan mal segura, que en la parte de sala ocupada por el pueblo, se levantó un sordo murmullo.

—¡Mentís! Gritó la voz vibrante de una mujer.

Todos se volvieron asombrados y vieron a la duquesa Emma, quien, con las mejillas encendidas de indignación, se adelantaba hacia el tribunal.

Edmundo palideció al ver a su madre, y todos los jueces se miraron con un asombro mezclado de terror.

## XV

—¡Sí! —continuó la duquesa fijando sus ojos en lord Douglas, que la miraba con ademan de desafío— ¡si, milord, habéis mentido infamemente al decir que el príncipe Arturo halló sola a su esposa, puesto que yo la acompañaba, y que no me separé de su lado, siendo, como era, su camarera mayor!

—Suplico al consejo que no haga caso de las palabras de esta infeliz señora —dijo el duque de Somerset levantándose. Es mi madre, y está loca desde hace algunos meses.

—¡Cómo!... ¡qué!... ¡qué dice! —Murmuró la duquesa, como si no pudiese dar crédito a lo que oía y mirando a los presentes con aflictivo asombro.

—Retirad a su gracia, y que sea conducida a su casa con todo respeto —dijo el rey a dos chambelanes, que se adelantaron hacia la duquesa.

Pero ésta, que había columbrado a la reina, corrió hacia ella y se arrojó a sus pies.

—¡Señora! —Exclamó asiendo sus manos con desesperada angustia—. Señora, ¿ha oído a mi hijo V. M.? ¡Dice que estoy loca!... ¿No es verdad que no lo estoy? ¡Ah, decid que no lo estoy para que yo pueda salvaros... y luego que me encierren si les conviene como a una insensata!

—¡No, no estáis loca, querida y desgraciada amiga! —Respondió Catalina, en cuyos abatidos ojos brilló un rasgo deslumbrante de ternura y gratitud— ¡no estáis loca! —Repitió levantando a Emma, que sollozaba, y estrechándola contra su pecho— ¡nunca, como ahora, he reconocido lo recto de vuestro juicio y lo grande de vuestra generosidad!

Los murmullos de descontento del pueblo crecieron, en tanto que aquellas dos mujeres permanecían abrazadas.

Emma se separó por fin de los brazos de la reina, y dijo volviéndose a los circunstantes con solemnidad:

—En el nombre de Dios declaro, bajo juramento, que el día de la entrevista de SS. AA. RR. me hallaba yo al lado de la princesa Catalina, como su camarera mayor; que el príncipe Arturo cayó desmayado no bien entró, y



que lo hubimos de conducir a un sillón en el cual permaneció sin conocimiento, hasta que fue trasladado a su cámara por los condes de Argile y de Douglas. Declaro también que mi hijo Edmundo, entonces de edad de ocho años, presencié desde la puerta de la cámara cuanto he dicho.

Volvió a reinar el silencio; pero la duquesa, que veía perdida a la reina, se adelantó hacia el estrado, cuyo costado izquierdo ocupaba su hijo, y asiéndole del brazo le sacudió con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz.

—¡Habla! —Gritó— ¡habla, miserable! ¡Tú recuerdas cuanto he dicho, pues con frecuencia hablas de incidentes menos importantes de aquella época!

—¡Llevaos a su gracia! —repitió el rey con voz terrible, al ver que el pueblo rugía alborotándose, como las olas del mar, ante la energía de aquella mujer.

—Una desgracia reciente la ha trastornado del todo —dijo Edmundo de manera que sus palabras pudiesen ser oídas.

Al escucharlas, callaron los murmullos. Aquella pérfida acusación tenía por objeto recordar las relaciones criminales de la duquesa; relaciones que, según de público se sabía, habían terminado por el abandono de su amante.

El severo pueblo inglés no podía olvidar aquel desliz de la pobre mujer, y los concurrentes creyeron que la desgracia a que aludía el duque era la decepción sufrida por su madre, y que, en efecto, ésta había perdido la razón por sus padecimientos morales.

A pesar de su resistencia, Emma fue sacada fuera de la sala del consejo.

Se procedió inmediatamente a interrogar a los otros tres testigos. El conde de Argile afirmó, con el juramento de costumbre, que la entrevista de los regios consortes había sido secreta, y lo mismo aseguraron los condes de Pembroke y de Ludwig.

La reina, obligada a presenciar estas odiosas declaraciones, permaneció inmóvil, pero no ya con la cabeza inclinada y el ademán abatido; pasados los primeros instantes de su dolor, alzó la frente y volvió a recobrar su imponente ademán para no volver a abandonarle ya.

Antes de que se le advirtiera que podía retirarse, se envolvió en su velo y salió con majestuoso paso de la sala del consejo, seguida de María.

Al verla desaparecer, se inmutó visiblemente el semblante del rey; a pesar de la natural dureza, de la casi ferocidad de su carácter, al considerar roto el lazo que por espacio de tantos años le uniera a Catalina, sintió un pesar involuntario y casi supersticioso.

—Milores y señores —dijo levantándose, y con la voz conmovida— debo rendir aquí un justo tributo a la virtud de la reina y al afecto que siempre me

ha demostrado; jamás ha existido una esposa más sumisa y tierna, una mujer más virtuosa y ejemplar.

—¿Queréis, señor, volver a la vida conyugal con la reina? —Preguntó uno de los legados a media voz— todavía es posible, pues he visto que los testigos estaban comprados o que los mueve sólo una culpable ambición. Volverán a declarar a favor de la reina si esto les ofrece mayores ventajas.

—Nadie, como nosotros, conoce el afecto que V. M. ha profesado siempre a su esposa —dijo el conde de Ludwig— pero esta unión es imposible, y sin duda adivinándolo así, firmó V. M. esta protesta el día mismo de su casamiento.

Esto diciendo, sacó el conde un rollo de pergamino, y extendió ante los ojos de todos los presentes la protesta firmada veinte años antes por Enrique cuando era sólo príncipe de Gales.

Aquel corto razonamiento y la vista de la protesta, dieron tiempo al rey para reponerse de la pasajera emoción que había experimentado.

—A pesar de mi tierno afecto hacia la reina —dijo— y el que siempre me ha profesado ella, insisto en la petición de mi divorcio por mi salvación eterna y por el bien del Estado.

Dichas estas palabras, saludó y salió de la sala del consejo por la misma puertecilla por donde había entrado.

—¡Ya cayó! —dijo el conde de Pembroke con acento triunfante—. María agrega a los suyos pingües estados.

—¡Trabajo nos ha costado! —añadió el conde de Ludwig— pero ya hemos arrojado del trono a esa altiva y grave matrona castellana, ¡bajo el reinado de Ana, creceremos en favor y en poder! ¡Si mi hermano viviera!

## XVI

Al día siguiente del juicio, los cardenales legados del Papa visitaron a la reina en su cámara, de la cual no salía hacía ya algunos días, oyendo misa en su propio oratorio.

Ambos prelados hicieron nuevas tentativas para convencerla de las ventajas y la tranquilidad que le proporcionaría una separación voluntaria, puesto que su matrimonio de todos modos iba a ser disuelto; pero la reina, con una firmeza heroica, se negó absolutamente y casi en los mismos términos que había empleado en sus anteriores negativas.

Dos días después, le quitaron a su hija la princesa María, de quien cuidaba por sí misma con la mayor ternura.

Esta prueba fue la más cruel de todas las que se impusieron a aquella desventurada princesa; sin embargo, persistió en sus negativas, y dijo que lo hacía por el interés de su querida hija antes que por el suyo propio.

El mismo día de esta cruel separación, volvieron a citarla ante el Consejo de Estado; pero se negó a asistir, y contestó que iba a apelar a la Santa Sede.

El proceso, continuó, sin embargo. El número de los testigos —casi todos parientes de la nueva favorita Ana Boulén— ascendió a treinta y siete; y de sus declaraciones compradas, o preparadas de antemano, resultó evidente la consumación del anterior matrimonio de Catalina.

Esta, como había ofrecido, apeló a la Santa Sede; y Clemente VII, que ocupaba entonces la silla de San Pedro, hizo justicia a la desgraciada reina, saliendo en su auxilio con la más grande energía.

Anuló la comisión; llamó a Roma a los legados y avocó así el proceso, reservándose él decidir por sí mismo.

En el mismo día que se supo la decisión de Clemente VII, Catalina fue desterrada a un pueblo del condado de Bedford, donde la volveremos a encontrar.

## XVII

Moría en el Oriente el sol de un bello día de Mayo, y sus últimos rayos se quebraban en las cabezas de dos mujeres sentadas junto a la ventana de un pequeño aposento.

Eran la reina Catalina y su joven y amable dama de honor María, condesa de Harlowe.

La habitación, amueblada con una modestia que rayaba en pobreza, era triste.

Muebles oscuros, cortinas muy usadas de lana, y algunos cuadros al óleo, de fondo negro, y de formas casi borradas, eran todo el adorno de aquel aposento, asilo a la sazón de una mujer, hija, esposa y hermana de reyes.

Muchas hebras de plata se veían ya entre los luengos rizos castaños de Catalina. Su traje era rico, e iba adornada con joyas y encajes, pues hasta el día de su muerte vistió como debía hacerlo la reina de Inglaterra.

María llevaba un traje blanco y un cinturón azul, como sus ojos. Apoyada en el respaldo del sillón de la reina, que parecía meditar hondamente, la joven quería hacer, a no dudarlo, alguna pregunta, que no se atrevían a formular sus labios.

Dos o tres veces miró hacia la mísera calle de la aldea, a donde caía la ventana, y luego sus ojos se volvían a los cuadros y a la reina con expresión de angustia y duda.

Se decidió al fin a salir de ella y preguntó a Catalina:

—Señora, ¿vino al fin el mensajero que mi padre me anunció? Perdóneme V. M., pero...

Se estremeció la reina, como si la hubieran despertado de un profundo sueño, y contestó:

—Conozco tu interés por mí, querida María; perdona que nada te haya dicho. El mensajero vino.

—¿Trajo buenas nuevas?

—¡Buenas nuevas! —Repitió Catalina con una sonrisa tristísima, pero en la cual no se advertía el rastro más leve de amargura— ¿puedo yo esperarlas

ya?

—¿Quién sabe, señora?

Meció la reina la cabeza con desaliento, y respondió:

—El enviado ha sido tu esposo, ¿aguardas aún, hija mía, nada bueno para mí?

—¡Ah, señora! ¿Con que era él?

—Sí. Era él, que ha venido de parte del rey a ofrecerme el título, honores y derechos de princesa de Gales si abandonaba mi apelación a la corte pontificia.

—¿Y qué ha contestado V. M.?

—Me he negado a ello.

—¡Oh, qué heroica firmeza! —exclamó la joven con los ojos llenos de lágrimas.

—Soy la esposa legítima de Enrique VIII —dijo Catalina— soy reina de Inglaterra y jamás cederé mis derechos mientras la Santa Sede no me despoje de tan alta dignidad por una sentencia definitiva. Otra cosa he sentido más, continuó la reina, cuyas nobles acciones se alteraron profundamente. Se me ha anunciado también de parte del rey, que si cedía, recaería la sucesión del trono en mi hija, y que de obstinarme en mi rebeldía, sería declarada ilegítima.

—¿Y tampoco esa consideración obligará a ceder a V. M.?

—Ninguna será capaz de hacerme degradar mi dignidad y la de mi hija, la cual llegará un día en que bendicirá mi constancia y mi memoria.

Las palabras de la reina fueron seguidas del ruido de un carruaje.

Se Acercó María a la ventana, y en el mismo instante el carruaje, que era de camino, y venía muy empolvado, paró a la puerta de la casa.

Uno de los lacayos abrió la portezuela, y la duquesa de Emma saltó al suelo y se lanzó a la escalera que subió rápidamente.

A pesar del carácter severo de la reina, y de la etiqueta de que constantemente estaba rodeada, Emma no esperó a que se la anunciase, y entró en la cámara.

Su palidez y la angustia que se pintaba en sus facciones asustaron a Catalina a pesar de su entereza y valor.

—¿Qué hay, madre mía? —Preguntó María a la madre de su esposo— ¡hablad, hablad, por Dios!

—¡Señora, ánimo! —murmuró la duquesa con voz alterada.

—¿Ha muerto... mi hija? —articuló débilmente Catalina, pálida como un cadáver.

—¡No, no! ¡Vive y está buena!

—¿Ha muerto mi esposo?

—¡Ah, señora!...

—¡Habla, habla, por Dios... que me matas!...

—¡Ya no tiene esposo V. M.!

—¡Enrique ha muerto!... —gritó la reina con un acento arrancado de su alma.

—¡Ah, más valiera que hubiera muerto!... ¡No! ¡El rey vive! Pero hace tres días que ha hecho pronunciar al obispo de Cantorbery la sentencia que anula su enlace con V. M., sí; ¡más valiera que hubiese muerto!

La reina se desplomó en su asiento; un sordo gemido se escapó de su pecho; cayó hacia atrás su cabeza y se cerraron sus ojos.

Más pronto la fortaleza de su alma dominó la agonía mortal de su dolor. Se levantó rígida y severa, y dijo con voz firme mirando severamente a la duquesa:

—¡Vasalla! ¡Has osado desear la muerte de tu señor! Cruel o piadoso, esposo mío o de otra, padre o verdugo de mi hija, ¡de rodillas! Y repite conmigo, ¡¡Dios guarde al rey!!

—¡Dios guarde al rey! —repitieron las dos mujeres cayendo de rodillas a los pies de la heroica reina.

Esta elevó al cielo una mirada resignada y triste, tendió su mano a Emma y a María para que se levantasen, y luego se encerró en su alcoba, y se arrodilló ante su reclinatorio sobre el duro suelo para orar.

## XVIII

El mismo día que se anuló el matrimonio de Catalina con Enrique VIII, se ratificó el que seis meses antes había contraído clandestinamente este rey con Ana Boulén.

La precipitación del rey, además de su impaciencia por deshacerse de Catalina, tenía otra causa. Ana de Boulén se hallaba ya en cinta de cinco meses, y todo cuanto concernía a su primera esposa y a su primera hija, era ya odioso para aquel cruel monarca.

Se condujo a la reina Catalina al castillo de Kimbalton, y no bien instalada en él, se le notificó, de parte del rey y oficialmente, que había dejado de ser su esposa, y que no podía conservar otro título ni otras rentas que las de *princesa viuda de Gales*. Lord Montjoye se encargó de aquella odiosa notificación, y redactó un expediente de su conferencia con la reina. Catalina tomó el documento, y borró por su propia mano todos los períodos en que se le daba el tratamiento de *princesa*, sustituyendo a éste el de *reina*.

El 22 de mayo de 1534 revocó la corte pontificia la sentencia de divorcio que la de Inglaterra formuló un año y tres días antes. Más esta severa decisión de Clemente VII, si bien consoló a Catalina, no pudo mejorar su triste situación.

Enrique VIII negó la obediencia al Papa, e hizo que el Parlamento le declarase cabeza de la iglesia anglicana; y el mismo monarca que había señalado su reinado escribiendo un libro contra las herejías de Lutero, el mismo que había merecido que el Papa León X le llamase *defensor de la fe*, atrajo sobre sí y sus pueblos la excomunión de la corte de Roma.

Encarcelada la reina en el castillo de Kimbalton, empezó una cruel persecución contra todos los que directa o indirectamente se habían interesado por ella; muchas ilustres cabezas fueron segadas por la mano del verdugo, y cada nueva víctima que caía, abría una nueva herida en el corazón de Catalina.

Esta infortunada princesa trató de distraerse de su dolor, y a este efecto compuso dos obras piadosas de gran mérito. Se titulan, la una *Meditaciones*

*sobre los Salmos, y la otra Tratado de los lamentos de los pecadores.*



## XIX

Eran las diez de la mañana del día 6 de Enero de 1536.

En la cámara que ocupaba Catalina en el castillo de Kimbalton, se hallaban reunidas cinco personas.

Una de ellas era la reina.

Estaba acostada en un gran lecho esculpido, situado en una alcoba sostenida por columnas, y su palidez y la demacración de su rostro eran espantosas.

Dos años habían pasado desde que el rey, su esposo, había anulado su matrimonio; y la enfermedad mortal, que ya antes de esta época habían desarrollado en ella sus sufrimientos morales, había llegado su último grado.

Catalina estaba medio recostada en su lecho.

Sus facciones alteradas tenían el sello de la muerte.

Su camisa, de rica Holanda, guarnecida de encajes, subía a cerrarse castamente en su garganta, aún torneada, blanca y hermosa.

Su gorro de noche, también guarnecido de encajes, dejaba ver dos apretadas trenzas de cabellos del todo canos, más por los pesares que por la edad, pero suaves y espesos, como si los años ni las penas hubieran podido robarles su graciosa finura y sus naturales ondulaciones.

En cambio, las cejas de la reina y sus largas pestañas conservaban el más hermoso color castaño, y guarnecían sus ojos llenos de ternura y de expresión.

Toda una vida pura, irreprochable, santa, se veía escrita en aquella adorable fisonomía, alterada ya por los últimos dolores de la vida, y por los de una apenada muerte.

Era el lecho que ocupaba la reina muy bajo; junto a él se hallaba arrodillada y llorando una niña que contaría unos diez años de edad.

Era la princesa María.

Las otras tres personas que ocupaban la cámara eran Emma, María y un sacerdote, que se habían retirado un poco para no molestar a la reina en aquella última entrevista con su hija.

María era pequeña para su edad, y muy delgada; pero su semblante presentaba un tipo en extremo delicado y hermoso.

Llevaba un traje de gran riqueza, y sus espesos rizos rubios se escapaban de una redecilla de perlas.

—Hija mía, decía la reina con voz débil, ¿no quieres prometerme lo que te pido?

—¡No puedo, madre! —respondió sin dejar de llorar—. Yo quiero matar a mi hermana... porque es hija de esa mujer que ocasiona vuestra muerte.

—¡No, hija mía, es Dios quien me llama a su lado! Contestó con dulzura la reina; perdónala... María; si algún día subes al trono de Inglaterra, sé piadosa... ése es el más bello atributo de los reyes...

María no contestó; y su madre, al ver que permanecía inmóvil y silenciosa, la llamó suavemente.

Entonces acudieron Emma y María, y levantaron a la princesa, que estaba desmayada.

El dolor le había quitado el conocimiento.

Catalina estrechó entre sus brazos el cuerpo inanimado de su hija, y mandó después que la sacasen de la cámara.

La duquesa la tomó en sus brazos, y un instante después se oyó el ruido de un coche, que se llevaba a la princesa con su aya.

El dolor de aquella separación acabó de agotar las ya exhaustas fuerzas de la reina, que, pálida como un cadáver, se desplomó sobre las almohadas.

Mas algunas gotas de cordial la reanimaron un poco, y pidió recado de escribir, por un esfuerzo heroico de su voluntad.

El confesor la sostuvo, y Catalina escribió con suma dificultad esta carta dirigida al rey.

«Señor. Llegó mi última hora; el afecto que os he profesado, y que todavía os conservo, me impele a exhortaros para que atendáis a la salvación de vuestra alma, que debe ser preferida a todas las consideraciones del mundo. Consultando éstas únicamente, me habéis sumergido en las mayores desgracias y habéis atraído, sobre vos los más grandes disgustos; todo lo olvido, y plegue a Dios olvidarlo también todo. Os recomiendo nuestra hija María, exhortándoos a que os conduzcaís con ella como un buen padre. Este ha sido siempre el objeto de mis deseos.

Os suplico que procuréis un estado honroso a, mis damas de honor, a esas desgraciadas, que os serán poco gravosas, pues son

tres únicamente.

También os ruego que mandéis pagar, además de la anualidad corriente, el sueldo de un año a las demás personas que me han servido, pues sin esto, se verían privadas de todo recurso.

Señor, muere amándoos, y os perdona vuestra esposa  
Catalina de Aragón».

—Tomad, padre mío —dijo la reina al confesor, entregándole la carta, poned esto en manos del rey...

—Cada media hora, envía a saber del estado de V. M. señora —dijo el sacerdote.

—¡Ah, será verdad! —exclamó Catalina, en cuyos ojos brilló un rayo de contento.

El amor vivía aún ardiente, inextinguible en aquel pobre corazón tan herido, tan destrozado.

¡Extraños misterios hay en el alma humana!

Desde que Catalina supo el interés del rey por el estado de su salud, se notó en su semblante una expresión de dicha, que ya no volvió a desaparecer.

Con una mirada suplicante llamó a su lado al confesor, que empezó a recitar las oraciones de los agonizantes.

La reina no habló ya. Clavados los ojos en el cielo y con las manos cruzadas sobre el pecho, se durmió con el sueño de la muerte a las dos de la tarde.

Su rostro quedó sereno, blanco y hermoso, como el de una santa de mármol.

Ni aún en aquella hora suprema se descompuso su dignidad verdaderamente regia.

Su agonía fue tranquila como su vida, y su muerte apacible y sosegada.

María Harlowe, cerró piadosamente los párpados de la reina, y no bien había acabado de llenar este santo deber, entró un correo del rey.

—¿Cómo sigue S. A. R.? —preguntó desde la puerta en voz baja y contenida.

—¡La reina de Inglaterra ha muerto! Contestó María con solemnidad, y enjugando el llanto que corría por sus mejillas.

El correo volvió a montar a caballo, y partió a Londres a escape.

## XX

Se encontraba Enrique VIII en la habitación que ocupaba en palacio Ana de Boulen.

La favorita, o más bien la esposa del rey, estaba sentada en un sitio en la actitud de la más provocativa coquetería.

Su traje, de raso amarillo, levantado con estudio por un lado, enseñaba un zapatito de raso blanco bordado de oro y perlas, y el principio de una pierna cubierta con una media de seda color de lila claro.

El escote de su traje, exageradamente bajo, no era nada decente, y sus brazos apenas estaban cubiertos con unos manguitos de punto, que no pasaban de los hoyuelos del codo.

No daré aquí a conocer a Ana porque le pertenece otra leyenda.

El rey, sentado a sus pies, la contemplaba con admiración y con una expresión tan apasionada, que no dejaba duda acerca del imperio que ejercía sobre él su seductora esposa.

De súbito se levantó el tapiz que cubría la puerta, y un paje de la confianza de Ana preguntó al rey si quería recibir al confesor de la princesa de Gales.

—¡Que entre! —exclamó el rey con voz alterada.

Un instante después apareció el ministro de Dios:

Se inclinó ante el rey, y dijo:

—La reina de Inglaterra, Catalina de Aragón, ha muerto. Esta es su despedida para V. M.

Al mismo tiempo presentó la carta de la reina a Enrique VIII.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Ana sin poder dominar su alegría.

El rey le fulminó una mirada terrible. Tomó la carta y la abrió.

A medida que leía, las lágrimas corrían por sus mejillas, y sus facciones todas pintaron el más vivo dolor.

La reina Catalina de Aragón murió a la edad de 48 años.

Se celebraron magníficas exequias por su alma en la abadía de Peterborough, y allí mismo se erigió a la infeliz reina un soberbio mausoleo.

El rey, después de algún tiempo, convirtió aquella abadía en silla episcopal, en memoria de Catalina de Aragón.

Esta insigne mujer, no es, lectoras mías, una de las figuras más enérgicas de mi galería. Es la mujer firme, cristiana, digna y severa. Su pedestal lo forman esas virtudes apacibles y modestas, que no exigen ni sacrificios, ni apenas una página en la historia.

En cambio, el Dios Todopoderoso le ha dado sin duda en el cielo un trono de gloria, por el que le fue arrebatado, y las reinas y todas las mujeres de la tierra veneran su memoria como el modelo de la perfección cristiana.

## **ANA DE BOULEN**

*REINA DE INGLATERRA*

Suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir a los reinos celestiales. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas y esperar en ellas. También es vanidad desear honras, y ensalzarse vanamente. Vanidad es desear larga vida, y no cuidar que sea buena. Vanidad es mirar solamente esta presente vida, y no prever lo venidero. Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable.

Kempis. Imitación de Cristo

# I

Era una hermosa mañana de primavera del año de 1515, cuando en el palacio real de Londres se notaba una gran agitación.

La princesa María iba a marchar a Francia para casarse con Luis XII, y se despedía de su hermano Enrique VIII y de su esposa Catalina de Aragón.

Los enviados franceses que componían la embajada, que debía conducir a la princesa, esperaban en la antecámara, conversando amigablemente con los caballeros ingleses, que también debían acompañarla.

La familia real se despedía en la cámara del rey, por cuya puerta entornada se escapaban los sollozos de la desposada y las dulces palabras de consuelo de la reina Catalina<sup>[2]</sup>.

En la antecámara y mezcladas entre los cortesanos, estaban las damas de honor de la princesa, rodeadas de sus familias, que se despedían de ellas con llanto, porque las jóvenes debían acompañar a Francia a su señora.

Las damas de la reina se hallaban también allí, pero separadas y guardando la modesta y digna compostura de que tan buen ejemplo les daba la hija de Isabel la Católica.

En el grupo de las personas que se despedían, había dos mujeres dignas de llamar la atención.

Era una lady de Boulen.

La otra su hija Ana, nombrada dama de honor de la princesa María.

Lady Boulen tenía treinta y cuatro años, y su hermosura hallaba pocas rivales en la corte de Inglaterra.

Gruesas trenzas de un rubio oscuro y dorado salían por ambos lados del escote de su cofia, de brocado azul, guarnecida de una sarta de gruesas perlas.

Sus ojos negros tenían una pérfida dulzura, que correspondía perfectamente con la constante sonrisa de su boca.

Tenía las formas admirables, la tez blanca, y su estatura, delgada y esbelta, excedía a los límites regulares.

Su traje, de brocado azul como su cofia, estaba bordado de plata. Desde el cuadrado escote, subía una camiseta de gasa blanca, plegada hasta su

garganta, moda que la severa Catalina había introducido, y en la cual no había permitido innovaciones.

Por debajo de su traje se descubría una parte de su pie, calzado con zapato de raso blanco con hebilla de oro y alto tacón azul.

Lady Boulén no manifestaba dolor ni aun tristeza por separarse de su hija. No lloraba; por el contrario, apoyadas sus dos manos en los hombros de la joven, la hablaba sonriendo.

Ana era mucho más baja que su madre, o más bien, tenía la corta estatura de una niña. Por su delgadez y lo indeciso de sus formas, se conocía que aún debía desarrollarse mucho.

Era blanca, con ojos y cabellos negros, nariz levantada y boca grande; su tez, cubierta de pecas, perjudicaba mucho a la escasa belleza que la naturaleza le había concedido. Su boca, de labios finos, dejaba ver la desigualdad de sus dientes.

A pesar de todo esto, a pesar del infantil descuido de su talle y de tener seis dedos en la mano derecha, la figura de la joven Ana cautivaba por una indefinible gracia, imposible de explicar, pero cuya influencia se hacía sentir mucho.

Llevaba un vestido de viaje, de larga cola, de terciopelo verde, y un sombrerito redondo de terciopelo también, negro, con pluma blanca.

Por debajo del sombrero y plegados en lazos lustrosos como el ébano, se veían sus abundosos cabellos.

Sus manos, muy pequeñas, y que hubieran sido encantadoras, a no ser por el defecto que antes indiqué, estaban cubiertas con guantes de ámbar perfumados, y se cruzaban tristemente mientras se despedía de su madre.

—Ana —decía lady Boulén— ¿te acordarás de mis consejos?

—Sí, madre mía —respondió la joven.

—No estés triste.

—Procuraré alegrarme.

—La tristeza pone fea a la más hermosa, y tú no eres bella.

—Procuraré alegrarme, os lo repito.

Y al pronunciar estas palabras, los ojos de la pobre niña se llenaron de lágrimas.

—¿Vuelves al llanto? —preguntó su madre contrariada.

—¡Es que siento mucho dejarte, madre mía! Murmuró Ana bajando la cabeza con abatimiento.

—Eso es natural, hija mía; yo también, tengo que hacer un esfuerzo de valor para separarme de ti.



Lady Boulen mentía. Unida desde hacía algún tiempo al rey Enrique VIII por relaciones criminales, había interpuesto toda su influencia con el monarca para que éste nombrase a Ana dama de honor de su hermana la princesa María.

Quizá el rey no hubiera concedido esta gracia a lady Boulen, a no tener él otras miras.

Cansado ya del amor de aquella mujer altiva y exigente, había fijado sus ojos en la belleza de Fanny, su hija mayor.

Fanny contaba sólo diez y siete años. Casi niña, aún jugaba con Ana, y las dos hermanas eran inseparables.

El rey pensó seriamente en desunirlas. Fanny rehusaba su amor, y Enrique creyó que separando a Ana de su lado, se entristecería, y le sería más fácil conquistarla.

Estas consideraciones, unidas a las reiteradas súplicas de lady Boulen, decidieron al rey de Inglaterra a dar a Ana el elevado lugar que ocupaba.

Aún hablaban madre e hija, cuando se descorrieron las cortinas de la cámara real, y Enrique VIII, llevando al lado a su hermana y a su esposa, apareció en el umbral.

Ya conocemos a Catalina de Aragón y al rey su esposo; pero la princesa María merece una mención especial.

Cumplía apenas la futura esposa de Luis XII los diez y seis años de su edad.

Era blanca y pálida como nos imaginamos a las náyades de las fuentes, si tomasen una corpórea figura.

Sus cabellos rubios, finos y vaporosos, bajaban en largos rizos por sus mejillas y hombros; tenía los ojos de un bello color garzo, la tez diáfana, rosada y pura, la frente espaciosa y la nariz griega.

Su traje era casi igual al de Ana; sólo que en él usaba el color carmesí propio de su estirpe real, y carmesí era también su sombrero, adornado de hermosas plumas blancas prendidas con una garzota de diamantes y rubíes.

Los guantes de María eran blancos y en la mano tenía un latiguillo con puño de oro y perlas, pues aunque la comitiva salía en carrozas de palacio, luego debían ella y sus damas montar en palafrenes.

Cuando la familia real apareció a la puerta de la cámara del rey, hubo gran movimiento en la antecámara; las damas recogieron las largas colas de sus vestidos y se prepararon a salir en pos de la princesa.

Fanny, la hija mayor de lady Boulen, se acercó para abrazar a su hermana, en tanto que el rey Enrique fijaba en ella una mirada de fuego.

Fanny era una joven hermosa y esbelta.

—¡Adiós, hija mía! —dijo lady Boulen a la joven sin que una lágrima apareciese en sus ojos.

—¡Adiós, mi querida madre! —contestó la pobre niña sollozando.

—No olvides mis consejos, hasta hoy has sido tímida, modesta... pero no importaba, tu madre cuidaba de tu porvenir; mas desde hoy, tú misma has de cuidar de él.

—¡No comprendo!... —murmuró Ana.

—No olvides que no eres hermosa, pobre Ana mía; no olvides que tu dentadura es desigual, que tienes una mancha en el cuello y seis dedos en la mano derecha.

—No lo olvido, madre.

—Acuérdate de que tus únicas armas consisten en tu ingenio, en tu vivacidad y en los recursos de tu tocador.

Ana miró a su madre con asombro; aquellos consejos perniciosos no penetraban aún en su alma de quince años, resbalando por su tersa superficie.

Más ¡ay! Era una semilla que se arrojaba en una tierra virgen y fértil, y que debía producir abundantes y perniciosos frutos.

La princesa, después de un último abrazo, se apartó de sus hermanos enjugándose los ojos, y salió por la puerta principal, seguida de su comitiva.

Los reyes de Inglaterra salieron a un gran balcón de piedra que caía al patio para verla partir.

Ya se hallaba María en su carroza acompañada de dos prelados y de la condesa de Salisbury.

Pero la pobre niña lloraba ocultando su bello rostro entre los encajes de su pañuelo.

Dos sentimientos dolorosos se disputaban todas las fibras de aquel tierno corazón.

Era el uno, el pesar de dejar a sus hermanos.

El otro, el temor que le inspiraba su marido, de edad ya de cincuenta años y que había tenido dos esposas.

Juana, la primera, era hija de Luis XI, y la repudio, a pretexto de ser contrahecha.

La otra, fue la varonil, la ambiciosa, la gran política Ana de Bretaña.

La tercera iba a ser la joven y delicada María de Inglaterra.

Un triste presentimiento se levantó en el corazón de la princesa al dejar los muros del palacio de su hermano, donde tan dichosa había corrido su infancia al lado de la noble Catalina de Aragón.

Volvió hacia ellos sus ojos llenos de lágrimas y les hizo una última señal de despedida.

Las carrozas partieron, y los embajadores franceses, mezclándose con los enviados por el rey de Inglaterra, montaron en sus caballos colocándose alrededor de los carruajes.

Detrás de la carroza de la princesa, y en otra más sencilla, se veía a Ana de Boulén, con otras tres damas, que iban casi alegres pensando en que iban a Francia; aquella Francia tan hermosa, tan brillante, que daba fiestas magníficas, y que encerraba tantas cosas bellas.

Sólo Ana lloraba. Sólo Ana llevaba la cabeza inclinada y pensaba en su padre, el anciano Tomás Boulén, en su hermana Fanny, y hasta en su ambiciosa madre.

## II

Un año después tenía lugar una extraña escena en una de las cámaras del palacio de los reyes de Francia.

Luis XII, sentado en un sillón, hablaba enojado con su esposa la reina María, que bordaba, riéndose disimuladamente de las palabras de su esposo.

Era el rey de estatura mediana y bastante grueso. La paz de una conciencia sin mancha y la bondad de su corazón, se pintaban en su semblante, agradable aún, y de facciones regulares.

Vestía con mucha sencillez un traje sin bordados y una cadena de oro rodeaba su cuello.

María llevaba un rico vestido. Había crecido y engruesado; parecía alegre y feliz.

—Vamos, ¿no me hacéis caso, mi querida niña? —preguntó el rey, que sin duda se cansaba ya de perorar.

—¡Yaya si os hago, señor! —dijo María dejando su labor y levantándose para ir a abrazar al rey.

—¡Fuera, fuera! ¡Seductora Circe! —gritó Luis.

—Lo que es ahora no cedo.

—¿No cedéis?

—¡No, no!

—¡Pero si yo no quiero que cedáis!

—¿Quieres, pues, complacerme?

—Sí.

—Entonces, despedirás inmediatamente a esa joven.

—Pero señor...

—Está dicho.

—¡Pobre Ana!

—¡No la puedo sufrir!

—¿Pero qué os ha hecho? Veamos.

—Es la más insolente de tus damas, querida mía. Viste con más lujo que tú, y tiene citas por las noches en los corredores del Louvre... ¡oh! Lo sé... no

me cabe duda de ello.

—¡La calumnian. Luis!

—¡María, me volveré a enfadar!

—¡Ah, no, no! —Exclamó la reina rodeando con sus brazos el cuello del rey—, ¡no os enfadéis...! ¿No sabéis, que esto os hace mal?

—¡Y tanto! Pero tú te empeñas... vamos a ver, ¿por qué tienes esa pasión por Ana?

—¡Ya es mío! —se dijo para sí la reina que conocía el bondadoso carácter de Luis XII.

Luego añadió en voz alta:

—La quiero, señor, porque no tiene quien la quiera en el mundo más que yo.

—¡Cómo! ¿Y sus padres?

—¡No la quieren! ¡La aborrecen porque es fea!

—¡Fea!, ¡a mí no me parece tal! —dijo el rey mucho más calmado ya.

—Es que aquí hay mujeres feas —repuso María, pero en Inglaterra no.

—¡Buena muestra eres tú de la verdad de lo que dices! —exclamó el rey tomando entre sus manos la rubia cabeza de María a quien besó en la frente.

—Pues bien, señor, vos me amáis, ¿verdad?

—¿Lo dudas?

—¡No lo dudo, no! Y por eso siento tanto abandonar a la pobre Ana que ni es hermosa, ni amada de nadie.

—¡Si al menos hubiera conservado aquella modestia, aquella timidez que se notaba en ella al venir! ¡Pero si ahora parece otra!

—Es verdad —repuso la reina, a mí también me parece que ha cambiado mucho... a mí, que la amo, ¿qué es, pues; lo que parecerá a sus parientes que la aborrecen? ¡La matarán!

—¡La matarán!

—¡Sí, señor! En Inglaterra hay tantas mujeres hermosas, como perversos corazones.

De esto sí que no eres tú una prueba. Es tan bello tu corazón como tu rostro.

—Pues si envió a Ana a Inglaterra, dirán que vos me habéis vuelto mala.

—¡Eh! ¡Que se quede, pues! —Dijo como a pesar suyo el bondadoso monarca— pero con una condición.

—¡Oh, señor, gracias, gracias! Yo la acepto en nombre de Ana, cualquiera que sea, porque cualquiera cosa cumplirá ella por no dejarme.

—¿Lo crees así, mi pobre María? —preguntó el rey con aire triste.

—Estoy segura de ello.

—Tú juzgas por ti a los demás, ¡quiera Dios no darte nunca un desengaño!

—Dejemos eso, y veamos la condición que es precisa para que se quede Ana.

—Que se case.

—¡Pero si no tiene novio!

—A ti te encargo que veas entre los jóvenes de la corte cual te gustaría para marido de Ana.

—¿Y luego?

—Luego me participarás tu elección, y yo mandaré al punto al agraciado que se case con tu dama de honor.

—Pero ¿y si ella rehúsa?

—Se irá.

—¡Cómo!

—Volverá a Inglaterra.

—Voy, pues, desde hoy a buscar ese esposo que nos hace falta —dijo María; y después de abrazar al rey, salió de la cámara y se dirigió a su habitación a la cual hizo llamar a su dama de honor.

Esta se presentó al instante con el semblante alegre y la sonrisa en los labios.

El que un año antes la hubiera visto en Inglaterra, apenas la hubiera conocido a la sazón.

Su expresión afligida y tímida había desaparecido para dar lugar a otra llena de vivacidad y de gracia. Había crecido mucho, y aunque aún estaba delgada, sus delicadas formas tenían una elegancia indescriptible.

Sus ojos negros, rasgados y llenos de fuego, hacían un seductor contraste con su tez blanca y pálida y con sus cejas y pestañas semejantes al azabache.

Su magnífica cabellera, negra como el ala del cuervo, estaba dispuesta con gracia y coquetería. En suma, a pesar de que no se la podía llamar hermosa sin una notoria adulación, no se le podía tampoco negar el dictado de seductora sin incurrir en una grave injusticia.

Las licenciosas costumbres de la corte de Francia, en todas épocas más libres que las de la severa, Inglaterra, habían hecho fructificar las semillas de depravación que lady Boulton había depositado en el alma de su hija.

Porque se ha probado de un modo auténtico, ser calumniosas todas las suposiciones que se hicieron acerca de la depravación de Ana, antes de su salida de Inglaterra.

Pero entonces ¡ay! El ángel de su inocencia había ya volado al cielo cubriéndose el semblante con sus manos.

Ana ya no llevaba ni siquiera el apellido de su padre. La llamaban *Ana Bolena*, como si le hubieran otorgado un segundo nombre de infamia y de baldón.

—¿Me ha llamado V. M.? —preguntó Ana a la reina con voz suave y cariñosa.

—Sí —respondió María, cuyo semblante estaba triste— te he llamado, Ana, porque es preciso que te hable a solas.

—¡Ah! ¿Seré tan feliz que pueda servir en algo a mi señora? —exclamó Ana con entusiasmo.

—Ana —repuso la reina desentendiéndose con trabajo del efecto que causaba en ella el apasionado lenguaje de su dama de honor. Ana, óyeme con calma y reflexión. El rey está disgustado contigo, y quiere enviarte a Inglaterra.

Una súbita e intensa palidez cubrió el rostro de Ana; Se agolparon las lágrimas a sus ojos, y murmuró:

—¿En qué he podido yo ofender a S. M.?

—Tus locuras le irritan; no olvides, querida mía, que tiene cincuenta años, como no lo olvido yo.

—¡Ah, señora! V. M. es un ángel, —exclamó Ana enjugándose los ojos— pero yo procuraré imitarla.

—¿Amas a alguno? —preguntó María que se había quedado pensativa.

—Yo, señora, no amo más que a V. M.

—¿Pero no prefieres a algún hombre entre esa brillante turba que te rodea?

—No, señora.

—Procura amar, pues.

—Señora, no comprendo...

—El rey quiere que te cases.

—¡Qué me case! Murmuró la dama de honor con asombro; ¡qué me case! ¡No recuerda V. M. que sólo tengo diez y seis años!

—No lo olvido, Ana —repuso la reina— no puedo olvidarlo, porque ésa es también mi edad.

—Entonces...

—A pesar de eso, lo repito. Es preciso que te cases.

—¡Pero si yo no amo a nadie, señora! ¡Y quizá de nadie soy amada tampoco, hasta el punto de poder hallar un esposo!

María quedó pensativa algunos instantes; luego dijo:

—Tienes razón, mi pobre Ana; el caso es grave y merece pensarse; pero te lo suplico, procura elegir un esposo, lo antes posible, y mientras le hallamos, porque yo también voy a buscarle, vive con recato y circunspección.

—Obedeceré a V. M.

—Mira que el rey te observa y que sin duda tienes enemigos, que le previenen contra ti.

La reina, así que pronunció estas palabras, hizo a su dama de honor una señal para que se retirase.

Ana obedeció con aire respetuoso y triste.



### III

Otro año había pasado y aún no había aparecido un esposo para Miss Boulén.

¿En qué consistía esto, siendo ella de nobilísima estirpe, rica, y querida además con extremo de su señora la reina de Francia?

Nadie más que la misma Ana hubiera podido responder a esta pregunta, porque tampoco nadie, más que ella, sabía los manejos y las intrigas que le costaba el conservar su libertad.

Hacía alarde de una extrema inconstancia y de una gran indiferencia hacia el amor; cada día distinguía con sus sonrisas y con sus tiernas miradas a uno de los caballeros de la corte; pero cuando éstos se encontraban en alguna conversación particular, ninguno podía señalarse como preferido de la joven dama de honor.

En cambio, su asiduidad, su fortaleza para aprender toda clase de habilidades, eran extremas; los dos años que había pasado en la corte de Francia, habían convertido a la joven Miss Boulén, en una de las más completas mujeres del mundo, sobre todo en aquella época en que la ilustración había hecho muy pocos progresos.

¿Podrá asegurarse que el corazón de Ana permanecía vacío, cerrado al amor?

No; la joven amaba, si no con la pasión y con el fuego que lleva siempre consigo el primer amor, al menos, con toda la ternura de que era capaz su alma fría, egoísta y profundamente ambiciosa.

Pero aquel sentimiento estaba tan guardado, tan oculto para todos, era tan reservado, que nadie pudo apercibirse de él.

Lord Percy, conde de Northumberland, era el hombre a quien Ana amaba, y del cual era amada con la pasión más viva.

Mientras el conde permanecía en Londres, la correspondencia era muy activa; sin embargo, Ana no firmaba sus cartas, y además desfiguraba su letra, con tanta maestría, que nadie hubiera podido reconocerla.

Miss Boulén había conocido a lord Percy en un viaje que hizo a París, encargado de una misión de Enrique VIII para Luis XII. Entonces vio él a

aquella niña que había dejado la Inglaterra, fea, pálida y triste, convertida en una seductora joven, alegre, vivaz y dotada de todos los encantos que hacen amable a la mujer.

Bien pronto la amó; y Ana, que se creía invulnerable al fuego del amor, correspondió a aquella pasión, si bien exigiendo al conde el más absoluto secreto acerca de sus relaciones.

La despedida de los amantes fue triste y tierna. Lord Percy ofreció a la joven volver a verla con frecuencia, lo que cumplió con aquella ansiosa exactitud, hija del amor.

Cada dos o tres meses permanecía algunos días en París, oculto en una pobre casa, a donde iba Ana a pasar con él algunas horas.

La reserva de Miss Boulén preocupaba a su amante. ¿Qué objeto tenían? ¿Cuáles eran los proyectos de aquella joven? ¿Por qué se negaba a ser su esposa?

Todas estas preguntas se hacía el conde de Northumberland a sí mismo. Todas se las repetía a Miss Boulén y a ninguna encontraba una respuesta clara y precisa.

¿Quieres tú saber, amado lector, la causa de la extraña conducta de Ana?

Pues más feliz que su mismo amante, tú la sabrás, porque yo te la diré.

Ana ambicionaba libertad, fortuna, rango; las semillas de corrupción que su madre había depositado en su alma, habían germinado muy pronto; la tranquilidad de la vida doméstica, la monotonía de un sólo amor, la horrorizaban sólo en perspectiva; aquella alma ardorosa era insaciable en sus pasiones, y prefería la tempestad a la calma y al reposo.

Sus primeras coqueterías se dirigieron al monarca; pero Luis XII tenía ya cincuenta y un años, y las osadas tentativas de la doncella de honor de su esposa, lejos de conmoverle, le inspiraron hacia ella un odio, una aversión de todo punto invencibles. Tal era el estado de las cosas, cuando la muerte del rey de Francia vino a cambiarlas.

## IV

Claudia de Francia, hija de Luis XII y de Ana de Bretaña, había nacido en Romorantin en 1499.

Debía heredar por su madre el ducado de Bretaña, y aportar además al matrimonio los condados de Blois, de Coucy, de Montfort, de Etampes, de Ast, y sus derechos al ducado de Milán.

Era, pues, una de las más ricas princesas del mundo, y esta consideración rodeó su cuna de pretendientes, siendo uno de ellos Carlos de Austria, y el único por quien se decidió su madre, la varonil Ana de Bretaña.

Pero Luis XII, al contrario de lo que sucedía casi siempre, no fue en esta ocasión del parecer de su esposa.

Muchos altercados costaron a los regios consortes esta disidencia de opiniones. La reina, acostumbrada a la obediencia de su esposo, no podía soportar que estela contradijese, cuando se trataba del porvenir de su hija; pero mediaba la razón de Estado, y Luis XII, tan complaciente siempre, fue inflexible esta vez.

A los siete años de edad, fue, pues, prometida la princesa Claudia a Francisco de Valois, heredero presunto de la corona de Francia, y que reinó después de Luis XII con el nombre de Francisco I.

La reina Ana perdió por esta vez la partida, y se consoló con atormentar durante dos meses a su esposo, contrariándole en cuanto se proponía.

Todo quedó tranquilo, Luis XII marchó a la campaña contra Maximiliano de Austria, pero dejando asegurado, según su voluntad, el porvenir de su hija.

Cuando volvió, halló a la reina muy quebrantada en su salud, que ya no volvió a recobrar, y después de algunos años de padecimientos, murió el 9 de Febrero de 1514.

Luis XII no perdió tiempo. Aunque su intención era que Claudia se casase con Francisco apenas cumpliera doce años, el temor de causar algún pesar a su esposa, enferma y triste, le había detenido, pero no bien concedió a su dolor algunos días, se ocupó en preparar los desposorios de Claudia.

Contaba ésta entonces quince años, y jamás se había visto una joven que, sin ser hermosa, reuniese más atractivos.

Era alta, blanca y rubia, de ojos serenos y azules, delicada y suave como la flor de los valles; la dulzura, la piedad, la resignación, habían sido grabadas en su alma por la mano fuerte de su madre, y se reflejaban en su rostro pálido y melancólico.

Ana de Bretaña, que era poética en lo que tocaba a su corazón, había dado a su hija Claudia, por divisa, una luna llena con esta leyenda, *Cándida Cándidis*.

Tres meses después de la muerte de su madre, Claudia de Francia fue solemnemente desposada en Saint Germain, a donde la condujeron su mismo padre y lo más brillante y selecto de la corte de Francia.

Un año después, casó Luis XII con María de Inglaterra. Claudia se alegró en el alma de aquel enlace, que le traía una hermana de su edad, y no pensó en que podía arrebatarle el trono; era tan modesta, tan sencilla, tan angelical, que le bastaba el amor de su esposo; además, era madre; tenía un hermoso príncipe de pocos días, y esto la hacía completamente dichosa.

Francisco no pensaba del mismo modo; su enojo, al saber que su suegro iba a casarse de nuevo, no conoció límites, y sólo las reflexiones de su esposa lograron calmarle algún tanto.

Por dicha para su ambición, María de Inglaterra no dio hijos a su esposo, y Francisco y Claudia, alojados en las habitaciones más suntuosas del palacio real, esperaron tranquilamente la hora de sentarse en el trono de Francia.

Claudia y María se amaban; eran dos niñas de la misma edad; María, la reina de Francia, más bella, más alegre, más ligera. Claudia, la delfina, más grave, más tierna, porque era madre. Pero ambas encantadoras, y tan buenas, que merecieron el renombre de *ángeles custodios de la Francia*.

A no ser por Claudia, María se hubiera aburrido en extremo al lado de su esposo, que padecía muchos ataques y se empeñaba en acostarse a las seis de la tarde.

Francisco y Claudia acompañaban la soledad de la reina; algunas veces, al entrar en su cámara, hallaban en ella a Miss Boulén. Pero entonces era seguro hallar también a algunos jóvenes cortesanos, que seguían a todas partes, como una brillante nube, a la dama de honor.

La fisonomía de la delfina expresaba entonces una especie de doloroso malestar. Una antipatía invencible la separaba de Ana.

—¿En qué os ha ofendido esa pobre joven, querida mía? —le preguntaba la reina algunas veces.

—Yo no sé —respondía Claudia—. Nada me ha hecho, y sin embargo, su presencia me hace sufrir como el presentimiento de una desgracia.

—Veo que habéis heredado de vuestro padre el odio a la pobre Ana. ¡Ah, qué desgracia la suya!

—Yo no la odio, María —contestaba la delfina, que trataba con la familiaridad de una hermana a la esposa de su padre— no lo creáis, sólo que su vanidad me ofende, y hay en ella un no sé qué que me lastima.

—¿Ella vana? ¡Si es la misma humildad!

—¿No veis, María, que viste con más ostentación que vos?

—Es una niña.

—Tiene vuestra edad y la mía.

—Es verdad, Claudia; pero vos sois ya madre, y yo soy la esposa de un monarca casi anciano y enfermo.

—Quizá, María, tengáis razón, y creed que deploro el no poder soportar a esa mujer.

Cada noche tenía lugar este diálogo poco más o menos; y la reina, convencida de que no podía modificar la aversión que inspiraba la pobre Ana, tomó el partido de apartarla de su lado en las horas en que la visitaban el rey o sus hijos.

Ana no desanimó por esto ni perdió su máscara de calculada dulzura; obedeció a la reina y esperó.

Razón tenía para ser paciente; su vista perspicaz veía bajar rápidamente al sepulcro al anciano rey, y próximo a subir al trono al galante y caballeresco Francisco.

Así pasaron algunos meses.

Una tarde se acostó el rey a la hora de costumbre.

La reina, alarmada por el estado de abatimiento en que le veía, permaneció a su lado, y pronto rodearon también el lecho del monarca Claudia y Francisco.

La delfina llegaba entonces a los diez y ocho años; sus dulces ojos, llenos de lágrimas, no se separaban del rostro de su padre, que palidecía cada vez más, y cuya muerte se aproximaba aceleradamente, aunque sin sacudimientos ni dolores.

Los médicos, colocados a la cabecera, observaban al enfermo, y movían la cabeza cuando la familia real apartaba de ellos la vista.

El rey dormía desde las siete de la tarde, y a las once de la noche no había despertado todavía.

Ni María ni Claudia sospechaban el riesgo que corría el monarca, a pesar de su alarma y del llanto que acudía a sus ojos.

Pero Francisco, que tenía la mirada perspicaz de la ambición, y que no era hijo del augusto enfermo, se acercó a los médicos y las hizo salir del dormitorio con un leve pretexto.

—¿Hay peligro? —les preguntó en voz baja.

—De muerte, señor —respondió el más anciano.

—¿Con que el rey?...

—Morirá sin salir de su letargo.

—¡Cómo!

—Ya hace largo rato que ha entrado en la agonía.

—Apenas le queda una hora de vida, añadió otro de los doctores.

Francisco se estremeció y ocupó de nuevo su asiento.

Los doctores también volvieron a su sitio.

En aquel momento se levantó un poco el tapiz de la puerta, y una cabeza, cubierta de negros rizos, apareció entre sus pliegues.

Era la de Ana.

Hizo una seña al príncipe. Más éste, llevado de la solemnidad de la situación, le hizo con la mano una señal para que se retirara.

—¿Con quién habláis así? —preguntó Claudia a su esposo, admirada de la familiaridad de aquel movimiento.

—Con *Ana Bolena* —respondió el príncipe.

—¡*Ana Bolena*! ¿Por qué la llamáis de ese modo?

—Nadie la llama de otro.

—¿Y qué quería? Veamos.

—Sólo saber si hacía falta alguna cosa.

—Nada; el rey duerme.

—¡El rey ha muerto! —dijo con voz solemne el doctor más anciano, que, rígido observador del ceremonial, no pensó siquiera en el dolor, que iba a causar a la familia.

Dos agudos gritos siguieron a estas palabras.

María de Inglaterra y Claudia de Francia los habían dejado escapar de sus labios, cayendo ambas sin sentido, la una en los brazos de Francisco, y la otra en los de Ana, que acudió corriendo.

Al instante se abrieron las puertas de la cámara, y los magnates y dignatarios del Estado entraron en ella.

Un heraldo abrió el balcón y gritó por tres veces, mientras dos nobles agitaban dos estandartes con las armas de Francia.

—¡El rey Luis XII ha muerto! ¡Viva el rey Francisco I!

Cuando resonó en los aires el pregón nacional, la plaza del Louvre estaba desierta. Tan inopinada y repentina había sido la muerte de aquel buen rey, llamado por la Francia y por todos los historiadores *el padre de su pueblo*.

## V

Algunos días después de la muerte del rey, María y Claudia se hallaban reunidas en la habitación de la primera.

Ambas estaban tristes; ambas lloraban, y el joven rey Francisco, apoyado en uno de los gruesos pilares de piedra que sostenían la esculpida bóveda de la cámara, las miraba con un interés que no estaba exento de inquietud.

La reina viuda y la joven reina seguían una conversación, empezada al parecer desde hacía largo rato.

Claudia suplicaba.

María negaba dolorosamente lo que le pedía la hija de su esposo.

—No insistáis, querida mía —dijo la viuda— mi resolución está tomada; vuelvo a mi patria, dónde seré menos desdichada que aquí.

—María, ¿por qué queréis separaros de nosotros? —Repuso Claudia de Francia con tristeza—. ¿No os amamos con el alma? Francisco y yo ciframos toda nuestra dicha en complaceros; todo lo que queda de nuestro padre es caro a nuestro corazón, y vos sois una de las prendas que más amaba él en el mundo. ¡Oh, no nos dejéis! ¡Sería tan consolador para mí el veros a mi lado!

María meció tristemente su bella cabeza rubia, cubierta de largos rizos, y luego contestó:

—¡No está aquí mi sitio, Claudia! El único puesto que queda vacante al lado del rey, es para vos; y a pesar de la humildad de mis gustos, debo confesaros una flaqueza que me disculpará de lo que podríais creer ingratitud.

—¡Qué estáis diciendo! ¿Una flaqueza vos, María?

—¡Sí! Debo confesaros a vos y a Francisco que, mi orgullo de mujer padecería viéndome colocada lejos del trono en que me senté. En la corte de mi hermano, el rey de Inglaterra, tengo mejor lugar; salí princesa y vuelvo reina viuda.

—Sea como queráis, María —dijo Claudia, conociendo que era inútil insistir— nada más diré, y sólo me resta rogaros que dispongáis aquí de una hermana que os ama.

—Creo en vuestro amor —repuso María, y voy a pedir os una merced.



—¡Hablad! —repuso la reina estrechando con cariño las manos de la reina viuda.

—Ana de Boulén no quiere volverse conmigo a Inglaterra.

—¡Cómo! —Exclamó Claudia— ¿será tan ingrata que os abandone?

—No la culpemos, pues sólo Dios puede leer en las almas, ¿quién sabe lo que pasa en la suya? ¿Quién sabe si algún amor...?

—¡Ella amar! —Repuso Claudia con vehemencia— ¡ella!, ¡imposible!

—¿Por qué?

—¡No puede albergar esa mujer la noble pasión del amor!

—Es inútil que os manifieste lo que deseaba de vos, Claudia —dijo María con alguna frialdad. Veo que estáis muy prevenida contra Miss Boulén, y que no me concederéis lo que iba a pedir.

—¿Puede Claudia negaros algo? —exclamó el rey con calor y acercándose a las dos reinas—. Señora, vos no debéis pedir... debéis mandar... tenéis ese derecho, y nosotros seremos los primeros en obedecer.

Al pronunciar Francisco estas palabras, miró severamente a su esposa, que bajó los ojos confundida.

María no advirtió esta mirada. Así fue que, agradecida a las palabras del rey, dijo:

—Quería suplicar a Claudia que admitiese a Miss Boulén a su servicio, dándole un sitio entre sus doncellas de honor.

—Tengo el mayor gusto en complaceros, María —contestó la reina con voz tan ahogada, que la esposa de Luis XII la miró con asombro.

Pero bien pronto se dibujó una sonrisa en los labios de Claudia, y María no sospecho siquiera el cruel dolor que se deslizaba en el alma de la joven reina.

La abrazó afectuosamente; le dio gracias, y ambas se separaron, triste y abatida Claudia, en medio de sus sueños de reina, esposa y madre. Casi alegre María en medio de la tristeza de su viudez, porque creía haber hecho una buena obra.

¡Miserable corazón humano! ¡Cuán pocas veces sabe adivinar el mal, preverlo o evitarlo! ¡Cuántas veces le engaña su propia bondad!

## VI

María partió a Inglaterra.

Su despedida de los jóvenes reyes fue llena de ternura; su postrer adiós a Miss Boulton, lleno de lágrimas.

Dos veces lloró Ana verdaderamente durante su vida.

La una fue al dejar a su madre y a su hermana.

La otra, al separarse de su joven y angelical bienhechora.

Su dolor al ver partir a María fue inmenso; sólo amor y beneficios había recibido de ella.

Con el último abrazo, aún envolvió María un buen consejo, como la última dádiva de su amor.

—Cásate pronto, Ana mía, —le dijo—. Ahora, más que nunca, busca un apoyo, porque te falta el mío y aquí te aborrecen todos.

Ana respondió sólo con lágrimas; pero a través de su llanto brilló una sonrisa de orgullo y desafío, y sus ojos se fijaron en el rey, que no separaba de ella la vista.

Nada de esto vio María subió al coche bañada en llanto, y su última mirada fue para Ana, como que era el ser más desvalido a sus ojos, y más privado de toda protección.

Al ver alejarse a la reina, Ana tembló instintivamente. Se sintió sola, por decirlo así; pero bien pronto su natural fiero y atrevido se sobrepuso y la hizo serenarse.

Un mes después, *Ana Bolena*, pues nadie la conocía por otro nombre, era adulada por las mujeres de la corte de Francisco I, y adorada por los hombres; se sabía que era omnipotente con el rey, y nada se perdonaba para obsequiarla y complacerla.

En tanto, había empezado para la reina Claudia la vida de soledad y devoción, que ya no dejó hasta su muerte. Aquella princesa sencilla, humilde, piadosa, tierna, no podía competir con la coqueta, la brillante, la espléndida *Ana Bolena*.

Los grandes destinos de la nación estaban entre las manos de la favorita, del mismo modo que lo estaban los premios de todos los torneos. Ella era, en una palabra, la árbitra soberana de la moda, y su loca alegría formaba las delicias de la corte de Francia.

La reina se resignó a las humillaciones que cada día se veía obligada a sufrir; no era fuerte ni vengativa, y no pudiendo resolverse a castigar, aparentó que no comprendía nada de lo que pasaba en torno suyo.

Por dicha, Dios aumentaba el número de sus hijos; cada nueve meses, un nuevo vástago venía a aumentar la familia real de Francia. Y en tanto que Claudia pasaba con ellos todas sus horas, el rey corría de fiesta en fiesta, de las cuales era siempre Ana el ornamento más brillante.

De súbito menguó el favor de la joven inglesa. Los cortesanos buscaron la causa, antes que la misma Ana, y la encontraron.

Una hermosa niña de quince años, llamada Diana de Poitiers, se había posesionado del corazón del voluble monarca.

Diana estaba casada y había ido a París a implorar el perdón de su padre, preso y condenado a muerte por delito de rebelión.

El rey le perdonó, y Diana, llevada de su cariño filial, fue la que pagó con su amor aquella merced.

Diana era la más hermosa mujer de Francia; jamás se ha visto, después de ella, una belleza igual, y a su lado, no sólo el mérito de Ana era insignificante, sino también el de todas las mujeres de la corte.

Tenía además otra clase de atractivos, que la hacían la verdadera antítesis de todas aquellas atrevidas y galantes damas.

Era tímida, modesta, y parecía ignorar completamente su propio mérito.

El rey se apasionó ciegamente de ella; era más joven y mucho más bella que Ana; ésta fue, pues, derrotada.

Más no por eso se desanimó. No había roto sus relaciones con el conde de Northumberland, el cual, por una de esas debilidades tan comunes y tan inexplicables en los hombres, la amaba cada vez con mayor pasión. Le quedaba, pues, a Ana el recurso de casarse con él cuando quisiera, y además sólo tenía veinte años.

La exfavorita del monarca pasó a ser una presa codiciada de todos los cortesanos.

Era muy rica y casi todos se hubieran casado con ella; pero ninguno de ellos podía satisfacer la ambición de aquella mujer.

Apenas había una entonces en el mundo que hubiera podido competir con *Ana Bolena* en gracias y habilidades. Hablaba con perfección tres idiomas;

cantaba divinamente, acompañándose con el arpa y con el laúd, y bailaba como un hada.

Su carácter simulado y perspicaz le aconsejó la conducta que debía seguir. Viéndose irremediabilmente suplantada por Diana de Poitiers, conoció que no le quedaba medio mejor que el de ser su amiga para conservar su prestigio y su poder.

Se consagró, pues, en cuerpo y alma al cuidado de agradar a la nueva favorita, que bien pronto fue agraciada con el ducado de Valentinois, y puede decirse que todo el candor, toda la timidez de Diana de Poitiers, desaparecieron bajo el soplo ardiente de *Ana Bolena*.

Cansada al fin de la vida que arrastraba, y de esperar en vano que Francisco I se hastiase de su nueva favorita, puso en juego toda su influencia, y consiguió dejar el servicio de la reina, tomando el de la duquesa de Alençon, hermana del rey, que fue después la célebre reina de Navarra.

Pronto se hizo dueña absoluta del corazón de la princesa Margarita, que, amando muy poco a la esposa de su hermano, protegía todo cuanto aquélla detestaba, y la pobre Claudia sintió un secreto placer, al ver desaparecer de su lado a la primera mujer que le había robado el amor de su esposo.

Cuatro años más permaneció Ana en Francia, y al lado de la princesa Margarita, que no cesó de colmarla de favores. En este tiempo la reina Claudia pasó a mejor vida, y el imperio de Diana de Poitiers se consolidó en el corazón de su real amante.

Una mañana se esparció en las antecámaras del Louvre una noticia extraña. *Ana Bolena* volvía a Inglaterra.

Algunos incrédulos sonreían con aire de duda; pero uno de los más elegantes cortesanos tomó la palabra, manifestando que era preciso que aquello aconteciese.

Hacía pocos días se había verificado la entrevista de alianza de los reyes de Francia y de Inglaterra en el sitio que después se llamó *Campo de la tela de oro*. Cada soberano había hecho la mitad del camino, y Francisco había llevado consigo las más hermosas mujeres de su corte, entre las que se contaba *Ana Bolena*.

Lo suntuoso de su traje, de una forma completamente nueva, lo libre de sus ademanes, y su licenciosa alegría, impresionaron vivamente a Enrique VIII, que se cansaba ya de la grave y mesurada ternura de su esposa Catalina.

Desde aquel día quedaron decididas dos cosas. La desgracia de Catalina de Aragón, y la partida a Inglaterra de *Ana Bolena*.

Al oír anunciar la próxima partida de ésta, los cortesanos volaron a su habitación y le preguntaron si los dejaba, a lo que ella respondió afirmativamente.

—Quiere ser reina de Inglaterra —dijo riendo burlonamente uno de los nobles, al salir de la habitación de Ana.

—Y lo será, milord —contestó el que había dicho ser indispensable su viaje— lo será, no lo dudéis, aunque pase algún tiempo antes de que lo consiga.

## VII

La parte más importante de la historia de nuestra heroína, puede asegurarse que empieza ahora, lectoras mías.

La idea de partir a Inglaterra no era sin duda debida a la misma Ana.

Su amiga íntima, la bella duquesa de Valentinois, era la que se lo había aconsejado, porque, con aquella admirable astucia que aseguró su poder por tantos, años en la corte de Francia, había adivinado lo que *Ana Bolena* podía ser en la corte de Enrique VIII, en aquella corte, ignorante aún de las seducciones femeniles, porque su reina Catalina de Aragón no empleaba otros encantos que los de su virtud.

Diana de Poitiers aborrecía a Catalina, porque en las fiestas del Campo de oro la había recibido con extrema frialdad. La noble hija de Isabel de Castilla había visto en ella sólo una manceba de un hombre unido a otra mujer con los lazos del matrimonio, por más que aquel hombre fuese el rey de Francia.

Para vengarse, pues, de la Reina de Inglaterra, pensó Diana en enviar cerca de ella a *Ana Bolena* con su asombrosa sagacidad, con su exquisita percepción para el mal, había comprendido que Ana era quien debía precipitar del trono a aquella altiva y esforzada reina, que no había tenido para ella masque una mirada de desdén.

Poniendo, en juego sus influencias secretas, y sobre todo su extraordinario ascendiente con el rey Francisco I, consiguió que la duquesa de Alenzon se determinase a hacer un viaje a Londres, y después de determinada la princesa, aconsejó a Ana que manifestase el más vivo deseo de volver al seno de su familia.

Margarita de Alenzon cayó en el lazo que tan hábilmente se le había preparado; era buena, leal y generosa, tal vez en demasía, y aseguró a Ana que, no sólo la llevaría consigo, sino que la presentaría a la reina Catalina, interponiendo toda su influencia, a fin de que la nombrase su dama de honor.

Ana, verdaderamente reconocida, dio las gracias a Margarita en aquellos términos entusiastas y apasionados que tanto encanto le prestaban, y ayudada

eficazmente por la favorita Diana de Poitiers, empezó sus preparativos de marcha.

Como el general experimentado en los combates, se proveyó de armas ofensivas; las defensivas quedaron olvidadas, porque ella no deseaba defenderse del enemigo que iba a conquistar. Los diamantes, las plumas; los lazos, los suntuosos trajes de seda y de terciopelo, fueron comprados con profusión y empaquetados con el cuidado más minucioso.

Diana presidio todos estos preparativos. Nueve o diez años más joven que Ana, la aventajaba, sin embargo, en coquetería, en astucia y en penetración; y eso que ella era solamente la discípula de su protegida.

Marchó, por fin, *Ana Bolena* con la duquesa de Alençon y algunas otras damas de la servidumbre de la princesa; pero la corte de Francia no. Lloró su ausencia, según ella se había figurado. No tenía amigas, y para sus amantes había otras bellezas, que tenían el irresistible encanto de la novedad.

Sólo la virtud, la generosidad, la beneficencia, dejan en pos de sí los tiernos recuerdos, las lágrimas cariñosas. El lujo, la ostentación, la vanidad, hacen daño en tanto que brillan, y así que pasan, se olvidan con placer.

Ana fue olvidada bien pronto; pero ella caminaba hacia Inglaterra con el corazón henchido de las más bellas esperanzas.

¿Pensaba en su patria, en su familia, que tantos años hacía que no había visto?

Sí, y es preciso hacerle esta justicia. El corazón de aquella mujer era apasionado, y su imaginación ardiente y entusiasta. Para ella la vida era el amor; sin amar, no existía; y lo que la había precipitado en el desorden, no eran sus inclinaciones, eran las fatales doctrinas que, desde su infancia, le habían inculcado; se le había dicho que el hada que gobernaba el mundo era la vanidad; que el rey del universo era el oro. No se le había hablado de virtud; no se le había enseñado a cubrirse con ese fuerte escudo, que se llama *deber*; y sin guía y sin apoyo, corría en pos de los sueños de oro que debían trocarse en una sangrienta realidad.

Sigámosla paso a paso, durante su loca y breve existencia.

## VIII

No bien llegó a Londres Margarita de Francia, pasaron a visitarla los reyes de Inglaterra.

Habitaba la princesa uno de los castillos reales situado a pocas millas de la capital, y preparado de antemano para recibirla con la mayor suntuosidad y riqueza, pero con aquella sencillez austera que aun en aquella época era el distintivo de las costumbres inglesas.

Margarita recibió a los regios consortes en el salón de honor, y las damas se retiraron discretamente al hueco de una ventana.

Era la duquesa de Alenzon una hermosísima mujer, alta, esbelta y llena de perfecciones; el genio brillaba en sus ojos garzos y en su ancha frente, y la majestad de su linaje estaba escrita en todos sus movimientos.

Cuando Enrique y Catalina entraron en el salón, Ana no se hallaba entre las damas; el acompañamiento de los reyes permanecía a los pies del salón, que era en extremo extenso.

La conversación versó desde luego sobre el rey Francisco, su esposa y sus numerosos y bellos hijos.

Margarita amaba con pasión a su hermano y a toda su familia, y esta conversación le era agradable.

Después de esto, la duquesa preguntó con vivo interés por la reina María, viuda de Luis XII, y cuya belleza y virtudes habían dejado un imborrable recuerdo en la corte de Francia.

—Mi hermana, contestó Enrique VIII, vive modestamente en uno de los castillos de su pertenencia. Pinta, lee, borda y compone música. Esta es su vida.

—¿Y no piensa en volverse a casar? —preguntó la duquesa.

—No —repuso Catalina con dignidad— nuestra hermana es viuda de un rey, y no descenderá hasta casarse con ningún vasallo, por opulento y poderoso que éste fuera.

Al acabar de pronunciar la reina estas palabras, entró Ana en el salón, contraviniendo en cierto modo a las reglas de la etiqueta.



Llevaba un vestido de raso de color de rosa, bordado de plata, y una redecilla de perlas, por debajo de la cual se escapaban sus cabellos en gruesos y lustrosos rizos.

Así estaba encantadora.

Entró presurosa y deslizando apenas sobre la alfombra sus piecitos calzados de raso blanco.

La duquesa la miró severamente, mientras un murmullo de admiración recorría los grupos de caballeros ingleses que habían acompañado a Enrique y a Catalina, y que empezando en el salón, se prolongaban hasta la antecámara.

En cuanto a Catalina, sintió temblar su corazón en el pecho, como si él le anunciase que aquella seductora mujer debía ser la causa de todas sus desdichas.

Pero el más sorprendido, a la vista de Ana, fue el rey.

La había dejado de ver niña, fea, delgada, tímida, y la hallaba de nuevo mujer formada y llena desencantos.

Ana, en efecto, era una de las mujeres más seductoras que se pueden imaginar.

Su estatura no pasaba de mediana, y esto le daba una ligereza, una gracia, que casi nunca se encuentra en las mujeres de gran talla. Tenía los ojos negros, rasgados, grandes y llenos de fuego y de expresión; su tez blanca era pálida como el marfil; su boca fresca, y aunque los dientes eran algo desiguales, y uno sobresalía por encima de su labio inferior, eran también blancos y brillantes como el nácar o la madreperla.

Nada puede dar una idea de la perfección de sus brazos, cuello y hombros, a no ser la estatuaría antigua. Sus manos eran también bellísimas, y aunque en la derecha tenía seis dedos, ocultaba este defecto con una sorprendente destreza.

Su talle esbelto, elegante, flexible, la hacía parecer el hada del placer y la voluptuosidad; pero ninguno de estos atractivos era comparable al que le prestaban la magnificencia de sus cabellos, que partidos en dos masas de ébano, bajaban alrededor de su cuello, y acariciaban sus espaldas y su seno.

Tal era *Ana Bolena* a los veinticinco años de edad, que fue cuando apareció, como un brillante meteoro, en medio de la sencilla y severa corte de Inglaterra.

Enrique VIII al verla, reconoció al instante en ella a la encantadora joven que tanto había llamado su atención en las fiestas del *Campo de oro*.

La más grande sorpresa se pintó en el adusto semblante del rey de Inglaterra, al mismo tiempo que el de su esposa se cubría de palidez.

En cuanto a la duquesa de Alenzon, dejó asomar a su bello semblante la contrariedad que le causaba la inoportuna aparición de Ana.

—No os he llamado —dijo con frialdad dirigiéndose a ella.

—Perdone V. A., señora mía —repuso Ana con una dulzura tan encantadora, que resonó en los oídos del rey como una música melodiosa.

Hizo una cortesía e iba a retirarse; pero se detuvo al ver un ademán del rey.

—Permitidme, señora —dijo a la duquesa— que pregunte a Miss Boulen si ha olvidado ya a sus soberanos. Al verla entrar, pensé que iba a pedirnos permiso para besar la mano a la reina.

—¡Olvidar yo a mis reyes! —Ana lanzando al rey una mirada de fuego— ¡olvidar yo a los augustos protectores de mi familia! ¡Oh, jamás!

—Acercaos, pues, y besad la mano de SS. MM. —dijo Margarita a su dama de honor.

—Sed bien llegada a vuestra patria, hija mía —exclamó Catalina con efusión y venciendo su natural bondad a la prevención que Ana le inspiraba.

—Gracias señora, por tan benévolas palabras —repuso la joven— no sé si deseaba más ver a mi patria o a mis reyes.

—En efecto —dijo la duquesa—. Ana os tiene tanto cariño, señora, que no quisiera volverse a separar de vuestro lado.

—¿No volvéis, pues, a Francia? —preguntó Catalina a Miss Boulen.

—Preferiría, señora, no salir ya de Inglaterra.

—Ya hablaremos de eso —interrumpió Margarita que veía prolongarse demasiado la permanencia de Ana—. Retiraos, señorita.

Ana hizo una reverencia y se retiró al grupo de las damas de honor. Entonces la duquesa pidió permiso a la reina para presentarle a su protegida antes de su marcha.

La conversación se fue enfriando gradualmente, y poco después se retiró la regia visita.

El rey, durante el camino, estuvo triste y preocupado, sin que pudieran distraerle las cariñosas frases de su esposa.

Entre los cortesanos, no se hablaba más que de la bella, la graciosa, la espiritual Miss Boulen.

En cuanto a Catalina, sentía dentro de su pecho un dolor agudo, una angustia desgarradora, un ansia mortal.

## IX

Pronto indago la corte de Inglaterra cuanto concernía a aquel nuevo astro, alrededor del cual debía girar en adelante; y pronto también los desórdenes de la juventud de Ana, no fueron un misterio para nadie.

Empezaron, pues, a designarla con epítetos tan poco decorosos, que aunque las crónicas nos los han transmitido, no puede mi pluma resolverse a reproducirlos; y los más altos señores de la nobleza la asediaron, no sólo con músicas, billetes y flores, sino con regalos cuantiosos, pues cuando la mujer se despoja del velo sagrado de su pudor, se expone a conquistar más obsequios insultantes, que dignos y sinceros homenajes.

Ana, sin embargo, no se daba por ofendida; el demonio tentador, a quien llamaba madre, había vuelto a murmurar en su oído frases de perdición; su hermana Fanny, casada ya, después de haber sido objeto durante dos o tres años del amor del rey, seguía una vida de disipación y de galanteos; así, pues, Ana, al dejar la corrompida corte de Francisco I, se halló en otro nuevo foco de impudencia y de baldón.

Aún vivía además aquel caballero Bryan, a quien, como dijimos al principio de esta historia, llamaba el rey su *teniente del infierno*; y aquel hombre, que por su cuna pertenecía a la nobleza, y que llevaba ya sobre su frente la corona de canas que tanta pureza exige en los últimos años de la vida, no quiso, como dice un elegante historiador francés, qué su amo dejase escapar la ocasión de completar en la persona de Ana la conquista de toda su familia.

Para conseguir sus fines, puso los medios más extraños, y al parecer, menos a propósito.

Empezó a asediar al rey hablándole a todas horas de la encantadora Miss Boulén, y ponderándole con el arte más infernal todos sus atractivos; pero en vez de ponderarle también, su virtud, como se hace en semejantes casos, exageró aún más vivamente su desenvoltura, los extravíos de su primera juventud, y la facilidad de una conquista semejante.

De esta manera, el rey, que aunque ya contaba la edad de cuarenta y cinco años, estaba dotado de una gran dosis de vanidad, se persuadió de que, a la manera de un sultán, no tenía otra cosa que hacer que arrojar su pañuelo a Miss Boulen.

¿Qué era en tanto de lord Percy, conde de Northumberland, que hacía ya tan largo tiempo sostenía relaciones amorosas con Ana?

Había salido encargado por el rey de una misión en una corte extranjera, porque el caballero Bryan averiguó bien pronto aquel lazo y se apresuró a alejar de Londres al único hombre que pudiera estorbarle.

Este era el estado de las cosas, cuando una mañana avisó la princesa Margarita a su protegida que aquel día debía ser presentada a la reina Catalina.

Ana se apresuró a hacer sus preparativos; de aquella entrevista pendía su suerte venidera, y todo cuidado le parecía poco para su traje y su tocado.

Ni un solo movimiento de piedad sintió hacia aquella noble reina, que sabía iba a protegerla y colocarla a su lado; se dispuso al combate con la frente serena, y cuando la duquesa la llamó, la encontró vestida con una suprema elegancia.

—¡Oh, cuán hermosa estáis, querida mía! Le dijo con una admiración mezclada de despecho; parecéis vos una princesa real, y yo vuestra doncella de honor.

Ana se mordió sus encendidos labios, y bajó la cabeza sin contestar.

Su traje, en efecto, era de una riqueza y gusto tan exquisitos, que la historia nos ha dejado su descripción.

Llevaba una ancha falda de terciopelo azul celeste, sembrada de estrellas de plata.

El corpiño, de brocado del mismo color, tenía en todas sus costuras hilos de gruesas perlas, y de perlas estaban también bordadas sus mangas perdidas que dejaban admirar los torneados brazos de Ana.

Cubría su cabeza una toca de terciopelo azul, adornada con picos que formaban una aureola, y en la punta de los cuales brillaban diminutas campanillas de oro; por debajo de este gracioso birrete, salían los negros cabellos de Ana dispuestos en gruesas trenzas, adornadas también de perlas; un largo velo de gasa blanca prendido a la toca, caía por detrás sobre los pliegues de la falda y en toda su longitud.

Margarita vestía de brocado blanco con estrellas de diamantes en el cuello y en el tocado, y aunque admirablemente hermosa, no se advertía en ella

aquella gracia muelle, aquella alegría provocativa que se admiraba en Ana y que le conquistaba todos los corazones.

Ambas subieron a la misma carroza y partieron en dirección a palacio.

Margarita no habló una palabra en todo el camino.

Ofendida, como mujer bella y como princesa, de la superioridad creciente de Ana, se propuso dejarla a toda costa cerca de la reina Catalina para alejarla de sí.

Cuando llegaron a palacio, fueron introducidas en la habitación de la reina, en la cual, y contra su costumbre, se hallaba también el rey.

—Señora —dijo la duquesa— además de tener el gusto de veros, tengo también el de presentaros a Miss Boulén; os pido para ella vuestra augusta protección, pues deseando quedarse en su patria, no puede ya contar con la mía.

Catalina tardó algunos instantes en contestar a las palabras de la duquesa; estaba absorta mirando la elegancia, la riqueza del traje de aquella mujer para la cual se le pedía protección.

En cuanto al rey, la devoraba con sus ojos negros y hundidos.

Advirtió, al fin, la reina lo embarazoso de aquella situación y respondió a la princesa:

—Os tengo, señora, tanto afecto y deseo tan vivamente complaceros, que aprovecho con alegría esta ocasión que se me presenta de realizarlo.

—Eso me hace esperar, señora, que admitiréis a vuestro servicio a mi protegida.

—¿Quién lo duda? —Exclamó Catalina con la graciosa vivacidad que había heredado de su madre—. Queda desde ahora admitida.

Y tendió su hermosa mano a Ana, que dobló una rodilla en tierra para besarla.

—Levantaos, hija mía, —prosiguió Catalina— si sois dichosa en vivir a mi lado, tanto mejor para mí; por mi parte, sólo una cosa he de pedir.

—¡Oh, hablad, señora, hablad! —exclamó Ana con efusión.

—Que seáis buena y modesta, que vistáis con sencillez; las galas costosas no sientan bien a la dulce y suave juventud, y menos cuando ésta está engalanada con mil gracias, como sucede en vos.

Ana se levantó contrariada con aquella reconvención indirecta, pero no se atrevió a responder una palabra.

Margarita de Alenzon salió para volver al palacio que ocupaba, y antes de salir, presentó a Ana su mano con bastante frialdad.

La joven, resentida, apenas la tocó con sus labios.

## X

Al día siguiente de esta escena, Ana, instalada ya en el palacio real, estaba sentada en la antecámara que precedía al departamento de las damas de honor.

Era un saloncito redondo, amueblado según el gusto severo y suntuoso de la reina Catalina.

Miss Boulén acababa de levantarse, pues era invierno, y sólo las siete de la mañana.

Una luz escasa y semejante al crepúsculo penetraba por los cristales de la habitación.

Ana llevaba una bata de seda, de color de lirio, ceñida a su delgado talle por un cordón de oro, que terminaba en dos borlas.

Delante de ella había una mesita esculpida, sobre la cual se veían dos o tres libros.

Ella leía en otro.

Aquella naturaleza activa, ardiente, nerviosa, necesitaba de muy poco sueño, de muy poco descanso.

De repente oyó abrir la puerta y se volvió para ver quién entraba.

Era el rey.

—Esto va más deprisa de lo que yo creía —se dijo Ana— ¡tanto mejor!

Y volviéndose hacia Enrique, le hizo una graciosa cortesía, tan llena de coquetismo, como de respeto.

—¡Ya levantada, Miss! —dijo Enrique con acento franco.

—Tengo la costumbre de madrugar, señor —repuso Ana.

—Pues es muy extraño, viviendo en Francia.

—Señor, he vivido desde mi infancia en la servidumbre, y si he querido disponer de algunas horas para consagrarlas a las artes, forzoso me ha sido robarlas al sueño.

Ana dijo estas palabras con sencillez, pero con acento triste.

—¿Qué leéis? —preguntó el rey.

—Un poeta italiano —contestó la joven enseñando al rey el volumen.

—¡Calla! ¿Conocéis, pues, el italiano?

—Sí, señor.

—Aquí hay otro libro en español.

—También leo y traduzco ese idioma.

—Y otro en alemán.

—Le aprendí en Francia.

—Me han dicho, además, que sois una excelente pintora.

—Me han favorecido demasiado, señor.

—¡Oh, no lo creáis! ¿Favoreceos a vos? ¡No lo esperéis jamás!

—¿Tantos enemigos tengo? —preguntó Ana con una tentadora sonrisa.

—¡Muchos!

—¿Pero qué les he hecho?

—Una ofensa mortal.

—¡Yo!

—¡Sí! ¿No sois la más hermosa criatura del mundo?

—¡Oh, señor! Vos me confundís; jamás he sido hermosa ni he creído serlo, y puedo presentar una prueba que apoye mi parecer en contra de V. M.

—¿Qué pruebas?

—Que tengo veinticinco años, y estoy soltera todavía.

—¡Dicen que nunca habéis querido casaros!

—Tal vez tengan razón.

Es imposible imaginarse lo malicioso de la sonrisa con que Ana acompañó estas palabras.

El rey, loco, deslumbrado, la miro un instante, y luego repuso bruscamente:

—¡Pues bien, tanto mejor!

—¿El qué, señor?

—El que no os hayáis casado.

—¿Por qué?

—Porque así puedo deciros más libremente que os amo.

Al decir el rey estas palabras, miró a Ana fijamente; pero con gran asombro suyo, la vio serena y sin cambiar de color.

—¿No me creéis? —le preguntó.

—No señor —repuso ella con resolución—. No puedo creer a V. M.

—¿Por qué?

—Porque, ¿qué adelantaríais con amarme?

Maravillado el rey de esta audaz pregunta, quedó durante algunos momentos silencioso e inmóvil. Luego respondió con mal segura voz:

—No quiero esperar más si no que vos me améis.

—Eso no puede ser, señor —contestó Ana con seriedad— vos estáis casado.

Y después de pronunciar estas palabras, dejó el libro sobre la mesa, hizo al rey una profunda reverencia y salió de la estancia.

—¿Si habrán calumniado a esta joven? Pensó el rey. Me parece su conquista mucho más difícil de lo que cree Bryan. ¡Oh! —Prosiguió llevando su diestra a la frente—. ¡Oh! ¡Sus miradas me queman! ¡Su sonrisa me vuelve loco! ¡De grado o por fuerza, será mía!



## XI

Desde aquel día, Ana siguió todos los pasos del rey, que se la encontraba cerca de sí, en la capilla, en la caza, en el paseo, y hasta en las antecámaras.

En todos estos sitios, las miradas, las palabras y hasta las sonrisas de la joven, le significaban la más tierna afición.

Pero si el rey trataba de encontrarse con ella, bien en alguna galería apartada, bien en su cuarto, Ana huía como temerosa de dejarse arrastrar del sentimiento que la dominaba.

Este infernal manejo surtió en breve su efecto; el rey, irritado sin cesar en su amor propio, y contrariado en aquella pasión, que cada día crecía más y más, formó empeño en hacer suya a aquella mujer, a costa de todos y de todo.

¿Pero cómo verificarlo?

Eso es lo que no sabía Enrique VIII.

Aquella naturaleza fiera y despótica no podía sufrir la contradicción; empezó a palidecer, y la reina Catalina vio con creciente espanto que la natural robustez del rey se trocaba en una espantosa flacura.

Mas en vano trató de interrogarle con cariño; le parecía que su salud decaía hora por hora, y temblaba de lo que ella creía enfermedad, y era sólo el preludio de su ruina.

Enrique le respondió con acritud, y pareció enojado de aquel afectuoso interés.

Esta fue la primera herida que recibió el corazón de Catalina. ¡Ay! Bien pronto aquel pobre corazón debía ser cruelmente despedazado.

El rey agotó todos los recursos de su imaginación para conseguir de Ana una esperanza siquiera, pero en vano; la artificiosa Circe exaltaba hasta la locura su pasión, haciendo alarde de la que ella sentía, y luego huía exclamando:

—¡Ah, perdón, señor! ¡Me había olvidado por un instante de que V. M. está casado!

—¿Por qué obras así? Preguntaba a su hija lady Boulton. ¿No ves que pierdes honores y riquezas, no sólo para ti, sino para toda tu familia?

—Perded cuidado, madre mía, contestaba Ana; o yo me engaño mucho, o para todos habrá más de lo que ambicionéis.

—¿Pero cómo, si rechazas al rey?

—¿Pensáis, madre mía, que he de ceder a su empeño por amor?

—¡No!, ¡el rey es feo, duro, feroz!

—Pues bien, si he de ceder por ambición, tened paciencia algún tiempo más, y la fortuna se postrará a vuestros pies.

—¿No me decíais que Miss Boulén era una conquista fácil? Preguntaba el rey casi al mismo tiempo al caballero Bryan.

—Así me lo figuraba, señor, respondía con humildad el vil confidente.

—Pues te has equivocado; es dura, altanera, esquiva.

—No la sabréis enamorar.

El frenesí del rey crecía a cada una de estas conversaciones; y en tanto, el caballero Bryan, y hasta la misma Ana, hacían llegar cada día a su noticia alguna de sus aventuras de Francia.

Cada vez que esto acontecía, la furia del rey crecía hasta un punto increíble.

—¿Por qué, exclamaba, porqué esta mujer, tan fácil para el amor, es tan rebelde para mí?

—Ninguna contestación hallaba a esta pregunta; y Ana, cansada de esperar tres meses el resultado de sus artificios, determinó mirar por su suerte, y firmó un contrato, por el cual prometía su mano a lord Pe rey, que no había dejado de amarla.

Sin embargo, animada aún por un resto de esperanza, no quiso consentir por entonces en su casamiento; pero deseando jugar el todo por el todo, esperó al rey con una extrema resolución, y en la primera escena de ruegos y pasión que medio entre ambos, se apartó de él con altivez, y le respondió con entereza:

—Señor, es en vano que padezcáis y que me hagáis sufrir. Yo os amo más que vos a mí; a vos os tiraniza un capricho; a mí me martiriza una pasión; pero a pesar de esto, os aseguro que jamás os perteneceré como no estemos unidos por los vínculos del matrimonio.

Dichas estas palabras, huyó presurosa, dejando al rey como aterrado con el eco de su voz.

## XII

Desde aquel día, Ana evitó con cuidado el ver al rey, o mejor dicho, el que éste la viese a ella.

Un accidente imprevisto le proporcionó el refugio seguro que ella deseaba.

Catalina había llegado al fin a descubrir la causa del desvío de su esposo; pero como mujer digna y prudente, no hizo al rey una sola inculpación, y aunque lloraba amargamente en la soledad de sus noches, durante el día su semblante permanecía sereno y apacible.

Sin embargo, llamó a Ana, y la amonestó con dulzura y firmeza.

—Hija mía, le dijo, al recibiros a mi lado, os encargué la modestia y la sencillez en vuestros ademanes y en vuestro atavío; no habéis hecho caso de mis consejos, y lo siento por vos.

—¡Señora! Balbuceó Ana, quien, a pesar de su impudencia, no podía mirar a aquella ejemplar mujer, sin que la vergüenza tiñera sus mejillas.

—Sois ambiciosa, hija mía, prosiguió la reina, y quizá seréis víctima de vuestra ambición; el poder, el mando no corresponde a nuestro sexo; creedme, querida Ana. Casaos y sed buena esposa, buena madre, mujer feliz, en fin. Tenéis un hombre honrado que os ama, y el lograr esto debe ser la constante aspiración de una joven.

Ana no respondió nada, y durante algunos días permaneció al lado de la reina.

Recibía, sin embargo, cartas del rey, a las cuales contestaba con toda la ternura del amor más apasionado; pero en todas ellas le dejaba vislumbrar lo mismo que le había dicho de palabra. Esto es, que jamás sería suya si no les unían los lazos del matrimonio.

Ni la vista de Catalina, tan buena, tan dulce, tan amante, ni la de su hija la princesa María, niña de tierna edad, conmovieron ni por un segundo el ambicioso corazón de Ana; había soñado una corona, y cada mañana, al despertar, llevaba sus manos a la frente, asombrándose de no encontrarla allí.

Una noche, a eso de las nueve, él rey se paseaba agitado por su cámara; hacía ya tiempo que habían empezado las persecuciones de Catalina; la infortunada reina había comparecido ante el consejo dos veces, y se hallaba presa en el castillo de Kimbalton.

Ana conservaba su habitación en palacio, y no obstante esto, sólo por escrito se entendía con el rey, pues su puerta había permanecido constantemente cerrada para el monarca.

Este cruzaba, como he dicho, su cámara a pasos desiguales. Lord Percy, el futuro esposo de Ana, que era el gentilhomme que estaba de servicio, permanecía en pie con aire sombrío y abatido.

Después de algunas vueltas por la cámara; el rey, cuya impaciencia natural parecía haber llegado al último grado de exaltación, se detuvo delante de él.

—¿Habéis encarecido a ese hombre la importancia que yo daba a que viniese pronto? Pregunto con voz dura.

—Sí, señor —repuso lord Percy.

—¡Pues a fe que no se conoce!

—Me admira que tanto tarde, lo mismo que a V. M. Me prometió estar aquí a las ocho.

—Es preciso que volváis y que le hagáis venir con la punta de vuestra espada.

—Perdone V. M. —repuso con acento altivo el conde de Northumberland; le avivaré con un palo, pero mi espada no puede mancharse tocándole a él.

—¿Es pues, algún malvado?

—Casi me atrevería, señor, a asegurar que sí.

—¿Cómo se llama?

—Crammer.

—¿Sabéis algo de su vida pasada?

—Sí, señor.

—Decídmelo.

—Ha sido expulsado de la universidad de Cambridge por haberse casado en secreto con la hermana de un ministro luterano, a quien había seducido, no obstante ser católico.

—¿No sabéis nada más que eso de él, milord?

—Nada más.

—A mi juicio no merece, pues, por eso solamente, el título de malvado.

El conde guardó silencio.

—¿Desde cuándo es Crammer capellán de casa de sir Tomás Boulen? —preguntó el rey, que había vuelto a pasearse.

—Desde hace un año, señor; pero, añadió el conde, me parece que oigo pasos... debe ser él, porque hay orden de que sólo él llegue esta noche hasta la cámara de V. M.

—Id a verlo.

El conde salió, y un instante después apareció de nuevo seguido de un hombre alto y flaco.

Había abjurado su religión para abrazar la protestante, a fin de poder cubrir, con un himeneo culpable, la violación de los sagrados votos de la castidad.

—Salid, conde —dijo el rey a lord Percy, y velad vos solo en la antecámara.

Luego, volviéndose al recién venido, entabló sin preámbulo alguno la conversación.

—Te he mandado llamar, le dijo, para darte a elegir entre dos cosas. El arzobispado de Cantorbery, y la guillotina.

—¡Señor! Balbuceó Crammer temblando de miedo.

—Déjame concluir antes de decidirte. Quiero casarme en secreto con una mujer, pero vive la legítima que me ha dado la iglesia. Necesito un prelado que bendiga este casamiento. ¿Quieres serlo tú?

—Señor, mi vida es de V. M. —respondió Crammer, cuyos dientes se chocaban convulsivamente.

—Ya lo sé —respondió el rey— por eso te he advertido de antemano que te la quitaré si te niegas a obedecerme.

—Estoy pronto a cumplir la voluntad de mi rey.

—Mañana recibirás en Windsor la investidura episcopal, y dentro de tres días me casarás; ahora vete.

Crammer salió hacia atrás sin saber si soñaba.

—Conduce a ese hombre hasta la escalera secreta y vuelve —dijo el rey al conde.

Este obedeció, y cuando volvió a la cámara real, se halló al rey sentado en su sitio y frotándose las manos con alegría.

—Conde, le dijo con una voz que temblaba a pesar de la dureza de su carácter, porque sabía que sus palabras iban a descargar un golpe mortal en el corazón de aquél a quien se dirigía; conde, voy a casarme.

Lord Percy se hizo dos pasos atrás lleno de sorpresa.

—¡Pero, señor —dijo— yo creo que está casado V. M!

—Sin embargo, me caso otra vez y me caso con *Ana Bolena*.

Al oír al rey nombrar a Miss Boulen, con su nombre de aventuras, el conde comprendió que no le quedaba ninguna esperanza; comprendió que el rey lo sabía todo, y que todo lo arrostraba.

Se contentó, pues, con inclinar la cabeza.

—Creo que la habéis amado, prosiguió el rey mirándole fijamente.

—¡La he amado durante once años, señor! —Repuso el conde con voz sorda— más diré aún a V. M.; ¡la amo todavía!

—Entonces, partiréis mañana con una embajada a tierra extraña —dijo el rey levantándose con frialdad.

—¡Oh, no temáis, señor! —Dijo el conde— amo tanto a esa mujer, que sólo deseo su felicidad, y además soy un leal vasallo de V. M.

—Partiréis, sin embargo, milord.

El conde se inclinó en silencio, y luego, obedeciendo a una señal del rey, salió de la cámara.

Ya fuera de allí, llevó la mano a la frente para convencerse de que no soñaba, y después, como obedeciendo a una idea repentina, echó a correr como un loco, por la galería que llevaba al cuarto de la futura reina.

La puerta estaba cerrada. El conde llamó, y una de las camareras de Ana preguntó quién llamaba.

—¡Abrid! Respondió imperiosamente el conde.

—¡Abre! Dijo la voz dulce de Ana.

Se abrió, en efecto, la puerta, y el conde se halló en presencia de su prometida esposa.

Escribía ésta, sentada junto a una mesa, una larga carta para el rey.

No esperando ser visitada por nadie a una hora tan avanzada, se había despojado de todos sus adornos, y se había envuelto en un brial de raso blanco guarnecido de encajes.

Jamás había aparecido tan bella a los ojos de lord Percy.

## XIII

Ana, al ver a su antiguo amante, se sobrecogió a pesar de su natural serenidad.

Sabía que la amaba con pasión, y desde que pasó por su mente la idea de subir al trono de Inglaterra, la imagen del conde, ultrajado, vendido, sacrificado en aras de su ambición, se le había presentado muchas veces.

Sin embargo, la primera ojeada que dirigió al semblante de lord Percy, bastó para tranquilizarla.

No brillaba en aquel hermoso y apacible rostro el furor, ni ardía la ira en sus ojos; todas sus facciones pintaban sólo un amargo desdén, al mismo tiempo que un abatimiento doloroso.

Ana, pues, se tranquilizó al instante; el furor del conde la hubiera espantado; hubiera temido su venganza; pero ¿qué importaba de su dolor al corazón helado de la cortesana? ¿Debía ella pararse en estas consideraciones, próxima como estaba a ocupar uno de los tronos más poderosos del mundo?

Estas fueron las reflexiones de Miss Boulton, mientras lord Percy hacía una señal a las camareras para que se retirasen.

Luego se dejó caer en el asiento que tenía más próximo, como abrumado por una dolorosa fatiga, y pareció buscar en su pensamiento la palabra con que debía empezar.

La halló, por fin, porque fijando sus ojos en la joven, le dijo con voz que temblaba a pesar de sus esfuerzos:

—Vengo, señora, de la habitación del rey.

Ana respondió sólo con un movimiento de hombros y de cabeza, que significaba:

—Bien, ¿y qué?

—El rey, continuó lord Percy, el rey me ha dicho que va a casarse con vos.

—¡Ahí —exclamó Ana con terror; os ha dicho eso el rey! ¿Y le habéis hablado vos del contrato que medía entre nosotros?

—No, señora, tranquilizaos —repuso el conde con una sonrisa en la cual entraban por partes iguales el desdén y la tristeza; nada le he dicho de nuestro

contrato; ¿para qué? Yo conozco al rey, y sé que de nada hubiera servido.

Por los labios de Ana pasó una triunfante sonrisa.

—¡Además, señora, yo no os amo ya; continuó lord Percy, con un acento que se volvió firme repentinamente; y si supiera que no podía arrancar vuestra imagen de mi corazón, me arrancaría el corazón del pecho para no sufrir la vergüenza de tenerla en él!

—¿Tanto me aborrecéis, milord? —preguntó Ana con acerada sonrisa.

—Es más, os desprecio, y he venido a deciros dos cosas. El sentimiento que me inspiráis, y que tengáis cuidado, porque bajo el trono que tan injustamente vais a ocupar, se abrirá una sima que será vuestro sepulcro.

—Guardaos vuestros vaticinios, milord —repuso Ana con fiereza; yo no os los pido; y ahora idos, porque si el rey sabe que estáis aquí a estas horas, corre peligro vuestra vida.

El conde hizo un movimiento que significaba:

—¿Qué importa ya morir?

Ana lo tradujo así, y volvió a sonreír; conocía que en aquel hombre tendría siempre el esforzado campeón de que tanto necesitaba en medio de la rencorosa envidia, que iba a rodear su grandeza.

—Ana —prosiguió el conde levantándose para marcharse— desde hoy mismo va a separarnos, y antes de apartarme de vos, quiero daros un buen consejo. Sed buena esposa y buena madre, si Dios bendice vuestra unión; mirad que el rey será desde hoy tanto más exigente, cuanto confiado ha sido hasta aquí. Vuestras locuras de joven, de que antes no hizo caso, vendrán ahora a su memoria, y serán otros tantos recuerdos enemigos de vuestra felicidad. Ana, el rey es cruel, arrebatado, inconstante, no confiéis demasiado en vuestro porvenir.

—Gracias por vuestros consejos, conde —dijo Ana gravemente— los recordaré como los de un amigo fiel, ¡sí! —prosiguió dejándose llevar de aquel amor, que en realidad siempre había sentido por el conde— siempre seréis, para mí, el amigo más fiel, y la reina de Inglaterra sabrá demostraros su afecto y su estimación.

—Olvidad desde hoy que nos conocemos, señora —repuso lord Percy— nada hay ya de común entre nosotros dos. Soy rico y noble. No me pongáis en el caso de rehusar los favores de mi soberana.

Dichas estas palabras, se inclinó levemente, y salió con paso firme.

—¡Ah! Murmuró Ana siguiéndole con una mirada, ¡qué corazón!, ¡por qué no es el rey de Inglaterra!



## XIV

Al día siguiente recibió Crammer la investidura de arzobispo de Cantorbery, y a este decreto acompañaban otros dos del rey, por los cuales Ana era nombrada marquesa de Pembroke, y su padre conde de Weltshire.

Ana asistió encubierta a la consagración del sacerdote apóstata, que había sido capellán de su padre, y al salir murmuró.

—Empiezo a ser reina, pues he hecho un prelado de un miserable.

Dos días después, y en la capilla real de Windsor, Crammer bendijo, a las doce de la noche, el matrimonio del rey Enrique VIII de Inglaterra con *Ana Bolena*.

Asistieron únicamente a la ceremonia los parientes de la desposada, y la princesa María, viuda de Luis XII y hermana de Enrique VIII, la que recordarán los lectores que había sido la primera protectora de Ana.

A pesar de sus virtudes, la princesa María jamás dejó de amar a Ana con pasión, por una de esas incomprensibles aberraciones de los espíritus más justos y más elevados.

María tenía entonces veintisiete años, y era aún más bella que cuando la vimos ir a casarse con Luis XII de Francia, al principio de esta historia.

Su vida metódica y tranquila había dejado a su hermosura toda la pureza y suavidad de un alma sin mancha y de una casta juventud.

María amaba, sin embargo, y el objeto de su amor era aquel mismo hombre, cuyo corazón había destrozado fibra por fibra *Ana Bolena*; era lord Percy.

Pero la dicha de aquel amor era imposible para la princesa; había nacido el conde vasallo suyo, y además amaba a otra mujer.

El amor no hace estragos en los corazones nobles; lejos de llevar a ellos la devastación y la ruina, los consuela y los acompaña; es una luz que está guardada en un vaso de alabastro.

Al salir de la capilla los desposados y las pocas personas que los acompañaban, se dirigieron al salón de honor, donde esperaba el anciano canciller Tomás Moro.

Se hallaba en pie, junto a una mesa, donde estaba la caja de oro que contenía los sellos de Inglaterra.

En frente de él, el notario mayor del reino acababa de extender el acta del casamiento entre el muy alto y poderoso rey de Inglaterra, Enrique VIII, y Ana de Boulén, marquesa de Pembroke.

El canciller, silencioso y sombrío, permanecía inmóvil y profundamente pensativo.

Pero, cuando entró la comitiva en el salón, un temblor convulsivo recorrió todo su cuerpo.

Enrique VIII, cuya fisonomía estaba radiante de gozo, daba la mano a la nueva reina, que vestía de blanco y deslumbraba con sus magníficos diamantes.

Llegados al centro del salón, soltó la mano de Ana, y se acercó a la mesa.

—Sir Tomás —dijo al canciller— poned el sello del reino al pie de ese escrito que hace constar mi casamiento con Miss Boulén.

—Señor, perdone V. M. —respondió el anciano con voz firme—. Por la primera vez en mi larga vida, no puedo obedecerle.

El rey retrocedió dos pasos.

—No os comprendo a fe mía, sir Tomás —murmuró.

—Digo, señor, que no puedo obedeceros...

—¿Queréis decirme por qué? —preguntó el rey con una sonrisa cruel.

—Sí, señor. No puedo autorizar vuestro casamiento con Miss Boulén, porque aún vive S. M. la reina Catalina, que Dios guarde.

Tomás Moro se quitó el birrete de grana, signo de su elevado cargo, y descubrió con respeto su cabeza blanca para nombrar a la reina desterrada.

Ninguno le imitó porque todos estaban descubiertos delante de Ana.

Esta lanzó un pequeño grito de rabia.

—¿No me debéis obediencia a mí, que soy vuestro rey? —preguntó Enrique con acento duro y sardónico.

—No, cuando V. M. me manda una cosa que contraviene a todas las leyes divinas y humanas.

—¿Luego renunciáis a vuestro cargo de canciller y guarda sellos?

—Le resigno humildemente en manos de V. M.

—Está bien —dijo Enrique, cuyo semblante había palidecido de un modo que daba miedo.

Luego se llevó a la boca su silbato de oro, y un paje apareció.

—Mi capitán de guardias —dijo el rey bruscamente.

Era aquel día lord Percy, que había recibido orden de no moverse de Londres por uno de los injustificables caprichos del rey.

—Llevad a este anciano a una de las prisiones de palacio —dijo el rey— estará en ella dos horas, durante las cuales tendrá a su lado un sacerdote que reciba su confesión; al amanecer le cortará el verdugo la cabeza.

Palideció el capitán, y todos los presentes temblaron de pavor.

El rey hasta allí había sido violento, arrebatado; pero no sanguinario.

Al oír la terrible sentencia fulminada, dos pequeñas y blancas manos se alzaron unidas para pedir y misericordia.

Eran las de la princesa María.

—¡Ah señora! —Exclamó al verla el anciano canciller, que no había perdido nada de su firmeza— ¡ah, señora! ¿Es posible que V. M. autorice con su presencia esta infame unión?

—¡Llevadle! —gritó el rey a lord Percy, que enjugaba con su pañuelo de encajes su frente bañada de frío sudor.

—¡Perdón! —exclamó María.

—¡Llevadle! —Repitió el rey— y al rayar la luz del nuevo día, venid a traerme la noticia de su muerte.

El canciller besó la mano de María, que lloraba, y se dirigió en silencio a la puerta.

Pero ya en ella, se volvió al rey y le dijo con voz solemne:

—¡Rey de Inglaterra! ¡Hoy empieza para esta nación sin ventura un periodo de sangre y lágrimas! ¡Dios ha maldecido tu infame unión con esa mujer, que no ha elevado un solo acento para impedir que se derrame la sangre de un anciano!

Dicho esto salió, y lord Percy le siguió con el corazón traspasado de dolor.

El ilustre Tomás Moro, cuyo nombre será eterno en la historia, fue encerrado en un calabozo y degollado al rayar el nuevo día.

Al llevarle al rey la noticia, fue preciso a lord Percy buscarle en la cámara nupcial.

Enrique VIII se paseaba por ella sombrío y ceñudo.

En el fondo de la cámara, y en un lecho esculpido, cuyo pabellón carmesí estaba bordado de oro y perlas, descansaba en el abandono del sueño Ana Bolera, velada entre encajes y con las largas trenzas de sus cabellos negros sueltas sobre su pecho y hombros.

Ana dormía tranquila y apaciblemente; sobre su frente se veía impreso el orgullo satisfecho, y sobre sus rojos labios erraba una alegre sonrisa.

Nadie hubiera dicho que aquella mujer acababa de causar la muerte de un anciano, según era su sueño de profundo, y de feliz la expresión de su semblante.

—Señor —dijo el conde separando sus ojos del lecho nupcial—; ya ha muerto el canciller.

El rey se estremeció.

—¿Ha muerto tranquilo? —preguntó.

—Como un santo.

—¿Se ha confesado?

—Con la más grande contrición.

El rey dio una vuelta por la cámara, se detuvo delante del lecho de Ana, la contempló algunos instantes con la profunda satisfacción del orgullo satisfecho, y se volvió a lord Percy y le preguntó:

—¿No es verdad que es muy bella?

—Sí, señor —repuso el conde.

—¡Es lástima que tenga el alma tan dura! ¡No hubiera querido que me dejase condenar al canciller! Buenas noches, conde, prosiguió el rey; id a dormir un rato, que ya es hora.

Lord Percy salió aterrado. El primer rayo de la justicia divina caía ya devorador, terrible, sobre la frente culpable de *Ana Bolena*; el rey la acusaba de la primera sangre que había vertido.

## XV

La víspera de la Pascua de 1533, hizo el rey declarar como esposa suya, y como reina de Inglaterra, a *Ana Bolena*, y el 1 de junio siguiente, fue coronada en Westminster con extraordinaria pompa.

Estaba ya en cinta de cinco meses, y la seductora redondez de sus facciones y de sus formas empezó a marchitarse a causa de haber enflaquecido por las molestias de su estado.

Al mismo tiempo que se declaraba el matrimonio del rey con Ana, se pronunció por los legados del Papa, ganados por el rey, la sentencia de divorcio que anulaba su enlace con la desgraciada Catalina de Aragón.

Ya se ha visto en la leyenda anterior que la ofendida reina apeló a la Santa Sede, conociendo el carácter justiciero del pontífice Clemente VII.

En tanto que en Roma se revisaba el proceso, pasaron algunos meses entre las fiestas de la coronación de la nueva reina, que dio a luz con toda felicidad una princesa a quien se puso por nombre Isabel, y que fue más tarde la famosa reina de Inglaterra, de sangrienta memoria.

El rey, que deseaba con ardor un príncipe, no pudo ocultar su mal humor; pero los artificios de Ana, que había recobrado de nuevo su frescura y sus gracias, lograron atraerle de nuevo a su amor.

En tanto que la reina Catalina esperaba en el castillo de Kimbalton, y entre los más crueles pesares, la decisión de Clemente VII, la reina Ana, pues no se le puede ya negar este título a pesar de su injusticia, la reina Ana, digo, se entregaban toda clase de placeres, con aquel ardor propio de su organismo exaltado y vehemente.

Se la vio bien pronto rodeada de jóvenes galantes y presuntuosos; se dedicó a la caza de la cual apartaban al rey su carácter grave y sus achaques; pensionó músicos que daban conciertos en su habitación particular, y creyendo ya que nadie podía precipitarla de aquel trono que por tantos años había ambicionado, no se cuidó más que de satisfacer todos sus caprichos.

No hay una sola acción benéfica, que señale el reinado de *Ana Bolena*.

Un día que vio al rey triste y preocupado, le preguntó con empeño qué tenía.

—¡Pienso en la triste suerte de mi hija María! —Respondió el monarca— desterrada de palacio, pasa su vida entregada a personas extrañas, y reside en el castillo más pobre de mis reinos.

Ana no respondió nada a estas palabras; volvió la espalda al rey, y se puso a cantar una canción a media voz, y con la serenidad más perfecta.

El rey esperaba una súplica en favor de su inocente hija, y se ofendió vivamente, saliendo al instante del aposento, con semblante sombrío.

Un año después de haber pronunciado la cámara Estrellada el decreto que anulaba el matrimonio del rey con Catalina de Aragón, este decreto fue revocado por la corte de Roma. Se declaró clandestino e ilegítimo el segundo enlace del rey, y se le intimó la separación de Ana, bajo la pena de excomunión.

Enrique VIII no cedió, y la excomunión fue fulminada con la terrible solemnidad que en estos casos emplea la Iglesia.

Entonces Enrique hizo que el Parlamento diese un decreto por el cual se sustraía de su obediencia a la Santa Sede, y quedaba nombrado jefe de la iglesia anglicana.

El reino, la nobleza sobre todo, quedó, aterrada; los legados, a pesar de sus solemnes promesas al rey de ayudar al repudio de Catalina, se consternaron, de suerte, que el cardenal Wolsey se opuso con toda la energía de su carácter a que el rey continuase haciendo con Ana la vida conyugal.

Pero en vano, Enrique VIII declaró que no se separaría de ella. Ana imperaba, aún de una manera onnipotente en sus sentidos y en su corazón, y esta orgullosa mujer se valió de su prestigio para castigar cruelmente al cardenal, haciéndole despojar de sus cuantiosos bienes, y acabar su vida en medio de la miseria y de las privaciones.

El cardenal Wolsey fue la primera víctima de las muchas que inmoló Enrique VIII a su nueva esposa; otras varias personas ilustres fenecieron bajo el peso de las iras del rey, a quien la excomunión y la apostasía habían convertido en una fiera.

El confesor de la reina Catalina fue conducido a la hoguera.

Dos años duraron aquellos horrores, al cabo de los cuales la augusta desterrada del castillo de Kimbalton abandonó este mundo por la vida eterna.

Cuando llevaron al rey la noticia de su muerte, se hallaba solo con Ana.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó ésta con un arranque de alegría— desde ahora sí que soy verdaderamente reina de Inglaterra.

El rey le lanzó una mirada terrible, y luego dijo, volviéndose al sacerdote que le había traído la despedida de Catalina, y a los gentiles hombres del interior:

—¡Que todos vistan de luto por ocho días! —Dijo— ¡ha muerto la reina de Inglaterra!

Por la tarde, Ana se presentó vestida de color de rosa, a pesar de las órdenes del rey; éste vestía de riguroso luto, y lo mismo todos los cortesanos, y la reina, en medio de aquella enlutada corte, parecía una flor galana y llena de frescura.

Al verla, Enrique sintió una terrible contrariedad; pero aún la amaba con extremo y se contentó con decirle:

—Yo creí, señora, que mis pesares os merecerían alguna consideración.

Todos comentaron estas palabras, que el rey dijo en voz alta, y con profunda amargura.

Sin embargo, la joven bella reina, era el objeto de todos los obsequios, y el astro que brillaba bajo el trono de Inglaterra.

## XVI

No bien Ana se creyó asegurada en el trono por la muerte de Catalina de Aragón, llamó junto a sí a su hermano mayor lord Rochefort, que desde su casamiento vivía en los dominios de su esposa, una de las más ricas herederas del reino.

Sólo la ambición había hecho que lord Rochefort se casase con una mujer, que además de no ser hermosa, estaba dotada de un orgullo sin límites, y de una dureza de carácter casi feroz.

Amaba locamente a su marido que era hermoso hasta lo indescriptible, y siendo de más edad que él, estaba celosa hasta de sus miradas.

La reina se unió estrecha y tiernamente a su hermano; pero no pudo disimular la aversión que su esposa le causaba, y ésta, que era rencorosa y vengativa, juró perder a la reina, hacia la cual siempre había sentido una violenta envidia.

Una mano oculta empezó a poner billetes anónimos en el tocador del rey, en los cuales se le advertían los extravíos de su esposa, llamándole perfiladamente la atención sobre la intimidad que la unía con su hermano.

El rey leyó con cuidado estos billetes, y un día que la reina entró vestida para ir de caza, le significó su gusto de que volviese a su aposento, y de que en adelante hiciese una vida más retirada.

Ana se retiró sin replicar; conocía que la tempestad se iba formando sobre su cabeza, y no sabía decir por qué.

Su madre, cuya sagacidad hubiera podido iluminarla, había muerto ya.

Se decidió, por fin, a formar otro plan de vida, y dedicó algunas horas a labores de su sexo con sus damas, viniendo, sin pensarlo, a imitar a su víctima, la noble Catalina.

Era una tarde en que la reina estaba abatida y triste; estaba embarazada de seis meses y en el estado endeble en que esta situación solía ponerla.

Seis damas acompañaban a la reina, y se ocupaban con ella en un bordado de tapicería, trabajando todas en un mismo bastidor.



La reina estaba preocupada y triste; de vez en cuando dejaba escapar la aguja y se quedaba pensativa.

A su lado jugaba su hija, la princesa Isabel, de edad de poco más de tres años.

La dama sentada 'al lado de la reina, era una joven llamada Juana de Seymour, de pequeña estatura, rubia, blanca, y de semblante melancólico y dulce.

—¿Qué lleváis en el cuello, Miss? —preguntó Ana súbitamente dirigiéndose a ella.

Juana se ruborizó, y miró sobresaltada a su cuello; sobre su corpiño oscuro asomaba una cadenilla de oro.

—¡Se descubrió vuestro secreto! —exclamó lady Rochefort que era otra de las damas que bordaban.

—¡Un secreto! —Repitió la reina con una maliciosa sonrisa—. Miss, ¿sostendrá esa cadena algún medallón?

—Justamente, respondió lady Rochefort. V. M. ha sido adivina esta vez.

—¡Oh, señora! Murmuró Juana de Seymour, cuyo rubor crecía por instantes, y cuyos ojos se llenaban de lágrimas.

—Yaya, veamos ese retrato —dijo Ana continuando una broma que la divertía.

—¡Oh, jamás!, ¡jamás!... —exclamó la dama de honor levantándose y huyendo despavorida al otro extremo de la cámara.

Aquel terror y la intensa palidez que cubrió el semblante de Juana, hicieron brotar una horrible sospecha en el ánimo de la reina.

Llevada de la violencia de su carácter, se levantó, y arrancó violentamente la cadena del cuello de su dama de honor, que dio un grito, y se cubrió el semblante con las manos.

Ana clavó ávidamente sus ojos en un medallón de oro, que efectivamente pendía, de la cadena, y un grito sordo se escapó de su pecho.

¡El medallón encerraba el retrato del rey!

Se dejó caer anonadada en una silla, y no bien pudo reponerse un poco, hizo señas a sus damas para que se retirasen, y se quedó sola con Juana.

Esta se puso a temblar.

—¿Qué edad tenéis? —preguntó Ana severamente.

—Treinta y dos años, señora —contestó la dama de honor con voz trémula.

—Contáis cuatro más que yo —repuso Ana con desdén— y tenéis muy poca belleza, ¿cómo pretendéis, pues, fijar el amor del rey?

—Yo no pretendo eso, señora —repuso aquella débil criatura con una entereza que sorprendió a la reina— el rey me ha dicho... te amo... y he callado porque le temo mucho; me puso al cuello esa cadena que V. M. tiene en la mano, y la acepté por no atreverme a rehusarla.

—¿Luego no le amáis?

—No le amo más que como una vasalla debe amar a su rey y señor.

—¿Sois ambiciosa?

—No, señora, y hubiera querido, a costa de la mitad de mi vida, vivir oscurecida al lado de vuestra majestad.

—¿Amáis a alguno?

—No, señora, sólo amo a mis reyes, a mis padres y a mis hermanos.

—¿Queréis casaros?

—Ya os he dicho que no amo a nadie, y por eso he permanecido soltera hasta hoy; no obstante, me casaré sin replicar con la persona que V. M. me designe.

Ana le hizo con la mano una señal para que se retirara, ¿qué castigo podía imponer a aquella débil, honrada e inofensiva criatura?

Pero aquel mortal disgusto encendió la fiebre en sus venas, y hubo de acostarse quebrantada por su dolor.

¡El rey no la amaba ya!

Esta espantosa convicción la sumergía en el delirio.

A las cinco de la tarde, hora en que se había calmado algún tanto la agitación de su espíritu, envió a llamar a su hermano.

Lord Rochefort acudió al instante; Se inclinó sobre el lecho de su hermana, y la besó tiernamente en la mejilla, al mismo tiempo que el rey iba a pasar el umbral de la puertecilla que comunicaba desde su dormitorio al de la reina.

Oyó el beso, y vio el movimiento de lord Rochefort, que se sentó a la cabecera, sin abandonar la mano de su hermana que tenía entre las suyas, y luego se ocultó entre los pliegues del tapiz.

—¡Hermano! —Dijo la reina con voz débil— ¡soy muy desgraciada!

—¿Qué pasa? —preguntó lord Rochefort sobresaltado.

Entonces Ana contó a su hermano la escena del retrato, y le pidió le indicase un medio para vengarse de su dama de honor.

—Desentendeos de esa mujer, hermana mía —contestó lord Rochefort, cuyo carácter era grave y prudente— vale poco, y no merece vuestras iras.

—¡Sin embargo, el rey la ama!

—¿Quién sabe? Algún capricho tal vez, que no tendrá consecuencia alguna; procurad vos agradarle por cuantos medios os sean posibles, y en cuanto a Juana bueno será que la espiemos.

Lord Rochefort se despidió poco después, y el rey se retiró de detrás de la cortina que le había ocultado a la vista de los dos hermanos.

Así que llegó a su cámara, escribió a Juana este billete:

«Esta noche a las diez te espero en mi habitación. No hagas el servicio de la reina, y excúsate enviándole a decir que estás enferma».

## XVII

Eran las nueve de aquella misma noche, cuando la reina, después de despedir a todas las personas que había en su cámara, saltó de su lecho, se envolvió en una ligera bata, y fue delante de su espejo de vestir para recoger sus cabellos, que bajaban en destrenzadas y copiosas ondas hasta besar sus pies.

Al verse delante del espejo, pálida y flaca, con las facciones desencajadas y los ojos hundidos, una amarga sonrisa pasó por sus labios.

Acabó de sujetar su cabellera, y luego fue a la puerta y llamó en voz muy queda:

—¡Conde!

—¡Aquí estoy! Dijo lord Percy, apareciendo en el umbral.

—Esperadme —dijo la reina; si viene alguien, ya sabéis cómo habéis de avisarme; cantareis el himno de caza, que ha compuesto para mí, Mark Smeaton, mi músico.

Lord Percy se inclinó, y la reina se dirigió hacia la puertecilla de la alcoba, que comunicaba con el dormitorio del rey.

—Señora, no salgáis —dijo el conde con voz alterada— hace una noche helada, y V. M. está temblando ya con el frío de la liebre.

Ana no contestó; a pesar de su estado, a pesar de que sus dientes chocaban unos con otros, se precipitó en el pasadizo, que comunicaba con la cámara del rey.

Ardía allí una lámpara pendiente del techo; al final del pasadizo había otra puerta, que era la que comunicaba con la cámara de Enrique.

Ana levantó el pestillo con manó trémula, y dirigió su vista a la estancia; más en el mismo instante dejó escapar un grito desgarrador.

Reclinada en un sillón había una mujer vestida de blanco.

Al grito de la reina se volvió, y Ana, que ya la había reconocido por la espalda, vio el pálido y dulce semblante de Miss Seymour.

La reina, oprimida de un dolor fatigoso, que se unía a un gran padecimiento físico, parecía próxima a morir. Juana se acercó a ella temblando y quiso sostenerla; pero la reina se enderezó rígida y severa.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con voz terrible.

—Esperar al rey, señora, respondió Juana con voz débil, pero con acento firme.

—¿Para qué le necesitáis?

—Ignoro para qué me necesitará a mi S. M.

—¿Os ha mandado venir?

—Sí, señora.

—¡Mentís!

—Aquí puede verlo V. M. —repuso Juana sacando de su bolsillo el billete del rey, cuya letra reconoció al instante la reina.

Ana sintió que su cabeza se desvanecía, dejó escapar otro grito, y se desplomó en el suelo sin color y sin sentidos.

Miss Seymour se arrodilló junto a ella y trató de levantarla, pero no pudo. La reina, si bien tan delgada como ella, era más alta, y además, su embarazo hacía muy peligroso todo movimiento.

La débil Juana lloraba sin saber qué hacer, cuando el rey apareció en la puerta principal.

Al verle cesó algún tanto su angustia, y corrió hacia él exclamando:

—¡Ah, señor, ved a la reina!

—Ya sabía yo que vendría esta noche, contestó tranquilamente Enrique.

—¿Pues entonces, señor, por qué me ha hecho venir V. M.?

—Para que os viera aquí; vuestras excusas para hacer esta noche la guardia en su cámara, despertaron sus recelos; pero dejadme que la lleve a su habitación.

Y el rey, que era alto y corpulento, tomó a la reina en sus brazos, como un niño dormido, y entró en el pasadizo.

Juana, no atreviéndose a seguirle, se quedó allí aterrada o inmóvil.

En cuanto al rey, cruzó el pasadizo y entró en la alcoba de la reina depositándola en su lecho.

Luego miró maquinalmente al fondo del aposento, y sus negras cejas se fruncieron de un modo espantoso.

En pie y sombrío, estaba lord Percy velando por la seguridad de la reina, mientras ella hacia su celosa visita.

Entonces el rey dirigió al conde las mismas palabras que la reina había dirigido a Juana.

—¿Qué hacéis aquí?

—Esperar a S. M. —contestó el conde inclinándose con respeto.

—¿Os mando ella que vinierais?

—Sí, señor.

—Está bien. Id a llamar a los médicos para que atiendan a S. M.

Los facultativos vinieron al instante y aplicaron revulsivos a las sienes de la enferma, que abrió los ojos dando gemidos. Al ver al rey a su cabecera, le tomó la mano.

—Tranquilizaos —le dijo Enrique con frialdad— no quiero que matéis a vuestro hijo.

La reina rompió a llorar con amargura, y su llanto quedó estancado por una terrible convulsión.

—Viene el parto —dijo uno de los médicos, pero prematuro y peligroso.

—¡Cómo! —exclamó el rey con ira— ¿no sabréis con toda vuestra ciencia contener ese parto homicida?

—Imposible, señor —repuso otro de los médicos sosteniendo en sus brazos a la reina, que se destrozaba en otra espantosa convulsión.

Luego hubo algunos instantes de terrible silencio.

El rey, sombrío y ceñudo, se apoyaba en la pared.

Ana lanzaba gritos inarticulados, y hondos sollozos.

—¡Un príncipe! —dijo con voz medrosa uno de los doctores.

—¡Ah!, ¿un príncipe? —preguntó el rey lanzándose ansioso hacia el recién nacido.

—Pero... ¡muerto! —repitió con dolor el médico.

—¡Muerto y de ocho meses y medio! ¡El embarazo de S. M. estaba más avanzado de lo que se creía!

A pesar de su dureza, el rey sintió frío en el corazón; él era el asesino de aquel hijo tan esperado.

De repente la reina que había recobrado el conocimiento; se incorporó pálida y desmelenada, y asió el cadáver del recién nacido que descansaba sobre las ropas del lecho.

—¡Ved vuestra obra —dijo al rey— vuestra infidelidad, vuestra dureza, han costado la vida a mi hijo!

¡Ah, conde! —prosiguió volviéndose hacia lord Percy y sin pensar en el extravío de su dolor, en las consecuencias de lo que decía— ¡cuán cara estoy pagando mi ingratitud para con vos!

El rey dirigió a su esposa una mirada terrible, y salió sin decir una palabra.

Ana quedaba sentenciada sin apelación.

## XVIII

Ana se restableció lentamente, y casi en una completa soledad.

Sus dos amigas habían abandonado a Londres.

La duquesa de Alenzon, cuyo buen corazón hubiera vuelto a interesarse por sus desgracias, a pesar de los motivos de resentimiento que tenía contra ella, había vuelto a Francia.

La princesa María había vuelto a su castillo, y a su vida retirada y sencilla.

Ana no tenía más consuelo que la compañía de su hermano, que, desde que era desgraciada, le manifestaba mayor ternura.

Cuando lord Rochefort no estaba a su lado, Ana temblaba. Lady Rochefort no perdía ocasión de atormentarla, y así que su esposo salía de la cámara de la reina, entraba ella y le hablaba de los amores del rey con Miss Seymour, a quien la felicidad y la esperanza ponían cada vez más hermosa.

Esto no era verdad. La pobre y tímida Juana temblaba bajo el peso del amor del rey, como la débil caña al empuje del aquilón.

Ana, durante sus largas horas de soledad y de amargura, pensaba muchas veces en la reina Catalina, de quien ella no había tenido piedad, y por cuya suerte desgraciada jamás había intercedido con el rey.

—¡Oh, pobre mujer! —se decía algunas veces— ¡cuánto la hice sufrir! ¡Ahora que yo sufro sus mismos tormentos es cuando lo comprendo!

A pesar de las constantes agitaciones de su espíritu, la reina recobró su salud, y ya para librarse de la odiosa compañía de lady Rochefort, ya para espiarlos amores del rey y de Miss Seymour, resolvió volver a la vida de diversiones que siempre había tenido.

Ya no tenía, es verdad, aquella envidiable alegría que formaba la base de su carácter; pero el retiro la abrumaba, y además tenía una esperanza. Viendo que una vida modesta y apacible no había podido devolverle el amor del rey, y recordando que la había amado cuando era coqueta y brillante, creía poderle dominar de nuevo con el prestigio de sus gracias.

La primera fiesta en que se presentó, fue en un torneo; tuvo lugar en Greenwich, el día 1 de mayo. El rey vio en él a la reina con profundo

disgusto. Parecióle que no quedándole ya duda de sus amores con Juana, debía estar triste y abatida; era que ya no la amaba y que la juzgaba hastiado de su cariño y de su presencia.

Los lores de Rochefort y de Percy, rompieron lanzas, y fueron proclamados vencedores. Ana aplaudió con la multitud, y con este movimiento dejó caer su pañuelo de encajes; lord Percy le cogió, le llevó a sus labios, y le devolvió a la reina en la punta de su lanza.

Se estremeció el rey, y cambió de color; enseguida se retiró sin saludar a nadie.

Se suspendió el torneo, y la reina, temblando de terror, bajó a tomar su coche; su hermano montó a caballo y se preparó a seguirla, pero fue arrestado en las barreras del campo, y como acusado de alta traición, conducido a la torre de Londres.

Aquella misma tarde salió el rey de Greenwich para Londres. Entre su escolta, y en calidad de preso, iba lord Percy.

Mark Smeaton, músico de la reina, y sus dos gentiles hombres del interior, fueron también arrestados al llegar el rey a la capital.

También llegó Ana a Londres a una hora bastante avanzada de la tarde. La prisión de su hermano la había sumergido en un terror profundo; Se desnudó de su traje de gala, y se envolvió en su bata de noche; luego mandó que le trajesen a su hija; tomó con ella una corta colación, y pasó la noche sentada en su sillón y teniendo a su hija entre sus brazos.

De cuando en cuando se adormecía, pero se despertaba sobresaltada y despertaba también a la pequeña Isabel, que lloraba asustada e inquieta.

Entonces oprimía a la princesa contra su pecho, como si fuese un escudo que la librase de los crueles golpes que presentía.

Al amanecer, volvió a vestirse, y como no había tomado casi nada la noche anterior, mandó que condujesen a la princesa a su cámara, y que le sirviesen algún alimento.

Exhaustas sus fuerzas por la debilidad y el dolor, almorzó; mas al levantarse de la mesa, se abrió la puerta y entró su tío el duque de Norfolk, acompañado de los lores del consejo privado.

Detrás de ellos, y por temor de causarla una impresión demasiado fuerte en su estado de convalecencia, se ocultaba sir William Kirshton, gobernador de la Torre.

—¿Qué me queréis, señores? —Preguntó la reina levantándose vivamente — ¿con qué objeto venís?



—Señora, S. M. ha tenido a bien mandar que os conduzcamos a la Torre, contestó su tío con frialdad.

Al oír estas palabras, Ana, casi desvanecida, hubo de apoyarse en el brazo de su cuñada lady Rochefort, que sonreía malvadamente.

—¿Cuál es mi delito? —preguntó con voz débil.

—Mañana, señora, comparecerá V. M. ante la cámara Estrellada<sup>[3]</sup>.

—¿Y mi hermano? Tornó a preguntar la desgraciada.

—Preso, respondió con insolencia lady Rochefort.

—¿Y sois vos quien me lo dice? —Exclamó Ana con indignación— ¿vos? ¿Su esposa? ¿Qué os ha hecho pues, que miráis su desgracia con alegría?

Luego llamó y dijo a sus damas:

—Mi hija.

La princesa fue conducida al instante a la presencia de su madre. Esta la abrazó llorando por tres veces, y luego la devolvió a la dama que la había traído, en tanto que otra de sus doncellas de honor la echaba sobre los hombros una capa de terciopelo.

—¡Vamos! Dijo con firmeza; yo me someto a la voluntad de S. M.

Se Sentó tranquilamente en la barca que la esperaba en el Támesis, y los lores de Norfolk y de Kirshton se colocaron a sus lados, corriendo con cuidado las cortinas de seda de la barca para que el pueblo, inglés no viese que se conducía prisionera a su reina, en medio del día y como al último de los criminales.

No bien la barca empezó a andar en dirección de la prisión de Estado, el duque de Norfolk, se dirigió con insolencia a su sobrina.

—Vuestros amantes, la dijo en francés, están presos desde ayer, y han confesado su culpabilidad.

Ana alzó la cabeza con una altivez suprema. —¿Quiénes son mis amantes? —preguntó.

—En primer lugar, vuestro hermano.

La reina lanzó un grito de horror.

—¿Mi hermano me ha acusado? —preguntó.

—No. En cuanto a lord Rochefort, es distinto de los otros. Él ha sido acusado por su mujer, y además el rey le ha visto besaros en la mejilla.

—Adelante: ¿qué otros amantes se me atribuyen? ¿Quién me acusa?

—Lord Percy, Mark Smeaton, vuestro músico, y vuestros dos gentiles hombres del interior.

Ana no respondió. La indignación la ahogaba, y además comprendió que estaba perdida.

Dobló, pues, sobre el pecho su hermosa y pálida cabeza, y no volvió a decir nada durante el camino.

## XIX

Dos años hacía que *Ana Bolena* había entrado en la Torre de Londres, para ocupar las habitaciones destinadas a las reinas de Inglaterra durante las fiestas de su coronación.

Ahora volvía a ellas ¡pero cuán diferente era su destino!

Entonces el rey, loco de amor, la rodeaba de toda la pompa imaginable, de todas las seducciones del lujo y del poder; la acompañaban multitud de damas, tropas de pajes, y una turba de brillantes y apuestos cortesanos, que se disputaban sus miradas y sus sonrisas. Y ahora entraba en aquella misma sombría Torre, rodeada de guardias de vista, abandonada de todos y custodiada como un reo de alta traición.

—¿Qué es lo que yo hecho? Se preguntaba la desgraciada joven, en tanto que sus guardianes departían en voz baja y con calor acerca de su suerte venidera.

Y a esta pregunta, su alma se cubría con las sombras del dolor, y su conciencia la respondía con terribles acusaciones.

En efecto; la cruel, la despiadada enemiga de la desgraciada Catalina, ¿qué piedad podía esperar a su vez?

¿Qué beneficios había hecho durante su reinado?

¿Qué lágrimas había enjugado?

¿Qué infortunios había socorrido?

¡Ay! ¡Ni una buena acción se hallaba escrita en su memoria con esos caracteres de luz, que iluminan la densa noche del infortunio! ¡Ni un recuerdo del bien! ¡Y por lo mismo, ni una esperanza!

Se detuvo la barca, por fin, ante una puerta baja y sombría que el Támesis lamia con sus verdosas aguas. Se llamaba *Puerta de los traidores*. La reina alzó la cabeza, y vio con terror la negra y tenebrosa bóveda bajo la cual avanzaba la barca, violentamente agitada por la profundidad del agua.

Se Abrió la puerta, y aparecieron tres escalones de piedra, cubiertos de húmedo musgo.

Ana salió de la barca; pero al llegar al primer escalón, se dejó caer de rodillas, y llamó a Dios como testigo de su inocencia y de su fidelidad conyugal.

—Os suplico, señora, que os levantéis —la dijo fríamente su tío el duque de Norfolk; ved como moja el agua vuestros pies y vuestro vestido; esta humedad os hará mucho daño.

—¿Qué importa ya? —Repuso Ana con amargura—. ¡Ojalá me enviase Dios la muerte en este instante!

El duque de Norfolk, se sonrió cruelmente. Había devorado tanta envidia durante el favor de su sobrina, que cada uno de sus tormentos los saboreaba con delicia.

Uno de los que la acompañaban, sir Tomás Andley, compadecido del estado de la pobre joven, se adelantó y la ayudó a levantarse, ofreciéndola después el apoyo de su brazo.

Así entró en la Torre de Londres *Ana Bolena*, cruzó con paso vacilante la sombría bóveda, cuyas paredes se asemejaban al brocal de un ancho pozo por su color negruzco; aquello es la entrada a un abismo, que semejante al del infierno, jamás devuelve su presa.

La reina fue conducida a las habitaciones que había ocupado en tiempo de su coronación. Al ver el trono que había sido suyo, cayó otra vez de rodillas, y prorrumpiendo en lágrimas, imploró con fervor la piedad del cielo.

De repente su llanto fue interrumpido por fuertes carcajadas nerviosas, y se desplomó en el suelo como sin sentido.

Pero no bien la habían levantado y colocado en un lecho inmediato, abrió los ojos, se sentó con ímpetu, pasó las manos por su frente, y preguntó con voz alterada.

—¿Por qué estoy aquí?

Nadie se atrevió a contestarla.

Aquel silencio la aterrorizó de tal modo que las convulsiones volvieron más espantosas que antes, y de no haberla sujetado, se hubiera desecho la cabeza contra los adornos de bronce de su lecho.

Empezaba a calmarse, cuando dos mujeres aparecieron en la puerta. Eran lady Rochefort, y una doncella de honor de Ana, que ésta había despedido un mes antes de su servicio.

No podían colocar al lado de la desventurada reina, dos personas que la fueran más odiosas. Enrique VIII, no era nunca cruel a medias.

Viendo que la reina quedaba acompañada, se retiraron sus guardianes dejándola con las mujeres.

Ana, entonces, saltó del lecho y fue a ponerse de rodillas delante de la esposa de su hermano.

—¡Perdón! —Exclamó juntando sus manos— ¡perdonadme mi lady, si algo os he hecho padecer antes de ahora, y responded a lo que voy a preguntaros!

—Hablad, señora —contestó lady Rochefort con despreciativa dureza.

—¿Creéis que el rey me hará morir sin oírme?

—Los más pobres vasallos de S. M. tienen, señora, derecho a su justicia.

La reina sacudió melancólicamente la cabeza, y se puso en pie convencida de que ningún consuelo debía esperar de aquella mujer sin corazón.

—¿Dónde está mi hermano? Volvió a preguntarla.

—Acabo de verle en el patio.

Ana dejó escapar un largo sollozo; encarcelado su hermano, quedaba sin apoyo en el mundo.

## XX

Pocos días habían pasado, cuando se presentó al fin una acusación de alta traición ante el jurado Westminster, contra lady Ana de Boulen, reina de Inglaterra, Jorge de Boulen, su hermano y conde de Rochefort, Enrique Norris, Francisco Weston, Williams Bereton, gentiles hombres de cámara del interior de la reina, y Mark Smeaton, músico agregado a la servidumbre de la misma.

Los cuatro caballeros afirmaron con juramento la inocencia de la reina, rechazaron el perdón que les ofrecían en caso de confesar su culpabilidad, y declaran unánimes que preferían arrostrar la muerte a cometer semejante infamia.

Mark, fue puesto en tortura, y la fuerza de sus dolores, le hizo declarar, que había recibido en tres diferentes ocasiones los favores de la reina.

Los jueces tenían ya preparada un acta con la denuncia que necesitaban, y el miserable la firmó esperando en el perdón que le ofrecían.

Aquella infame deposición, dictó su sentencia de muerte y la de sus cuatro compañeros.

Pero así él, como todos los demás acusados, buscaron en vano a lord Percy. No estaba en la barra, y aún oyeron decir que había sido puesto en libertad aquel mismo día.

La firma del vil Mark, disipó todos los escrúpulos de los pares de la cámara Estrellada.

Los cuatro caballeros fueron sentenciados a ser decapitados, y Mark, como plebeyo, a la horca.

No bien se hubo acabado de notificar esta sentencia, y devueltos los presos a sus calabozos, llamaron a la reina, que debía ser juzgada en sesión permanente.

Se Presentó vestida de seda blanca, y sin velo, como si hubiera querido demostrar su inocencia a la vista de todos. La acompañaban lady Rochefort, cuyo rostro no daba la más leve señal de dolor por la sentencia de su esposo, y lady Kingston.

Ana estaba muy pálida, pero tranquila. Los días, de cautiverio que venía sufriendo, habían adelgazado aún más su esbelta figura.

La condujeron a la barra el teniente y el gobernador de la Torre; y no bien había llegado a ella, un nuevo juez tomó asiento en la cámara.

Ana dejó escapar un grito. El recién llegado era lord Percy.

El rey, por un refinamiento de crueldad, y sabiendo la ciega pasión que alimentaba por Ana, había mandado darle libertad, para que se viese obligado a juzgarla, ocupando su sitio, como par de la cámara Estrellada.

Otro grito respondió al de Ana. Lo había lanzado lord Percy, que cayó desmayado al verla, y a quien fue preciso sacar del tribunal.

La reina dominó con esfuerzo la emoción que aquel accidente la había producido. Vio que no tenía allí ni un amigo, ni un abogado; mas a pesar de esto no aparecía en sus facciones la más leve señal de terror.

Cuando la leyeron el acta de acusación, levantó la mano al cielo, y dijo con voz firme y penetrante.

—¡Soy inocente, milores!

Enseguida tomó asiento para escuchar los debates.

Lady Rochefort, con menosprecio de su decoro, acusó a la reina de relaciones incestuosas con su esposo.

Ana, cuya conducta fue en esta ocasión modelo de modestia y de resignación, guardó silencio, fijando sus ojos sobre aquella despreciable mujer, con una expresión de compasión profunda.

Después se puso en pie, y se defendió por sí misma con extraordinaria elocuencia. Refutó una por una todas las acusaciones dirigidas a su vida privada, y su discurso fue tan noble, tan sencillo, que todos creían verla salir absuelta.

Mas el duque de Suffolk, que presidía el tribunal a nombre del rey, supo dar otra dirección a los ánimos.

La reina fue declarada culpable, y sentenciada a ser quemada viva o decapitada, según decretase S. M.

Su tío, como gran Steward de Inglaterra, pronunció la sentencia; la reina alzó al cielo sus manos unidas, como para apelar al supremo juez.

La indicaron, que debía despojarse ante la cámara de sus insignias reales, con que se había revestido para aquella funesta ceremonia, y en efecto, la despojaron de su manto de seda blanca, guarnecido y forrado de armiños, y le desprendieron su collar de perlas y la corona real, que ceñía sus magníficos cabellos.

Ana, desabrigada y tratada sin ninguna consideración, fue conducida, no ya a las habitaciones, sino al calabozo que debía ocupar hasta el momento de su ejecución.

Pasaron dos días, y Ana, cuya mente no cesaba de agitarse en busca de un pensamiento salvador, se acordó al fin de que había firmado un contrato por el cual prometía su mano a lord Percy, conde de Nortumberland; al instante habló de esto a su confesor, el cual fue a ver al rey de parte de la augusta acusada, y le entregó una carta de la misma, en la cual protestaba que habiéndose comprometido solemnemente con lord Percy, su matrimonio con el rey era nulo, y ella además inocente del crimen de adulterio de que se le acusaba.

Se Convocó al instante un tribunal eclesiástico, bajo la presidencia de aquel mismo Crammer, que había sido elevado al arzobispado de Cantorbery para que bendijese el casamiento del rey con Ana de Boulén.

El indigno prelado, anuló el segundo matrimonio del rey, como había anulado el primero, y de este fallo resultó, que Ana, no pudiendo ser considerada más que como la *favorita* del rey, no podía ser procesada.

Más ¡ay! De nada sirvió a aquella desventurada reina, el sacrificar su decoro, su dignidad, y su pudor para salvar su vida; el rey había decretado que muriese y su destino debía cumplirse.

La princesa María, que había ido a Londres para consolar y abrazar a su antigua protegida, se volvió a marchar poseída de indignación al saber su cobarde vileza, y la envió a decir, que pues había preferido el título de concubina al de mártir, rogaría por ella, pero no quería verla.

Mientras tanto, lord Percy había vuelto a ser arrestado en su palacio, y estaba rodeado de guardias de vista.

Una comisión del consejo fue a verle, y le mostró la protesta de la reina, referente al contrato matrimonial que existía entre ambos.

Lord Percy, temblando por la vida de Ana y temiendo por la suya propia, pidió en vano explicaciones, y fue tanta la oscuridad de las pocas contestaciones que pudo obtener, que temiendo dar una nueva prueba para acabar de perder a la reina, cuya sentencia ignoraba, contestó que no existía entre él y la reina contrato alguno.

—¿Consentiréis, milord, en repetir mañana vuestras palabras en la iglesia de San Pablo? —le preguntó el presidente de la comisión.

—Estoy pronto a verificarlo —contestó el conde, sin saber lo que respondía.



En efecto, al día siguiente y a las once de la mañana, el consejo del rey estaba reunido al pie del altar mayor, y lord Percy, fue conducido entre guardias.

Se le administró la Comunión, y se le intimó repitiese su protesta, lo que hizo con voz temblorosa, y presintiendo algo de fúnebre en aquella sombría solemnidad.

*El conde*, juró por su salvación o su condenación eterna, que jamás había habido entre la reina y él unión carnal, ni existía contrato alguno en que hubiese empeñado su fe.

Acabada la protesta, el conde fue puesto en libertad; pero una hora después, y al entrar en su palacio, oyó el pregón que anunciaba la ejecución de Ana de Boulén, reina de Inglaterra, para el día siguiente, diecinueve de Mayo.

El conde de Nortumberland, lanzó un grito desgarrador, y cayó desmayado en el umbral de su casa.

## XXI

Las seis de la mañana del día siguiente serian cuando lady Kingston se acercó a la reina que desde las dos de la madrugada permanecía arrodillada delante del altar.

—¿Qué queréis, amiga mía? —preguntó Ana volviendo la cabeza.

—Señora —dijo lady Kingston, hace ya muchas horas que V. M. no ha tomado alimento.

—Gracias por vuestro cuidado —repuso la reina levantándose con algún esfuerzo, porque estaba, en efecto, muy débil.

—¿Quiere V. M. una taza de leche? Por fortuna comulgó muy temprano.

—Beberé leche —respondió Ana con triste sonrisa— si me pidierais que comiese, no podría complaceros.

La trajeron una taza de plata, en cuyo fondo estaban esculpidas las armas reales de Inglaterra.

Esta vista la arrancó lágrimas, pero las enjugó en silencio y sin proferir una queja.

A pesar de su buena voluntad, no pudo pasar más que una pequeña parte del líquido que la habían presentado.

—¿Y mi hija? —preguntó a lady Kingston.

—Está bien señora, según el último parte que he recibido.

—¿Se acuerda de mí?

—Ha preguntado muchas veces por V. M., sobre todo desde anoche.

—¡Muero sin abrazarla! —Exclamó la reina, cuyo llanto corrió de nuevo — ¡no merecía yo tanta crueldad!

Enjugó de nuevo sus lágrimas, y dijo a lady Kingston.

—Sentaos, amiga mía.

—¡Señora! Yo no debo sentarme en presencia de V. M. Dijo con humildad la compasiva dama.

—Sentaos, yo os lo ruego —repitió la reina.

Lady Kingston obedeció, y Ana se puso de rodillas delante de ella.

—Oíd lo que voy a deciros, y en el instante que yo espire, id y repetid mis palabras a la princesa María.

—Así lo haré señora —contestó lady Kingston, de cuyos ojos brotaban gruesas lágrimas.

—Decidla así: —Señora, la pobre *Ana Bolena*, rogó a V. A. en el momento de morir, que la perdonaseis todo el daño que causó a vuestra desgraciada madre. Os ruega también, que si algún día ocupáis el trono de Inglaterra, que de derecho os pertenece, seáis compasiva con su pobre hija Isabel ¡y os ruega, en fin, que roguéis a Dios por el descanso de su alma! —¿Se lo diréis así? —preguntó la reina a lady Kingston a quien sofocaban los sollozos.

—Repetiré a la princesa María las mismas palabras de V. M. —respondió levantándose.

—Ahora, hacedme el favor, amiga mía, de salir y preguntar, cuánto tiempo falta para la ejecución.

Lady Kingston salió y volvió al instante.

—Se ha retardado señora —dijo— se ha enviado a buscar al verdugo de Calais, que es el más diestro del reino, y se halla enfermo. Sin embargo, el capitán de guardia acaba de decirme que habrá otro aquí para el medio día; sólo se retarda cuatro horas el instante de vuestra eterna felicidad.

—¿Por qué buscar el más diestro? —Preguntó Ana con sonrisa— ¡tengo el cuello tan delgado, que cualquiera lo será bastante para mí!

Luego se quedó pensativa un instante, y se levantó para ir a sentarse delante de una mesa que contenía recado de escribir.

—Voy a escribir algunas líneas al rey —dijo— y después volveré a orar, hasta la hora de vestirme.

En efecto, escribió una carta concebida en estos términos:

«En el instante de comparecer ante el Supremo Juez, señor, aseguro a V. M. que he sido una esposa irrepreensible y digna. Mi grave delito, el que a mi parecer voy a expiar, es mi ingratitud con la reina Catalina, mi señora, y vuestra primera esposa. Si mi juventud fue manchada con extravíos, vos los sabíais, pues todos tuvieron lugar antes de perteneceros; después de ser vuestra, Dios me es testigo de que no os he faltado.

Yo os doy gracias, sin embargo, por vuestra generosidad. De simple particular, me hicisteis marquesa, de marquesa, reina; y

ahora, no pudiendo elevarme más, me dais la corona de mártir. Yo os bendigo, señor, y os doy gracias en esta hora suprema.

No desamparéis a vuestra hija, mi adorada Isabel. Muévaos a lástima su tierna edad y el abandono en que queda. Que no pague ella la aversión que os ha inspirado su desgraciada madre, y así Dios haga largos y prósperos los días de vuestro reinado, como se lo pide.

Ana de Boulen».

Ana cerró esta carta, que había escrito con gran firmeza, y la entrego a lady Kingston, que la hizo llevar al instante a palacio.

Enseguida la reina la rogó que la avisase a las once, y volvió a postrarse al pie del altar, orando a media voz y con las manos cruzadas.

Lady Kingston la imitó.

Al dar las once en el reloj de la Torre la avisó, y Ana se levantó después de hacer la señal de la cruz.

En un armario de encina y bronce, colocado en un lado de la prisión, había algunos trajes y ropa blanca de la reina. Ella misma le abrió, y eligió las piezas de qué debía constar su último tocado.

Lady Kingston la puso un vestido de damasco negro, y un cuello blanco de picos, que la misma Ana había inventado pocos meses antes.

Peinó sus cabellos, y los cubrió con un sombrerito de terciopelo negro, cuya hechura es tan conocida por haberle dejado aquella desgraciada reina su propio nombre.

La fiebre producida por la debilidad y por la excitación nerviosa en que se hallaba, animaba las pálidas mejillas de la reina con un subido carmín, y hacía brillar sus ojos con ardientes destellos; jamás había parecido tan hermosa.

Al dar las doce se abrieron las puertas de la prisión. Ana se arrodilló por última vez, e hizo una corta oración; luego se volvió a la escolta, y dijo con voz tranquila.

—Vamos.

Subió los escalones de la plataforma de la Torre, acompañada del teniente de la fortaleza, y de su esposa, lady Kingston, que a pesar de las instancias de su marido para que se retirara, no quiso abandonar a la augusta sentenciada.

Seguían a la comitiva cuatro damas, a quienes el rey había mandado asistir a la terrible ceremonia.

Todas cuatro lloraban y temblaban como azogadas, siendo incapaces, a causa de su terror, de prestar ningún servicio. La reina lo comprendió así, y se quitó por sí sola el sombrero y el cuello, que entregó a lady Kingston, quien tan piadosa como duro era su esposo, no se separaba del lado de la reina.

Los cabellos de Ana cayeron envolviéndola como un manto de seda. Entonces lady Kingston los recogió, y los cubrió con un gorrito de encajes.

Luego quiso vendarla los ojos.

—No —dijo la reina— no, dejadme ver hasta el postrer instante la luz de mi último día.

Dicho esto, se arrodilló, extendió púdicamente los largos pliegues de sus vestidos, para que no se descompusieran, y apoyó blandamente la cabeza en el tajo.

Se arrodillaron todos los presentes. El hacha del ejecutor brilló un instante en el aire, y luego cayó sobre aquella joven cabeza, una de las más bellas e inteligentes del mundo.

Un cañonazo anunció a los vecinos de Londres, que Ana de Boulen, reina de Inglaterra, había dejado de existir.

Aquél, cañonazo resonó en el corazón de lord Percy, conde de Nortumberland, que desde la noche anterior estaba postrado en su lecho, víctima de una fiebre devoradora; Se incorporó violentamente, llamó a su ayuda de cámara, hizo que le vistiese, y montando a caballo salió de Londres, sin detenerse en su carrera, hasta penetrar en Escocia, donde recuperó la salud del cuerpo y alguna tranquilidad para su ánimo.

Digamos nosotros ahora con Kémpis:

¡Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable!

# **JUANA DE SEYMOUR**

*REINA DE INGLATERRA*

Jamás muere el entusiasmo en las almas grandes; semejante al ave poética, que renace de sus cenizas, la facultad de amar no se pierde nunca en los corazones ardientes. Cansados o heridos, enervados o replegados en sí mismos, siempre existen en ellos esas misteriosas cenizas que una centella divina puede reanimar súbitamente...

Dos mujeres: Gertrudis Gomes de Avellaneda.

# I

Miss Juana Gabriela María de Seymour, hija de una noble y opulenta familia inglesa, entró a servir, como dama de honor, a la reina Ana de Boulen, cuando ya contaba treinta y dos años de edad.

Muchos partidos ventajosos, bajo todos conceptos, se habían presentado a la ilustre doncella, sin que ella hubiese querido aceptar ninguno, con gran pesar de su padre, anciano y digno caballero, y de su hermano, uno de los más hábiles cortesanos de la corte de Enrique VIII.

—¿Has determinado morir soltera? Le preguntaba un día su padre bastante irritado.

—Y aun cuando fuera así, ¿qué mal habría en ello? —Repuso Juana con dulce sonrisa—. ¿No tenéis ya a mi hermano que cuidará de que no se extinga nuestro nombre?

Lord Seymour nada respondió; pero sus blancas cejas se fruncieron por un movimiento de mal humor, que era habitual en él, siempre que se tocaba la cuestión del matrimonio de su hija.

Juana, en efecto, no amaba a nadie, ni jamás hombre alguno había conseguido conmover su corazón.

Era tímida y medrosa, y la vida monástica había sido siempre el objeto de su ambición; pero, conociendo el carácter fuerte y severo de su padre, jamás se había atrevido a manifestar sus deseos en este punto.

Por lo demás, su aspecto era juvenil y estaba lleno de gracias y de inocencia, debiendo sin duda estas ventajas a la pureza de su alma, exenta de pasiones y de afectos profundos.

Apenas se hubiera podido decir a primera vista que fuese hermosa, ni aun linda.

De pequeña estatura, y muy delgada, lo que más llamaba la atención en ello era su abundosa cabellera dorada, sus ojos azules que, aunque pequeños, estaban llenos de dulzura, y su boca sonrosada, que adornaba una bonita dentadura.

Había en ella una cosa casi aérea que disimulaba sus defectos, entre los cuales no eran los menores el tener la tez señalada de viruelas, la nariz demasiado larga y la frente muy ancha.

Vestía con la riqueza que su padre le prescribía, pero con mucha sencillez.

Casi siempre era su traje de seda blanca, sin diamantes, ni más encajes que un velo que cubría a medias sus cabellos, y bajaba en grandes ondas por su espalda.

Este atavío tan fresco, tan sencillo, tan encantador, tan exento de pretensiones y de variedad en una corte en que la ostentación y la prodigalidad de la reina daban la norma para el lujo más exorbitante, prestaba a Juana cierto prestigio de candor e inocencia y la rodeaba de una aureola de dignidad y de virtud.

Juana poseía riquísimas pedrerías de su madre; y sin embargo, era tal su oposición al fausto, que jamás se ponía joyas, y únicamente usaba algunas sargas de gruesas perlas cuando las grandes fiestas de la corte la obligaban a ello.

La sencillez de sus gustos, su modestia y su carácter recogido y dulce, fueron las causas que movieron a la reina a nombrarla su dama de honor.

*Ana Bolena*, aconsejada por su fina astucia, separaba poco a poco de su lado a todas las camaristas jóvenes y bellas que hubieran podido eclipsarla, y se rodeaba de personas graves y de más edad que ella. Juana, a pesar de aparentar diez años menos de los que tenía, le pareció tan escasamente hermosa y tan exenta de pretensiones, que la llamó a su lado, con mucha alegría de toda la familia de Seymour, que no consoló al instante de la obstinación de Juana en permanecer soltera.

La reina quiso dar un carácter de grandeza a aquella presentación, y para ello convidó en sus aposentos particulares a un crecido número de personas de la grandeza, entre las que se contaban algunos enemigos de la familia Seymour.

Juana fue presentada por su padre, que le daba la mano.

Según su costumbre, vestía un traje de seda blanca y un collar de perlas. Los rizos dorados y sedosos de sus cabellos guarnecían su blanco y dulce rostro y cubrían su espalda y hombros.

Al verla la reina, sintió en su corazón como un golpe violento, e instantáneamente se arrepintió de su elección.

Le pareció casi hermosa Miss Seymour, y un temor frío, como el filo de un puñal, se deslizó en su pecho.



Era que su conciencia le acusaba de las desgracias de la infeliz Catalina de Aragón, a quien ella, con su astucia y artificios, había arrojado del tálamo real, y que temía a su vez que otra mujer se posesionase del ánimo del rey.

Sin embargo, una mirada que dirigió a éste, disipó, al menos por el pronto, todos sus temores.

Enrique VIII, al ver entrar a Juana, le dirigió una mirada indiferente, y luego se encogió de hombros como lastimado de que entrase en la corte una persona de tan escaso valer.

Después se volvió hacia un grupo de jóvenes cortesanos que había a su espalda, y se puso a hablar con ellos de caza.

—Milord —dijo la reina al padre de Juana alargándole, para que la besara, su blanca mano, adornada con seis dedos; la suerte de vuestra hija está a mi cargo desde hoy; nada temáis por ella.

Al decir estas palabras, presentó a la hija la mano que había dado al padre.

Juana dobló una rodilla y la besó, yendo después; según la etiqueta, a prestar igual homenaje al rey.

—¡Santo Dios! ¡Qué hermosa cabellera! —exclamó Enrique, deponiendo el ceño adusto que le era habitual, para dar lugar a una expresión de asombro; ¡es una verdadera cascada de oro! ¿Qué peluquero os peina, Miss?

—Me peino yo misma, señor, contestó Juana con dulzura y modestia.

Luego, viendo que el rey no volvía a preguntarle más, se retiró al sitio que ocupaban las otras damas, quienes la recibieron con afectuosa cordialidad.

Era ya una hora bastante avanzada de la noche cuando la reina se levantó para pasar a, su gabinete particular, y los concurrentes fueron despidiéndose poco a poco.

Juana permaneció de pie al lado de su soberana, y entonces todos quedaron suspensos y admirados del gran contraste que ambas ofrecían.

Ana, alta, trigueña y pálida, llevaba un traje de raso amarillo tan exageradamente escotado, que parecía haber olvidado, al ponérselo, todas las leyes del pudor.

Sus cabellos, su pecho y sus brazos estaban casi cubiertos de pedrería, siendo de diamantes y esmeraldas hasta las hebillas de sus zapatos de raso blanco.

Juana, pequeña, delgada, rubia y blanca como el nácar, estaba vestida con tanta modestia y sencillez, que hacía aún más notable la provocativa coquetería de la reina.

El escote bastante subido de su traje blanco dejaba ver poco su garganta y hombros, y aun esto se hallaba velado por los copiosos rizos de su cabellera.

Un manto de encaje blanco, prendido en los hombros, descubría su talle de ninfa, flexible como un junco, y velaba casi del todo el largo vestido, que apenas dejaba ver las puntas de sus pequeños pies.

El rey pasó por delante de las dos mujeres, y aquel contraste llamó también su atención.

—¡Qué exageradamente escotada estáis esta noche, señora! Dijo a media voz y con tono de mal humor.

—¡Qué! ¿No os agrada el corte de mi vestido? Contestó la reina con un acento bastante pronunciado de irónico despecho.

—No, señora —repuso el rey secamente.

—Pues lo siento; y permitidme os diga que es la vez primera que me lo manifestáis.

—No es la primera, sin embargo, que os advierto cuánto me disgusta el veros adornada en público con las joyas de mi difunta esposa la reina Catalina.

El rey pronunció estas palabras echando una iracunda mirada sobre las soberbias joyas que adornaban la frente, el pecho y los brazos de la reina.

Ana se mordió los labios y bajó la cabeza ruborizada.

El rey continuó:

—Hacedme el gusto de acordaros de lo que os advierto ahora por la última vez.

Dicho esto salió.

La reina saludó a todos y se retiró también a su cámara; pero sus ojos estaban llenos de lágrimas de indignación y de dolor.

Estaba perdida en el ánimo del rey, puesto que hallaba motivos de desagrado donde antes los hallaba solamente de admiración.

Ana durmió poco, y durante el breve espacio de su agitado sueño, tuvo visiones que la llenaron de pavor.

## II

Habían pasado algunos quince días desde la presentación de Juana de Seymour a la reina, y ya aquélla estaba dolorosamente hastiada de la vida de palacio.

Su natural, sincero y noble, al mismo tiempo que delicado, padecía a cada instante en aquella corte depravada, en que la libre conducta y las coqueterías de la reina daban sombra a tantos escándalos.

Juana era como una de esas santas religiosas a quienes encierran desde muy niñas en los conventos, y que, aunque lleguen a los helados años de la vejez, conservan siempre la cándida sencillez de la infancia.

Otro motivo la martirizaba además.

Algunas veces había sorprendido fijas en ella las ardientes miradas del rey, y un rubor doloroso se había extendido por sus mejillas, brotando de su corazón.

Juana, hasta aquel día, había huido la presencia de los hombres sin esfuerzo alguno, y por un efecto natural de su voluntad y de su carácter.

Pero ¿cómo huir del rey, cuando su deber la detenía en palacio?

¿Cómo renunciar a su cargo de camarista de la reina sin exponerse al enojo de su padre y de su hermano?

Juana se dijo, en su timidez, que no le quedaba otro recurso que sufrir aquella muda pero incesante persecución.

Demasiado débil para tomar un partido decisivo, lo fue también para huir del monarca, a quien temía, y se acostumbró a encontrarle todas las noches y mañanas en los corredores y antecámaras de palacio.

Bien pronto aquella costumbre se hizo para ella una ley.

El día que no veía a Enrique VIII sentía un malestar indecible, una zozobra dolorosa; sentía un vacío que nadie, ni nada, podía llenar.

Por eso he dicho que Juana estaba dolorosamente hastiada de su vida, quince chas después de haber sido presentada a la reina para ejercer el cargo de dama de honor.

El rey, por su parte, distraía su casi constante mal humor con la observación de aquella extraña y angelical criatura; es verdad que ninguna virtud, por grande que fuese, hubiese debido admirar al esposo de la noble, de la magnánima, de la santa Catalina de Aragón; pero había en Juana más suavidad, más inocencia, más dulzura que en la hija de los reyes Católicos Catalina había sido el acero que se rompió sin doblegarse.

Juana de Seymour era el tierno junco que tomaba cuantas direcciones le imprimía el deseo despótico del rey.

Una mujer complaciente, dulce, humilde, cuando cree deber serlo para lograr sus fines, cuando su virtud es dudosa, no es una cosa extraña; pero una mujer intachable, santa y al mismo tiempo confiada, dócil y complaciente, era una cosa en extremo nueva para el rey de Inglaterra.

Ana iba perdiendo poco a poco terreno en el corazón de su marido.

Las acusaciones, los celos siguieron al desencanto.

A pesar de las gracias personales de la reina, de su talento, de su vivacidad, la modestia de Juana y su índole angelical resaltaban entre todas las mujeres de la corte, así como la violeta se distingue entre todas las flores por su delicado aroma.

Entre aquellas damas cubiertas de seda, de diamantes, de terciopelo y de plumas, la rubia camarista se asemejaba a la imagen del pudor, de la inocencia y de la castidad.

El triunfo de la virtud casi nunca es ruidoso, pero es siempre sólido y durable.

El dominio que Miss Seymour iba ejerciendo insensiblemente y sin saberlo, sobre el rey, es una prueba de esta verdad.

Aquel monarca feroz, sombrío y taciturno, parecía sentir un bienestar indecible, una inefable felicidad al lado de la camarista.

Una noche, cerca de las nueve, Juana, que se hallaba de servicio en la habitación de la reina, estaba sola en una de las antecámaras y se entretenía en bordar.

La reina, acosada ya por los amargos y repetidos disgustos que precedieron a su caída, se había retirado a su dormitorio, diciendo que quería estar sola para escribir algunas cartas.

Algunos pasos fuertes y pausados, y más que todo el acelerado latir de su corazón, anunciaron a Juana que el rey se acercaba, y, en efecto, a los pocos instantes entró éste, sombrío y preocupado.

Al pronto no vio a Juana; pero ésta se levantó por respeto, y el rumor de su traje fijó la atención de Enrique.

—¡Ah! ¿Estáis aquí, Miss Seymour? —dijo con una expresión benévola y casi alegre, que disipó las nubes de su fisonomía—; me alegro de hallaros porque quizá me consolareis.

El rey, dicho esto, tomó una silla, se sentó e hizo seña a Juana para que le imitase.

—Habéis de saber que vengo de ver a mi hija María, la cual me da un disgusto lo menos por hora, prosiguió el rey; tiene el carácter terco e indomable de su madre, y antes morirá que ceder.

—¡Ah, señor! —exclamó Juana olvidando su natural timidez y juntando las manos con ademán de tierna súplica—: ¡Ah, señor! Respetad la memoria de la augusta Catalina de Aragón y honradla, amando a su desgraciada hija.

El rey miró asombrado a Juana.

Nunca le había parecido tan bella.

Sus ojos brillaban, sus mejillas estaban animadas por el ardor de su ruego y su actitud se asemejaba a la de un ángel.

—Miss Seymour —repuso Enrique tras una pausa, vos no sabéis lo que es la princesa; apenas cuenta diez años y ya resiste impávida a las más fuertes amenazas.

—Me atreveré a preguntará V. M., ¿qué es lo que exige de su hija?

—Que vaya cada día a visitar a la reina y que la reciba en su cámara, cuando ésta vaya a verla.

—¡Ah, señor! —Repuso Juana— ¿por qué quiere V. M. unir lo que el cielo ha desunido? No pretendo yo acriminar a la reina; pero la hija de la noble Catalina culpa, sin duda, en el interior de su alma, a vuestra actual esposa, de todas las desventuras de su madre.

El rey guardó silencio.

Juana prosiguió:

—Dejadlas vivir apartadas; afortunadamente, en derredor del trono, todas las existencias son independientes y no es preciso que la reina y la princesa se vean, a no ser por su expresa voluntad.

—¿Pero debo dejar a mi hija en su rebeldía? Decidme, Juana; vos que tenéis tan bello y tierno corazón, ¿no es indispensable a mi dignidad hacerla encerrar en un monasterio?

—¡Oh, señor! ¡No hagáis eso jamás! —Exclamó Juana con terror— pensad que los caracteres fuertes no se doblegan a la fuerza; la encina se deja arrancar por el huracán, pero no oscila ni un instante; cae y muere, pero no vacila jamás.

—¡No piensa así la reina! —Murmuró Enrique con sombrío acento—. Seguramente su corazón es aún más duro que el carácter de mi hija.

—¿No es bastante desgraciada la princesa con que la voluntad de V. M. la haya declarado ilegítima? —Prosiguió Juana con calor—: ¿no ha perdido, por esta decisión, todos los derechos al trono de su padre? ¡Ah, señor! Creedme; la pobre niña merece, al menos, alguna tranquilidad.

Reinó el más profundo silencio durante algunos instantes.

—¿Queréis ir a visitar a mi hija? Dijo de repente el rey levantando la cabeza.

—Confieso a V. M. que tendría en ello sumo placer —repuso Juana con sencillez. Pero quizá la reina me llame y...

—Nada temáis, interrumpió el rey; yo os disculparé con ella; id, y vos que sois un ángel, ved si podéis doblegarla a mi voluntad.

Juana se levantó y el rey dejó también su asiento. Sacó de su limosneta una caja de nácar y la abrió, tomando de su fondo un retrato guarnecido de brillantes y pendiente de una cadena de oro.

—Guardad esta joya en memoria de este día —dijo Enrique VIII suspendiendo la cadena del cuello de la dama de honor—. ¡Cielos! ¡Este es el retrato de V. M.! —Murmuró Juana al ver el medallón.

—Id al punto a ver a María —repuso el rey dirigiéndose a la puerta— consoladla... yo la he hecho llorar.

El rey desapareció. Juana quedó absorta con el medallón en su mano trémula.

Luego la alegría, el temor y la confusión se pintaron sucesivamente en su blanco y plácido rostro. Ocultó el medallón en su pecho y salió para dirigirse a la cámara de la princesa que estaba al otro extremo del palacio.

No bien había doblado el primer corredor, se oyó sonar el pito de plata de la reina; pero nadie acudió a su llamamiento, porque el rey se había ido a dormir con la mayor tranquilidad.

### III

Cuando Miss Seymour llegó a la puerta de la habitación de la princesa, eran cerca de las diez de la noche y reinaba el más profundo silencio, tanto en el interior del palacio como exteriormente.

Cuatro camaristas no más servían a la hija de Catalina de Aragón, pues, declarada *ilegitima*, había descendido mucho de su rango.

Además de las cuatro damas, que por un incomprensible capricho de Ana se habían elegido, todas personas graves y de edad madura, además de las damas, cuidaba asiduamente de la princesa la ilustre Margarita Platagenet, condesa de Salisbury y una de las más virtuosas y esforzadas mujeres de que se ha envanecido la altiva Inglaterra.

Pertenecía a la familia real de los Platagenet y era madre del cardenal Polo, refugiado en la corte de Roma desde la apostasía de Enrique VIII, llevada a cabo para casarse con *Ana Bolena*.

Era la condesa de Salisbury una dama que pasaba de los setenta años de edad; pero alta, fuerte y activa.

Nombrada aya de María Tudor, a la muerte de la reina Catalina, la elección no hubiera podido ser más acertada tratándose de una niña que, habiendo nacido en el trono, debía ocuparle.

Pero la suerte se había ensañado contra la regia niña, cuya educación había sido llamada a dirigir la anciana Margarita, y ésta, en vez de enseñarla a humillar la frente ante los rigores del destino, sólo la enseñaba a ser más altiva a medida que iba siendo más desgraciada.

La princesa, a los diez años de su edad, era, pues, una niña muy linda y de aspecto delicado; pero altanera e impasible.

Pena daba ver el contraste que formaban sus delicadas formas con la rígida etiqueta de todas sus posturas, de todos sus ademanes y el trasparente brillo de sus ojos pardos, con la dureza de sus miradas.

La condesa le repetía continuamente que, siendo muy desgraciada, debía ser muy altiva, y este malhadado consejo, unido a la natural dureza del

carácter de la princesa, le daba un aspecto cada día más arrogante y hacia su carácter cada día más austero y grave.

Juana llamó suavemente a la puerta, y una de las damas fue a abrir, presentándose a los ojos de Miss Seymour un cuadro poco alegre a la verdad.

La princesa, vestida ya con una bata de dormir de batista guarnecida de ricos encajes, estaba arrodillada en un almohadón de terciopelo y leía las oraciones de la noche en un libro que tenía abierto en su reclinatorio.

Su hermosa cabellera rubia estaba recogida con trenzas y sujeta con un gorrito de batista y también guarnecido de encajes.

Detrás de la princesa, y arrodillada en otro almohadón, rezaba Margarita, y tres de las cuatro camaristas se hallaban también arrodilladas en fila detrás de ella.

Sólo estaba desocupado el almohadón de la que se había levantado para abrir la puerta a Miss Seymour.

La princesa, que por más grave que quisiesen hacerla, tenía diez años, se volvió al ruido de la puerta; pero una mirada de su aya le hizo bajar de nuevo los ojos sobre su libro de oraciones.

Mientras tanto, la condesa hizo una seña benévola a Miss Seymour, a quien estimaba mucho, para que no hiciese ruido hasta que acabase de rezar la princesa.

Esta concluyó en breve y se levantó de su almohadón.

—Señora —dijo entonces la condesa de Salisbury—, aquí está Miss Seymour, que viene a ver a V. A.

—¿Qué quiere de mí la reina? —preguntó la princesa con altivo desprecio, porque sabiendo, que Juana era dama de honor de Ana, creyó que venía de su parte.

Juana leyó su pensamiento y respondió:

—No vengo de parte de S. M. la reina, señora. He venido a ruegos del augusto padre de V. A.

Se Cubrió de carmín la noble frente de María, miró de abajo a arriba a Juana, y le preguntó con supremo desdén:

—¿Os ruega mi padre?

—Me ha rogado, señora, que viniese aquí.

—¿Quién sois, pues?

—Una de las más entusiastas admiradoras de la santa madre de V. A.

Se despejaron, al oír nombrar a su madre, todas las facciones de María; el recuerdo de la que le dio el ser, era el talismán más fuerte para llegar hasta su corazón. —¿Amabais, según eso, a mi madre? —preguntó.



—Tanto como la respetaba, señora.

—Entonces, ¿por qué habéis dado lugar a que mi padre os niegue para venir a verme?

Y María pronunció estas palabras con una sonrisa llena de gracia maliciosa y picaresca.

—Porque temía señora, que mi presencia ofendiese a V. A.

—Y, ¿por qué me había de ofender?

—Porque soy dama de honor de la reina Ana.

—Poco me importa a mí la reina —repuso con altivez María. Yo soy tan reina dentro de mis habitaciones como ella en el resto del palacio; pero, decidme, Miss Seymour, ¿qué desea mi padre de mí?

—Que vaya mañana V. A. a visitar a la reina a su cámara.

—¿Oís, aya? —preguntó María volviéndose a la anciana Margarita.

—Oigo, señora, respondió ésta; pero creo que no tiene obligación ninguna V. A. de visitar a la reina, cuando ella no ha entrado a veros, habiendo estado en cama ocho días con calenturas.

—Es verdad —repuso María; ahora recuerdo eso, y no iré.

—Señora —dijo Juana dirigiéndose a la condesa de Salisbury; la reina no ha venido a ver a S. A., no por desvío, sino porque ha estado enferma también.

—¿Enferma? —preguntó la anciana con ironía; yo la he visto salir muchos días a caza.

—No lo niego —repuso Juana ansiosa de conciliar, a toda costa, aquellas opuestas voluntades; pero ya sabéis que la caza es una pasión en la reina, y que en ella olvida hasta sus dolencias.

—Es inútil, Miss Seymour —dijo la princesa acercándose y tomando parte en la conversación; es inútil que os empeñéis en que yo ame a la reina; jamás podrá ser eso; ella ha nacido vasalla de mi augusta madre, quien por su causa fue desterrada y perseguida, muriendo, por fin, mártir de sus pesares.

—Señora, ¿quién ha dicho todo eso a V. A.? —Exclamó Juana con espanto—; creo que hubiera sido mucho más digno y humano dejároslo ignorar.

—¿Y para qué he necesitado yo que me lo digan? —Exclamó con amargura María—: ¿No sé yo que me arrancaron de los brazos de mi madre para encerrarla en el castillo de Kimbalton? ¿No sé yo que me arrodillé a los pies del rey, mi padre, y que le rogué llorando que me dejase ir a dar a la reina el último adiós y me lo negó por los manejos de esa vil mujer, que hoy ciñe la corona que usurpó a mi madre? ¿No vi que cuando rogaba que me la dejaran

ver por última vez, no unió a las mías la súplica más leve para que el rey me concediese lo que pedía? ¿No sé yo que para que la corona de Inglaterra ciña un día las sienes de su hija Isabel, me ha declarado bastarda un decreto del Parlamento? Miss Seymour, nada de esto me ha dicho nadie, porque mi aya es demasiado recta para acusar a su rey, y me quiere mucho para afligirme; pero todo esto lo sé yo, que aunque soy una niña por mi edad, tengo el corazón desgarrado por los pesares.

Calló la princesa después de éste vehemente razonamiento, y callaron también todas las personas que la rodeaban.

Juana, con el corazón prensado de angustia, pensaba en que de ningún modo le era dado complacer al rey, pues su hija no quería ceder.

—Señora —dijo besando la pequeña mano de la princesa—; ya veo que hay en el corazón de V. A. un odio hacia la reina, si no legítimo y justo, porque el odio jamás lo es, fundado al menos en muy tristes razones. Llevaré, pues, al rey la negativa de V. A.

—Sí, decidle que me niego a tener ninguna atención con la reina, a rendirle ningún homenaje, y que niegue al cielo que su hija Isabel no necesite algún día de mí.

Al pronunciar María estas palabras brilló en sus ojos garzos un fulgor sombrío.

Juana comprendió entonces todo lo que había de dureza en el corazón y de inflexibilidad en el carácter de la que después fue la gran reina María Tudor.

Empero la camarista no podía resolverse a dejar aquella severa niña sin haber alcanzado lo que el rey deseaba.

Durante algunos instantes permaneció pensativa, y dijo por fin:

—Repetiré a S. M. el rey las mismas palabras de V. A.; pero, al menos, señora, decidme que las que han pronunciado mis labios no os han enojado.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó María, cuya voz temblaba aún a impulsos de su emoción pasada.

—He abierto, señora, en el corazón de V. A. llagas muy dolorosas, y que yo no sabía que existiesen.

—Quedas perdonada —dijo la princesa con una graciosa dignidad y alargando a la dama de honor su pequeña y blanca mano.

Juana la besó de nuevo, y continuó con aquel tacto de la mujer sensible:

—Quisiera, señora, una prueba de que vuestra alteza no está enojada conmigo.

—¿No os basta mi palabra?

—¡Oh, sí, señora! Y sin embargo...

—¿Queréis aun otra?

—Considero grave la ofensa, y deseo amplio el perdón.

—Pedidme, pues, la prueba que valga más en vuestro concepto.

—Quisiera que V. A. me permitiese venir a pasar a su lado algunas horas cada día.

—¿A mi lado? ¿Sabéis lo que decís?

—¿Seré acaso indigna de esa merced?

—No, no es eso; pero la vida que lleváis al lado de la reina... el paseo, los bailes y la caza se disputarán todas Vuestras horas. La esposa de mi padre no vive como reina, sino como la dama más casquivana.

—Yo, sin embargo, alcanzaré permiso de S. M. para dejar de acompañarla alguna vez.

—¿Y os lo dará?

—Sin duda.

María tomó la mano de Juana y la condujo al hueco de una ventana, aislándose así de todas las demás, personas que se hallaban en el aposento.

—¡Ah querida Miss Seymour! —exclamó entonces en voz baja—; ¡si supierais cuánto bien me haríais si pudierais venir alguna vez! Estas cinco ancianas, eternas compañeras de mi triste niñez, eternos testigos de todas mis acciones, hielan mi alma con la nieve de sus años. ¡Yo no sé cómo se peinan, cómo se visten las niñas de mi edad! ¡No leo más que libros devotos! ¡No como frutas, ni dulces, porque mis damas juzgan por sus débiles estómagos el mío, fuerte y antojadizo! ¡Ah, Miss Seymour! ¡Sí, venid y traedme la primera vez, un plato de fruta y un libro de cuentos!

—Mañana tendrá ambas cosas V. A.

—¿Me lo traeréis vos?

—Sí, señora.

De súbito desapareció el cándido gozo que iluminaba las facciones de la princesita; huyó su sonrisa y quedó pensativa.

—Creo —dijo— que mi aya no me permitirá tomar la fruta ni leer los cuentos.

—¿Qué necesidad hay de que la condesa vea la fruta ni el libro?

—Pero como ve todo cuanto yo hago...

—Eso no lo verá.

—¿No?

—No, señora; ¿para qué querría yo mis años si no tuviera alguna astucia?

—Veamos vuestro plan.

—Nos pondremos a bordar las dos un manto de raso blanco para V. A. yo lo enviaré aquí mañana por la mañana cosido y armado en un bastidor muy grande.

—¿Y luego?

—Bajo pretexto de buscar buena luz, abriremos la ventana. Colocaremos en el alféizar un canastillo con las sedas, y entre los ovillos pondré yo la fruta. La condesa y las damas librarán sus cabezas calvas del airecillo de la tarde y se apartarán lo más que puedan de la ventana; entonces V. A. se inclinará para bordar, y se irá comiendo poco a poco la fruta que yo tomaré del canastillo y le iré dando como si fuesen las sedas para el bordado.

—¿Magnífico? ¿Y el libro?

—¡Oh, el libro es lo más fácil! Lo ocultaremos en el brial de V. A., y puede leerlo después de acostada.

—¡Ah, cuánto sabéis, querida Miss! —Exclamó María dando palmadas—. Mirad, os estoy tan agradecida, que quisiera hacer algo por vos.

—¿No hace mucho V. A. con demostrarme tanta bondad?

—¿Qué vale eso? Oye, no hallo más que un medio de demostraros mi gratitud.

—¿Un medio?

—Sí, y es el de ir esta misma noche a visitar a la reina.

—¡Será posible! ¡Ah, señora, qué alma tan hermosa y magnánima la de V. A.!

—No quiero que me aduléis, Juana; conque está dicho. Señora, mi manto, y llamad a dos pajes para que nos alumbren.

—¡Qué! ¿Va a salir V. A.? —exclamó admirada la condesa Margarita.

—Sí, contestó María con entereza. Miss Seymour, añadió echando a Juana una mirada de inteligencia, me ha convencido de que debo ir a ver a la reina.

—¡Pero a estas horas, señora! Murmuró la condesa.

—¡Ah, señora! —Repuso Juana en voz baja— no malogréis, por Dios, las buenas disposiciones de S. A. ¡No sabéis cuánto me ha costado traerla a este caso!

La condesa de Salisbury se encogió de hombros.

Una de las damas echó sobre los hombros de María un manto forrado de pieles, y dos pajes aparecieron casi al instante con dos hachas de cera en la mano.

—No os incomodéis, aya mía, —le dijo María a la anciana condesa Miss Seymour y dos de estas señoras me acompañarán.

Así que pronunció estas palabras, salió la princesa de la cámara.

Los centinelas de la guardia interior, que estaban a la puerta de sus habitaciones, la saludaron presentándole las armas, y ella correspondió noble y dignamente inclinando su peregrina cabeza rubia.

Recogió después en su brazo derecho la larga cola de su manto; se apoyó con el izquierdo en el de Juana, y ligera como una ondina, atravesé los largos corredores, precedida de los pajes que alumbraban y seguida de sus damas, llegando en breve a las habitaciones de la reina Ana.

Llamó uno de los pajes, y una voz femenil respondió desde adentro.

—¿Quién va?

—Marquesa —dijo Juana que conoció la voz— abrid a S. A. R. la princesa María que desea ver a S. M. la reina.

La puerta se abrió instantáneamente.

Los centinelas saludaron a la hija del rey, y se pudo ver a la reina que saltaba ligeramente del lecho, y envuelta en un peinador, esperaba en pie y de frente a la puerta, la entrada de la princesa.

## IV

Ana estaba aquella noche pálida y decaída, pero, por lo mismo, más bella.

Sus cabellos de azabache caían en largas trenzas sobre su ropaje blanco, y sus grandes ojos negros estaban velados por sus riquísimas pestañas.

La voluptuosidad y la melancolía se unían en aquella hermosa mujer, y se hubiera dicho al verla, que era imposible que un hombre se hastiase de una belleza que hablaba al mismo tiempo al corazón, a la inteligencia y a los sentidos.

Con una dignidad arrogante y tranquila vi o llegar a la princesa, y cuando ya estuvo al fin de la larga serie de antecámaras que precedían a su dormitorio, y que, abiertas todas, presentaban a la vista una inmensa galería, se adelantó hasta el umbral para recibirla.

Cuando llegó a la presencia de la reina, toda la alegría de María se había extinguido de nuevo.

Un sufrimiento agudo se retrataba en su semblante.

Allí estaba el verdugo de su madre, ocupando la cámara misma en que la había dado a ella a luz.

Sin embargo, la energía de su carácter venció de nuevo e hizo a la reina una reverencia, si no muy profunda, muy ceremoniosa.

Ana le respondió con otra, y le indicó un sillón dorado para que tomase asiento.

—Es muy tarde, señora —dijo María con sequedad.

—¿Pero no se sentará un instante V. A.? —preguntó la reina contrariada.

—No, señora.

—Entonces podía haberse escusado V. A. la molestia de venir a verme —dijo la reina volviendo la espalda a la princesa con tanta impremeditación como falta de cortesía.

María, que era muy perspicaz, advirtió este movimiento y el carmín de la ira vistió sus delicadas facciones; pero una mirada de Juana la contuvo porque aquella mirada encerraba una tierna súplica.

—Señora —dijo evitando siempre dar a la esposa de su padre el título de *Majestad*. Señora, no he venido por mi gusto a vuestra cámara.

—¿Se lo ha mandado acaso el rey a V. A.? —preguntó la reina con ironía.

—No, señora; respondió la princesa, debo deciros, aunque os cause alguna pesadumbre, que mi padre no me manda nunca nada; me ha suplicado que viniese aquí, diciéndome que tendría en ello mucho gusto, por conducto de Miss Seymour a quien nada puedo negar.

Una súbita palidez cubrió el semblante de Ana al pronunciar María estas palabras.

Veía ante sus ojos un riesgo, grave, inminente, y en el cual no había pensado hasta entonces.

María era adicta a Miss Seymour; a aquella mujer de quien ella creyó que no debía temer nada, y que, no obstante, embargaba completamente desde su entrada en palacio la atención del rey.

—¡Ah! Se ha hecho amiga de V. A. Miss Seymour. Dijo ensayando una sonrisa; mucho lo celebro, porque es muy buena y amable.

—Más de lo que vos podéis imaginar, señora —repuso María.

Luego añadió:

—Lo siento no poder ver a mi hermana Isabel, pero supongo que estará dormida y yo voy a hacer lo mismo.

Dichas estas palabras, la princesa hizo una reverencia irónica a la reina y salió de su habitación.

—¡Quedaos, Miss Seymour! Dijo imperiosamente la reina al ver que su dama de honor iba a seguir a la princesa; vuestro deber está aquí, a mi lado.

—Perdonad, señora —observó María— la necesito yo, y mi padre le dijo que podía acompañarme.

La princesa hizo, al pronunciar estas palabras, una imperiosa señal a Miss Seymour para que la S. M. guíese; pero ésta, atónita y confusa, miraba alternativamente ya a la reina, ya a la princesa, sin saber a quién debía obedecer.

La situación iba siendo muy peligrosa para la pobre Juana que, dotada de un carácter en extremo tímido, era incapaz de adoptar ninguna resolución definitiva.

La princesa fue la que puso término a aquella angustiosa escena apoyándose familiar y amistosamente en el brazo de Miss Seymour y saliendo con ella de la cámara real.

La joven acompañó a María hasta la puerta de sus habitaciones.

Allí le besó la mano y se retiró, no sin que la niña le recomendase eficazmente que se acordase en el siguiente día de llevarle los cuentos y la fruta.

Juana volvió presurosa a la cámara de la reina, que aún se hallaba de pie, severa y rígida como sida esperase a ella.

—No necesito de vuestros servicios, Miss Seymour, le dijo, ni ahora, ni en ocho días, que pasareis encerrada en vuestro aposento; dejadme.

Juana se retiró triste y confundida.

Se preguntaba qué delito había cometido y por qué causa venía a pagar ella los odios y rivalidades de la familia real.

El rey la buscó en vano al siguiente día, y nada supo de su arresto hasta que se lo participó la anciana condesa de Salisbury.

La pobre princesa se quedó, pues, sin sus frutas y sin su libro de cuentos, en atención a que el principal objeto de la reina parecía haber sido separarlas.

Cuando Enrique VIII supo que Juana había cumplido sus deseos tan pronto y tan bien; cuando averiguó que María había ido aquella misma noche a ver a la reina y que, en premio de aquel servicio y de conseguir aquella satisfacción para la vanidad de la Ana, ésta la había arrestado, su mal humor tomó todas las apariencias de una furiosa cólera.

Todos los días de la prisión de Juana los pasó al lado de ésta, hallándose los dos en una completa soledad.

La desgraciada reina se hallaba abandonada de su buen ángel.

Todas las medidas que adoptaba para contener la pasión del rey, que cada día crecía más, eran otros tantos medios que ayudaban a acrecentarla.

El rey no levantó el arresto de la dama de honor, no porque no hubiera deseado hacerlo, sino porque de aquel modo se encontraba con ella en mayor libertad; pero, cuando volvió a entrar de servicio, el rey y ella se amaban mucho más.



## V

Así se pasaron algunos meses; casi un año.

Ya queda referido en la leyenda anterior cómo Ana tuvo la fatal certidumbre de los amores del rey, descubriendo el medallón con su retrato que llevaba Juana pendiente de una cadena de oro y que le dio el rey en la noche que la envió a ver a su hija.

Llegó, por fin, a su término aquel terrible drama de la vida de *Ana Bolena*.

La reina, más desgraciada que culpable, acabó su vida en el cadalso.

La misma mañana que la cabeza de la reina caía bajo el hacha del verdugo, un grupo de hombres vestidos con trajes de caza, y que escuchaban con la mayor atención el rumor más leve, se hallaba en el parque de Richmond.

El que parecía el jefe, era de estatura mediana, formas que empezaban a ser obesas, y espesa barba negra.

Era el rey de Inglaterra, Enrique VIII.

El semblante duro y feroz no retrataba la emoción más leve, sino una impaciencia extremada.

Se hubiera dicho que ansiaba oír una señal que le anunciase la muerte de su esposa, de la madre de su hija.

¿Cómo aquel hombre, que había amado a la pobre Ana con tanto extremo, se había convertido ahora en tan implacable enemigo suyo?

¡Misterios son éstos del corazón, que sólo Dios pudiera descifrar!

Se oyó, por fin, un cañonazo lejano, y un gozo cruel brilló en las facciones del rey.

—¡A caballo! Dijo con voz trémula de impaciencia; todo está ya concluido.

Sus compañeros se estremecieron y todos tomaron a galope el camino del castillo de Walfhall, a donde llegaron al acabar el día.

Todos sus criados, vestidos de gran gala, se formaron en dos hileras cuando los cazadores entraron por la puerta principal del castillo.

Luego cada uno volvió a sus respectivas ocupaciones con un ardor que indicaba que iba a tener lugar allí alguna ceremonia importante.

El rey y los cortesanos subieron al salón, en cuya puerta los recibió lord Seymour.

Poco después entraron Juana y su hermano que la traía de la mano.

La joven vestía su acostumbrado traje blanco, y sus rubios cabellos estaban adornados con la corona de azahar de las desposadas.

No se notaba alegría alguna en el plácido y dulce semblante de Juana; antes bien estaba pálido, agitado, triste.

Sabía que su elevación al trono costaba la vida a una mujer esposa y madre.

Recordaba con terror que tenía ya treinta y cinco años, y que su hermosura, su talento y su instrucción eran muy inferiores a los de la desgraciada que acababa de morir; y entonces aquella corona que veía ya tan cerca, la asustaba, y se preguntaba a sí propia si tendría que cambiarla por la del martirio.

Un obispo protestante bendijo el matrimonio, y, al terminar la ceremonia, resonó por tres veces en la capilla esta aclamación:

—¡Viva Juana de Seymour, reina de Inglaterra!

El padre y el hermano de la nueva reina lanzaron un grito de alegría.

El rey lanzó un suspiro de descanso y bienestar.

Juana sólo elevó una oración por el alma de la infeliz *Ana Bolena*.

Desde la capilla, volvieron al salón donde en pie, y con faz serena, esperaba a su padre la princesa María.

Estaba ésta próxima a cumplir entonces los doce años.

Aunque su estatura era pequeña, se conocía que ya no había de crecer más por lo suelto de sus formas y el carácter grave de toda su figura.

Estaba más hermosa que antes, porque sus facciones y el color de los cabellos habían variado mucho.

Su traje era rico y estaba cubierto de encajes y perlas.

No la acompañaba su aya la condesa de Salisbury; la anciana Margarita se había quedado en Londres a causa de una grave enfermedad, y la princesa había marchado acompañada de algunas damas.

Al verla el rey, hizo un ademán de asombro violento y de enojo reprimido.

En su carácter voluble y egoísta, todo lo que evocase las tristes sombras del pasado, le violentaba y le era odioso.

—Señor —dijo María, hoy ha dejado de vivir la mujer que causó la muerte de mi santa madre, y vengo a daros gracias por vuestra justicia.

—Dádselas a la de Dios —repuso sombríamente Enrique.

—Ya lo he hecho, señor —dijo la princesa levantando la frente con la altiva majestad que había heredado de su madre la reina Catalina; ya le he dado gracias porque ha escuchado los ruegos con que día y noche le he pedido que castigase a esa mujer.

—Dios no oye los ruegos de la venganza, María; dijo el rey, cuyo acento se iba haciendo cada vez más severo, porque su irritación crecía al ver tanta gente en derredor suyo enterándose de su conversación con su hija.

María comprendió que su presencia molestaba a su padre, y altanera para disimular su disgusto en aquella ocasión, contestó con fría amargura:

—Dejemos, señor, de discutir si el cielo ha escuchado o no mis ruegos implorando su justicia, pues que, ya sea por casualidad o por influencia suya, se han cumplido, y permitidme que os diga que no he venido aquí por mi propio gusto, sino para complacer a vuestra nueva esposa, que tan buena ha sido siempre para mí.

—¡Cómo! ¿Juana os ha llamado aquí? —preguntó el rey, quien, sin atreverse a manifestar su enojo por entonces, temblaba no obstante de ira.

—En efecto, señor —repuso la princesa, la reina me ha rogado que viniera.

Juana hizo una seña a los presentes, que salieron de la habitación.

—Señor —dijo luego que se vio sola con el rey y con su hija, aunque su voz temblaba de miedo; yo he rogado a la princesa que viniera porque hoy debe ser día de gracia y porque lo que más deseo en el mundo es la reconciliación de las dos personas a quienes más amo.

—Yo no necesito de gracia alguna, señora —repuso la princesa; jamás he faltado a mis deberes; pero ya que decís que hoy es día de mercedes, pedid a mi padre lo que yo no me atrevo a demandarle, porque me lo negaría.

—Y ¿qué es?

—Que revoque S. M. el decreto en que con tanta injusticia como sin razón me declara ilegítima.

La princesa hizo esta osada demanda sin vacilar y sin que su voz se turbase en lo más mínimo.

La altiva, la firme y sagaz esposa de Felipe II de España, la justiciera María Tudor, se revelaba ya en aquella niña de doce años y de figura endeble y casi enfermiza.

—Yo creo que habéis perdido el juicio, María; dijo el rey con una sonrisa sardónica y terrible —¿quién os ha dicho que podíais imponerme leyes?

—Nadie me lo ha dicho, señor —repuso la princesa— y me extraña que toméis por una falta de respeto una demanda de justicia; pero —añadió la orgullosa niña— no quiero molestar a V. M. en este dichoso día, ni molestarme yo tampoco rogando se me devuelva un rango que no he podido perder, porque ha sido Dios quien me lo ha otorgado y Él es el único que me lo puede arrebatarse. Me consuela, en medio de mi desgracia, que hay otra sentencia posterior a la en que se me declara ilegítima, declarando bastarda a mi hermana Isabel. La opinión pública me hará algún día justicia; ahora sólo deseo la venia de V. M. para retirarme a mis posesiones de Herefordshire.

—Escuchad, María —repuso el rey cediendo a una mirada suplicante de Juana; sois mi hija y siento que nos separemos con tanta amargura y que os impongáis un destierro voluntario; ved si accedéis a lo que voy a proponeros y consentiré en devolveros todos vuestros derechos.

—Hablad, señor.

—Se revocará la sentencia a que os habéis referido, y os devolveré mi cariño con la precisa condición de abjurar la religión católica y de abrazar públicamente el protestantismo.

—¡Jamás! —exclamó María con vehemencia; a ese precio, señor, renuncio a vuestro cariño y a mis derechos.

—Sea como queráis —repuso el rey, os doy el permiso que deseáis para marchar a Herefordshire; pero tened entendido que allí se educa la princesa Isabel.

—¿Qué me importa? Respondió María con supremo desdén; quizá no nos veremos ni una sola vez.

Dicho esto, besó fría y ceremoniosamente la mano del rey, saludó a Juana con la cabeza, y salió de la estancia con paso grave y mesurado.

El rey la siguió con una mirada de enojo; pero la solicitud de Juana pudo ahuyentar las nubes que se amontonaban en la frente adusta del monarca.

La hora de la comida cambió el orden de las ideas, y al tiempo de sentarse Enrique VIII a su tercera comida de boda, oyó con la mayor indiferencia el rumor del coche que se llevaba a su hija a un destierro voluntario, pero no por esto menos doloroso.

## VI

Dos meses después de su matrimonio, el rey Enrique de Inglaterra estaba tan fastidiado de su mujer, como pudiera estarlo el más plebeyo de sus vasallos de la suya.

Y no era por cierto porque la pobre Juana hubiese desplegado ningún defecto, ni porque hubiese habido en su carácter desagradables variaciones; era siempre la pobre criatura dulce, tímida e inofensiva, y además, desde que era reina, ponía todo su afán en aparecer pequeña e insignificante.

Ni un solo rasgo notable hubo en su vida, y su celebridad es sólo debida a haber estado casada un año con el terrible y sanguinario Enrique VIII de Inglaterra.

Juana era en extremo medrosa, y su marido la mortificaba continuamente obligándola a dar paseos arriesgados, ya en caballos fogosos, ya en alguna barquilla cuando el Támesis estaba agitado por la tempestad.

Era un invierno en extremo riguroso y gran río se hallaba helado completamente, la reina acababa de levantarse cuando el rey entró en su cuarto.

Juana se hallaba a principios de un embarazo muy molesto y en extremo pálida y delgada; el rey no sabía aún su estado y le dijo imperiosamente que se preparase para dar un paseo a caballo.

La reina tembló porque su marido elegía siempre para ella los caballos más fogosos; pero, incapaz de resistencia, se dejó vestir un suntuoso traje de montar y bajó al patio con el rey.

Se le había enjaezado la yegua más briosa de las caballerizas, y machísimos cortesanos la esperaban ya montados en sus corceles, que piafaban impacientes por salir al galope.

La reina, lívida ya de miedo al aspecto de la yegua, montó, sin embargo, sin hacer objeción alguna, mientras el rey la miraba con maligna sonrisa.

La cabalgata partió al trote, y Juana, que a pesar de su terror montaba muy bien, no halló dificultad en sujetar a su yegua, aunque no leerá conocida, pues

por un refinamiento de crueldad, ordenaba el rey a cada nuevo paseo que le diesen distinta cabalgadura.

Pero la desdichada creyó morir de terror al llegar a las orillas del Támesis, completamente helado, y al ver que el rey y todos sus caballeros entraban en el hielo como si fuera tierra firme.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Juana deteniendo a su yegua que se encabritaba furiosamente: ¿a dónde vamos por aquí, señor?

—A Greenwich, querida mía; respondió el rey que no dejaba de reírse.

—¿A Greenwich? No puedo creerlo.

—¿Por qué?

—¡Si hay ocho millas!

—No importa eso.

—¿Y las hemos de andar sobre el hielo?

—Ciertamente.

El rey metió espuelas a su caballo y la reina le siguió, aunque por sus mejillas corrían lágrimas de angustia.

Su agitación y su terror eran tales, que iba fuera de sentido. Apenas podía darse cuenta de si vivía; respiraba con dificultad, y en uno de los botes de la yegua se le cayó su sombrerillo de fieltro con largas plumas, sin que se apercibiese de ello.

La pobre reina tuvo, pues, que hacer todo el viaje con la cabeza descubierta, sobre la cual caía una menuda pero helada lluvia.

El rey se volvía a mirarla de cuando en cuando, y soltaba una carcajada.

—Señora, le decía, lo que más me divierte aquí es vuestro miedo. No os podéis figurar qué cara tan alterada tenéis y cuán extraña expresión han tomado vuestras facciones.

Un poco antes de llegar a la residencia real de Greenwich, la reina cayó desmayada sobre el hielo del río, dando, al caer de la yegua, un grito débil y lastimero.

El peso de su cuerpo rompió el hielo, y a pesar de la diligencia de los cortesanos para levantarla, sus vestidos se empaparon en agua helada.

No obstante, era tal el temor que le inspiraba el rey, y tan presente tenía el tajo fatal de *Ana Bolena*, que disimuló sus padecimientos y volvió a montar por un esfuerzo supremo de su voluntad.

El rey la llamó torpe, y, sin embargo, los dientes de la pobre Juana chocaban de tal modo, con el frío de la fiebre, que se rompió dos.

Al llegar a Greenwich, cayó de nuevo al suelo presa de un desmayo profundo; se la colocó en un lecho y se llamó al médico más cercano.

—S. M. ha sufrido mucho física y moralmente —dijo el doctor. Está en cinta y en un estado de debilidad extremada, y esta agitación puede traer funestos resultados.

Juana abrió los ojos en aquel instante, y el rey se abalanzó hacia ella con un enojo sordo y concentrado.

—¡Cómo, desgraciada! —Exclamó sacudiéndole el brazo— ¿estáis en cinta y nada me habéis dicho, exponiéndoo así a malograr el príncipe? Eso es inaudito, y merecía un castigo ejemplar.

La reina no respondió una palabra.

El rey continuó:

—Desde hoy os prescribo una inmovilidad absoluta, ¿lo entendéis? No os podréis mover, ni andar, ni aun dejar vuestro asiento, sin orden expresa mía.

Juana volvió a Londres en una litera, y fue sometida a las precauciones más ridículas.

Su mismo mando se constituyó en guardián suyo, y no la dejaba moverse, ni hablar casi, por el afán de salvar al heredero tanto tiempo esperado.

La pobre reina pasó nueve meses de un martirio incesante y de continuos disgustos, porque el rey, que ya se había hastiado de ella, la cuidaba tanto corporal como la mortificaba moralmente.

Llegó, por fin, el mes de Octubre de 1539, y con él, el término del embarazo de la reina.

Esta hacía muchos días que se hallaba postrada en cama acosada de continuos desmayos y de espasmos nerviosos, fruto, sin duda, de los incesantes sinsabores que el rey le ocasionaba.

## VII

Acababa Octubre.

En el dormitorio de la reina de Inglaterra, alumbrado sólo por una lámpara de plata, se hallaban el rey, sus tres médicos de cámara y todos los altos dignatarios del Estado.

La reina, acostada en un gran lecho esculpido que tenía casi corridas sus anchas cortinas de seda, parecía llegar al término de vida, a juzgar por su palidez y por el abatimiento profundo que la postraba.

Estaba muy delgada; su semblante, siempre suave y dulce, tenía tal palidez, que se confundía con la batista de las almohadas y de las sábanas.

Las largas trenzas de sus cabellos rubios, libres de toda sujeción, bajaban hasta cerca del pavimento.

Juana permanecía inmóvil, pero de cuando en cuando agitaba su cuerpo un estremecimiento convulsivo, y dejaba escapar un lamento profundo y doloroso.

La desdichada sufría sobremanera.

Tantos dolores, tantos sobresaltos como había sufrida durante un año, habían minado su endeble constitución, llevándola a un estado desesperado.

Los médicos se acercaban al lecho frecuentemente; aplicaban un cordial a los labios secos y pálidos de la reina y volvían a salir de la alcoba.

Así pasaron algunas horas, hasta las once de la noche.

A esta hora el más anciano de los doctores se aproximó al lecho, como ya lo había efectuado muchas veces, observó a Juana, y se acercó al rey con ademan resuelto.

—Señor, le dijo. Hace treinta horas que la reina es víctima de crueles padecimientos, y éstos, lejos de ceder, parecen aumentarse por instantes.

—¿Y bien? —repuso el rey frunciendo el ceño.

—Señor, es preciso que V. M. decida si hemos de salvar a la reina o al príncipe, pues es un príncipe lo que va a nacer.

Salvad al niño *respondió el rey sin vacilar*, que mujeres es muy fácil encontrarlas.



La reina oyó estas inhumanas palabras y dejó oír un sollozo.

—¡Ah, sí! Murmuró con profunda amargura, aunque con voz muy débil.  
*Salvad al niño, porque la madre ya, no supone nada.*

El médico le dirigió algunas palabras consoladoras, intentando tranquilizarla e infundirle esperanzas; pero aquella desdichada mártir no podía esperar ya vivir sino muy corto tiempo, después de lo que había oído.

Los doctores empezaron una terrible operación, durante la cual la reina se desmayó muchas veces.

Su marido no manifestó por tan horribles padecimientos, ni dolor ni emoción.

Fijos los ojos en la puerta de la alcoba, sólo esperaba ver a su heredero, y ora animaba a los médicos con magníficas promesas, ora les amenazaba con las penas más duras si dejaban morir al príncipe.

Tras una hora de cruel expectativa para los doctores, que a cada instante creían ver a la reina lanzar el último suspiro, nació Eduardo VI.

La reina permanecía inmóvil, yerta.

En vano los médicos, después de dejar al niño en los brazos del rey, volvieron a su lado.

Juana no respiraba ni se movía.

—¡Pronto! ¡Los heraldos! Gritó el rey con voz de trueno.

—Señor, la reina está agonizando —dijo uno de los médicos, y bueno sería aplazar la ceremonia de la proclamación.

—¡No, no! ¡Ahora ha de ser! Replicó el rey, que, ebrio de alegría, presentaba a todos o su hijo.

En efecto, entraron los heraldos y a son de trompetas anunciaron el nacimiento del príncipe de Gales.

La cámara de la reina se fue llenando cada vez más de personas, y la ceremonia terminó sin que Juana hubiese recobrado ni por un solo instante el conocimiento.

## VIII

Tres días después, y a las diez de la noche, tuvo lugar la ceremonia del bautismo.

A las ocho, el rey, que no había vuelto a ocuparse de su esposa, entró en la cámara de esta.

—Vestíos al momento, querida mía, le dijo.

—¿Qué decís, señor? —preguntó Juana con un acento tan apagado que apenas se percibía, y no pudiendo creer lo que a su vez estaba oyendo.

—Digo, querida mía, que os vistáis.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Juana con terror. ¡Si no podré tenerme en pie! ¡Apenas veo lo que pasa en derredor mío!

—No hay necesidad de que os tengáis en pie —repuso el rey ásperamente; habéis de estar sentada en un sillón.

—¡Pero si no veo nada! ¡Tal es la debilidad de mi cabeza!

—Eso tampoco importa; no hace falta que vos veáis, sino que os vean a vos; lo exige la etiqueta.

—Pero, señor, el bautizo de los príncipes ha tenido siempre lugar un mes después de su nacimiento.

—Pues yo he dispuesto que mi hijo se bautice a los tres días de nacer.

Juana comprendió la inutilidad de emplear más súplicas.

El rey llamó a las doncellas de la reina y la vistieron al instante.

Le pusieron un traje de tisú de plata, cuyo peso, hubiera bastado para rendir a cualquier otra mujer robusta y corpulenta; ciñeron sus sienes con la corona real y la cargaron de joyas de una manera fabulosa.

Inútil fue que la desdichada pensase en dar un solo paso; los objetos daban vueltas ante su vista; temblaba con el frío de la fiebre y sus doncellas tuvieron que sentarla en un sillón.

En un instante se adornó la cámara y se abrieron las puertas.

Antes de pasar a la capilla, le llevaron su hijo, a quien bendijo y besó muchas veces derramando abundantes lágrimas.

La princesa María, llamada por su padre para ser la madrina de su nuevo hermano, entró también a verla...

—¿Cómo os encontráis, señora? —le preguntó María con afecto.

—¡Ah, muy mal, querida mía! —Repuso Juana con tristeza— pero — añadió tomándole una mano— ¡cuánto os agradezco que tengáis a mi hijo en la pila bautismal!

María soltó la mano de la reina porque su contacto la abrasaba.

Poco después salieron todos a uno de los salones y se arregló el cortejo para ir a San Pablo, que es donde debía tener lugar la ceremonia.

Abría la marcha un gran piquete de caballería.

Seguía una carroza dorada, en la cual iban la marquesa de Hasting con el príncipe en los brazos, la madrina, que era, como he dicho, la princesa María, y los padrinos elegidos por el rey, que eran los duques de Norfolk y de Crammer, pariente el uno de Juana y primer ministro el otro...

Se veía después otra carroza en la cual iba la princesa Isabel, hija de la desgraciada Ana, que sólo contaba cuatro años, con un traje resplandeciente de pedrería, y lord Seymour, hermano de la reina.

¡Extraños grandezas de la tierra que así reunían a la hija de la mártir Ana con el hermano de su sucesora!

En otra carroza, tranquilo, risueño y acompañado de otros grandes del Estado, iba el conde de Wiltshire, padre de la reina decapitada.

Todos miraban a aquel hombre con un profundo sentimiento de menosprecio y de horror.

En el atrio de San Pablo dejó la comitiva los carruajes y se puso en marcha en la forma siguiente:

María tomó al recién nacido en sus brazos; llevaban la larga cola de su manto de terciopelo blanco, bordado de plata, los dos padrinos.

El príncipe recién nacido llevaba ya el manto real de terciopelo carmesí, guarnecido de piel de cisne; la cola la sostenía la princesa Isabel, a quien a su vez llevaba de la mano lord Seymour.

Aquella criatura era preciosa, encantadora. Eran hermosos sus cabellos castaños, recogidos en trenzas que rodeaban gruesas sartas de perlas de Oriente; un traje riquísimo de brocado de plata abrumaba el delicado cuerpo de la niña, y su manto celeste tenía una larga cola.

Isabel tenía los ojos azules, la nariz aguileña, las cejas suaves y arqueadas; era blanca y pálida, con boca fina y rosada, y bonita dentadura.

En nada se parecía a su madre, la alegre y voluptuosa *Ana Bolena*.

La princesa Isabel era triste y altiva. Tal era cuando muchos años después se apasionó de Courtenay y cuando decretó la sentencia de muerte de María Stuard, siendo la poderosa reina de Inglaterra.

Isabel asistió a la ceremonia sonriendo.

María, grave, pero serena, veía que el niño que tenía en sus brazos le robaba la corona de su padre, que quizá algún día podía pertenecerle.

Cuando la comitiva volvió a palacio, era ya cerca de la media noche. La reina permanecía aún en su sillón adormecida por una fiebre ardiente; el rey, sentado a alguna distancia, ni la hablaba ni la miraba siquiera.

Reflejaron, por fin, las hachas de viento de la escolta en los tapices de la cámara real, y el rey corrió al balcón.

Según la etiqueta, toda la comitiva debía desfilar por delante de la reina. Así lo hizo, llevando las trompetas y las músicas al frente.

Juana, a pesar de sus padecimientos, sintió tan viva alegría al ver la pompa de que se rodeaba a su hijo y la satisfacción que el rey manifestaba por su nacimiento, que después de haber recobrado los sentidos para ver la ceremonia, volvió a desvanecerse y hubo que llevarla a su lecho.

A la mañana siguiente apareció la reina muy débil y quebrantada; pero tuvo la suerte de que el rey, enteramente ocupado de su hijo y enteramente aburrido de ella, no pensase siquiera en que aún existía.

La tranquilidad, la soledad absoluta que en torno suyo reinaban, la trajeron un sosiego provechoso para su salud, pero muy triste para su corazón.

Entonces fue cuando su padre y su hermano conocieron cuán desgraciada habían hecho a Juana su ambición y su sed de honores y riquezas.

La infeliz no tenía ni aun el consuelo de ver a su hijo.

Se restableció no obstante, aunque muy lentamente; pero los escasos atractivos, que había tenido, desaparecieron para no volver.

Su blancura alabastrina se empañó con el tinte amarillento que dejan los días de fiebre; sus ojos se hundieron; su soberbia caballera, que era el mayor, o casi el único de sus encantos, se desprendió de su cabeza.

Juana, y también su familia, comprendían la amargura de su situación.

Ya no era nada para el rey, y sentía rozar sobre su frente las negras alas de la muerte.

¿Qué pretexto podría buscar el rey para hacer perecer a aquella esposa sumisa, virtuosa y ejemplar?

Ninguno; pero al rey de Inglaterra no le faltaban jamás medios, más o menos tenebrosos, más o menos ocultos, para quitar la vida a los pobres seres que le estorbaban.

Algunos días después de salir la reina por primera vez desde que dio a luz al príncipe, tenían lugar en palacio dos escenas muy distintas, pero que ofrecían entre sí una terrible analogía.

El rey, a solas con el caballero de Bryan, su íntimo confidente, le decía: — Necesito los retratos de todas las princesas jóvenes y solteras de Europa.

El confidente, a pesar de su maldad, se estremeció:

Las palabras de Enrique VIII eran la sentencia de muerte de la reina.

—Está bien, señor, respondió humildemente el de Bryan.

—Sobre todo de las alemanas, ¿entiendes? Añadió el rey.

—Sí, señor.

—Creo que el duque de Cleves tiene una hermana que pasa por bastante hermosa. Que no se olvide el retrato de esa princesa, Bryan.

—No se olvidará, señor.

—Juana está mala, prosiguió el rey, no puede vivir mucho, y yo, a fuerza de pensar en eso, he concluido por acostumbrarme a esa idea dolorosa, ¡ay! ¡A todo se acostumbra uno, Bryan!

Y el rey dejó escapar un hipócrita suspiro.

Después de algunos instantes de silencio, preguntó el rey.

—¿Cuánto hace que no has ido a ver a María?

—Estuve ayer, señor.

—¿Y qué?

—Está cada vez más firme en sus convicciones.

—¿Con que persiste en no abjurar?

—Más que nunca, señor.

—Hace bien en ser terca; ahora ya no le puede mover el interés de la corona, puesto que de derecho pertenece a su hermano; así, ¿qué conseguiría con ceder?

—Venir a la corte, señor; la pobre niña está como presa en aquel castillo silencioso y sombrío.

—Cierto, pero ella así lo quiere; con que, Bryan, cuidado con los retratos.

—No me olvidaré de ellos, señor —dijo el favorito besando la mano al rey, pues conoció que sus últimas palabras eran una despedida.

Y sin detenerse más salió del aposento.

Mientras esta escena tenía lugar, presentaba otra mucho más triste el aposento de la reina.

Sentada ésta en un sillón, lloraba amargamente, mientras su padre y su hermano trataban en vano de consolarla.

—¡Ocho días sin ver a mi hijo! Murmuró Juana entre sollozos; ¡ocho días! ¡Oh! Yo no puedo vivir así.

—Vamos, hija mía, ten valor, le decía su padre. Quizá hoy te le traerán.

—¡No, no, padre mío! ¡Quieren matarme a pesadumbres! ¡Ya estoy de más en este palacio! Mi sola misión era dar un heredero a la dinastía... ¡La he cumplido y bien pronto desapareceré!

—¡Calla, por Dios, desdichada! —Exclamó lord Seymour en voz baja— ¡quizá pueden oírte! ¿No temes el enojo del rey?

—Yo nada temo, Tomás —repuso Juana meciendo tristemente la cabeza. Témele tú que cada día alcanzas más recompensas de la munificencia de Enrique, como tío carnal de su hijo; pero yo, ¿qué puedo esperar? He sido el dócil instrumento de las ambiciones de mi familia, y no dudo que ahora, que no hago falta ¡me destruirán!

Juana se abatió de tal suerte con estas tristes reflexiones, que se vio precisada a acostarse porque se sentía muy mal.

## IX

La una de la madrugada seria cuando un hombre, saliendo de un corredor, que comunicaba por un lado con una escalera secreta y por otro con las habitaciones del rey, penetró con recatado paso en las de la reina.

Aquel hombre era de estatura atlética y formas robustas; una cabellera enmarañada caía sobre su frente y se aplanaba bajo un sombrero de búfalo.

Era maese Steffen, verdugo secreto de aquel otro verdugo que cenía una corona y se llamaba Enrique VIII.

Se Deslizó como una sombra a lo largo de los tapices, y entró en la cámara de Juana.

Nadie se opuso a su paso, pues las habitaciones estaban aquella noche desiertas y casi oscuras.

¿Por qué habían desaparecido de su sitio los guardias, los pajes y hasta las damas de servicio?

Sólo el rey hubiera podido dar respuesta a esta pregunta.

Steffen entró, pues, sin que nadie le dijera una palabra en la cámara de la reina, alumbrada poruña lámpara.

Se Llegó al lecho a paso de lobo, Se inclinó sobre él, y al instante se oyó un grito ahogado, que se escapó del pecho de Juana.

El verdugo apoyó su rodilla sobre aquel pecho inocente, y oprimió con más fuerza la delicada garganta, que había asido su mano de hierro.

—¡Hijo mío... adiós!... murmuraron los pálidos labios de la reina; pero ningún sonido salió de su pecho.

La pobre mártir no pensó siquiera en resistir aquella mortal presión, del mismo modo que tampoco resiste la inocente cordera al cuchillo del carnicero.

Cuando Steffen separó su mano, cayó inerte aquella cabeza rubia, que había ceñido trece meses la corona real de Inglaterra.

—¡Pobrecita!... ¡Era una santa! —murmuró el verdugo enjugándose una lágrima.

Luego salió del mismo modo que había entrado.

Al amanecer del siguiente día, un médico joven y muy pálido extendía un parte en la misma cámara de la reina, anunciando al rey que S. M. había fallecido por consecuencias naturales del sobreparto.

Los demás médicos de cámara fueron destituidos aquel mismo día por un decreto del rey, al parecer porque no habían sabido salvar a la reina, pero en realidad porque no habían querido firmar el parte que otro médico más inexperto y tímido firmó<sup>[4]</sup>.

Pocos meses después, recibió el rey algunos de los retratos que había mandado traer de las princesas jóvenes. Los contempló todos con atención y luego los encerró en una gaveta diciendo.

—Dentro de tres días tomaré una resolución decisiva, porque necesito volver a casarme.



## **ANA DE CLEVES**

*REINA DE INGLATERRA*

Si sufres adversa suerte. Sea con resignación, que es más ilustre blasón ser sufrido que ser fuerte. Tal vez en bien se convierte la mayor adversidad, y en la ciega oscuridad, de que ceñidos estamos, lo que por mal reputamos es nuestra felicidad.

Duchay-Duminil

# I

Había pasado un año desde la muerte de la buena ¿inofensiva? Juana de Seymour, cuando algunos cortesanos se hallaban reunidos una mañana en la antecámara del rey de Inglaterra, esperando la hora en que este daba la señal de levantarse.

No se crea por eso que fuese a una hora fija y constante aquélla en que Enrique VIII se daba a luz.

Algunos días se levantaba al amanecer y otros a las dos de la tarde.

Inconstante siempre, lo era mucho más cuando se fastidiaba, y entonces se fastidiaba sobremanera.

¿Por qué razón?

Esto es lo que el mismo monarca no hubiera sabido decir, porque no tenía tampoco motivo ninguno para ello.

Había perdido a la esposa que le molestaba con su presencia y que había volado al seno de Dios, después de darle un hijo; y era padre de un hermoso y robusto príncipe, que era lo que más había deseado.

¿Qué era, pues, lo que anhelaba entonces?

No lo sabía ni podía adivinarlo nadie más que algunas pocas personas de su intimidad, entre las que sin duda debían contarse los cortesanos que ocupaban su antecámara, a juzgar por la animada conversación que sostenían.

Se estaba a fines de otoño.

Eran las nueve y todos aquellos personajes se hallaban allí desde la aurora, no pudiendo prever a qué hora llamaría el monarca.

Todos tiritaban de frío en aquella sala alta de techo y abovedada, sombría y húmeda como todas las habitaciones del palacio...

—Señores —dijo un caballero de mediana edad, quien, para aplacar el frío que le asediaba, no había hallado otro medio mejor que pasear por la estancia; señores, ¿no os parece que S. M. tiene cada día peor humor?

—¡Y tanto! Respondieron dos o tres.

—¿Qué le pasará?

—¡Qué ha de pasarle! Dijo uno de los que antes habían asentido; que desea volver a casarse y no halla con quien.

—¡Bah, bah! ¡Eso sí que es increíble!

—Pues es, sin embargo, muy cierto, y lo afirmo yo que estoy bien enterado de lo que sucede.

—¡Hablad, hablad, señor de Crammer! Dijeron todos los cortesanos, agrupándose en torno del que se había manifestado informado; contadnos lo que sepáis.

El caballero, que, era sin duda muy aficionado a llamar la atención general, los reunió aún más con un ademan misterioso; miró a todas partes, tosió un poco, y, por último, habló así:

—Pues, señores, me consta que el rey ha pasado ya revista a todas las beldades de la corte con la firme intención de buscar nueva esposa y que ha recibido de todas un desaire indirecto, pero irrecusable.

—¡Ay, Dios! —exclamó un cortesano joven y gallardo—; entonces vamos a quedarnos sin mujeres hermosas. ¡El rey no les perdonará jamás sus desaires! —¿Pensáis acaso que las ha de matar a todas? —preguntó el narrador.

—Eso sería horrible, pero no extrañaría que lo hiciera.

—No lo temáis, sin embargo; eso equivaldría a sublevar contra él a toda la nobleza; las damas han empleado un medio sumamente ingenioso para negarse a su amor.

—¿Y cuál ha sido?

—¿No lo adivináis?

—¡No!

—Pues bien; cada una ha procurado ponérselo más fea posible para no alcanzar la gracia fatal de enamorarle.

—¿Será cierto?

—Como lo oís; les parece más que suficiente el no desagradarle; así es que jamás se han presentado las damas en la corte menos adornadas y peor vestidas.

—Es verdad.

—Es un caso de prudencia y precaución el no intentar la conquista del rey, porque su amor acaba siempre con el repudio o con la muerte; pero no se han limitado a esto sólo sus pesquisas para hallar su cuarta esposa; ha buscado otros medios.

—¿Y cuáles son?

—Se ha dirigido a las Cortes extranjeras.

—¿Y qué pide?

—Los retratos de todas las princesas jóvenes y solteras.

—¿Y para qué los quiere?

—¡Torpe estáis hoy! Los quiere a fin de ver si hay alguna que le acomode para compañera suya.

—Sin embargo, el rey está ya viejo y feo.

—No obstante, tiene aún mucha afición a la vida de casado.

—Compadezco a la pobre princesa que elija, observó el gallardo cortesano.

—Y más si es joven y bonita, ¿no es verdad?

—La compadeceré igualmente joven que vieja —respondió el caballero con dignidad— tengo simpatía por el sexo débil en general; cuando una mujer ha llegado a la ancianidad, me recuerda a mi madre. Cuando es joven y bella, a mis hermanas y a la esposa que elegiré algún día.

—¿Y han llegado ya retratos? —preguntó otro cortesano.

—Sí, algunos, ¿no sabéis la actividad de ese condenado de Bryan, el confidente del rey?

—Sobre todo cuando es para hacer daño, ¿saludáis vosotros a semejante truhan?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni ninguno de nosotros. ¡No faltaba más! Si el rey le tolera, no es eso una razón para que nosotros le toleremos.

—El rey le tolera porque le sirve bien, atropellando para esto todos los respetos humanos; como digo, le ha presentado ya algunos retratos de las princesas que se encuentran en estado de casarse.

—¿Sabéis cuáles son?

—Entre otros, los de la duquesa de Módena, la duquesa de Longueville y la infanta de Portugal.

—¡Por el nombre que llevo! ¡Qué bellezas!

—Las más admirables del mundo; pero ninguna de ellas será nuestra reina.

—¿Cómo así? ¿No son ambiciosas?

—Parece que no. El rey ha enviado embajadores, primeramente a la duquesa de Módena, cuyos negros ojos y oriental hermosura le han deslumbrado; pero ella misma les respondió en los siguientes términos:

—«Decid al rey de Inglaterra que si yo tuviera dos cabezas, tal vez podría resolverme a arriesgar una, pero que, como sólo tengo la mía, la estimo

mucho y quiero conservarla».

—¡Magnífica respuesta!

—En cuanto a la duquesa de Longueville, el hada de los ojos azules y los rubios cabellos, se le ha respondido que está ya prometida al rey de Escocia; y por último, de la infanta de Portugal, la niña de los ojos garzos y los cabellos castaños, le han dicho que es todavía muy joven y que no se piensa en casarla.

—Yo sé otra cosa que todos vosotros ignoráis —dijo un cortesano de rostro grave y cabellos blancos.

—¿Y qué es, duque? Preguntaron todos. Contadla, y contribuid a que pasemos algo mejor este largo rato de espera.

—Pues escuchad. S. M. ha escrito al rey de Francia, haciéndole una extraña proposición. Le ha pedido una entrevista en Calais, encargándole que lleve en su comitiva a las mujeres más bellas de su corte.

—¡Santo Dios! ¿Qué encargo al *rey caballero*? ¿Y le ha respondido ya?

—Sí.

—¿Lleno de enojo, por supuesto?

—En los términos más duros. Le ha contestado que las damas de noble sangre no se llevan a un mercado como los caballos d una feria.

—¡Qué cara habrá puesto al leer esa carta!

—Ya no me admira su humor sombrío e irascible.

—¡Callad! ¡Se oye ruido!

En efecto, un leve crujido, semejante al que producen al chocarse algunas ropas de seda, se dejó oír en la cámara real.

Era el rey que se agitaba en su lecho al despertarse, y que un instante después hizo sonar la campanilla de plata que siempre tenía a su lado.

## II

En la misma mañana en que tuvo lugar entre los cortesanos la conversación precedente, otra escena muy distinta pasaba en el vasto y sombrío castillo de Herefordshire, residencia, o más bien destierro, de la princesa María.

Esta, que se había levantado temprano, según su costumbre, se hallaba sentada junto a una ventana desde la cual miraba el cielo cargado de plumizas nubes.

Tenía ya trece años, y era más que una niña, una joven grave y encantadora.

Su estatura llegaba apenas a mediana.

Era blanca y rosada como una de esas hermosas llores con viso de púrpura que se abren a la orilla de un lago en las mañanas de estío.

Su frente era ancha, elevada y serena, lo que no era extraño atendida su tierna edad y su absoluto alejamiento del mundo.

Sus ojos eran garzos, rasgados y llenos de luz, como los ojos que aún no han apagado las pasiones y las luchas de la vida.

Su boca pequeña y coralina.

Su nariz delicada y recta.

Un junco no puede ostentar la flexible y púdica elegancia del talle de la princesa, y nada había comparable a la casta belleza de su rosada garganta y de sus graciosos brazos.

La princesa vestía de raso verde con acuchillados de oro, lo que cuadraba admirablemente al color de sus cabellos, demasiado oscuros para ser rubios y demasiado brillantes para llamarse castaños; Bajo su alta gorguera de encajes pasaban algunos hilos de gruesas y purísimas perlas.

Algo separada de ella, se hallaba la anciana Margarita de Salisbury, aya suya y su infatigable guardadora.

Su última enfermedad la había envejecido ya mucho.

Se hallaba casi, demacrada, y sus cabellos ostentaban la blancura de la nieve sobre su frente morena y pálida.

Sin embargo, se notaba en ella la misma admirable fortaleza, la misma gravedad y mesura, la misma nobleza altiva que siempre habían resaltado en todo su porte.

Tenía en la mano un libro de oraciones en el cual leía, y del que alzaba la vista de vez en cuando para mirar con severa y triste expresión a su educanda, que no apartaba sus ojos del nebuloso cielo.

Su traje era todo de terciopelo negro, animado sólo por la blancura de su gorguera y de sus cabellos, recogidos sin joyas ni adornos de ningún género.

Eran dos bellas figuras, dignas de inspirar a un gran pintor.

La una anciana, grave, delgada, austera.

La otra suave, rosada, joven, delicada y bella.

La estancia en que se hallaban, hubiera sido un magnífico fondo para el cuadro.

Era un salón abovedado y sombrío sostenido por ligeros arcos.

Los muebles eran de bronce y encina; no había espejos; sólo decoraban las paredes algunos cuadros que representaban vidas y martirios de santos y que había ennegrecido el tiempo.

Todo era allí triste, sombrío; y la princesa volvía, sin duda, al cielo sus miradas, como al punto en que su alma hallaba más consuelo.

Se cansó, sin embargo, de sus reflexiones y de su contemplación, y bajó la cabeza dejando escapar un suspiro.

—Señora —dijo la anciana Margarita al oírle; me voy a permitir decir una cosa a V. A.

—Dila, —respondió María con una sonrisa melancólica que se podía traducir con estas palabras:

—Ya sé lo que es.

—Pues bien, me enoja el verla tan triste.

—¿Y qué he de hacer?

—Estar alegre.

—Ya sabes que no puedo, aya mía, ¡soy muy desgraciada!

Reinó de nuevo el silencio y de los ojos de la joven princesa cayeron algunas lágrimas.

Margarita se levantó; se puso en pie delante de la princesa, y le dijo con voz firme y cruzando los brazos sobre el pecho:

—Señora, voy a pedir el destierro del caballero Ainsvhort a S. M. el rey.

Se Cubrió de palidez el semblante de María, y respondió:

—¿Y por qué harás eso? ¿No es bastante que yo esté desterrada sin que lo esté él también?

—¡Dios perdone a S. M. el daño que está haciendo con su intolerancia! —Murmuró la condesa—: ¡De no estar V. A. desterrada, no hubiera conocido nunca a ese pajecillo imberbe!

—Margarita —dijo la princesa, yo no busco la vista de Ordener de Ainsvhort, puedes creerme. Me has dicho que ese amor era indigno de mí, y procuro olvidarle, ¿hago mal también en mirar al cielo cuando le pido que me envíe el olvido que necesito?

Al pronunciar María estas palabras, pasó la mano por sus ojos humedecidos; su voz era triste y su acento tan lastimoso, que la anciana se conmovió.

—Perdone V. A. —dijo— ¡ojalá fuese Ordener un príncipe real en vez de ser hijo de un pobre hidalgo, que yo sería la primera en alentar y proteger ese amor!

—¿Luego no le crees indigno de mi más que por su cuna? —preguntó María, cuyos ojos sonreían como un cielo nebuloso al entreabrirle un rayo de sol.

—Nada más que por eso, señora, pero ese obstáculo es insuperable.

—¿Por qué? Yo seré reina algún día, y hasta que llegue ese día le esperaré y me casaré con él.

—¿Quién sabe si V. A. ceñirá la corona?

—¿Qué dices?

—V. A. tiene un hermano y una hermana.

—¿Isabel reinar en el pueblo de mi padre? ¿Sentarse ella en el trono de Inglaterra? ¡Jamás!

María pronunció estas palabras con una vehemencia que convirtió en carmín las rosas de sus mejillas; brotó de sus grandes ojos un relámpago, y se apagó el dulce rayo de su sonrisa.

—¡No, prosiguió, no reinará la hija de *Ana Bolena*! Y si me dijese que cediéndole mi trono podría casarme con Ordener, renunciaría a Ordener y a mi amor porque ella no ocupase mi sitio. Mi hermano Eduardo es otra cosa; le pertenece, y además su pobre madre me amaba; jamás me hizo daño, y respetaba la memoria de mi augusta madre, al paso que la de Isabel.

Se detuvo la princesa; su frente se cubrió de púrpura por segunda vez, y derramando en torno suyo una fiera mirada, repitió:

—¡Jamás, jamás reinará Isabel, mientras yo viva!

—Señora —dijo la condesa, Dios nos manda perdonar.

—Pues yo no puedo obedecerle en eso.



—Ahora, señora, deme permiso V. A. para que le diga una cosa — observó la anciana.

—Habla, ¿no sabes lo que aprecio tu parecer en todo?

—Pues bien, señora, mi parecer es hoy, que si V. A. sigue amando a Ordener de Ainsvhort, llegará día en que reine la princesa Isabel, aun viviendo V. A.

—Te digo que eso no sucederá.

—¡Oh, puede ser muy bien! Puede ella casarse con un príncipe real y ser apoyada por la familia de su esposo para arrebatar los derechos a V. A., casada con un pobre hidalguillo de aldea.

María, al oír estas palabras, bajó la cabeza y quedó pensativa.

Después de algunos instantes de reflexión, volvió a levantarla; su fisonomía estaba alterada y murmuró:

—¡Tal vez, es verdad!

Luego añadió.

—¡Voy a despedir a Ordener! ¡Ah, Dios mío! Cuando pienso que mi amor pudiera ser causa de que reinase Isabel, ¡creo que le aborrezco!

—¡Qué odio tan terrible! Murmuró asombrada la condesa.

Pero luego, reflexionando en que aquella aversión a su hermana era lo que podía curar a María de los estragos de su amor, guardó silencio, pidiendo a Dios perdón desde lo íntimo de su alma, por no darle un buen consejo.

La princesa se levantó.

—Aya —dijo— voy a ver a Ordener, y a decirle que para siempre me olvide.

—¡A Ordener! ¿Pues dónde le puede ver V. A.? —preguntó asombrada Margarita.

—En la capilla. Ha pasado ahora por aquí y sé a dónde va.

La condesa de Salisbury, a pesar de conocer a la princesa desde su más tierna edad, no pudo menos de contemplarla con muda admiración.

Aquel carácter noble, fuerte e incapaz de la mentira, le causaba en cada uno de sus rasgos una sensación profunda, por lo mismo que armonizaba perfectamente con el suyo.

—Id, señora, le dijo, confió enteramente en vuestra prudencia y buen juicio, ¿queréis y sin embargo, que os acompañe?

—No, mi buena aya —respondió María— iré sola y pronto estaré de vuelta.

Salió, dicho esto, después de haber echado la misma Margarita un velo blanco sobre su cabeza.

La princesa bajó por una escalera secreta situada en un ángulo del salón, a un gran patio interior, y tomó desde allí otra escalera que llevaba a la capilla gótica del castillo.

### III

María, con su esbelta y ligera estatura, con su paso rápido y envuelta en su velo de gasa blanca, parecía una de esas vírgenes de los sueños fantásticos, o el hada de los amores silenciosos.

A pesar de la decisión que en ella se notaba, estaba pálida y agitada.

Tenía trece años e iba a romper, a destruir su primer amor, a despedazar sus primeras ilusiones.

Cruzó una larga galería y se halló en la capilla, débilmente alumbrada por la luz de aquel nebuloso día, y por dos velas que ardían delante de una imagen de la Virgen.

Al penetrar María en el atrio, una débil exclamación de sorpresa y de placer acogió su aparición.

Aquel acento vibró hondamente en el alma de la joven; pero muy pronto la grave dignidad, que era la expresión habitual de su fisonomía, apareció en ella de nuevo, y se dirigió al sitio de donde había sabida la voz.

Halló a mitad de su camino a un joven que se había apartado del pilar de piedra donde se apoyaba, y salía también a su encuentro.

Podría tener unos diez y siete años, y jamás la belleza se ha mostrado más risueña sobre la frente de un adolescente que en la de aquel doncel, esbelto y dulce como una palma del desierto.

Era su estatura aventajada y prometía serlo mucho más.

Sobre su frente y sus mejillas blancas y ligeramente doradas, como, las frutas del otoño, caían numerosos bucles de cabellos rubios, y por un singular capricho de la naturaleza, sus ojos eran negros, rasgados y estaban llenos a un tiempo de fuego y de ternura.

También eran negras sus tendidas cejas y sus largas pestañas.

Se asemejaba su boca a una flor de coral, y su nariz delgada y aguileña daba a su bello rostro un carácter extraño de nobleza y de energía.

Vestía con modestia una ropilla de raso oscuro, con acuchillados de raso blanco; grandes botas de búfalo, que se agrupaban marcando la forma esbelta y nerviosa de su pierna y la aristocrática curvatura de su pie; camisa de fino

lino con guarniciones muy sencillas y una toca sobre la cual se mecía una larga pluma de avestruz.

—¡María! —exclamó al ver a la princesa sin ser dueño de contener su júbilo.

Pero la fría mirada con que le respondió aquélla, le hizo volver en sí, y murmuró inclinándose y descubriéndose:

—¡Señora! Os doy gracias por haber venido; no os esperaba.

—Señor Ordener, respondió María con voz que temblaba a pesar de sus esfuerzos; os he visto pasar por debajo de mi ventana y he querido venir para deciros una cosa.

—Ya escucho, señora; pero os confesaré que tiemblo no sé por qué, y que hay en vuestro acento alguna cosa que hiela mi corazón.

—Y yo también estoy contristada, señor Ordener, porque vengo a deciros...

María se detuvo.

Sus labios no acertaban a romper aquellos lazos inocentes que la hacían tan dichosa.

—Acabad, señora —dijo el joven—; ved que la impaciencia me está matando.

—Pues bien; vengo a deciros... que... debemos separarnos.

Ordener retrocedió dos pasos; luego volvió a acercarse a la princesa, la tomó de la mano y le preguntó con trémula voz:

—¿Es verdad lo que he oído?

—Sí, debemos renunciar a nuestro amor, respondió María, que ya había tenido lugar de recobrase.

—Más, ¿por qué? —preguntó impetuosamente Ordener.

—Porque yo debo casarme con un príncipe real a fin de que me proteja contra mi hermana Isabel, que algún día querrá ser la usurpadora del trono de mi padre.

—Señora —repuso Ordener—, sois la hija de mi rey, y yo soy sólo el hijo de un hidalgo, muy honrado, pero bastante pobre; sin embargo, alentado con vuestro amor, podré llegar a ser tan grande que no os desdeñéis de pertenecerme; me alistaré en los ejércitos de S. M. y conquistaré grandeza y poderío con mi espada.

—Es inútil —repuso María separando sus ojos de la elocuente mirada del joven, es inútil, Ordener de Ainsvhort; todas vuestras proezas no alcanzarán a daros sangre de reyes.

El joven pareció anonadarse con esta terrible respuesta.

Todo su ardor, toda la generosa ambición, que chispeaba en sus ojos, quedaron convertidos en un amargo desaliento; dejó caer los brazos, se sostuvo en la columna más próxima y se escapó de sus labios un gemido.

—Veo, señora —dijo después, que no hay esperanza para mí, puesto que la ambición puede más que el amor en vuestro pecho. Adiós y sed dichosa.

—¡Adiós! —repitió María con voz débil.

Pero Ordener volvió atrás cuando ya tocaba el umbral de la puerta de la capilla; asió la mano de la princesa y exclamó:

—Vos. Erais desdichada cuando os conocí, y mi amor os devolvió la calma y la felicidad: ¿por qué, pues, queréis volver a quedar sola con vuestras desgracias? ¿A quién abriréis vuestro corazón, si estáis como prisionera tras una muralla de canas y de vejez? ¡María, pensad en vos misma; yo puedo buscar en los combates, si no el olvido, la muerte! Pero vos...

—Yo soy una princesa, y como tal sabré conducirme —observó María severamente— no penséis en mi suerte venidera, señor Ordener.

¡Que Dios la haga, pues, todo lo próspera posible! —Murmuró el joven— os dejo, señora: ¡plegue al cielo que jamás echéis de menos este amor sincero y desinteresado que hoy desdeñáis y que tan pocas veces hallan los reyes en su camino, según dice mi padre!

Se Inclino el joven, apenas hubo pronunciado estas palabras, y desapareció.

María le siguió con una mirada triste; pero así que dejó de verle, suspiró profundamente como si se hallase aliviada de un gran peso, y murmuró:

—¡No reinará Isabel!

Luego se acercó al altar y se arrodilló delante de la Virgen para darle gracias por el valor que le había concedido en su entrevista con Ordener de Ainsvhort.

Sin embargo, María amaba al joven; pero la ambición y la venganza empezaban a apoderarse de su alma, y la niña tímida y amorosa descubría ya a la sagaz política, a la reina déspota y cruel.

## IV

Sentado Enrique VIII en su cámara después de terminado un almuerzo que había hecho enteramente solo y en el que se había entregado a los excesos de la gula, habituales en él, hablaba con su confidente el caballero de Bryan y con el duque de Crammer, su primer ministro.

El rey estaba huraño, sombrío, casi feroz.

Su palidez era biliosa; había enflaquecido de una manera horrible, y al mismo tiempo sus piernas estaban hinchadas extraordinariamente, sobre todo una, en la que empezaban a abrirse llagas y que llevaba llena de vendajes.

Las agitaciones de la ambición y la falta perpetua de reposo, le habían envejecido prematuramente.

Apenas podía reconocerse en él al enamorado esposo de Catalina de Aragón, al galante marido de *Ana Bolena* y al perseguidor incesante de Juana de Seymour.

A la sazón había en Enrique algo de sombrío, de fatídico y de receloso.

—Vaya, pues, por una princesa alemana dijo hablando con el ministro; cuando vi tan enferma a la reina, pensé, en efecto, en una alianza con ese país, y aún creo que pedí a Byran un retrato de la princesa Ana, hermana del duque de Cleves.

—Aquí está, señor —dijo el favorito sacando de su limosnera un precioso estuche.

—¡Hola! ¿Te acordaste de mi encargo?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo ha llegado ese retrato?

—En la pasada noche.

—¿Quién lo ha traído?

—Su mismo autor, el gran pintor Holbein, a quien lo encargué.

—¿Es decir, que podemos confiar en la autenticidad del parecido?

—Sin duda alguna.

—Veamos.

El rey tomó el medallón y le abrió, recogiendo cuanto pudo la mirada de sus ojos, que se habían hundido a causa de sus desórdenes y de los estragos de sus feroces pasiones.

Mas apenas los había fijado en la miniatura, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Representaba una hermosísima mujer, o más bien a la diosa Venus blanca, rubia, redonda, de ojos color de cielo y voluptuosas formas.

—¿Es esta, en efecto, la duquesa de Cleves? —preguntó el rey.

—La misma, señor, respondió Bryan.

—¿Cómo, pues, siendo tan bella ha llegado a los veinticuatro años sin casarse?

—Quizá consistirá en que es ambiciosa y desee una corona real.

—¡Pues, por el cielo, que la va a tener muy pronto! Respondió el rey calorosamente; que el parlamento nombre hoy mismo la comisión que ha de conducir a la princesa.

—¿Se decide V. M. a este enlace?

—Quiero que se celebre lo antes posible, y desde luego, Crammer, voy a transmitir mis órdenes. Se recibirá a la duquesa con todos los honores que corresponden a la reina de Inglaterra; a su llegada a Richmond, iré yo a verla de incógnito para convencerme de que es tan perfecta como aparece en esta miniatura, y me será presentada oficialmente en Greenwich.

—Está bien, señor.

—¿Se halla en palacio el pintor que ha retratado a la duquesa?

—Sí, señor, está en la antecámara.

—Hacedle entrar.

Poco después apareció Holbein en la puerta de la cámara real.

Era un hombre cuyos cabellos empezaban a ponerse blancos, de poca estatura y mucha corpulencia, pero de un continente grave y noble.

—¿Sois vos el autor de esta miniatura? —preguntó Enrique VIII.

—Sí, señor, respondió el artista inclinándose.

—¿Es parecido al original?

—Según mi opinión, sí, señor.

—Entonces os quedareis en mi palacio y recibiréis una buena pensión anual; quiero que tenga alguna recompensa el artista que ha retratado a la más hermosa mujer del mundo.

El pintor volvió a inclinarse sin responder nada a aquellas palabras extravagantes, y el rey le despidió con un ademán.

—Que preparen mis joyeros algunas alhajas para la princesa —dijo el rey—. Que se saquen los estuches de la reina Ana, y allí se encontrarán joyas de valor que podrán montarse en un género nuevo.

El ministro y el confidente salieron, y el rey, a pesar de la dolencia de su pierna, se puso a pasear apresuradamente por la cámara.

—Por fin —se dijo— voy a poseer una mujer hermosa, Catalina era majestuosa y grave; Ana graciosa y coqueta; Juana sentimental y apasionada; pero la belleza de mi cuarta esposa es incomparable.



## V

Dos meses después, el rey salió una mañana a caballo, disfrazado y de incógnito, y se apeó en Richmond para esperar a la duquesa, que había desembarcado en Douvres, y había salido inmediatamente de aquella ciudad para continuar su viaje.

Le acompañaban algunas pocas personas, todas de su confianza, y no hay que decir que entre ellas se hallaba el caballero Bryan.

El rey consultaba a cada instante la miniatura que llevaba en el pecho. Era el retrato de la princesa.

Por fin se oyó ruido de caballos y carrozas, anuncio cierto de que se acercaba su comitiva.

Enrique subió al castillo y se asomó a una ventaba baja.

La princesa debía apearse allí para descansar una hora y tomar un refresco, y el rey esperó con ansia tan suspirado momento.

Llegó éste por fin; se acercó una carroza dorada, que llevaba la corona ducal, y bajó de ella la princesa.

El rey de Inglaterra no pudo reprimir un grito de espanto.

La princesa no se parecía en nada a su retrato.

Era una mujer alta y excesivamente gruesa. Tenía el cutis muy blanco, pero los cabellos rojos, las facciones irregulares y la tez señalada de viruelas.

Holbein había poetizado su retrato.

No había ni en su mirada, ni en su sonrisa, la inteligente y divina expresión que resaltaba en la miniatura; sólo se advertía en ella la helada gravedad alemana, si bien templada por un aire agradable de dulzura y de modestia.

Apenas tenían expresión los ojos azules de La prometida esposa de Enrique VIII; sus pupilas parecían de porcelana, y toda esta frialdad, toda esta grosura, todo este cuerpo sin alma, estaba cubierto por un traje holgado y anchuroso de abigarrados colores.

La princesa empezó a subir la escalera dando la mano al duque de Suffolk; pero el rey, seguido de los que le acompañaban, huyó por una puerta

secreta a otra estancia apartada.

Allí se dejó caer sobre una silla, verdaderamente consternado.

—¿Qué es esto que me pasa, santo Dios? —Exclamó— ¿qué mujer es la que me destinan? ¡Y ese infame pintor que me ha engañado! ¡Ah! ¡Cuándo llegue a Londres, he de hacer que le cuelguen por los pies!

Los cortesanos se habían agrupado a un extremo de la estancia y no se atrevían a moverse, ni a respirar, porque el rey parecía entregado a una violenta cólera.

—Bryan —dijo Enrique de repente, ven aquí.

El caballero empezó a temblar y se acercó al monarca.

—Bryan, prosiguió éste, ¿sabes tú por qué Holbein ha hecho fresco y terso el rostro de la duquesa, cuando está lleno de hoyos espantosos?

—Señor, respondió Bryan, ningún artista se ha cuidado jamás de reproducir sobre el lienzo o sobre el marfil las señales de las viruelas.

—Pues yo les enseñaré —dijo el rey, a que enmienden esa falta con el castigo que voy a imponer a ese infame holandés. Y ahora, añadió, salgamos de aquí; necesito tranquilizarme antes de ver a la princesa, pues de lo contrario, le haría muy mal recibimiento.

Bryan salió un instante y escribió dos renglones al pintor Holbein, encargándole que se pusiese en salvo de la cólera del rey, que se había enfurecido al verse engañado.

Luego volvió a reunirse con el monarca, a quien halló sombrío y meditabundo.

Poco después montaron a caballo.

—No quiero casarme con ese monstruo —dijo súbitamente Enrique VIII a Crammer.

—Señor —replicó el ministro—. ¿V. M. me hace saber su voluntad, o me pide mi humilde opinión acerca de ese negocio de Estado?

—Te pido tu opinión.

—¿Franca?

—Lealmente.

—Pues bien; creo dársela a V. M. indicándole que se expone a un conflicto devolviendo, la princesa su hermano.

—¿Por qué?

—Porque es un desaire que éste vengará cruelmente.

—No temo la venganza del hermano de la duquesa.

—No olvide V. M., que es un príncipe de la Confederación protestante.

—Y, ¿qué me importa? Ya se le hará estar quieto.

—Siempre es para mí bueno y justo el parecer de V. M. —observó el ministro— y ya sabe que sólo pueden dictar mis palabras los intereses del reino.

—¿Y los crees tú comprometidos?

—Ya he dicho mi humilde opinión a mi rey y señor. Creo que el duque de Cleves, grave y concienzudo príncipe alemán, se resentirá profundamente del desaire que se produce, rehusando a su hermana.

—Y, ¿qué haré? —preguntó el monarca, quien, en las ocasiones en que la prudencia debía decidir, era en extremo débil e irresoluto.

—En primer lugar, señor, ver si el trato puede vencer la violenta antipatía que la princesa ha despertado en V. M.

—¡Imposible, Crammer, imposible! ¡No me hables de eso!

—Entonces, señor, tiene que apelar V. M. al repudio; antes que todo es la dicha y el reposo de V. M.

—Pero ¿no es mayor desaire que rehusar a la princesa, el sujetarla al repudio?

—Según mi parecer humilde, no, señor.

Enrique VIII suspiró; después guardó silencio, y toda la comitiva siguió su camino avivando el paso lo posible para no ser alcanzada por la de la princesa.

## VI

El ministro Crammer había sido largamente pagado por el duque de Cleves, hermano de Ana, a fin de que llegase a hacer a ésta, por su mediación, reina de Inglaterra, honor tan temido en aquel tiempo.

La pobre princesa, buena, devota, benéfica, de condición calmosa y apacible, fue víctima de la ambición de su madre y de su hermano, y se resignó, mirando su obediencia como un deber de hija, de hermana y de súbdita.

Nunca había tenido vocación para el matrimonio.

Jamás había estado enamorada de hombre alguno.

El estudio y la caridad, los paseos por el campo y la amistad verdadera, formaban todas sus delicias.

Había estado prometida al duque de Lorena; mas, al tiempo de firmar el contrato, se excusó con su poca afición a la vida conyugal.

Su hermano, que no veía en este casamiento un negocio muy ventajoso, la dejó por entonces hacer su gusto y reservó toda su autoridad para obligarla a otra boda de mayor conveniencia, hallando la ocasión en la viudez del rey de Inglaterra.

Ana tenía ya veinte y cinco años al partir de Alemania; bajo su aspecto frío y mesurado se ocultaban una extraordinaria fuerza de voluntad y un raciocinio grave y profundo. De ambas cosas la veremos dar grandes pruebas en adelante.

En el mismo día en que el rey la había visto de incógnito y en que había producido, sin saberlo, tan desagradable impresión en su ánimo, llegó la princesa a Greenwich, sitio señalado de antemano por el rey para su entrevista con ella.

Fue conducida a las habitaciones que se le habían preparado e invitada a tomar algún refrigerio, pues el rey no debía llegar hasta las dos.

La princesa aceptó, y comió bastante bien; tenía un robusto estómago y un apetito de alemana.

Luego pasó a otro aposento para recibir a algunas personas que solicitaban verla.

Ana no hablaba, según dijo, más idiomas que el alemán y el holandés, ni entendía tampoco ningún otro.

Un poco más tarde recibió la princesa a algunas damas de la nobleza inglesa que solicitaban la honra de saludarla.

Ana las acogió con afabilidad y cortesía, sirviéndole de intérprete uno de sus gentiles hombres alemanes.

Después de haberse despedido las damas y cuando iba a cambiar de traje para recibir al rey, le rogaron que tuviese a bien recibir aun a lady Catalina Parr, viuda de lord Latimer y una de las damas más altas de la aristocracia inglesa.

La princesa dio su venia, y bien pronto sus ojos quedaron deslumbrados ante la hermosa mujer que entró en la estancia.

Lady Latimer tenía unos veinte y seis años de edad y era perfectamente bella.

Sus hermosos ojos negros y rasgados hacían un contraste encantador con sus cabellos dorados y sedosos.

Sus facciones, suaves y correctas, eran puras y delicadas.

Su frente espaciosa y serena, anunciaba un talento poco común.

Vestía de luto por su reciente viudez y sólo esperaba dejar aquel fúnebre traje para contraer segundas nupcias con lord Seymour, el ambicioso hermano de la reina Juana, madre infeliz del príncipe heredero Eduardo VI.

Lord Seymour amaba, desde hacía largo tiempo, a Catalina Parr, una de las más hermosas jóvenes de Inglaterra, pero un enlace misterioso de circunstancias, le había separado de ella durante algunos años, y el amor volvió a aproximarlos cuando menos lo esperaban uno y otro.

Para conversar con Catalina, no necesitó la regia desposada de su intérprete.

Lady Latimer poseía una instrucción muy vasta y entendía perfectamente el alemán.

Era dulce, grave y tierna. Ana se congratuló sobremanera de haber conocido a aquella seductora mujer, y traspasando los límites ordinarios de su reserva le ofreció su amistad.

La conferencia hubo de interrumpirse con gran pesadumbre de Ana, que había hallado en Catalina un ser a quien poder amar verdadera y merecidamente; pero se oían las trompetas y atabales que anunciaban al rey y

a la corte, y las dos nuevas amigas tuvieron que despedirse, pasando Ana a otra habitación para cambiar de traje.

El rey, entre tanto, entró en el salón principal del palacio y esperó paseándose de muy mal humor.

Estaba vestido con magnificencia; apenas se distinguía de que tela era su traje a causa de la minuciosidad y riqueza de sus bordados.

Por fin, se abrió la puerta de una de las salas que comunicaban con el salón, y los ujieres anunciaron a la muy alta y poderosa princesa Ana de Cleves.

Esta apareció ostentosa, pero ridículamente vestida.

Su traje verde, con florones carmesí, era corto hasta dejar ver sus grandes pies.

Un manto pajizo pendía de sus hombros y quedaba tan corto como el vestido.

Sus ojos no tenían expresión ninguna.

Su boca, de labios gruesos, parecía helada y muda.

El rayo de inteligencia, que había animado su rostro en tanto que conversó con lady Latimer, había desaparecido.

Se Adelantó hacia el rey con muy poca gracia y dobló una rodilla en tierra sin articular una sola palabra, lo que no era extraño en consideración a que ni ella entendía el inglés, ni el rey hablaba el alemán ni el holandés.

Enrique VIII mandó al duque de Suffolk que sirviese de intérprete; pero esta prevención no podía ser más inútil respecto a la princesa, que parecía la estatua del silencio y de la conformidad.

El rey levantó a su futura esposa con bastante galantería, pues los consejos de su ministro Crammer habían hecho alguna impresión en su ánimo.

Sabido es, además, cuánta hipocresía encerraba el alma de aquel monarca, cuyo mayor afán era el de pasar por víctima cuando era el verdugo de cuantos distinguía con su fatal cariño.

Pero al fijar los ojos en el ancho y casi estúpido rostro de la princesa, un violentísimo enojo volvió a apoderarse de él y le dijo duramente:

—¡Os hubiera agradecido mucho, señora, que no me hubieseis hecho esperar media hora para tener el honor de veros!

El duque de Suffolk interpretó estas palabras a la alemana, que respondió a ellas con el silencio más profundo.

—¡Debíais recordar, prosiguió el monarca, cuyo enojo crecía por instantes, que he venido a caballo desde Londres a este sitio real para alcanzar la poco envidiable dicha de veros!

Ana se inclinó profundamente como en acción de gracias, y continuó encerrada en su silencio.

El rey le volvió la espalda con poquísima cortesía, murmurando entre dientes la palabra *idiota*.

La princesa permaneció de pie turbada y triste.

—Sentaos, le dijo el rey bruscamente, dejándose caer en un sillón con muestras de colérico despecho.

Luego se volvió a uno de sus servidores, y le dijo con dureza:

—La comida para las cuatro; ésa es la hora en que yo como; ¿os viene bien, señora?

Ana respondió que su voluntad era y sería siempre la de su rey y señor.

El rey no volvió a decir palabra durante largo rato.

La princesa cruzó sus blancas y gruesas manos, sobre su falda, y a no ser porque se veían sus ojos abiertos y fijos en el vacío, se la hubiera podido creer dormida.

Sin embargo, de aquellos ojos claros o inmóviles, brotaba de vez en cuando una mirada recelosa que iba a fijarse en el rey.

Cansado éste de su inmovilidad y del silencio que reinaba —pues ninguno de los cortesanos se atrevía a respirar—, se levantó y dio una vuelta por la estancia, dirigiéndose a un enorme cofre que había hecho traer en uno de los coches de su casa.

Dio con el pie a la caja y dijo a Ana:

—Esas pieles las traía para vos; tomadlas si gustáis; pero como sois tan obesa, presumo que os han de estar muy mal. Son magníficos abrigos; si no os, acomodan, los podéis regalar a vuestras damas.

Ana fue pausadamente al cofre y lo abrió por su mano; sacó los abrigos, que eran soberbios, y se puso a examinarlos con grotescos gestos de admiración y de pasmo, pero sin hablar; Se quedó con el más grande entre las manos, y así que estuvo de pie se lo echó sobre los hombros.

Era una capa de chinchilla tan magnífica, que, a pesar de la alta estatura de Ana, le arrastraba.

—¡Cómo, señora! —Exclamó el rey, cuyo enojo se deshizo en una carcajada— ¿vais a comer con capa?

—Si V. M. no se enoja, lo haré así —respondió en alemán, con una voz gruesa y nasal— deseo probaros de este modo en cuánto estimo esta memoria.

Contestó el rey con otra carcajada más ruidosa que la anterior; pero la princesa permaneció imperturbable y envuelta en su capa, sin pensar siquiera en mostrarse ofendida por las regias burlas de su augusto consorte.

—Creo —dijo el ministro al duque de Suffolk, que la futura reina, lejos de ser estúpida y extravagante, sabe más que todos nosotros.

—Creo lo mismo que Vuestra Gracia, respondió el duque.

Avisaron que estaba servida la comida, y todos pasaron al comedor.

El rey no se cuidó de servir a la princesa ni un solo plato; pero ésta, al parecer, ni lo echó de ver siquiera y comió, aunque lentamente, con muy buen apetito.

Sus modales eran nobles y graves, y se advertía en ella, a pesar de la terrible crisis porque estaba pasando, una serenidad verdaderamente augusta.

Al levantarse de la mesa, Enrique se acercó a su esposa y le dijo:

—Señora, me dispensareis que no gaste ceremonias con vos; me vuelvo ahora mismo a Londres; vos podréis hacer vuestra entrada a las nueve de la mañana, y a las doce se celebrará nuestro casamiento en la abadía real de Wesminster.

—Yo me complazco, respondió Ana, en acatar todas las órdenes de mi rey y señor.

—Hasta mañana, pues —dijo Enrique.

Cuando ya se hallaba junto a la puerta, añadió:

—¡Juro que a alguno le ha de pesar este enlace!

—Hasta mañana, señor, repitió la princesa.

Después añadió para sí:

—No será a mí seguramente a quien pese esta boda.

Como se ve, Ana de Cleves tenía un excelente oído y entendía el inglés tan bien o mejor que su esposo, nacido, criado y envejecido en Inglaterra.

El rey salió sin mirar a la princesa.

Esta, cuando aquel hubo desaparecido, se envolvió muy bien en su capa de pieles, y a los diez minutos dormía la siesta con la serenidad del justo y la paz de una alemana.



## VII

A las nueve del siguiente día, hizo la duquesa de Cleves su entrada en Londres.

El pueblo corría y se apiñaba para verla; los balcones, y hasta los terrados, estaban llenos de hermosas y elegantes damas. La carrera se veía guarnecida por las tropas reales, y las campanas tocaban a vuelo, sobresaliendo entre todas las sonoras de San Pablo.

Todo era alegría y vida; pero el semblante de la soberana estaba tan impasible como el día anterior, y ésta se limitaba a responder cortésmente a los saludos de la multitud.

Llegó a palacio, y el rey, que la esperaba en lo alto de la escalera, la acompañó hasta las habitaciones que le estaban destinadas.

A las doce menos algunos minutos salió de ellas Ana de Cleves, vestida con una pompa y una magnificencia de que hasta entonces no había idea en la corte, pero también con el gusto más detestable que se puede imaginar.

Había elegido para la ceremonia un riquísimo vestido de tisú de oro, bordado con grandes flores y gruesas perlas orientales; pero estaba muy corto y hecho sin gracia, contrastando de una manera lastimosa con las largas colas y elegantes modas establecidas por la coqueta *Ana Bolena* en la que había sido su corte.

La duquesa de Cleves llevaba los cabellos, que eran muy rubios, sueltos y esparcidos por los hombros y espalda; los sujetaba una corona de oro muy grande y adornada con piedras preciosas, en la que sus camaristas habían prendido ramas de romero, siguiendo una costumbre de Alemania, donde se adorna con ellas a las jóvenes el día de su casamiento y el de sus funerales.

Enrique dominó lo que pudo su mal humor y subió con la reina a una soberbia carroza tirada por caballos blancos. La corte ocupó las suyas, y la comitiva marchó a Westminster, donde se celebró la ceremonia del casamiento.

Al volver a palacio, la reina cambió de traje; pero sus atavíos en aquel segundo no eran más acertados ni de mejor gusto que sus galas de desposada.

—Señora, le dijo el rey; ¿quién diablos os viste? ¿Dónde confeccionan vuestros trajes? ¡Verdaderamente estáis horrible!

Ni un solo músculo se alteró de la fisonomía de la reina, quien se contentó con indicar al rey, por señas, que, no habiendo intérprete, no tenía el honor de comprenderle.

El día se pasó sin novedad, pero sin fiestas y sin alegría.

Hubo banquete oficial en palacio, y la reina pareció satisfecha, y así lo dijo a sus damas, de que el rey no pensase en fiestas, bailes y torneos, dejándola en reposo, que era lo que más apetecía.

—Vamos, se dijo Enrique, tengo que renunciar al placer de atormentar a esta necia y de vengarme de ella, insultándola a mi sabor por haberse atrevido a casarse conmigo. ¡Yo, que deseaba tanto humillarla, me voy a ver obligado a dejarla como si fuera un trasto viejo!

La reina se presentó al día siguiente vestida a la inglesa.

Enrique la miró enojado y le dijo con acento burlón:

—Sois demasiado gruesa y tosca para vestir ese traje; volved a usar el vuestro.

Ana no se hizo de rogar, y aquel mismo día volvió a sus briales y a sus jubones alemanes, con los que más parecía una montañesa que una reina.

Por espacio de dos meses no hubo mortificación posible que estuviera en sus atribuciones de esposo, de hombre y de rey, que Enrique VIII no hiciese sufrir a su paciente compañera; pero ésta, impasible, o aparentando serlo, ni se enojaba ni se entristecía jamás, continuando en la más perfecta tranquilidad de espíritu.

Era para ella una gran ventaja el que el rey estuviese privado de entablar toda discusión.

Ni uno ni otro se entendían más que por señas o por medio de un intérprete, ante el cual tenía el rey que disimular la violencia de sus sentimientos.

No atreviéndose a maltratar a su esposa, que realmente le inspiraba cierto respeto, volvió todo su enojo contra los autores de su enlace.

El ministro Crammer, como el más culpable, fue acusado de estar en inteligencia con la corte de Roma, y entregado a la justicia de la Cámara Estrellada, que le condenó a muerte por hereje y traidor.

Holbein, el pintor, avisado a tiempo, apeló a la fuga para evadirse del terrible enojo del rey.

Procuraba éste, ante todo, aislar a la reina, y la corte preveía una catástrofe muy cercana, aunque no podía adivinar por qué, o de qué modo

acusaría Enrique a una princesa que en nada se mezclaba, que no parecía saber que existían más hombres en el mundo que su esposo, y que hacía una vida lo más retirada posible.

Era imposible que el rey hallase medio para deshacerse de su mujer.

Por aquella vez todo estaba hecho en conciencia, y los vínculos que le unían a la princesa no podían romperse fácilmente.

Una mañana se levantó, no obstante, el rey en extremo alegre y envió a llamar a Suffolk para comunicarle que acababa de descubrir una cosa importantísima, a saber. Que Ana de Cleves había sido prometida al duque de Lorena antes de casarse con él, y que se había hecho un contrato que anulaba de hecho su matrimonio.

El duque procuró persuadirle de que, aun en el caso de poder probar el hecho, no era éste una razón suficiente para motivar el divorcio.

—No importa —dijo el rey impaciente; id ahora mismo a informaros de la reina acerca del particular.

El duque pasó al instante a las habitaciones de Ana, quien respondió, con la más perfecta tranquilidad, que al unirse al rey de Inglaterra se hallaba libre de todo compromiso.

—Pero, añadió con tono humilde, conozco que esta declaración verbal no puede satisfacer a mi querido esposo y venerado señor; redactadla ahora mismo, milord, y yo la firmaré.

El duque extendió la declaración y la reina la firmó.

—Ahora —dijo— haced que se reúna el consejo al instante.

—¡El consejo! Repitió el duque.

—Sí, milord; deseo que se entere de este escrito y renovar ante él mi declaración formal y sagrada; no quiero renunciar de ningún modo al honor de ser la esposa de uno de los más grandes monarcas del mundo.

El duque miró lleno de asombro a la reina.

Su sagacidad y el modo pronto, enérgico y decisivo con que prevenía todos los lazos que podía tenderle el rey, le tenían absorto.

—Vamos, milord, repitió Ana, que se reúna al instante el Consejo y que se me avise.

En efecto, una hora después, la reina, serena y grave como siempre, entró en la sala terrible de aquel consejo que había juzgado a Catalina de Aragón condenándola al destierro, y a *Ana Bolena*, condenándola a muerte.

El rey presidía sombrío y contrariado.

El duque de Suffolk acompañaba a la reina, que se presentó vestida de blanco, como señal de su inocencia, y adornada de perlas y brillantes de gran

valor.

Leyó la declaración, que él mismo había redactado, y mostró la firma de Ana, que fue reconocida.

Decía muy claro en gallardos caracteres alemanes:

Yo, Ana de Cleves, por la gracia del Cielo y de mi amado esposo, reina de Inglaterra.

Cada uno de los consejeros se descubrió ante la firma real, y luego se pusieron todos en pie, declarando el presidente con voz firme la inocencia de la reina.

El rey se levantó entonces y —exclamó lleno de ira—: ¿Con que no hay remedio? ¿Con que he de vivir siempre bajo este yugo contra mi voluntad?

El silencio del consejo fue la única respuesta que obtuvo.

La reina, como si hubiera sido más sorda que las paredes de la sala, saludó al Consejo y al rey, y se retiró con paso lento y reposado.

## VIII

El rey de Inglaterra seguía meditando.

Pasaron algunos días más y, por fin, su meditación constante iluminó su conciencia, que ya en vida de la noble Catalina de Aragón había dado pruebas de ser excesivamente timorata.

Un día cayó en cuenta de que estaba casado con una mujer luterana.

Mandó al momento llamar a la reina y a Suffolk, quienes acudieron presurosos a su cámara.

El ilustre intérprete se preparó a ejercer su penoso cargo, y el rey dijo a su esposa, con acento de una profunda aflicción, aunque la alegría le rebosaba en los ojos:

—Señora, he hecho esta noche un triste descubrimiento.

—¿Y podré saber cuál ha sido, señor? —preguntó Ana que estaba preparada a todo.

—Sí, por cierto. Se refiere a vuestra religión, respondió el rey. Sois luterana.

—En efecto, señor, respondió la reina con su flema habitual; pero en ese caso no es un descubrimiento lo que ha hecho V. M.; es que ha recordado una cosa que sin duda había dado al olvido, porque V. M. sabía que en esa religión he nacido y he sido educada.

Jamás había hablado la princesa tanto rato seguido.

El rey contestó:

—Creo que tenéis razón; pero sea recuerdo o descubrimiento, os aseguro que esta idea me tiene muy desazonado.

La púrpura de la cólera vistió entonces las facciones benignas y bonachonas de Ana. Su dignidad de mujer y su altivez de princesa —que era muy grande— se rebelaron ante aquel absurdo pretexto.

—Señor —dijo— si no me hubiesen obligado a unirme a V. M., jamás por mi libre elección hubiera sido reina de Inglaterra; hubiera preferido para esposo a otro más joven y más amable.

—¿Y dónde pudierais haberlo hallado, señora? —preguntó el rey con una grosería increíble. Tenéis tan escasos atractivos, que os hubiera sido muy difícil conseguirlo.

—Sin embargo —repuso la reina, tenía prometida mi mano a un príncipe que reunía las más brillantes dotes.

—¿Y él la había aceptado? —preguntó el rey con aire incrédulo e insultante.

—Sí, señor, respondió la reina; la había admitido y con gratitud.

—Pues bien, amiga mía, añadió el rey; si es así, tanto peor para vos, porque os declaro que no puedo seguir haciendo con vos la vida conyugal; mi conciencia está inquieta, mi espíritu agitado.

—Y vuestro corazón prendado tal vez de otra mujer, interrumpió la reina.

—¡No, contestó el monarca, sino cansado de vos! Vuestro retrato me engañó. ¡Sois fea, vulgar, insoportable! Idos ya y dejadme tranquilo mientras la Cámara decide nuestra separación.

La reina, que amaba su vida, salió sin decir una palabra.

El duque de Suffolk, que se había visto obligado a traducir esta violenta escena, salió en pos de Ana y la acompañó a su cámara, enjugando su frente bañada de sudor por la angustia que había experimentado.

A su vuelta, todos los cortesanos que se hallaban en la antecámara estaban formando corrillos; el rey había hablado muy alto y con mucha violencia para que todos se enterasen de la cuestión.

Pero su cólera era sólo aparente. En el fondo de su alma había una malvada alegría por haber hallado el pretexto que durante tanto tiempo había buscado inútilmente.

Sin embargo, por una de sus ridículas flaquezas, deseaba el escándalo para aparecer como víctima de él.

El déspota sanguinario tenía la pretensión de pasar por una víctima de la suerte, por uno de esos seres abrumados por crueles decepciones, y esta pretensión singular, está probada en muchas de sus cartas que han copiado sus historiadores, y sobre todo en las memorias de Marsillac, embajador de Francia en aquel tiempo.

No obstante, aquel día, como tantos otros, nadie se dejó engañar por la hipocresía del rey; el terror que inspiraba obligaba al silencio, pero cada uno le condenaba en el fondo de su corazón.

Pocos días después, la *Cámara Estrellada* pronunció la sentencia disolviendo su matrimonio, y la reina que, desde la violenta escena habida

entre ella y su esposo, no gozaba un instante de tranquilidad, recibió con verdadero reconocimiento el acta de divorcio que le fue presentada.

Para quien había visto en sueños tantas veces el cadalso de *Ana Bolena*, aquella solución no podía ser más feliz.

## IX

La reina escribió al rey la carta más afectuosa y humilde; pero es preciso confesar que fue dictada por el duque de Suffolk, que se interesaba sinceramente por la suerte de la princesa.

La carta decía, entre otras cosas, «que reconocía cuán lejos estaba de poseer las raras perfecciones que un pintor adulator había hecho esperar a su majestad; que se sometía humildemente al Consejo de Prelados, que no la había juzgado digna de ser esposa de tan gran rey, y que suplicaba a S. M. que no la alejase de Inglaterra, a fin de que alguna vez pudiera tener el consuelo de ver a una persona, para ella tan querida».

Era imposible mentir con más descaro y serenidad; pero decir la verdad a Enrique VIII tenía inconvenientes que había pensado muy bien la reflexiva Ana de Cleves, y que a toda costa deseaba evitar.

El duque de Suffolk dictó otra carta a la reina para su hermano el duque de Cleves.

Le manifestaba en ella: «la sabia decisión de la Cámara y la suya de no abandonar los Estados del rey de Inglaterra si éste le concedía el permiso de quedarse en ellos; le prevenía que debía enviar la contestación a esta misiva a S. M., de cuyas augustas manos la recibiría, y en lo sucesivo no escribirle, a no ser por el mismo real conducto».

Acababa apenas el duque de cerrar estas cartas, cuando pidió permiso para ver a la reina lady Latimer, que fue introducida al instante.

Al aspecto de Ana, Catalina Parr quedó inmóvil de sorpresa; había creído hallarla abatida y desesperada, y la encontró tranquila y risueña.

—Mi querida amiga —dijo Ana, ya somos iguales; he dejado de ser reina, pero no será la corona lo que yo llore, sino el alejamiento de mi querido esposo, a quien amo tanto más, cuanto más indigna soy de pertenecerle.

—¿Sabe ya V. M. el lugar de su residencia? —preguntó lady Latimer.

—No, respondió la reina; iré al que me señale la clemencia de Enrique.

—¿Pero no prefiere alguno V. M.? Yo tengo influencia con el rey nuestro señor; añadió poniéndose colorada.



—Ya lo sé, respondió sonriendo la reina. Lord Seymour, vuestro futuro esposo, es uno de sus favoritos.

—Decidme, pues, señora, la residencia que preferís.

—Gracias, amiga, respondió Ana con altivez; he sido reina de Inglaterra, y sabré obedecer a mi rey, pero nunca sabré mendigar sus favores por medio de los que fueron vasallos míos.

—¡Pero, señora —dijo Catalina ruborizada; pueden destinar a V. M. algún sitio triste o mal sano!

—Mi deber es conformarme con él.

Ana de Cleves era muy rica, y añadió para sí:

—Con mi dinero yo transformaré a mi gusto la residencia que me den.

—De todos modos, continuó dirigiéndose a Catalina, os aseguro, amiga mía, que jamás olvidaré el interés que os habéis tomado por mí, y que donde quiera que habite, tendré un verdadero y vivo placer en veros con frecuencia.

En la tarde de aquel mismo día, Ana de Cleves recibió orden de salir al momento para el sitio real de Richmond.

No podía quejarse de la determinación, del rey; Richmond tiene un aire puro, un magnífico parque, un espléndido palacio; es, en fin, el más hermoso de los sitios reales pertenecientes a la corona de Inglaterra.

La sumisión de la reina había producido el más halagüeño efecto en el ánimo del regio tirano, quien hizo constar que le señalaba aquella residencia «porque el aire fresco y puro que allí se respiraba, podía ser muy conveniente a su salud».

La orden terminaba previniendo a Ana que no debía recibir ni ver a nadie sin permiso del rey.

La reina marchó a su destierro, o nueva residencia, así que rayó la aurora del siguiente día.

Toda demora le parecía demasiado larga para conseguir su ansiada libertad.

La acompañó el duque de Suffolk, y en nombre del rey previno a toda la servidumbre, que Ana de Cleves no debía ser tratada en lo sucesivo más que como una princesa de la familia real.

He aquí como la reina repudiada se salvó de la cólera de su esposo, y cómo recuperó su preciosa libertad, separando de su frente la fatal corona que tanto la había aterrado, y que aún goteaba sangre de sus tres predecesores.

Al despedirse el duque de Suffolk, le encargó repetidas veces que hiciese presente al rey cuánta era su gratitud por la bondad infinita que con ella había desplegado.

Luego dijo que se hallaba desesperada, y se encerró en la cámara, haciendo lo mismo al día siguiente, y manifestando a las personas que la desnudaban que se hallaba inconsolable por verse separada del mejor de los reyes.

Esto se parecía mucho a un epigrama; pero Ana hablaba con tal convicción, que todas sus damas llegaron a creer en la sinceridad de sus palabras.

## X

Ana de Cleves, a pesar de su *profunda desesperación*, se consoló, al parecer, muy pronto, y adoptó una línea de conducta sumamente extraña.

Reflexionó con madurez y se dijo que el hacer el papel de víctima podría costarle algo caro, por cuanto, según se ha dicho, era el papel que siempre se reservaba el rey.

Decidió, pues, hacer el papel de extravagante y dar que reír a expensas de sus grotescos caprichos.

La primera idea que puso por obra, fue la de hacer venir toda clase de trajes, raros los más, y de adornos los más opuestos a su figura y al color de su tez. Pasaba el día probándoselos en su tocador, o durmiendo, acostada en un ancho y cómodo sillón de una forma particular que se había hecho traer de Alemania.

Tres días después de su llegada a Richmond, la reina, tan impasible al parecer, sufrió una sacudida tan violenta, que la puso a las puertas del sepulcro.

El rey acababa de casarse con una joven muy hermosa, llamada Catalina Howard; pero Ana se consoló en breve, diciéndose, que su vida estaba ya asegurada, puesto que, considerándola como una persona insignificante, no había sido obstáculo para que el rey se uniese a otra mujer.

Llegaron hasta ella los elogios de la joven reina, quien, según decían, sólo tenía diez y siete años, y a quien aclamaban por un ángel de dulzura y de belleza.

Un día le anunciaron a la princesa María. La joven había oído contar tantas rarezas de la cuarta esposa de su padre, que determinó ir a verla para satisfacer su curiosidad.

Extraño contraste presentaban las dos princesas.

María, pequeña y delicada como un junco.

Ana, gigantesca y obesa, con su ancho y blanco rostro, rebosando salud y serenidad.

La hija de Catalina de Aragón estaba abatida y triste.

La ambición había marchitado su juvenil corazón, pues desde que se despidió con tanta crueldad de Ordenar de Ainsvhort, temerosa de perder el trono que tanto ambicionaba, se consumía en una melancolía profunda.

Aquella joven alma de catorce años, había probado ya las más crueles amarguras de la vida, las decepciones más terribles; lloraba la viudez de su primer y quizá último amor, asesinado por ella misma; se parecía ya en la expresión triste y meditabunda de sus facciones a su abuela Isabel la Católica; pero estaba muy lejos su semblante de respirar la paz que brilló siempre en el de la augusta reina de Castilla.

Más inocencia y más confianza respiraban las facciones de la repudiada esposa.

El alma de Ana no había sido combatida por las pasiones, no había amado todavía; y la princesa de Inglaterra había sentido todos los amargos dolores de una pasión imposible.

Ana de Cleves se adelantó con respeto a recibir a la princesa; le cedió el sitio de honor y no tomó asiento hasta haber recibido la venia de María.

—Señora —dijo ésta, yo no he querido visitaros en tanto que habéis sido la reina de Inglaterra, porque, os lo confieso, me hace daño la vista de cada esposa que toma mi padre desde que arrojó del trono a la santa princesa de quien soy hija.

Ana se inclinó respetuosamente e hizo acercar, para que sirviera de intérprete, a una de sus damas, señora alemana y dotada de una instrucción tan vasta como profunda.

María prosiguió:

—Ahora que estáis en desgracia, como yo, vengo a deciros cuánta parte tomo en vuestras penas; las personas dichosas no se hallan bien con los desgraciados; pero los que sufren se entienden siempre.

—Señora, respondió Ana, yo agradezco como debo, el interés que inspiro a V. A., pero cúpleme asegurarle que, lejos de sufrir, me considero muy feliz.

—¡Cómo! —Exclamó María asombrada— ¿no os lastima ver a otra mujer en el sitio que es legítimamente vuestro?

—Soy dichosa al cumplir la voluntad del rey, vuestro padre y mi señor.

—¿Y no aborrecéis a la nueva reina?

—No, señora. La amo y la venero.

—¡Eso es imposible, señora! —exclamó María indignada. ¿Cómo habéis de amar a vuestra rival?

—Pues nada hay más cierto en el mundo que mi adhesión a ella, como hacía todo aquello que ama el augusto padre de V. A.

—¿Y pensáis ir a la corte?

—Ya he pedido para ello su venia al rey; deseo mucho presentar el homenaje de mi adhesión a su majestad la reina.

—¡Dios mío! ¡Esta mujer es de estuco! Gritó la princesa levantándose con las mejillas rojas y los ojos brillantes de indignación; nada he visto más estúpido que ella, y es la primera vez que excuso un capricho de mi padre.

Salió, dicho esto, sin despedirse de Ana, quien la siguió hasta la antecámara saludándola profundamente repetidas veces.

## XI

Como se ha visto, la fuerza de voluntad de la princesa de Cleves era tal, que nada podía desviarla del plan de conducta que se había trazado.

He aquí sus principales reglas:

Demostrar siempre hacia el rey la más profunda veneración y el respeto más acendrado.

Alabar todos sus actos, aun los que más podían, al parecer perjudicarla, como dictados por la más perfecta sabiduría.

Vivir, según sus inclinaciones y deseos, en la más completa tranquilidad posible.

No perder su sitio en la corte, y conservar en ella algunas influencias provechosas y de gran poder.

Pasadas las fiestas del quinto matrimonio del rey, escribió a éste solicitando su venia para ir a besar la mano al príncipe de Gales.

El rey, agradecido a este homenaje tributado a lo que más amaba en el mundo, que era su hijo, se lo envió a Richmond, escribiéndole de su puño que se lo confiaba por tres días.

Ana de Cleves hizo, al recibir tal merced, los extremos más increíbles, y se constituyó en perpetua guardadora del tierno príncipe, al que apenas soltó de los brazos, paseándole ella misma en el parque del castillo real, y no durmiendo para velar su sueño.

Cuando refirieron al rey estos extremos, dijo:

—Tiene poquísimo talento; pero es una joven buena y leal. Es la única persona a quien, si yo me viera en peligro de muerte, confiaría la tutela del príncipe, mi hijo.

—Pero, señor, ¿y la reina? ¿No le ama también con delirio?

—Así parece —repuso el desconfiado monarca. Sin embargo, Catalina es muy joven; es una niña encantadora que me colma de amor y de felicidad, y a la que nunca me determinaría a pedir más.

Al día siguiente de haber vuelto a Londres Eduardo VI, su padre envió a Ana de Cleves magníficos regalos en muestra de su gratitud por los cuidados

que se había tomado por su hijo.

Entre ellos iban dos soberbios aderezos, uno de perlas, que había sido de Catalina de Aragón, y otro de rubíes y brillantes, perteneciente a *Ana Bolena*.

La princesa de Cleves envió el primero a la princesa María, que lo besó llorando de gratitud, y olvidó al instante la impasibilidad de aquélla, ante tan rico presente.

El otro aderezo fue remitido al aya de la princesa Isabel, rogándole que conservase para la regia niña, aquella memoria de su madre.

De esta suerte la sagaz y política Ana de Cleves se fue cautivando todas las voluntades. Con su carácter frío y mesurado, su alma esforzada y su talento penetrante, hubiera podido gobernar de un modo admirable el mundo entero.

Prudente y fuerte, caritativa, conciliadora, sobria, dominándose a sí misma de un modo increíble, y no sujeta además a ninguna pasión, nada hubiera habido que ella no hubiera alcanzado.

Las señoras alemanas que componían su servidumbre, recorrían las cercanías y las aldeas más pobres, por orden de la princesa; se informaban de las necesidades y de las miserias más dolorosas, y formaban sus listas; después entregaban sus apuntes a su señora que, a su vez, los copiaba en un libro voluminoso donde apuntaba cada día los socorros que distribuía y los que debía distribuir, llevando su cargo y data metódica y exactamente.

Ana de Cleves era rica; su fortuna ascendía a mucho, y además el rey le señaló, cuando aún se hallaba bajo la grata influencia del retrato de Holbein, es decir, antes de verla, una espléndida asignación que, gracias a su prudente, y casi pudiéramos llamar sabia conducta Enrique no pensó jamás en retirarle.

A las personas que más favorecía con su caridad, era a los pobres vergonzantes, u olvidados por efecto del rubor a que los sujetaba el haber pertenecido a alguna clase elevada de la sociedad.

Para estas desgracias ocultas y tan dolorosas, era inagotable la caridad de la princesa, y de sus protegidos se formó una especie de corte que la adoraba y que la hubiera servido de mucho si aquella mujer extraordinaria no se hubiese bastado a sí misma, o si en vez de ser protectora hubiese necesitado de protección.

La industria y las artes le debieron también grandes adelantos y beneficios.

Un día a la semana recibía a los artistas en su castillo; les distribuía gruesas sumas; les alentaba con dulces y graves palabras; alababa las obras de cada uno y compraba las más bellas o las que eran, más de su gusto, que unas

veces sorprendía por su rara delicadeza, y otras por su extravagancia, desorientando así a todos los que pretendían formar de su inteligencia un juicio exacto.

La fama de su extraño carácter y de sus raras virtudes, se extendió por todas partes, y la reina Catalina, curiosa, como joven, quiso verla; al efecto, hizo que le escribiesen diciéndole cuánto gusto tendría en conocerla, y que hubiera ido en persona a Richmond a no ser por no dejar al rey, que se hallaba padeciendo mucho.

En efecto; Enrique VIII tenía una pierna cubierta de llagas, y su mal humor había llegado a un extremo increíble.

Ana respondió a la carta de la reina con otra de su puño, llena de protestas de gratitud y anunciándole que al instante se ponía en camino para ir a disfrutar el honor que quería hacerle.

Catalina enseñó la carta a su esposo, quien, a pesar de sus dolores, soltó la carcajada.

—Os vais a divertir, querida mía, le dijo; figuraos la mujer más rara y más estúpida, y aún no os aproximareis a la verdad; procurad que se quede esta noche para que asista a vuestra tertulia.

—Señor, respondió suavemente Catalina; yo haré lo que me indicáis; pero ¿no os parece que esa pobre princesa debe padecer mucho al quedarse a pasar la noche, como huésped, en el palacio que ha ocupado como reina?

—¿Ella? ¿Padecer ella? Prorrumpió el rey con nuevas carcajadas. ¡Bien se conoce que no sabéis quién es! Haced que se quede esta noche, y no temáis por su sensibilidad.

Catalina se echó a reír también, y el rey añadió:

—Me olvidaba de advertiros una cosa muy importante; es preciso aconsejarle el traje que se ha de vestir, porque si no se presentará hecha una máscara, y ya sabéis que lo que más detesto en el mundo es el ridículo.

—Por hoy ya no es tiempo, señor —repuso Catalina; pero podrá cambiar aquí las prendas de su traje que, a mi parecer, puedan desagradar a V. M.

—¿Y quién se las prestará? ¿Acaso vos? Os prevengo que os podéis envolver siete veces en un traje de la duquesa de Cleves.

—Lady Kensington es gruesa y muy alta.

—Haced lo que os parezca; pero procurad que no de que reír.

Ana llegó poco después.

No estaba aquel día vertida de una manera demasiado extravagante. Su traje, verde y blanco, de seda, no tenía pedrerías, ni llevaba más adornos que



una gruesa cadena de oro al cuello, y su corona de duquesa, que no abandonaba jamás.

Saludó profundamente al rey y a la reina y quiso besarles la mano, lo que ni uno ni otro permitieron.

Catalina, que era muy amable, le dijo cuánto placer tenía en que hubiese llegado a una hora a propósito para acompañarla a la mesa; la invitó a la tertulia y le ofreció habitación en palacio para ella y para sus damas.

Ana de Cleves lo aceptó todo con tanta gratitud como modestia, y respondió que era muy feliz en pasar algunas horas al lado de su hermosa reina, de la que llevaría un recuerdo imborrable.

Ana comió con Catalina; el duque de Suffolk, su antiguo intérprete, acompañó a la mesa a las dos reinas; el rey, a causa de su dolencia, comía solo y no tenía hora fija para hacerlo.

Durante la comida, Ana habló algo, gracias a la agradable locuacidad de Catalina, que era una niña bella y juguetona; pero en la tertulia se convirtió en estatua y se condenó a un completo silencio.

La reina, a pesar de su natural bondad de corazón, se chanceó acerca de su compañera, y cada uno de sus chistes halló eco en los circunstantes.

Sólo Ana permaneció grave y reposada, como si ignorase que era ella el objeto de todas las burlas.

Al salir de la tertulia, se despidió afectuosamente de la reina, le encargó que ofreciese al rey sus respetos, y a la mañana siguiente, muy temprano, se volvió a Richmond con sus damas alemanas.

A su llegada, la rodeó, llenándola de saludos y aclamaciones, una multitud de niños y ancianos; era la primera noche, desde su llegada, que había pasado fuera del castillo real.

Sólo al oír aquellas buenas gentes, se vio asomar una gruesa lágrima a los azules ojos de la exreina, que les dio a besar su mano y les hizo servir un espléndido almuerzo.

Desde aquel día, por orden de la princesa, las puertas del gran parque estuvieron siempre abiertas a los habitantes de Richmond, como muestra de su gratitud y confianza.

Ana de Cleves siguió presentándose en la corte una vez al mes; el rey le enviaba azafatas que le prescribían lo que debía ponerse en aquellas ocasiones; la princesa se dejaba vestir sin decir una palabra y con la mejor voluntad, gratificando delicadamente a las camaristas enviadas con los regalos de varias piezas de su uso, dadas con singular gracia y nobleza.

¡Pobre reina, nacida sólo para sufrir humillaciones!  
¡Cuán grande, justa y generosa hubiera sido sobre el trono!  
¡Qué alma tan elevada se ocultaba bajo su frío exterior!  
¡Qué valor desplegó para padecer!  
¡Qué medida opuso a todas las injurias!  
¡Qué noble dignidad a todos los insultos!

Yo no sé si es más admirable la fortaleza de Catalina de Aragón, que prefirió morir a abandonar su condición de reina, que la fortaleza de Ana de Cleves, que encubrió su elevada inteligencia y su penetrante talento bajo un exterior helado para salvar su vida, pues el injusto esposo de Catalina se había convertido ya en un sanguinario verdugo.

## XII

Creo que Ana de Cleves está ya suficientemente descrita en lo que precede.

No obstante, como ella sobrevivió a todas las personas que la rodeaban y que figuran en su historia, bueno será que la sigamos hasta la época de su muerte para terminarla.

La salud del rey se agravaba cada día y su carácter violento y su humor irascible llegaron a tomar tales proporciones, que se convirtió en una fiera, imposible de sufrir.

Otras ideas habían sucedido en él al amor y a la desconfianza; era la afición a las discusiones teológicas que excitaban, hasta un grado increíble su irascibilidad natural.

Hallándose ya gravemente enfermo, la costumbre de discutir con demasiado calor, inflamó su sangre y durante muchas horas se hallaba fuera de sí, como sometido a una especie de delirio feroz.

Los mismos médicos se le acercaban temblando; cuando se ocupaban de proporcionarle algún alivio, sólo recibían en recompensa insultos y amenazas.

Ana de Cleves visitaba de vez en cuando al monarca enfermo; como estaba dispensada de darle conversación, no hacía más que presentarse y se retiraba en breve.

Visitaba también alguna vez a la reina, y siempre representaba su papel de estatua muda, sin que pareciera apercibirse en lo más mínimo de la contenida hilaridad que provocaba en la corte.

Una mañana vio entrar en el parque del castillo, que le servía de destierro, los carruajes de la reina.

De uno de ellos bajó Catalina pálida y con triste y abatido aspecto.

La princesa salió a recibirla y la reina se arrojó llorando en sus brazos.

—¿Qué sucede, señora? —preguntó Ana por medio de su intérprete y después de haberla conducido al salón de honor.

—¡Ay, querida mía! —exclamó la reina; vengo a rogaros que interpongáis toda vuestra influencia con el rey para un asunto que me interesa mucho.

Ana se inclinó en señal de respetuoso asentimiento.

La reina prosiguió:

—¡La anciana condesa de Salisbury ha sido encarcelada! ¡La han sepultado en uno de los más fríos calabozos de la torre y cuenta ya ochenta años!

Ana permaneció impasible; pero un observador inteligente hubiera podido notar que se estremeció con violencia.

—¿No conocéis a la condesa? Continuó la reina; ¡era el aya de la princesa María! ¡Es el último vástago de la sangre real de los Plantagenet y se le hará perecer en el tajo por un decreto infame e inicuo de la Cámara Estrellada!

—Pero ¿qué delito es el suyo? —preguntó la princesa.

—¡Oh! Es bien pequeño, si acaso se puede llamar delito. ¡Es madre del cardenal Polo, que se opuso a las reformas que el rey introdujo en la Iglesia cuando su matrimonio con *Ana Bolena* y se tuvo que refugiar en Roma, y la falta de esa noble anciana consiste sólo en haber recibido una carta de su hijo y haberla contestado!

—¿Y únicamente por eso se la ha privado de la libertad?

—¡Sólo por eso! Respondió llorando Catalina. ¡Acusada de alta traición, perecerá, sin duda, en el cadalso, si no procuramos salvarla! ¡Pero el rey desoye mis ruegos, y sólo confió en vos!

Ana iba a contestar cuando se oyó el ruido de un coche que entraba en el parque.

Catalina corrió a una ventana y vio bajar a una joven vestida de luto.

Era la princesa María que llegaba también a implorar la protección de la repudiada esposa de su padre.

Entró presurosa en la cámara donde se hallaban las dos reinas; saludó a Catalina con frío ademan y se dirigió enseguida a la aturdida Ana.

—¡Señora! Exclamó; sí hay alguna piedad en vuestro corazón dad ahora una muestra de ella. La única persona que hoy parece tener influencia con el rey, sois vos. ¡Id a pedirle gracia para mi noble aya la anciana condesa de Salisbury!

—¡Dios del cielo! —exclamó la princesa de Cleves; no conozco a esa anciana por quien las dos me pedís; pero si pudiera dar por salvarla la mitad de mi vida, no titubearía un segundo en hacerlo. No creo que tenga yo, pobre desterrada, influencia ninguna en el ánimo de mi rey y señor; pero si dichosamente es así, lo veremos al instante; para no esperar a que pongan mi coche, iré a Windsor en uno de los vuestros, y veré al rey sin perder tiempo.

—Iremos las tres en el mío —dijo Catalina, ¡y Dios os bendiga, señora, por vuestra caridad!

En efecto; la reina y las dos princesas subieron a la carroza de la primera, que arrancó un violento escape.

¡Cosa extraña! La esposa más amada del rey y su hija iban a pedir mediación a la esposa repudiada que vivía en el destierro.

Tal es siempre el influjo de una vida pura y pasada en el retiro.

Poco tardaron en llegar a palacio; la princesa María se convino a esperar en compañía de la reina, y en la cámara de ésta, el resultado de la entrevista de Ana con el rey.

Era tan inmensa su desolación por la suerte de su aya, que había olvidado su habitual resentimiento hacia la esposa que ocupaba el sitio de su madre.

Ana de Cleves fue introducida sin tardanza a la presencia del rey que, recostado en un ancho sillón relleno de almohadones, tenía la pierna enferma reclinada en una pila de cojines.

Ana le saludó respetuosamente besándole la mano.

—Señor, le dijo después, vengo a implorar la clemencia de V. M. en favor de una ilustre prisionera, de la condesa de Salisbury, tan anciana, que es posible se muera de frío en su calabozo.

—De ese modo, señora, respondió el rey, la justicia de Dios será más pronta y eficaz que la mía; además, muriéndose de frío, me ahorrará el trabajo de firmar su sentencia; su calabozo es el mismo en que pasó algunos días mi segunda esposa antes de ser ejecutada, y habiendo sido bueno para una reina de Inglaterra, no sé por qué ha de quejarse esa vieja loca.

Ana inclinó la cabeza con evidentes muestras de un profundo terror.

—Vamos, tranquilizaos, señora, prosiguió el rey; esto no puede aplicarse a vos, que no habéis sido coronada, y que habéis tenido, en medio de vuestra imbecilidad, el talento de la obediencia y de la conformidad; así, pues, no tenéis por qué asustaros; para nada me incomodáis en el mundo, y claro está que no he de desear desembarazarme de vos. Enviad a la vieja condesa, madre de un hereje y traidor, los consuelos que creáis oportunos, y decidle de paso que dentro de poco me ocuparé de ella.

Ana no se atrevió a decir una palabra más, y salió de la cámara del rey.

Al llegar adonde estaban la reina y la princesa, las miró con tan triste expresión, que estas conocieron al instante en que no había esperanza alguna.

Ana envió por la tarde algunos abrigos suyos, forrados de pieles, a la anciana prisionera; ésta los recibió con gratitud, y dijo a los enviados:

—Haced saber a la noble princesa que os envía, que debe dar mil gracias al cielo por haberla preservado de la desgracia de vivir al lado del feroz

Enrique VIII, y que, en medio de la fatalidad de pertenecerle, no podía esperar suerte más favorable que la de vivir lejos de él.

La princesa María, indignada, no quiso ver a su padre ni pedir para su aya una gracia que sabía de antemano que le había de negar, y se volvió al castillo real donde tenía su residencia, faltando por orgullo a un deber sagrado, cuál era el de impetrar la clemencia del rey para la noble anciana que había velado con tan tierna solicitud por su infancia y su adolescencia.

Ana regresó a Richmond, y Catalina se quedó sola sufriendo la cólera y el enojo del rey, que estaba cada día más intratable e iracundo.

Al día siguiente, Enrique VIII firmaba la sentencia de muerte de la condesa de Salisbury.

La reina estaba presente cuando le llevaron el decreto; se arrodilló a los pies de su esposo, juntó las manos y le dijo llorando:

—¡Gracia para ella, señor!

—El frío, respondió el rey, —es demasiado fuerte este año, y la condesa no podría soportar una prisión más larga.

Cuando fueron a buscar a la anciana prisionera el *Sheriff* y los ejecutores, la indignación de ésta estalló con violencia, y se obstinó en no salir del calabozo.

La ataron bárbaramente y la llevaron hasta la plataforma de la torre, donde estaba dispuesto el cadalso.

A su vista, la anciana pareció perder la razón; se desasíó de las manos de sus verdugos, y gritó:

—¡Soy inocente, y no quiero morir como los traidores! ¡Yo, último vástago de la sangre real de los Plantagenet, os rehusó mi cabeza! ¡Venid a buscarla si la queréis!

Volvieron a llevarla ante el tajo fatal; pero la anciana, en vez de morir con la conformidad cristiana digna de su nombre, se resistió y volvió a separarse enfurecida.

Había perdido el juicio.

Por tercera vez fue conducida y sujeta al tajo bárbaramente; pero después de haber descargado su hacha el verdugo, levantó aún su blanca cabeza y pretendió escapar a su infamante suplicio, ya mortalmente herida. Volvieron a hierla y volvió a resistirse, siendo necesario un tercer golpe para acabar con su vida y con su furor<sup>[5]</sup>.

Tuvo lugar la terrible ejecución el 13 de febrero, e inmediatamente fueron a enterar al rey de todos los pormenores. La reina, al oírlos, se retiró

violentamente agitada, y, al llegar a su cámara se dejó caer llorando en un sillón.

## XIII

Algunos meses después, y a los diez y ocho de casada con el rey de Inglaterra, la linda cabeza de Catalina de Howard cayó en el mismo cadalso que había regado la sangre de Margarita Plantagenet, condesa de Salisbury.

Pero no es de este lugar el relato de los pormenores de esta catástrofe, que hallarán mis lectores en la leyenda siguiente, dedicada a aquella interesante y desventurada reina, y terminaremos ésta ocupándonos exclusivamente de Ana de Cleves.

Ocho días después de aquél en que quedó viudo por quinta vez el rey de Inglaterra, llegó a Londres un embajador del duque de Cleves, encargado de una misión tan extraña como dificultosa.

María, duquesa de Juliers, había muerto; pero su ambicioso hijo trataba, muerta la reina Catalina, de restablecer a su hermana en el trono de Inglaterra, sin arredrarle el tajo fatal que el déspota tenía siempre preparado para sus esposas.

El rey recibió al embajador, que le manifestó cómo su augusto amo, el duque de Cleves, veía llegado el momento de una reconciliación entre S. M. y la princesa repudiada.

—Decid a vuestro augusto amo, señor embajador, respondió Enrique, que jamás he estado reñido con su hermana; pero que por lo mismo, es imposible también que nos reconciliemos; que Ana es una mujer buena y prudente a quien estimo, pero a quien no amo ni he amado jamás, ni he echado de menos a mi lado un solo día; sí quiere seguiros, sois, muy dueño de llevársela a su hermano. Más si quiere permanecer donde está, nadie la molestará en lo más mínimo, pues ella no me molesta a mí, y pocas veces me acuerdo de que existe.

El embajador pidió permiso para ver a la princesa antes de volverse a Alemania, y el rey le contestó que ya se lo había concedido de antemano.

Partió, pues, para Richmond y refirió a la princesa lo que había pasado.

Esta no quiso recibir al embajador sino delante de personas que pudieran repetir al rey todas sus palabras.



—Señor embajador, le dijo, haced presente al duque, mi hermano, que le estoy muy poco reconocida a los esfuerzos que acaba de hacer para devolverme un rango que no ambiciono, pues que me lo quitó la recta justicia del rey; y os encargo le roguéis que no se mezcle jamás en mis asuntos, pues yo los abandono completamente al cuidado de S. M., que me ha dado tantas pruebas de su benevolencia; no quiero más dicha que la que provenga de su mano, ni más intermediarios entre él y yo, que su voluntad. Después de esta declaración, es inútil que os diga que rehusó volver a Alemania, ya que el rey no me prohíbe quedarme aquí.

## XIV

Esta declaración acabó de asegurar para siempre la tranquilidad de Ana de Cleves, que siguió viviendo en Richmond exenta de inquietudes y entregada completamente a la beneficencia, a la oración y al trato de algunas personas de su predilección.

Distinguía entre éstas a la hermosa y discreta lady Latimer, que, por su parte, la amaba con un cariño profundo.

Esta dama, sexta y última esposa de Enrique VIII, fue después de la muerte del monarca agobiada de grandes pesares, y halló en la amistad de Ana de Cleves la más admirable abnegación y los consuelos más eficaces.

Ella sola, entre todas las personas de la corte, amó verdaderamente a Ana de Cleves; ella sola la comprendió; ella sola, en fin, no se burló jamás de la simplicidad aparente, objeto de las burlas de tantos elevados personajes, y que ocultaba un alma tan noble, tan generosa y tan fuertemente templada.

Después de Enrique VIII, reinaron sucesivamente su hijo Eduardo VI, Juana Grey, María e Isabel, hijas de aquel monarca, y todos estos príncipes trataron a Ana con las más altas consideraciones.

María, fervorosa católica, quiso una vez que ciñó la corona, hacer abandonar a la princesa de Cleves la religión luterana, y al efecto le envió algunos sacerdotes muy ilustrados para instruirla y hacerla abjurar sus errores; pero hallaron tal dificultad para hacerse comprender, se quejaron de tal modo de la lentitud y escasez de la inteligencia de la princesa, que desistieron de su conversión, juzgando a Ana poco capaz de apreciar su importancia.

Ana, princesa de Cleves, murió en Richmond a la edad de setenta y cuatro años, y vio desaparecer a sus ojos cinco cetos y muchas cabezas, permaneciendo ella erguida y firme como la robusta encina que no doblega la tempestad.

Prefirió vivir tranquila y retirada en Inglaterra, a volver a Alemania, donde se hubiera visto expuesta a los sarcasmos que excita la suerte de una mujer repudiada por desdén, y optó por quedarse, conquistando así el reposo de su vida.

Puede asegurarse que no conoció el amor, ni la ambición, ni los celos, ni ninguna de las pasiones que empañan la tranquilidad y la pureza del alma.

Sufrió mucho por los demás y muy poco por sí misma.

Su enfermedad fue corta y poco dolorosa.

Adquirió una fiebre al ir en una noche lluviosa a visitar a unos pobres por unos pantanos, y se postró en el lecho al día siguiente, donde espiró tranquila once días después.

Poco antes de morir, dijo a una de sus amigas en excelente inglés:

—Yo sabía perfectamente este idioma mucho antes de casarme; pero viéndome sacrificada a la ambición de mi familia, resolví, aceptando una suerte inevitable, oponer una prudencia cuyo secreto nadie pudiese adivinar; confiaba en los pocos y leales alemanes de mi servidumbre, y en efecto, ni uno solo me ha vendido, porque todos me amaban de corazón.

Tal fue Ana de Cleves, cuarta esposa del sanguinario Enrique VIII, y la única que supo evitar los terribles efectos de su desdén y de su odio, con su paciencia y sus modestas virtudes.

## Notas

[1] En aquella época las tabernas eran el punto de reunión de los caballeros ingleses, debiendo expresar que el aspecto de aquéllas era decoroso y que ocupaban el sitio de los cafés. <<

[2] Podía haberse hablado de estos sucesos en la leyenda anterior: pero la autora, por razones particulares, ha querido hacer estas biografías independientes unas de otras. <<

[3] Consejo de los grandes del reino para juzgar los delitos de alta traición. <<

[4] Aunque varios historiadores afirman que Juana de Seymour, tercera mujer de Enrique VIII, murió de sobrepeso, hay otros muy respetables que aseveran que *fue estrangulada en su lecho*— y la que escribe esto se inclina más a creer lo último, teniendo en cuenta el carácter del feroz Enrique VIII. <<



[5] Estos detalles son históricos completamente, y están consignados en todas las crónicas. <<